



Universidad de Concepción
Facultad de Ciencias Sociales
Magíster en Investigación Social y Desarrollo

**Entre el trabajo productivo y reproductivo: experiencias femeninas industriales en
Tomé y Lota, desde 1960**

*Between productive and reproductive labor: female industrial experiences in Tomé and
Lota (Chile), since 1960*

Tesis presentada a la Facultad de Ciencias para optar al grado de Magíster en Investigación
Social y Desarrollo

Por: Laura Palma Rojas

Profesora guía: Dra. Alejandra Brito Peña

Profesora co-guía: Dra. Karen Alfaro Monsalve

Diciembre, 2025

Concepción, Chile

Se autoriza la reproducción total o parcial, con fines académicos, por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la cita bibliográfica del documento.

AGRADECIMIENTOS

A mi mamá, raíz de todo mi mundo.

A mi hermana y a las mujeres de mi familia, por ser fuente de inspiración y mi mayor ejemplo de fuerza y resiliencia.

A mis profesoras y profesores, por abrirme la puerta a otros mundos posibles. En especial a Rubén Fernández, por sembrar la semilla, y a Marcela Cubillos, por expandir la curiosidad.

A Alejandra Brito, por su generosidad y por guiar e inspirar este camino.

A mis amigas y amigos de la vida, especialmente a Carolina y Felipe, por estar siempre, aun en la distancia. A quienes el camino me permitió encontrar en Concepción y lo convirtieron en un mejor lugar. A Gabriela y su familia, por abrirme su hogar y acogerme con tanto cariño; a Katerinne, por su amistad generosa y siempre lúcida; y a Javiera, por su compañía creativa y siempre constante.

A Javier, mi compañero, mi hogar y mi calma. Por acompañarme en este camino con amor y ternura, por impulsarme cuando la duda me detenía y por compartir la certeza de que este final también abre otros caminos.

Y a todas las personas que, con un gesto o una palabra, me acompañaron e hicieron más leve este trayecto largo y sinuoso.

TABLA DE CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS.....	iii
TABLA DE CONTENIDO	iv
ÍNDICE DE TABLAS	v
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES	v
RESUMEN	vi
ABSTRACT	vii
1. INTRODUCCIÓN	1
2. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN.....	3
3. MARCO TEÓRICO Y REFERENCIAL.....	7
3.1 Género: revisitando los supuestos límites entre lo público y lo privado.....	7
3.2 El concepto de trabajo en las teorías de género y feministas	14
3.3 Reproducción social: del trabajo doméstico al trabajo de cuidados.....	23
3.4 El paternalismo industrial y el trabajo femenino.....	29
3.5 Significados y percepciones: una construcción situada.....	33
3.6 Estado del arte: aproximaciones al desarrollo industrial del Biobío	37
4. MARCO METODOLÓGICO	51
4.1 Hipótesis	51
4.2 Pregunta de investigación.....	51
4.3 Objetivos.....	51
4.4 Enfoque epistemológico	52
4.5 Diseño metodológico.....	55
4.6 Población y muestra	57
4.7 Técnicas de levantamiento de información	60
4.8 Técnicas de análisis de información.....	60
4.9 Limitaciones	62
5. RESULTADOS	64
5.1 La centralidad de la industria en el tejido social, las familias y el territorio	65
5.2 Trayectorias de las mujeres trabajadoras.....	83
5.3 Orden productivo: estructuras y lógicas industriales.....	105
5.4 Paternalismo industrial: dinámicas y valoración femenina	132
5.5 Reproducción social: relaciones, maternidad y vida familiar industrial	153

6. DISCUSIÓN	182
6.1 Entre lo productivo y lo reproductivo: la tensión estructural como experiencia situada	182
6.2 Trayectorias condicionadas: factores y agentes en la experiencia industrial femenina .	186
6.3 Estrategias ante la doble carga: conciliación, negociación y resistencias	193
7. CONCLUSIONES	198
8. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	201

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Caracterización de la muestra.....	59
----------------------------------------------------	-----------

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1. Experiencias femeninas entre el trabajo productivo y reproductivo en Tomé y Lota, desde 1960.....	185
-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	------------

RESUMEN

La presente investigación tiene por objetivo comprender, desde una perspectiva sociohistórica y un enfoque cualitativo, la relación y tensión entre el ámbito productivo y reproductivo experimentada por mujeres trabajadoras en los contextos industriales de Tomé y Lota, en la Región del Biobío desde la segunda mitad del siglo XX. A partir del análisis en profundidad de siete historias de vida y una serie de archivos documentales, se reconstruyen las trayectorias personales, familiares y laborales, y se examinó cómo experimentaron, gestionaron y significaron el trabajo remunerado, las labores de cuidado y tareas domésticas.

Dicha aproximación también se realiza desde una episteme feminista y situada, que centra la mirada en las voces de las protagonistas sin perder de vista los factores estructurales y simbólicos que influyeron en sus decisiones y biografías, como el modelo de socialización femenina promovida por el ordenamiento industrial y el modelo de bienestar paternalista que, a través de dispositivos formales e informales, regularon tanto los tiempos cotidianos como el ingreso y la participación laboral de las mujeres.

Los resultados permiten afirmar que el trabajo productivo no sustituyó al trabajo reproductivo, sino que se superpuso a él, configurando una experiencia simultánea y persistente de mandatos y agencias cruzadas. Frente a esta tensión estructural, las mujeres desarrollaron diversas prácticas y estrategias de conciliación, negociación, resistencia y también autonomía que, por un lado, aseguraron la reproducción de sus hogares y, por otro, posibilitaron la continuidad de la fuerza de trabajo.

La investigación se enmarca en el proyecto Fondecyt Regular N° 1200806 “Industrias y mujeres en el sur de Chile. Inclusión laboral y reproducción social (1940-1982)” y busca contribuir a la comprensión de los vínculos entre género, trabajo y memoria con una perspectiva territorial. Del mismo modo, visibiliza el aporte histórico de las mujeres tanto a los procesos industriales como al sostenimiento de la vida en un contexto atravesado por la expansión industrial y posterior reconversión productiva, así como por la instalación del neoliberalismo como eje rector de la sociedad.

ABSTRACT

This research aims to understand, from a socio-historical perspective and a qualitative approach, the relationship and tension between the productive and reproductive spheres as experienced by women workers in the industrial contexts of Tomé and Lota, in the Biobío Region, since the second half of the twentieth century. Based on an in-depth analysis of seven life stories and a series of documentary archives, it reconstructs personal, family, and work trajectories, and examines how women experienced, managed, and ascribed meaning to paid labor, caregiving, and domestic tasks.

This approach is also grounded in a feminist and situated epistemology, which places emphasis on the voices of the protagonists while remaining attentive to the structural and symbolic factors that shaped their decisions and life courses, such as the model of female socialization promoted by the industrial order and the paternalistic welfare system that, through both formal and informal mechanisms, regulated daily time, income, and women's labor participation.

The findings show that productive work did not replace reproductive work but rather overlapped with it, giving rise to a simultaneous and persistent experience of intersecting mandates and agencies. In response to this structural tension, women developed diverse practices and strategies of reconciliation, negotiation, resistance, and autonomy that, on the one hand, ensured the reproduction of their households and, on the other, enabled the continuity of the labor force.

This research is part of the Fondecyt Regular Project N° 1200806 “Industrias y mujeres en el sur de Chile. Inclusión laboral y reproducción social (1940-1982)” and seeks to contribute to the understanding of the links between gender, work, and memory from a territorial perspective. Likewise, it makes visible the historical contribution of women both to industrial processes and to the sustaining of life, in a context marked by the expansion and subsequent reconversion of industry, as well as by the installation of neoliberalism as the guiding axis of the social model.

1. INTRODUCCIÓN

La vocación productiva de la historia de la Región del Biobío durante el siglo XX estuvo fuertemente vinculada a la explotación del carbón y el desarrollo de la industria textil, dos sectores que definieron no solo la economía y el paisaje del territorio, sino también la trayectoria y el devenir de sus habitantes, quienes hoy recuerdan con nostalgia y resguardan con especial atención los vestigios de este pasado industrial. En este entramado, las mujeres desempeñaron un rol central: mientras comenzaban a integrarse como trabajadoras en fábricas e industrias, continuaron asumiendo en gran medida las tareas de reproducción social, sosteniendo material y simbólicamente a sus familias y comunidades. Esta doble participación ha despertado la inquietud por comprender sus experiencias, particularmente en un periodo caracterizado por el auge y posterior descenso de la actividad fabril.

Dicha transición transformó tanto las economías locales como las relaciones sociales y culturales en comunas como Tomé y Lota. Para las mujeres, estos cambios implicaron enfrentar múltiples tensiones derivadas de la superposición entre sus roles productivos y reproductivos más tradicionales, en un contexto donde las fronteras entre lo público y lo privado se volvieron difusas. Si bien durante décadas sus vivencias fueron relegadas o minimizadas en los relatos históricos oficiales, desde hace algunos años existe un creciente interés de las ciencias sociales por visibilizar el papel que desempeñaron en los procesos de industrialización. Ejemplo de ello son diversas investigaciones que han abordado temas como la inserción laboral y la profesionalización de la mano de obra femenina (Godoy, 1995; Brito y Vivallos, 2011; Illanes, 2001; Moyano, 2016), así como la evolución del trabajo fabril femenino (Veneros y Ortega, 2011).

Gracias a estas investigaciones, hoy es posible aseverar que la inserción e inclusión de las mujeres en el proceso de industrialización chileno fue contradictorio y estuvo fuertemente tensionado por los discursos hegemónicos tradicionales, provenientes de distintas instituciones y el Estado, que por un lado buscaron fortalecer el modelo de madre y esposa y, por otro, impulsar el rol de trabajadoras y obreras (Godoy, 1995; Brito y Vivallos, 2011;

Venegas y Morales, 2015). Esta dualidad influyó tanto en las oportunidades que tuvieron como en las limitaciones que enfrentaron, configurándose así también los discursos sociales sobre género, trabajo y familia a lo largo del siglo XX.

Pese a estos avances, persisten aún brechas en la comprensión de las experiencias de las mujeres trabajadoras, especialmente las que guardan relación con sus propios significados, prácticas y dinámicas. Un enfoque que ponga en el centro sus vivencias, que analice en detalle las tensiones entre lo doméstico y lo laboral, entre lo estructural y lo subjetivo, apenas recién comienza a consolidarse en los estudios de este período y contexto fabril. Estas tensiones modelaron sus trayectorias y también configuraron imaginarios colectivos y estructuras simbólicas que persisten –o se reconfiguran– hasta hoy. A partir de nuevas epistemologías críticas y feministas, estas dimensiones han comenzado a ser conceptualizadas y problematizadas con mayor profundidad.

En este marco, el objetivo de esta investigación es rescatar y analizar las experiencias de mujeres trabajadoras de Tomé y Lota durante el siglo XX, con especial énfasis en el periodo que va desde 1960 hasta la actualidad. Se plantea explorar cómo estas mujeres significaron su inserción laboral y su rol en la reproducción social, en un contexto de transformación productiva y social. Desde un enfoque cualitativo, la investigación se vierte del análisis de siete historias de vida, una técnica y método que permite acceder a los sentidos situados, a memorias compartidas y las narrativas subjetivas que dan forma a la experiencia. Además de una serie de archivos documentales.

Esta tesis se enmarca en el proyecto Fondecyt Regular N° 1200806, titulado “Industrias y mujeres en el sur de Chile. Inclusión laboral y reproducción social (1940-1982)” y busca contribuir a una comprensión más amplia y situada de la historia industrial del Biobío, que permita reconocer a las mujeres no solo como acompañantes, sino como protagonistas activas de sus comunidades, la economía y la memoria histórica. Asimismo, dialoga con debates contemporáneos sobre la valorización del trabajo de cuidados y su relevancia en las estructuras sociales y económicas, otorgando más elementos para comprender las dinámicas de género en el pasado, el presente y el futuro.

2. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

La historia del desarrollo industrial en la Región del Biobío durante el siglo XX da cuenta de un entramado complejo de transformaciones económicas, políticas y sociales que marcaron profundamente la vida de sus habitantes. Desde fines del siglo XIX, León (2018) sostiene que en la provincia de Concepción se evidencia un proceso sostenido en la creación de industrias extractivas y manufactureras, dedicadas a materias textiles, madera, alimentos, entre otros. En esta diversidad, la presente investigación se enfoca en dos territorios específicos: en primer lugar, Tomé vinculado a la industria textil y Lota, vinculado a la extracción del carbón, cuyos procesos condensan experiencias históricas particulares y ricas de analizar en el marco del proceso industrializador chileno y su posterior declive y reconversión productiva¹ hacia fines del siglo XX.

En estos lugares el ritmo fabril marcó los tiempos cotidianos y las formas de vida. En Tomé y en Lota las mujeres participaron del trabajo asalariado y a la par sostuvieron la vida en los márgenes del sistema productivo, en labores como el cuidado de sus hijos(as) y familias, en la participación de organizaciones vecinales, en los comités de vivienda, en las iglesias y en los sindicatos. Fueron sujetas activas en el sostenimiento material y simbólico de sus comunidades, pero sus historias permanecieron en los márgenes de las narrativas oficiales y en buena parte de la historiografía tradicional. Esta omisión no es neutra porque reproduce marcos interpretativos que desdibujan el lugar que las mujeres ocuparon –y continúan ocupando– en la construcción del tejido social y en las dinámicas económicas que se insertan.

¹ Si bien algunos autores emplean el término "desindustrialización" para referirse al proceso de cierre de industrias tradicionales como la minería del carbón y la industria textil en estas comunas (Brito 2018; Matus, Zúñiga y Pérez, 2019), desde una mirada regional el proceso corresponde más precisamente a una "reconversión productiva" (Rodríguez y Medina, 2011; Aliste, Contreras y Sandoval, 2012; Bravo, Sandoval-Díaz y Astudillo, 2022) dado que surgieron simultáneamente otras actividades industriales, como la industria forestal y pesqueras en comunas como Arauco, Coronel y Talcahuano, manteniendo funciones industriales en la región aunque con transformaciones en su estructura productiva y territorial.

Invisibilizar sus trayectorias y contribuciones es también perpetuar estos marcos que las subordinan y dificultan la construcción de una memoria histórica rica y situada.

La elección de Tomé y Lota no es fortuita, hoy son dos territorios donde existen distintas prácticas de rescate de la historia y memoria industrial, además de un fuerte proceso de patrimonialización impulsada por distintos actores locales como mesas ciudadanas y organizaciones patrimoniales que buscan rescatar y poner en valor las huellas industriales que aún permanecen vigentes (Matus, García y Pérez, 2022). En este escenario, esta investigación busca recuperar esas voces, comprender sus estrategias y formas en que las mujeres vivieron, resistieron y resignifican hoy las tensiones entre el trabajo productivo y el reproductivo. En esta búsqueda, se reivindica no solo el valor de sus aportes, sino también la necesidad de repensar y problematizar la historia desde sus márgenes, en especial de las mujeres.

En los últimos años, la economía feminista ha puesto de relieve la importancia del trabajo de cuidados como una actividad esencial para la sostenibilidad de la vida humana y, por ende, del sistema socioeconómico. Según ONU Mujeres (2017), el valor del trabajo de cuidado no remunerado y del trabajo doméstico representa entre un 10% y un 39% del producto interior bruto (PIB) y puede pesar más en la economía de un país de lo que pesan la industria manufacturera, el sector del comercio o el del transporte. En el caso de Chile, un estudio realizado por Comunidad Mujer (2022) estima que el trabajo no remunerado de las mujeres equivale al 22% del PIB, lo que supera a la contribución de todas las otras ramas de la actividad económica. Estos datos reflejan cómo el cuidado está comenzando a ser reconocido, medido y valorizado como una actividad imprescindible para el funcionamiento de nuestras sociedades y de la economía, por lo tanto, abordar los objetivos de esta investigación permite no solo reformular las narrativas históricas, sino también observar la construcción histórica y situada de las desigualdades de género.

Por lo tanto, la relevancia de este proyecto no se limita a una justa y necesaria recuperación de la memoria histórica, sino que también dialoga con las discusiones actuales sobre la valorización del trabajo de cuidados y su impacto en las economías locales y globales. En un

momento en que los cuidados comienzan a ser objeto de políticas públicas y debates de agencias internacionales, entender cómo estas dinámicas se configuraron en el pasado nos ayuda a proyectar y nutrir soluciones para las desigualdades actuales. La conexión entre las experiencias estas mujeres –que aún cuidan porque hoy son abuelas y piezas esenciales en las cadenas de cuidados de las familias– y los desafíos contemporáneos es fundamental para analizar cómo las dinámicas de género siguen modelando las estructuras sociales y económicas actuales. Siguiendo a autoras como Carrasco, Borderías y Torns (2011) y Pérez Orozco (2014), el análisis de estas experiencias permite problematizar la invisibilidad del trabajo de cuidados y la reproducción social en las narrativas sobre el desarrollo económico, proponiendo una mirada que reconozca el papel central de las mujeres en la sostenibilidad de la vida y la economía.

Para nutrir estas perspectivas, utilizar el enfoque biográfico y las historias de vida, como señala Baeza (2002), proporciona una ventana privilegiada para explorar las narrativas individuales en su contexto histórico y social, permitiendo una reconstrucción más inclusiva y matizada del pasado. Estas narrativas enriquecen el análisis sobre las dinámicas de género en la construcción de las relaciones sociales y laborales en un contexto de transformaciones.

Desde un enfoque personal y situado, que es relevante transparentar, este proyecto de investigación también emerge de las vivencias y experiencias de la investigadora, quien creció en un entorno familiar compuesto por mujeres resilientes que enfrentaron la migración campo-ciudad y las dificultades del trabajo informal y de subsistencia. Este vínculo personal impulsa una investigación que, por un lado, tienen un valor académico, pero también ético y emocional, porque es una forma de tributar a aquellas mujeres que, posibilitaron su crecimiento personal y profesional, y que le permitieron tener las condiciones materiales para idear y perseguir sus sueños. Rescatar la memoria de las mujeres de Tomé y Lota, es también es una forma de conocer y comprender la historia del lugar que hoy ha acogido a la investigadora y también es una forma de retribuir las oportunidades y el cariño que le ha brindado la Región del Biobío.

Por lo tanto, el planteamiento del problema de investigación responde, por un lado, a la necesidad de documentar las experiencias personales de valor histórico de las mujeres trabajadoras, y por otro, contribuir a una reflexión crítica sobre las continuidades y rupturas en las dinámicas de género.

3. MARCO TEÓRICO Y REFERENCIAL

3.1 Género: revisitando los supuestos límites entre lo público y lo privado

A medida que la conceptualización de género ha tomado más consistencia producto de los debates académicos y feministas, además de superar las limitaciones de los Estudios de la Mujer de la segunda mitad del siglo XX, se ha esclarecido y consolidado como una categoría analítica “relacional y cultural” (CIEG, 2016, p. 63), que ha permitido profundizar la comprensión de los sujetos y sujetas, en sus posiciones, identidades y relaciones y ha puesto en cuestionamiento las nociones esencialistas del género.

El concepto de género proviene de las áreas de la medicina y la psicología, y fue acuñado por dos investigadores –Robert Stoller y John Money– que indagaron las disfunciones sexuales y plantearon que lo que se había entendido hasta entonces con “ser hombre” o “ser mujer” respondía más al aprendizaje y normas socioculturales que a las características biológicas. Este enfoque supuso un cambio radical en los marcos de comprensión, porque se alejó de la concepción biológica del género para comenzar a entenderlo como una construcción social.

Este debate tiene raíces profundas en la teoría feminista. Simone de Beauvoir, por mencionar una de las filósofas pioneras, en su obra fundamental *El segundo sexo* (1949), afirmó que “no se nace mujer: se llega a serlo”, estableciendo una base teórica para cuestionar las identidades de género como construcciones históricas y sociales más que como determinaciones biológicas. De Beauvoir subraya que las mujeres han sido moldeadas a través de prácticas culturales y normas que las posicionan en una situación de subordinación, idea que se conecta con la crítica contemporánea al esencialismo de género.

Para De Barbieri (1993), este concepto alude a las construcciones socioculturales sobre la base de las diferencias sexuales, destacando que:

Los sistemas sexo y género son conjuntos de prácticas, símbolos representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual

anatomo fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de impulsos sexuales, a la reproducción de la especie y en general al relacionamiento entre las personas (p. 66).

En línea con esta perspectiva, una de las contribuciones más influyentes en esta discusión es la de Butler (1990), quien desafía la idea de que el género es simplemente una extensión de la diferencia biológica. De acuerdo con esta autora, el género no es a la cultura lo que el sexo es a la naturaleza, argumentando que “el género también es el medio discursivo/cultural a través del cual la ‘naturaleza sexuada’ o ‘un sexo natural’ se forma y establece como ‘prediscursivo’, anterior a la cultura, una superficie políticamente *neutral sobre la cual actúa la cultura*” (p.56). De este modo, el género no se deriva de una biología inmutable, sino que es un acto repetitivo que da lugar a la ilusión de una esencia fija. Como consecuencia, el sexo mismo, que se ha considerado tradicionalmente como una realidad anatómica prediscursiva, "siempre ha sido género" (p.57). Esta mirada desafía las nociones esencialistas, porque propone que tanto el sexo como el género son construcciones culturales que se sostienen y naturalizan a través de prácticas y discursos repetidos. En este sentido, Butler pone el acento en cuestionar dicotomía entre lo biológico y lo cultural.

Lo cierto es que, aunque este concepto y categoría analítica esté en permanente debate y relecturas, ha permitido replantear y enriquecer las perspectivas teóricas, epistemológicas y empíricas dentro de las ciencias sociales, las humanidades y crecientemente en otras disciplinas. Scott (2008) afirma que la incorporación de esta categoría de análisis añadió nuevos asuntos que tratar y también reforzó el examen crítico de las premisas en los estudios e investigaciones históricas, en algunos casos constituyendo una nueva historia. No obstante, sostiene la autora, los enfoques empleados por la mayoría de los investigadores e investigadoras se agrupan principalmente en dos categorías, una descriptiva y otra causal, “porque se han mantenido dentro de las estructuras científico-sociales tradicionales” (Scott, p. 52), pero estas limitaciones pueden revertirse a través una evaluación crítica de nuestros supuestos epistemológicos utilizados a la hora del análisis.

De esta forma, los estudios de género han ampliado de forma importante la comprensión de los fenómenos sociales, explorando nuevas perspectivas, miradas y enfoques que antes no

habían sido considerados. Por ejemplo, en la historiografía, ha significado una relectura crítica de los procesos históricos que habían sido tradicionalmente narrados desde una perspectiva masculina y androcéntrica. Por mencionar algunas autoras que han contribuido en esta área del conocimiento, se destaca a Gerda Lerner, una historiadora estadounidense reconocida como una de las pioneras al introducir la historia de las mujeres como un campo legítimo de investigación histórica en obras como como *The Creation of Patriarchy* (1986) y *Women and History* (1993), en las cuales expuso cómo sistemáticamente las mujeres fueron excluidas de la historia, y demostró que la subordinación de las mujeres fue una construcción histórica y no una realidad natural. También a la anteriormente mencionada Joan Wallach Scott, que en su artículo *Gender: A Useful Category of Historical Analysis* (1986), introdujo el género como una categoría analítica para entender las dinámicas de poder en la historia, estableciendo que el género no es sólo relevante para el análisis de la historia de las mujeres, sino que también afecta la estructura misma de los acontecimientos históricos y la forma en el que narran. En el caso chileno, es relevante el trabajo de María Angélica Illanes, quien ha estudiado de forma prolífica, el papel de las mujeres trabajadoras en la historia social de Chile.

En este escenario resulta relevante incorporar Rubin (1986), quien asegura que la literatura de las mujeres se ha transformado en larga meditación sobre la naturaleza y la génesis de la opresión y subordinación social de las mujeres. Ha significado la revisión, construcción de paradigmas y teorías explicativas, provocando una sostenida discusión entre académicas de distintas áreas por las características que debiese poseer una ciencia ‘científica’ con perspectiva de género.

Adicionalmente, los enfoques simbólicos y sociales de la construcción de lo masculino y lo femenino, ha sido esclarecedor en el desarrollo de los estudios sobre género. Desde la antropología, Montecino (1997) señala que las categorías analíticas como la variabilidad, el carácter relacional y la multiplicidad han añadido una mayor complejidad en el análisis de la realidad social, porque han permitido profundizar en la comprensión de las relaciones de poder, los roles de género y la configuración simbólica de la masculinidad y feminidad. En línea con estas categorías, también podemos encontrar el concepto de interseccionalidad

propuesto por Crenshaw (1989) el que ha sido utilizado para explicar y comprender cómo distintas categorías –como la clase, la etnia, la edad, entre otros– interactúan para formar experiencias diferenciadas de subordinación, lo que ha añadido una mayor complejidad a los estudios de género, porque se integran otras experiencias superando enfoques unidimensionales.

De este modo, la categoría género, su análisis y aplicación a la realidad empírica, evidencia la necesidad de una comprensión integral y un diálogo entre lo particular y lo universal, una perspectiva pertinente y situada para las relaciones, condiciones y contradicciones que en esta investigación serán analizadas.

Siguiendo esta línea, uno de los debates centrales que se han articulado alrededor de las teorías de género y los debates feministas es la distinción entre la esfera pública y privada, particularmente en la vida de las mujeres. Esta dicotomía ha sido históricamente utilizada, de forma discursiva y con efectos prácticos, para relegar a las mujeres al ámbito doméstico, mientras que los hombres han sido vinculados con el espacio público, donde se encuentra la política, la economía y la participación social. Sin embargo, diversas autoras (Friedan, 1963; Fraser, 1990; Pateman, 1995), provenientes de los estudios de género y el feminismo, han cuestionado la rigidez de esta separación, argumentando que las fronteras entre lo público y lo privado son profundamente permeables y difusas.

El contrato social moderno, que define los derechos y deberes en la esfera pública, como señala Pateman (1995), se basa en la exclusión de las mujeres mediante un “contrato sexual” que institucionaliza su subordinación. En este sentido, la división entre lo público y lo privado no es una simple separación funcional de espacios, sino una estructura política que refuerza el dominio masculino y la opresión de las mujeres. Desde esta óptica, según la autora, el matrimonio y la familia actúan como herramientas políticas que confinan a las mujeres a la esfera privada, considerada apolítica, pero que, en realidad, es profundamente política, en tanto reproduce jerarquías de poder y refuerza las dinámicas patriarcales. Así, la autora sostiene que:

Es necesario relatar la mitad desaparecida de la historia, descubrir el contrato sexual y los orígenes de la esfera privada para comprender al patriarcado moderno. Aun así, es muy difícil reconstruir la historia del contrato sexual sin perder de vista el hecho de que las dos esferas de la sociedad civil están a la vez y al mismo tiempo separadas e interrelacionadas de una manera muy compleja. Establecer que el contrato sexual y el contrato social -el contrato original- crean dos esferas pueden resultar seriamente confuso en tanto la formulación sugiere que el derecho patriarcal gobierna sólo el matrimonio o la esfera de lo privado. (...) Las mujeres están sometidas a los varones tanto en la esfera privada como en la pública; por cierto, el derecho patriarcal de los varones es el mayor soporte estructural que une ambas esferas en un todo social. (Pateman, 1991, p.158)

Siguiendo esta crítica, Fraser (1990) argumenta que los espacios públicos han sido históricamente dominados por las perspectivas masculinas, mientras que las mujeres fueron excluidas de la deliberación política y la participación directa. En una extendida crítica la noción habermasiana de la esfera pública liberal, esta autora se apoya de las investigaciones de diversas historiadoras que realizaron una revisión histórica, afirmando que no es un espacio neutral, sino uno estructurado por relaciones de poder que perpetúan la exclusión de las mujeres y otros grupos subordinados. En este sentido, Fraser (1990) cuestiona la concepción burguesa de esfera pública, estableciendo que:

El ethos de la nueva esfera pública republicana en Francia fue construido deliberadamente en oposición a una cultura de salón más favorable a las mujeres, que los republicanos estigmatizaban como “artificial”, “afeminada” y “aristocrática”. En consecuencia, se promovió un nuevo estilo austero de discurso y comportamiento público, un estilo considerado “racional”, “virtuoso” y “varonil”. (p. 59, traducción propia)

De esta forma, las construcciones de género, sostiene Fraser (1990), quedaron integradas en la concepción de esfera pública republicana y burguesa, excluyendo a las mujeres de la vida política. Esta dinámica no solo ocurrió en Francia, “sino también en Inglaterra y Alemania,

y en todos estos países las exclusiones de género estaban vinculadas a otras exclusiones arraigadas en los procesos de formación de clases” (p, 60), incorporando así la exclusión de clase como un factor estructural igualmente relevante en la configuración de las esferas públicas burguesas. En el caso inglés, la cultura victoriana fijó este reparto a través de voces influyentes como John Ruskin, quien asignó a las mujeres el “orden dulce” (Cordea, 2013, p. 116) del hogar y a los hombres la invención, la guerra y la empresa pública, consolidando la frontera sexual de funciones.

Arendt (2009) también contribuye a este debate al reflexionar sobre la historia de la separación entre lo público y lo privado en las sociedades occidentales, y establece que la definición aristotélica debido a la traducción latina de “político” como “social”, adaptada al pensamiento cristiano romano, llevó a una clara distinción entre la esfera privada, vinculada al ámbito familiar, y la esfera pública, relacionada con la política. Según la autora, estas esferas “han existido como entidades diferenciadas y separadas al menos desde el surgimiento de la antigua ciudad-estado; la aparición de la esfera social, que rigurosamente hablando no es pública ni privada, es un fenómeno relativamente nuevo cuyo origen coincidió con la llegada de la Edad Moderna, cuya forma política la encontró en la nación-estado” (p. 41). Sin embargo, la línea divisoria queda borrada al observar el conjunto de comunidades y pueblos, cuyos asuntos cotidianos son administrados a gran escala, y afirma que el nacimiento de las ciudades-estados y la esfera pública ocurre a expensas de la esfera privada y familiar. Así, en la Edad Moderna se observa que “las dos esferas fluyen de manera constante una sobre la otra, como olas de la nunca inactiva corriente del propio proceso de la vida” (p. 45), lo que evidencia la creciente interdependencia entre ambas. De esta manera, aunque históricamente se haya intentado analizar lo público y lo privado como dos esferas separadas, en la práctica están profundamente interrelacionadas, especialmente en la vida de las mujeres, y así lo muestra las experiencias cotidianas de las mujeres, porque lo que ocurre en el ámbito privado repercute en el público, y viceversa, revelando la compleja interacción e interrelación entre ambas dimensiones.

Precisamente los cambios y transformaciones que trajo consigo la Revolución Industrial y la transición al capitalismo, en todas las dimensiones del ordenamiento social, acentuaron las

diferencias entre el ámbito privado del hogar y el público. Federici (2004) establece, para describir el periodo feudal que precedió estos cambios, que en “la aldea feudal no existía una separación social entre la producción de bienes y la reproducción de la fuerza de trabajo; todo el trabajo contribuía al sustento familiar” (p. 40). Sin embargo, los cambios históricos que alcanzaron su punto más alto en el siglo XIX y la paulatina desaparición de la economía de subsistencia que había dominado Europa precapitalista habían culminado, lo que, según la autora, supuso que “la unidad de producción y reproducción que había sido típica de todas las sociedades basadas en la producción –para el uso– llegó a su fin; estas actividades se convirtieron en portadoras de otras relaciones sociales al tiempo que se hacían sexualmente diferenciadas” (Federici, 2004, p.112).

Este es el momento en que la mujer emerge como la principal responsable de la esfera privada, porque queda a cargo de la crianza de los niños y niñas, además de proveer bienestar y los cuidados a la familia (Palomar, 2005) o, en palabras de Rich, (2019) “el bienestar de los hombres y de los niños era la verdadera misión encomendada las mujeres” (p. 96), subrayando cómo el sistema patriarcal instrumentalizó las funciones biológicas, como la maternidad, así como las sociales de las mujeres para asegurar su confinamiento en el hogar.

A partir de este momento, según Segato (2016), se devalúa abruptamente el espacio doméstico, antes subordinado en prestigio, pero ontológicamente completo en sí mismo, puesto en un papel residual de otro en la esfera pública y “desprovisto de politicidad, incapaz de enunciados de valor universal e interés general” (p. 94).

No obstante, este orden social no es neutro ni natural, porque como señala Bourdieu (2000), ha sido impuesto a través de lo que él denomina “violencia simbólica”, un mecanismo que se perpetúa mediante la internalización del poder patriarcal. Esta forma de dominación se manifiesta como una “violencia amortiguada, insensible e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento” (p. 12). Es un tipo de poder que no necesita de coerción directa, ya que se sostiene a través de la aceptación tácita y la legitimación social. En coherencia con lo postulado por Lagarde (2005), esta dominación y el poder se mantiene a

través de una hegemonía “dialéctica de consenso y coerción” (p. 156), donde las mujeres, a través de la socialización, asimilan y reproducen las normas que las subordinan, naturalizando así su posición de inferioridad.

Esta violencia simbólica, aunque en apariencia invisible, es extremadamente efectiva, ya que legitima y ratifica la dominación masculina al permear todos los aspectos de la vida social, desde la división sexual del trabajo, la distribución del espacio y hasta la regulación del tiempo. Estas estructuras de dominación, por lo tanto, menciona Bourdieu (2000) “son el producto de un trabajo continuado (histórico por tanto) de reproducción al que contribuyen unos agentes singulares (entre los que están los hombres, con unas armas como la violencia física y la violencia simbólica) y unas instituciones: Familia, Iglesia, Escuela, Estado.” (p. 28)

A través de este breve recorrido conceptual y teórico, y desde distintas perspectivas, queda de manifiesto que la distinción entre lo público y lo privado ha sido, en gran medida, una construcción social utilizada para sostener la subordinación de las mujeres, pero al mismo tiempo, ha sido constantemente desafiada, en términos epistemológicos, teóricos, metodológicos y también políticos por distintas corrientes y movimientos feministas.

Las transformaciones de los últimos dos siglos en las estructuras económicas, políticas y sociales, con procesos como la industrialización, la expansión de los derechos laborales y civiles, y la incorporación de las mujeres al mercado laboral, han constantemente reconfigurado la relación entre lo público y lo privado. Pero esta dicotomía sigue presente en muchas formas, como en la persistente desigualdad de género en el trabajo doméstico y de cuidados. El análisis de estas esferas desde una perspectiva de género y feminista no solo expone su interdependencia, sino también la urgencia de revisarlas y reanalizarlas, a la vez que manifiesta la necesidad de repensar sus significados y adaptaciones en el contexto de las transformaciones contemporáneas, debates que se revisarán en el próximo apartado.

3.2 El concepto de trabajo en las teorías de género y feministas

En el marco de la discusión sobre las esferas pública y privada, el concepto de trabajo ha ocupado un lugar central en las teorías feministas y de género, siendo abordado desde diferentes enfoques y corrientes de pensamiento, problematizando sus dimensiones, como la división sexual del trabajo o el valor. Carrasco, Borderías y Torns (2011) señalan que históricamente el concepto de trabajo ha sido construido alrededor de actividades productivas orientadas al mercado. Esto responde a la percepción de que la esfera pública, asociada a la producción, es el motor del cambio social, mientras que la esfera privada, donde se concentra el trabajo reproductivo y doméstico, ha sido vista como estática y menos relevante. En este apartado se revisarán algunos de estos debates, problematizaciones y las contribuciones desde distintas perspectivas, no sin antes exponer algunas ideas desde la filosofía y la economía, con la cual dialogan estas teorías.

Desde una perspectiva etimológica, la raíz de la palabra trabajo proviene del “latín *tripaliare*, derivada del *tripalium*, que era una especie de instrumento de tortura compuesto por tres palos” (Corominas, 1987, p. 577). El *tripalium* se utilizaba para castigar esclavos o personas consideradas rebeldes en la antigua Roma, por lo que tenía connotaciones de sufrimiento y esfuerzo. En la actualidad, la Organización Internacional del Trabajo (2022) define el trabajo como un “conjunto de actividades humanas, remuneradas o no, que producen bienes o servicios en una economía, o que satisfacen las necesidades de una comunidad o proveen los medios de sustento necesarios para los individuos”.

En el caso de la filosofía, el concepto trabajo ha sido interpretado de diversas maneras, ofreciendo múltiples miradas sobre su naturaleza, significado y valor. En la filosofía clásica, autores como Aristóteles sostenían que el trabajo manual, asociado con la producción de bienes materiales (como el trabajo de los esclavos y artesanos), era una actividad degradante que impedía el cultivo de la razón y la vida filosófica. Para Aristóteles, aunque el trabajo manual era necesario, estaba subordinado a las actividades más elevadas del espíritu humano, como la vida contemplativa (*theoria*) y la participación política, que representan la verdadera virtud y excelencia humana (*areté*) (Angier, 2016). Por otro lado, el idealismo alemán, propuesto por Hegel, plantea una visión distinta del trabajo. En su dialéctica del amo y el esclavo, Hegel describe que el esclavo, a través de su trabajo, transforma el mundo externo

y, al mismo tiempo, su propia autoconciencia. El trabajo, desde esta perspectiva, no es solo una actividad material, sino un proceso dialéctico mediante el cual el sujeto se realiza y se reconoce a sí mismo, adquiriendo una mayor libertad interna (Renault, 2016). Esta mirada resalta el carácter formativo del trabajo, que no solo transforma la naturaleza, sino también al trabajador.

Una autora más contemporánea que ha hecho una contribución relevante a la comprensión de trabajo es Arendt (2009), quien distingue entre “labor”, “trabajo” y “acción”, tres actividades humanas fundamentales. En primer lugar:

Labor es la actividad correspondiente al proceso biológico del cuerpo humano, cuyo espontáneo crecimiento, metabolismo y decadencia final están ligados a las necesidades vitales producidas y alimentadas por la labor en el proceso de la vida. La condición humana de la labor es la misma vida. Trabajo es la actividad que corresponde a lo no natural de la exigencia del hombre, que no está inmerso en el constantemente-repetido ciclo vital de la especie, ni cuya mortalidad queda compensada por dicho ciclo. El trabajo proporciona un «artificial» mundo de cosas, claramente distintas de todas las circunstancias naturales. (Arendt, 2009, p.11)

Arendt considera que, en la modernidad, la labor ha sido sobrevalorada, mientras que la acción, la esfera donde los individuos se relacionan en libertad e igualdad, ha sido desplazada y se ha perdido la dimensión política que hace posible la realización plena del ser humano.

Desde una perspectiva complementaria, la antropóloga Lagarde (2005) define el trabajo como una actividad por la cual los humanos modifican la materia para poder utilizarla para sus fines y responde a necesidades específicas que cambian históricamente. Esta definición resalta la intervención humana consciente en el trabajo y por lo tanto son se caracterizan por ser intervenciones, “que se representan intelectualmente antes de realizar una apropiación de la naturaleza” (Lagarde, p. 112).

Ahora bien, antes de dar paso a los principales enfoques y corrientes de pensamiento feminista y de género, es relevante incorporar algunas ideas al debate en torno al concepto

de trabajo desde la perspectiva de los economistas clásicos. Uno de los primeros en examinar el trabajo como fuente de valor fue Smith, quien, en *La riqueza de las naciones* publicada en 1776, desarrolló una teoría económica en la que el trabajo ocupa un lugar central como fuente de riqueza y motor del crecimiento económico. Según Smith, el bienestar social se alcanza y depende de la división del trabajo, que no solo aumenta la productividad, sino que permite una mayor especialización en las tareas (Escobar, 2008; Hidalgo y Hausmann, 2009). Así, el trabajo no solo se convierte en la medida del valor, sino también en un recurso vital para el desarrollo económico, en el que la productividad se incrementa por la especialización de los trabajadores y el uso de maquinaria. En esta línea, Smith (1994) también realiza una distinción entre trabajo productivo e improductivo, afirmando que:

Hay un tipo de trabajo que aumenta el valor del objeto al que se incorpora, y hay otro tipo que no tiene ese efecto. En tanto produce valor, el primero puede ser llamado trabajo productivo; y el segundo, trabajo improductivo. El operario industrial añade generalmente al valor de los materiales con los que trabaja el de su propia manutención y el del beneficio de su patrono. Por el contrario, la labor de un sirviente no añade valor a nada. (Smith, 1994, p. 424)

Bajo esta perspectiva, el trabajo productivo se relaciona con la creación de valor tangible y duradero, como la manufactura, mientras que el trabajo improductivo no contribuye a la riqueza nacional y no tiene valor. Esta mirada ha permitido reforzar la mirada sobre el trabajo intrínsecamente vinculado a la creación de valor material, lo que es fundamental en la construcción de la visión capitalista de la economía de los siglos posteriores.

David Ricardo, quien recibe influencias de Adam Smith, profundiza en la teoría del valor del trabajo, estableciendo que es la unidad de valor. De acuerdo con Peach (1993), quien estudia la teoría del valor trabajo, sostiene que el valor de una mercancía está determinado por la cantidad de trabajo que se necesita para su producción. En este contexto, el trabajo adquiere una dimensión central en la determinación de los precios y la distribución de la riqueza.

Mientras que Smith y Ricardo enfocan el trabajo desde una óptica económica, Durkheim introduce un análisis sociológico que vincula el trabajo con la cohesión social. En *La división*

del trabajo social (1893), sostiene que la especialización en el trabajo, o la división del trabajo, es una característica de las sociedades modernas (Hausner, 2019), la cual genera interdependencia funcional entre los individuos, consolidando la solidaridad orgánica.

Weber, por su parte, en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905), examina la relación entre trabajo, religión y el desarrollo del capitalismo. Según Just (2017), para Weber el trabajo dentro el protestantismo, particularmente en su vertiente calvinista, se asocia con la vocación y se considera una obligación moral, lo que contribuyó a la racionalización y expansión del capitalismo. De esta forma, Just (2017) también afirma que en este proceso se incorpora la idea de progreso, afirmando que “la noción de progreso que es más grande que la vida de un solo individuo extiende el énfasis protestante en el trabajo y la renuncia a vincular el trabajo a una inversión en la próxima generación, en lugar de a la salvación personal” (p. 439, traducción propia). Esto refleja, a su juicio, cómo la ética del trabajo fue secularizándose y transformándose en un fin en sí mismo, moldeando tanto la economía como la identidad personal y moral en las sociedades modernas.

Mención especial tiene Marx, quien, en su análisis del trabajo y el capital, ofrece una perspectiva crítica frente a la economía política clásica. Para Marx, el trabajo es la esencia de la vida humana, pero en el sistema capitalista se convierte en una fuente de explotación y alienación. Según Noguera (2002), Marx defiende un concepto amplio de trabajo, el que no se limita solo a su función instrumental, sino que también abarca dimensiones sociales y expresivas. Sin embargo, en el capitalismo, esa idea de trabajo pierde su potencial emancipador, quedando reducido a una actividad alienante y deshumanizadora. En palabras de Noguera (2002), “el concepto de trabajo de Marx es también antiproduccionista y no asume la centralidad normativa del trabajo en la sociedad (es decir, aboga por la disolución del vínculo entre trabajo y supervivencia). Resultan, por tanto, incorrectos algunos tópicos que han ido extendiéndose sobre la postura de Marx respecto del trabajo” (p. 150). De este modo, el análisis de Marx sitúa el trabajo en el centro de la lucha por la autorrealización y la libertad, proponiendo que solo en condiciones no alienantes es posible la plena realización humana, por lo que muchas de las feministas marxistas parten y dialogan con estos postulados.

Si bien estas teorías clásicas son esenciales para entender la construcción histórica y las bases modernas que dan sustento al concepto de trabajo y economía, omitieron o no le prestaron suficiente atención en su análisis el trabajo no remunerado, doméstico y de cuidados. Esta situación fue advertida por distintas teóricas y economistas feministas quienes revisitaron y analizaron críticamente estos trabajos y comenzaron a cuestionar las bases para construir nuevas perspectivas que visibilizan y revalorizan el trabajo reproductivo y de cuidados como parte central de la economía y la estructura social. Es así que, frente a los supuestos económicos clásicos, uno de los puntos de consenso entre las economistas feministas es que la economía tradicional ha invisibilizado el trabajo reproductivo y de cuidados, tareas que se han adjudicado a las mujeres confinadas al ámbito privado.

Con la segunda ola del feminismo en las décadas de 1960 y 1970, especialmente en América del Norte, Europa y América Latina, emergió una nueva conciencia feminista, dando lugar a corrientes como el feminismo socialista y marxista, que buscaban fusionar conscientemente ambas tradiciones. Vogel (2013) explica que esta corriente, centrada en la reproducción biológica, social y generacional de la fuerza de trabajo, sostenía que el elemento esencial de la opresión de las mujeres no radicaba únicamente en el trabajo doméstico, sino que “las raíces socio-materiales de la opresión de las mujeres tienen más que ver con la reproducción del capital que con las relaciones estructurales del hogar” (Vogel, 2013, p. 25, traducción propia). En este sentido, el trabajo doméstico no solo era alienante para las mujeres, sino que es crucial para la acumulación capitalista.

En esta misma línea, Ferguson (2020), en un esfuerzo por recorrer y examinar las diversas formas en las que el trabajo ha sido abordado desde el pensamiento feminista, identifica dos enfoques analíticos generales, que si bien parten de la devaluación social del trabajo que realizan las mujeres, se diferencian en sus conceptualizaciones sobre el poder social y en las propuestas emancipatorias.

El primero es el “feminismo de la igualdad”, que se centra en la división sexual del trabajo, entendida como las convenciones sociales que asignan a las mujeres la responsabilidad del trabajo reproductivo, como la cuidado, crianza y trabajo doméstico, y a los hombres las tareas

productivas y remuneradas. Este enfoque señala la injusticia de esta distribución porque limita las oportunidades de las mujeres para alcanzar independencia económica y autonomía personal y sostiene que la emancipación de las mujeres radica en su integración en la fuerza laboral remunerada en condiciones de igualdad con los hombres. En palabras de Ferguson:

Una perspectiva feminista de estas características no escapa a las contradicciones asociadas con el feminismo de la igualdad de siglos pasados. Por importante que sea para las mujeres ser tratadas igual que los varones en tanto fuerza de trabajo, la gran mayoría de las mujeres, en el Sur y en el Norte global, realmente no tienen la posibilidad de elegir entre la maternidad y su carrera; ni siquiera pueden elegir su empleo. (Ferguson, 2020, p. 26)

Dentro de esta corriente podemos encontrar a una reconocida feminista liberal, Friedan, quien, en la década de los 60, en su texto *La mística de la feminidad*, postuló la necesidad de incorporar a las mujeres en el mercado laboral remunerado y estableció una crítica a la domesticidad, argumentando que el acceso al trabajo productivo era necesario y un aspecto constitutivo para alcanzar la independencia económica y la igualdad de género.

Este enfoque, el feminismo de la igualdad, que se inscribe en el feminismo liberal, es el que fuertemente ha influido sobre la agenda de organismos internacionales como la Organización de Naciones Unidas, pues han adoptado políticas orientadas precisamente a la integración de las mujeres en las instituciones y al mercado laboral, sin cuestionar las estructuras patriarcales y capitalistas que sostienen la subordinación de las mujeres. Según lo que sostiene Arat (2015), aunque estas políticas han logrado avances en términos de representación política y participación en el mercado laboral, se limitan a indicadores cuantitativos que no capturan la diversidad de experiencias de las mujeres ni las relaciones de poder que continúan oprimiendo a gran parte de ellas, ofreciendo una igualdad formal y principalmente retórica que beneficia a algunas pocas, mientras no aborda desigualdades sistemáticas.

Pese a lo extendido de estas ideas precisamente por esta integración desde organismos internacionales, esta perspectiva ha sido criticada desde distintas corrientes, principalmente

desde los feminismos radicales y decoloniales, los cuales insisten que simplemente acceder al trabajo remunerado no elimina las desigualdades, ni la carga desproporcionada de trabajo doméstico que recae sobre las mujeres (Bhattacharya, 2017).

Por otro lado, el segundo enfoque es el “feminismo de la reproducción social”, el que según Ferguson (2020) va más allá al examinar cómo el trabajo reproductivo, llevado a cabo principalmente por mujeres, es fundamental para la reproducción continua del capitalismo. Este enfoque sitúa el trabajo doméstico y de cuidado en el centro del análisis político-económico y realiza un análisis más profundo y estructural, aunque no desprovisto de permanente debate. Este enfoque no solo examina la división sexual del trabajo, sino que también ubica el trabajo reproductivo en el centro del análisis del sistema capitalista. Y a diferencia del feminismo de la igualdad, el feminismo de la reproducción social sostiene que el trabajo doméstico y de cuidado es esencial para la continuidad del capitalismo, ya que asegura la reproducción de la fuerza de trabajo. Ferguson explica que “no es la división sexual del trabajo en sí misma la que explica la opresión de las mujeres, sino el hecho de que esta división está basada, de manera contradictoria y parcial, en la lógica esencialmente deshumanizante de la acumulación capitalista” (Ferguson, 2020, p. 19). Asimismo, dentro de los debates de esta corriente, también examina cómo las dinámicas de poder en torno al trabajo se intersectan con otras categorías como género, raza y clase, entre otras.

En esta línea, una de las autoras ya mencionadas, quien se inscribe dentro de las feministas marxistas, Federici (2004), ha destacado que el capitalismo se ha beneficiado del trabajo no remunerado de las mujeres, tanto en el hogar como en la reproducción de la fuerza laboral. De esta forma, este análisis feminista del trabajo trasciende la visión tradicional al incluir el trabajo reproductivo como una categoría central en la economía política.

Como he sostenido, la diferencia de poder entre mujeres y hombres y el ocultamiento del trabajo no pagado de las mujeres tras la pantalla de la inferioridad natural, ha permitido al capitalismo ampliar inmensamente “la parte no pagada del día de trabajo”, y usar el salario (masculino) para acumular trabajo femenino. En muchos

casos, han servido también para desviar el antagonismo de clase hacia un antagonismo entre hombres y mujeres. (Federeci, 2004, p. 176)

En este debate, Scholz (2020) también ha desarrollado una contribución relevante al introducir la *teoría de la escisión del valor*, mediante la cual profundiza y problematiza la crítica a la teoría del valor marxista. Esta teoría sostiene que las actividades reproductivas femeninas, como el cuidado, las labores domésticas y las emociones asociadas (sensibilidad y afecto), son escindidas del “valor” en la lógica capitalista. Esta escisión no solo tiene una dimensión económica, sino que también abarca las esferas culturales y psíquicas, ya que el capitalismo atribuye características como la emocionalidad y la debilidad a las mujeres, mientras que los hombres son conceptualizados como sujetos fuertes y racionales.

Scholz (2020) además, sostiene que esta escisión no sigue una lógica universal y deductiva, es decir, no puede reducirse a un único principio económico. La escisión es también un proceso histórico. En sus propias palabras:

La escisión de lo femenino no se revela solo en los discursos sobre las ciencias naturales, la filosofía, la teología, etc. desde la modernidad, sino que se materializó más bien durante la fase fordista, dado que, en este momento, en el prototipo de célula familiar, el hombre pasaba a ser el sostén de la familia y la mujer dueña de casa. Cuanto más se objetivaban las relaciones sociales, más se imponía una dicotomía de género jerárquica en la realidad. La escisión de lo femenino se convertía en presupuesto del desarrollo de las fuerzas productivas que fundaba el patriarcado capitalista con su "contradicción en proceso" y, como tal, ponía en marcha ese desarrollo como una condición decisiva para la producción de plusvalor relativo, de modo que la disparidad entre riqueza material y fuerza valor se hacía cada vez mayor. Desde un punto de vista histórico-procesual, la objetivación y la constitución de relaciones de género jerárquicas se condicionan mutuamente, no están en contraposición. (Scholz, 2020, p. 223)

El debate sobre el trabajo no solo se limita a su visibilización, reconocimiento o remuneración, sino también a su conceptualización misma. Las corrientes feministas han

planteado la necesidad de repensar el concepto de trabajo, expandiéndolo más allá de las actividades remuneradas para incluir todas aquellas que sostienen la vida, como el trabajo de cuidados, las prácticas comunitarias y las actividades ecológicas. Autoras como María Mies, Vandana Shiva (2013) y Magdalena León (2014), entre otras teóricas del sur global, han defendido la reestructuración de la economía, proponiendo un enfoque que supere las lógicas capitalistas y patriarcales y abogue por una “economía del cuidado”. Esta perspectiva reconoce la interdependencia humana y exige valorar todas las formas de trabajo, no solo aquellas que generan beneficios económicos (Mies y Shiva, 2013). Así, estas autoras proponen derribar las fronteras rígidas entre lo público y lo privado, y entre la producción y la reproducción.

Como afirman Mies y Shiva (2013):

Quienes realizan las estadísticas e investigaciones sufren de una incapacidad conceptual para definir el trabajo de las mujeres dentro y fuera del hogar, y la agricultura se inscribe habitualmente en ambos ámbitos. El problema de la identificación de qué es y qué no es trabajo se ve exacerbado por el enorme volumen y diversidad del trabajo que realizan las mujeres. (p.16)

En resumen, la discusión feminista sobre el trabajo trasciende el ámbito económico tradicional para cuestionar las bases mismas de las estructuras productivas y reproductivas. Al visibilizar y revalorizar las formas de trabajo que han sido históricamente marginadas, se propone una comprensión más amplia que no solo incluye las actividades remuneradas y que tienen valor transaccional, sino también aquellas que son esenciales para el sostenimiento de la vida. En este sentido, se ha propuesto avanzar hacia una transformación que cuestiona las lógicas capitalistas que perpetúan la desigualdad y la explotación, para proponer una reconfiguración social donde todas las formas de trabajo, especialmente las más invisibilizadas y desprovista de valor, sean reconocidas y valoradas por su contribución fundamental al bienestar social y colectivo.

3.3 Reproducción social: del trabajo doméstico al trabajo de cuidados

La reproducción social se ha erigido como un concepto medular y constitutivo dentro del pensamiento feminista, especialmente en su vertiente más crítica y ha permitido conceptualizar y politizar las actividades y prácticas de las mujeres asociadas a la reproducción de la vida humana. A lo largo de las últimas décadas, diversas corrientes feministas han conceptualizado la reproducción social desde múltiples enfoques, de esta manera, se ha ampliado el concepto para abarcar todas las actividades que garantizan la continuidad de la vida social, incluyendo la reproducción de valores, normas y relaciones sociales (Carrasco, Borderías y Torns, 2011).

Este enfoque ha permitido una ruptura conceptual con las teorías clásicas sobre la producción como las revisadas anteriormente, porque incorpora el trabajo no remunerado como un elemento esencial del sistema económico y social. Este análisis se nutre de aportes de la economía feminista, la teoría crítica y estudios recientes sobre la globalización de los cuidados y la intersección entre economía, género, raza y ecología (Fraser, 2015; Bhattacharya, 2017). En términos de método, esto supone trabajar con miradas de larga duración e interdisciplinarias para captar patrones y diferencias en cómo los procesos históricos afectan a mujeres y hombres (Martín, 2021).

Desde la década de los años sesenta y setenta, distintas feministas como Dalla Costa y James (1975) y Fortunati (1995) comenzaron a retomar el concepto de reproducción social para ampliarlo desde una perspectiva de género, basándose en las ideas originales de Marx sobre la reproducción del capital. Si bien Marx abordó este concepto desde un punto de vista económico, aludiendo principalmente a la reproducción de la fuerza de trabajo, las feministas de la vertiente marxistas subrayaron que el trabajo doméstico, aunque no remunerado, es esencial para la reproducción de la vida misma y, por ende, para la acumulación capitalista. Tal como lo detalla Dalla Costa y James (1975)

El trabajo doméstico no es esencialmente "trabajo femenino"; no es que la mujer trabaje menos o se canse menos que un hombre al lavar y limpiar. Estos son servicios sociales en tanto sirven a la reproducción de las fuerzas de trabajo. El capital, precisamente al instaurar su estructura familiar, ha "liberado" al hombre de estas

funciones de tal modo que quede completamente "libre" para la explotación directa; queda libre para "ganar" lo suficiente para que una mujer lo reproduzca como fuerza de trabajo. (p. 40)

Con el tiempo, el concepto de reproducción social ha incorporado el trabajo de cuidados, reconociendo que estas actividades abarcan otras dimensiones y labores más amplias. Federici (2004) enfatiza que el capitalismo requirió la subordinación de las mujeres a roles reproductivos y domésticos para garantizar la acumulación de capital. Además, este proceso histórico fue violento y estructural, marcando una división sexual del trabajo que todavía persiste en las economías contemporáneas. Lagarde (2005) profundiza en que las mujeres participan en la reproducción de la vida social y cultural, no solo a través del trabajo doméstico, sino también mediante el cuidado afectivo, la gestión de emociones, además de la provisión de cuidados físicos. Según Lagarde, estas actividades son esenciales para el mantenimiento de la vida cotidiana y las relaciones sociales, aunque históricamente han sido desvalorizadas e invisibilizadas por el patriarcado, que las considera “naturales” (Lagarde, 2005, p. 117) y por ende, no merecedoras de reconocimiento social o económico.

El trabajo de cuidados ha emergido, entonces, como una extensión medular en la reproducción social, y su análisis ha permitido visibilizar y caracterizar las relaciones de género que se estructuran en torno a la permanencia y subordinación de las mujeres en el espacio doméstico y privado. Algunas autoras relevantes que iniciaron este debate incluyen a Gilligan (2003) quien publicó su obra en 1982 y se considera una autora fundamental, porque instaló un enfoque ético del cuidado subrayando la interdependencia humana y cuestionó la visión tradicional de la moralidad basada en derechos individuales, así propuso una ética de responsabilidad mutua y el cuidado como una obligación compartida y no exclusivamente femenina.

Por otro lado, también se encuentra Tronto (1993), quien postuló que el cuidado no solo implica la atención física de las personas, sino también la gestión de sus necesidades emocionales y sociales, de manera de ampliar la comprensión de esta labor como una responsabilidad compleja y relacional. Asimismo, esta autora también dialoga con la ética

del cuidado propuesta por Gilligan, la cual a pesar de las amplias críticas recibidas a estos postulados por esencializar la identidad femenina –eventualmente constituida por la bondad, el cariño y dedicación– a los cuidados, Tronto postula preservar una parte de esta idea y “proponer adjudicar a la ética del cuidado un alcance universal, dar y recibir cuidados sería a su vez prescrito como componentes universales de las relaciones humanas y no específicos de las mujeres. Se propone entonces quebrar la ecuación feminidad–cuidado, pero defendiendo la construcción de una ética del cuidado” (Batthyány, 2020, p. 25).

Otros elementos que se han incorporado a la discusión para complejizar la comprensión de los cuidados son los propuestos por Molinier y Arango (2011), quienes establecen que el trabajo de cuidado no sólo puede implicar una doble jornada, es decir, la combinación de las responsabilidades domésticas y laborales formales, sino que también al tratarse de labores y actividades que están relacionadas con las emociones y afectos, también están ancladas a lazos afectivos y el amor romántico.

Aunque no es objeto de este estudio, es relevante mencionar que las teorías más contemporáneas sobre la reproducción social también han problematizado la mercantilización del trabajo de cuidados en el contexto del capitalismo neoliberal. Hoy es posible afirmar que, con la incorporación de las mujeres al mercado laboral asalariado, las actividades de cuidado, que históricamente se realizaban dentro del hogar, han sido externalizadas y convertidas en una forma de trabajo remunerado, aunque generalmente bajo condiciones precarias. Ehrenreich y Hochschild (2002) exponen los efectos de proceso en la división internacional del trabajo de cuidados, donde mujeres migrantes del Sur Global asumen el cuidado de las familias en el Norte Global, mientras que sus propias familias quedan al cuidado de otras personas, estableciendo una delegación de estas tareas. Este fenómeno, que las autoras denominaron “globalización del cuidado”, revela cómo las relaciones de clase, género y raza se entrelazan para crear nuevas formas de explotación y desigualdad.

El trabajo de cuidados, entonces, no solo es una cuestión de género, sino también de clase y migración. Tal como lo establece Organización Internacional del Trabajo (2018), hoy “las

trabajadoras migrantes del cuidado a menudo dejan a sus propios hijos e hijas con el padre de los mismos u otros familiares, o emplean a un trabajador doméstico ellas mismas –a menudo otro migrante nacional o internacional– en lo que se ha denominado ‘cadenas mundiales de cuidados’” (p. 16). Este ciclo perpetúa la desigualdad estructural, donde el cuidado sigue siendo desvalorizado y mal remunerado, incluso cuando es externalizado al mercado laboral formal.

En definitiva, superados algunos debates y limitaciones, en los años más recientes se han provisto de elementos para una exploración de carácter transversal del trabajo de cuidados en la vida cotidiana, donde se pueden observar es términos simples, tanto la organización, las estrategias y gestiones y el tiempo de los cuidados (Carrasquer, 2013). En definitiva, este concepto ha significado una ampliación de las fronteras de análisis y una ruptura conceptual (Carrasco, Borderías y Torns. 2011). En este sentido, las autoras afirman que, el sistema de reproducción social está compuesto por “la estructura familiar, la estructura del trabajo asalariado y no asalariado, el papel del Estado en la reproducción de la población y de la fuerza de trabajo y las organizaciones sociales y políticas relacionadas con los distintos trabajos” (p. 31).

Por lo tanto, en este sistema de reproducción social el trabajo doméstico se incluiría en el trabajo de cuidados, este último entendiéndolo como el cuidado directo de niños, niñas y de las personas adultas, y la gestión de las emociones, afectos y las relaciones sociales, lo que implica subjetividad, afectividad y sexualidad (Carrasco, 2003; Carrasco, Borderías y Torns, 2011). Esta actividad y la participación de las mujeres en ellas han quedado relegadas a lo invisible y con escasa valoración social por su desigual distribución.

Adicionalmente, es relevante incorporar a este debate algunas cuestiones relativas al concepto sostenibilidad de la vida, que ha sido mencionado a lo largo de este marco teórico, el cual ha sido instalado por la economía feminista y también ha sido objeto de debate en torno a los alcances y matices que puede tener.

Autoras como Pérez Orozco (2014) han ampliado el debate al introducir el concepto de sostenibilidad de la vida, que redefine las prioridades económicas y sociales hacia el cuidado

y el bienestar colectivo, alejándose de la lógica de acumulación capitalista. También para Carrasco (2014) el trabajo doméstico y el “descubrimiento” del cuidado y la idea de reproducción social va a permitir a la economía feminista acuñar el concepto de sostenibilidad de vida. En sus palabras es:

Una nueva perspectiva de análisis que sitúa, por una parte, la reproducción social como aspecto fundamental del sistema socio-económico y, por otra, el trabajo de cuidados como aspecto determinante de la reproducción social y de las condiciones de vida de la población, desplazando el objetivo social desde la obtención de beneficio al cuidado de la vida; lo cual abre nuevas vías a un posible cambio del paradigma económico y, en el terreno aplicado, a la elaboración e implementación de nuevas acciones sociales y políticas económicas. (Carrasco, 2014. p. 37)

Así, este enfoque es un llamado a la reflexión y a la acción dentro de los feminismos para que el cambio sea posible, al plantear que es necesario un replanteamiento radical del sistema socioeconómico que sitúe el sostenimiento de la vida y el bienestar en el centro. Así, el trabajo de cuidados debe ser reconocido, redistribuido y valorado, no solo como una responsabilidad familiar, sino como una tarea colectiva de la que dependen todas las personas, sin excepción. Tal como plantea Pérez Orozco (2014), la sostenibilidad de la vida se convierte en un eje central en la lucha contra las lógicas capitalistas, patriarcales y coloniales, que relegan el cuidado a esferas invisibles y feminizadas. En su crítica también sostiene que los mercados capitalistas jerarquizan las vidas y privilegian aquellas que se consideran más productivas en detrimento de las que se encargan del sostenimiento cotidiano de la vida.

Finalmente, el análisis teórico conceptual de la reproducción social, el trabajo doméstico y el trabajo de cuidados, desde una perspectiva de género y feminista, ha permitido visibilizar las dinámicas de género, clase, raza/etnia, entre otras intersecciones que resultan relevantes para profundizar el análisis de la realidad social y la situación de las mujeres en distintos momentos de la historia, así como también permiten cuestionar la invisibilización y desvalorización de sus actividades. De esta forma, estos elementos son especialmente

relevantes para esta investigación situada en la Región del Biobío, donde las experiencias femeninas en el periodo industrial reflejan las tensiones y desafíos entre el trabajo productivo y la reproducción social.

3.4 El paternalismo industrial y el trabajo femenino

El período histórico en el cual se enmarca esta investigación, caracterizado por el auge y descenso de la industrialización en la Región del Biobío, no puede entenderse sin considerar el impacto del paternalismo industrial. Este concepto hace alusión a una forma específica de gestión y control en la que los empleadores asumen un rol protector, pero a su vez autoritario sobre sus empleados, similar al de un padre sobre sus hijos. Este concepto ha sido ampliamente discutido en la historia social y económica, especialmente en el contexto de la industrialización en Europa y América durante el siglo XIX (Scranton, 1984; Reid, 1985). En América Latina, diversos autores(as) han señalado cómo estas prácticas se adaptaron a las especificidades socioculturales y económicas de cada país (Salazar y Pinto, 2003; Vergara, 2013; Venegas y Morales, 2015).

De acuerdo a Scranton (1984) existen tres dimensiones en las relaciones expresadas en el paternalismo industrial: contexto, contenido y afecto. Por contexto, este se refiere a que surge como una forma transicional de interacción durante el desarrollo del capitalismo industrial. En este sentido, se establece como un modelo de relación en los primeros estadios de la industrialización, donde las relaciones tradicionales entre trabajadores migran de la agricultura o talleres artesanales hacia la fábrica. En relación con el contenido, el autor sostiene que el paternalismo no solo se basaba en el intercambio de trabajo por salario, sino que incluía provisión de servicios como vivienda, educación y protección social, control de comportamientos morales y políticos, y la regulación de la vida cotidiana de los trabajadores. Y, finalmente, por afecto se refiere a las relaciones dentro del paternalismo, las que evocaban una sensación de familiaridad y cercanía, donde los empleadores asumían un rol casi “paternal” con sus trabajadores, a menudo reflejando la estructura de autoridad patriarcal de

la familia. Sin embargo, este afecto era ambivalente, ya que, aunque fomentaba vínculos cercanos, mantenía una jerarquía de poder.

En el caso de Chile, el inicio del siglo XX trajo consigo grandes transformaciones en el ámbito laboral, donde la reproducción social y la división sexual del trabajo siguió marcando profundamente las vidas de las mujeres. Aunque en décadas anteriores se había comenzado a discutir el rol de la mujer en la economía, el debate no se centró en la necesidad de proteger a las trabajadoras o regular sus condiciones laborales, sino en reforzar una separación estricta entre el hogar y el trabajo. En palabras de Godoy, Díaz y Mauro (2009), el objetivo era acentuar “una visión del hogar y el trabajo como dos ámbitos claramente diferenciados, donde mujeres y hombres debían dedicarse a tiempo completo respectivamente” (p. 81). Esta división se insertaba en un sistema capitalista que necesitaba reproducir fuerza laboral a bajo costo, tarea en gran medida asignada a las mujeres.

En este período, las mujeres fueron relegadas a espacios laborales caracterizados por bajos salarios, falta de regulación y condiciones laborales precarias, especialmente en el servicio doméstico, el comercio ambulante y las lavanderías (Godoy, Díaz y Mauro, 2009; Brito, 1995). Durante las primeras décadas del siglo XX, las ocupaciones femeninas eran definidas como labores propias de su sexo porque “se basaba en la supuestamente natural, y por lo tanto, inmutable, división del trabajo por sexo” (Hutchison, 2014, p. 29). Pese a lo anterior, cuando las mujeres se incorporan a un espacio tradicionalmente masculino como lo eran los talleres industriales, fueron receptoras de nuevas estrategias para regular su actividad en ese contexto. La capacitación industrial femenina responde a ese esfuerzo modernizante de “elevar el nivel y la calidad de la producción doméstica en las industrias de vestuario, alimentos y servicios, en donde ya predominaban las mujeres” (Hutchison, 2014, p.186). Esto no fue exclusivo de Chile. Autores(as) como Tilly y Scott (1978) señalan que, en distintos contextos industriales, las mujeres fueron relegadas a trabajos de baja remuneración y sin posibilidades de ascenso, enmarcados en discursos de protección que, en la práctica, las confinaban a roles subordinados.

En este escenario, el paternalismo industrial jugó un papel medular en la organización del trabajo femenino en el marco de la modernización industrial. Si bien la capacitación industrial femenina buscaba mejorar los salarios y garantizar un trabajo adecuado para las mujeres, las estrategias paternalistas seguían haciendo de ellas las principales responsables de la:

Unidad familiar, los patrones de consumo y el cuidado de los niños. Así, a pesar de la promesa igualitaria de aprendizaje vocacional, las escuelas profesionales de niñas sirvieron para consolidar la segmentación del trabajo industrial por sexo (a través de los tipos de habilidades enseñadas) y de la división sexual del trabajo (al enseñar habilidades domésticas). (Hutchison, 2014, p. 218)

En paralelo a este proceso y en miras de construir las bases de un Estado benefactor, las mujeres jugaron un doble rol en tanto sujetas de intervención y agentes interventoras del Estado. Con el objetivo de hacer frente al desorden moral, la familia se configuró como el principal espacio de intervención, al cual solo era posible acceder a través de los atributos considerados propios de las mujeres. Si bien en una primera fase fueron las mujeres de la aristocracia las que salieron a desplegar estas estrategias caritativas, dichas prácticas y principios fueron tomados por el Estado y profesionalizados a través de la Escuela de Servicio Social de la Junta de Beneficencia (creada en 1925 a instancias del Dr. Alejandro del Río) y la Escuela de Servicio Social Elvira Matte de Cruchaga. de la P. Universidad Católica (creada en 1929) (Illanes, 2010)

Indica Illanes (2010) que un rasgo de la modernidad fue, precisamente, el fenómeno de la profesionalización de las visitadoras sociales, porque fue un campo de acción e intervención sobre los pobres, afirmando que se le dio un uso político al género femenino, porque fueron mujeres que se vincularon con otras mujeres de pueblo, relación que desencadenó contradicciones, tensiones y complejidades. Sin embargo, esta mediación y relación era necesaria para una hegemonía cultural y para la consolidación de un nuevo pacto social, tanto legal, educacional, como asistencial. Desde esta perspectiva, el género femenino se

transformó en una herramienta clave para sostener la estructura de control social necesaria en un contexto de modernización.

Asimismo, esta Illanes (1999) sostiene que, entre el pueblo y las instituciones, se articula una mediación biopolítica (Foucault, 2007) de control social moderno, de reordenamiento de un sistema en crisis, para alcanzar una rearmonización social, porque se esfuerzan en incorporar y adaptar a la mujer en la organización productiva. Esta concepción coincide con la idea de considerar el disciplinamiento como un componente necesario para el paso de una sociedad tradicional preindustrial a una contemporánea industrial, desde las elites, instituciones y estados (Mantecón, 2011), cuestión que tempranamente fue entendida por los jefes de relevantes industrias del país y, particularmente, de la Región del Biobío, a través de la aplicación de diversas estrategias paternalistas.

El paternalismo industrial, en tanto estrategia productiva, surge en un momento de readaptación productiva en que se hace necesario atraer, fijar y reproducir mano de obra calificada. Siguiendo lo planteado por Sierra (1990), las estrategias paternalistas buscaban concretar tres objetivos esenciales. En primer lugar, atraer y mantener a la mano de obra, para lo cual se generaron distintos servicios y obras sociales que aseguraran una población sana y reproducible, esto incluía la construcción de viviendas, la provisión de servicios médicos y la creación de escuelas destinadas a los hijos de los trabajadores. En segundo lugar, se buscaba el disciplinamiento productivo de la mano de obra a través de la educación del trabajador en cuanto a sus conductas laborales y no laborales. Y, en tercer lugar, se buscaba resquebrajar la autoorganización obrera, para establecer lazos de lealtad y dependencia entre trabajadores y patrones.

A través de la concreción de estos objetivos, se esperaba formar al “obrero ideal”, dócil y productivo, que reconociera en la fábrica una “familia” y en el jefe, un padre (Sennet, 1991). En industrias como las de la Región del Biobío, donde esta estrategia fue ampliamente adoptada, la división entre lo público y lo privado se desdibujaba, y lo doméstico se transformaba en un espacio de intervención patronal, donde las mujeres como gestoras del hogar y cuidadoras, asumieron un rol central en el mantenimiento del orden familiar. Este

orden era percibido como indispensable para controlar tanto la moral como las conductas de los obreros, asegurando así la estabilidad social y la producción económica.

Tal como plantean Venegas y Morales (2015), se esperaba que los hogares obreros “organizados en forma armónica y estable por una dueña de casa, se intentaría limitar la participación de los obreros en relaciones y espacios de sociabilidad que suponían una amenaza al control efectuado por la industria, vinculados a la taberna, el alcohol, las apuestas, los sindicatos y partidos políticos” (p. 130). Bajo esta lógica, las mujeres desempeñaban un rol preventivo, asegurando que la moral obrera no se desviara de los ideales promovidos por las industrias.

Para cuidar el desarrollo de las familias de obreros y avanzar en la construcción de una “familia industrial”, la creación de Departamentos de Bienestar en distintas industrias fue clave para regular el tiempo libre de los trabajadores. La Compañía Minera e Industrial de Lota fue la industria que creó, en 1927, “el primer Servicio Social Industrial, el cual incorpora formalmente a las visitadoras sociales a la gestión del personal de las empresas” (Yáñez, 2020, p. 79). De esta forma, las visitadoras sociales reorganizan el sistema productivo y reproductivo de la familia obrera industrial (Illanes, 2001), vinculándose directamente con las mujeres de industria.

El paternalismo industrial en la Región del Biobío no solo consolidó una estrategia productiva de control, sino que también estableció una estructura ideológica y cultural que profundizó las desigualdades de género. Las mujeres, relegadas a la esfera doméstica, se convirtieron en guardianas del orden moral y social, perpetuando la división sexual del trabajo y sirviendo a los intereses de la industria. Este análisis revela cómo el paternalismo, más allá de ser una simple política empresarial, fue un mecanismo de control y poder que estructuró la vida laboral y familiar de los trabajadores, reproduciendo así un sistema de subordinación que beneficiaba a las elites industriales en un contexto de modernización económica y social.

3.5 Significados y percepciones: una construcción situada

La construcción de significados, percepciones, así como de las subjetividades e imaginarios ha sido un campo de interés y ampliamente estudiado en las ciencias sociales y abordado desde múltiples perspectivas teóricas, las que confluyen en su interés por comprender de qué forma las personas dotan de sentido su realidad, de forma individual y colectiva. En este marco, incorporar estos conceptos teóricos al análisis vinculado al trabajo productivo y reproductivo permite indagar cómo las mujeres trabajadoras del Biobío de la segunda mitad del siglo XX dotaron de sentido a sus actividades y roles laborales y domésticos y construyeron significados asociados a ellos, en un contexto donde las dinámicas y realidades cotidianas buscaban ser moldeadas por lógicas industrializadoras y capitalistas.

Desde la sociología fenomenológica, Berger y Luckmann (2003) postulan que la realidad social se construye a través de un proceso dialéctico entre la objetivación, la externalización y la internalización. Los significados, en este marco, no son inherentes a los fenómenos, sino que emergen de interacciones que instituyen sentido. En palabras de los autores:

Por el momento es importante destacar que la relación entre el hombre, productor, y el mundo social, su producto, es y sigue siendo dialéctica. Vale decir, que el hombre (no aislado, por supuesto, sino en sus colectividades) y su mundo social interactúan. El producto vuelve a actuar sobre el productor. La externalización y la objetivación son momentos de un proceso dialéctico continuo. El tercer momento de este proceso, que es la internalización (por la que el mundo social objetivado vuelve a proyectarse en la conciencia durante la socialización) [...]. (Berger y Luckmann, 2003, p. 81)

Esta mirada subraya que las percepciones individuales se anclan en marcos culturales e institucionales que estructuran la vida cotidiana: los procesos de significación implican un intercambio constante entre sujetos y contextos, donde lo individual y lo colectivo se entrelazan en una realidad que se vuelve “evidente”.

Schütz complementa esta base fenomenológica al situar la experiencia vivida en marcos intersubjetivos compartidos. Para Schütz (2003), la realidad social se construye a través de procesos de tipificación que permiten ordenar y dar sentido a lo vivido. Estos esquemas interpretativos se actualizan a través de la interacción social, donde los actores no solo

interpretan, sino que también anticipan las interpretaciones del otro. Por lo tanto, la subjetividad no se entiende como una vivencia puramente individual, sino como una experiencia situada en el entramado de significados compartidos. En palabras del autor:

Nuestro mundo cotidiano es desde el comienzo un mundo intersubjetivo de cultura. Es intersubjetivo porque vivimos en él como hombres entre otros hombres, ligados a ellos por influencias y trabajos comunes, comprendiendo a otros y siendo un objeto de comprensión para otros. Es un mundo de cultura porque desde el comienzo el mundo de la vida es un universo de significación para nosotros, es decir, una estructura de sentido (Sinnzusammenhang) que debemos interpretar, y de interrelaciones de sentido que instituimos solo mediante nuestra acción en este mundo de la vida. (Schütz, 2003, p.137, traducción propia)

Por su parte Blumer (1986), complementa esta postura desde la corriente del interaccionismo simbólico, el que postula que los significados son dinámicos y se producen a través de la interacción social. Desde esta perspectiva, los significados no solo se construyen a través de la interacción social, sino que se transforman en función de las experiencias y los contextos cambiantes. En sus palabras el autor establece que:

La vida grupal humana es un vasto proceso en el que se define a los demás lo que deben hacer y se interpretan sus definiciones; a través de este proceso, las personas llegan a ajustar sus actividades entre sí y a formar su propia conducta individual. Tanto la actividad conjunta como la conducta individual se forman en y a través de este proceso continuo; no son meras expresiones o productos de lo que las personas aportan a su interacción o de las condiciones que preceden a su interacción. (Blumer, 1986, p.11)

Así, se observa que esta corriente teórica considera que las percepciones y los significados son procesos activos de interpretación, donde los sujetos no son receptores pasivos de la realidad, sino agentes que reinterpretan y reconfiguran sus experiencias en diálogo constante con su entorno.

Por otro lado, el concepto de subjetividad también puede leerse en clave foucaultiana como un efecto histórico de las relaciones de poder. Foucault (1988), es sus propias palabras precisa que su objetivo ha sido “crear una historia de los diferentes modos de subjetivación del ser humano en nuestra cultura” (Foucault, 1988, p. 3), es decir, examina como las relaciones de poder en distintos contextos configuran las formas de ser sujeto, porque el poder que se ejerce en la vida cotidiana transforma a los individuos en sujetos. Desde esta perspectiva, el poder no solo actúa como prohibición o consenso, sino que también modela conductas, en sus palabras:

En sí mismo, el ejercicio del poder no es una violencia a veces oculta; tampoco es un consenso que, implícitamente, se prorroga. Es un conjunto de acciones sobre acciones posibles; opera sobre el campo de posibilidad o se inscribe en el comportamiento de los sujetos actuantes: incita, induce, seduce, facilita o dificulta; amplía o limita, vuelve más o menos probable; de manera extrema, constriñe o prohíbe de modo absoluto; con todo, siempre es una manera de actuar sobre un sujeto actuante o sobre sujetos actuantes, en tanto que actúan o son susceptibles de actuar. (Foucault, 1988, p. 15)

La teoría de los imaginarios sociales profundiza en la dimensión simbólica que hace existir lo social, Castoriadis (2007) establece que imaginario “Es creación incesante y esencialmente indeterminada (histórico-social y psíquico) de figuras/formas/imágenes, a partir de las cuales solamente puede tratarse de «alguna cosa». Lo que llamamos «realidad» y «racionalidad» son obras de ello.” (Castoriadis, 2007, p. 5). En esa clave, las significaciones imaginarias sociales no se reducen a representaciones subjetivas, sino que también operan como la matriz que organiza prácticas e instituciones, son el “cemento invisible” (Castoriadis, 2007, p. 230), que cohesionan lo real, lo racional y lo simbólico en cada sociedad.

Complementariamente, Moscovici (1979) conceptualiza las representaciones sociales como procesos mediante los cuales los individuos interpretan y organizan imágenes y lenguajes, que se convierten en comunes y les permite actuar en el mundo. En sus términos, “la representación no es una instancia intermediaria, sino un proceso que hace que el concepto y

la percepción de algún modo sean intercambiables, porque se engendran recíprocamente” (Moscovici, 1979, p. 38), de modo que “las representaciones individuales o sociales hacen que el mundo sea lo que pensamos que es o que debe ser” (p. 39).

Desde las teorías críticas, Bourdieu introduce el concepto de *habitus*, entendido como el andamiaje práctico que vincula significados, percepciones y acción. El *habitus* remite a un conjunto de disposiciones incorporadas –históricamente situadas– que orientan lo que los sujetos perciben como posible y razonable en su mundo cotidiano. En sus palabras, se trata de “sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes” (Bourdieu, 2007, p. 86), esto es, principios generadores de prácticas y representaciones que no requieren propósito consciente ni obediencia a reglas explícitas. Esta noción resulta clave para leer cómo las experiencias de las mujeres en código de clase, género y oficio sedimentaron esquemas de percepción y evaluación que naturalizaron –o disputaron– sentidos del trabajo productivo y del trabajo doméstico.

En conjunto, estas perspectivas teóricas ofrecen un marco de comprensión para explorar cómo los sujetos y sujetas interpretan y dotan de sentido a sus experiencias en contextos históricos, culturales y sociales específicos, donde se entrelazan estructuras colectivas y las interpretaciones individuales. La riqueza de estas construcciones reside en su capacidad de reflejar tanto las continuidades como cambios en las prácticas sociales y culturales, proporcionando herramientas fundamentales para comprender la complejidad de la experiencia humana. Así, los sentidos que las mujeres atribuyeron a su trabajo –productivo y reproductivo– emergen en la intersección entre sus trayectorias biográficas y los marcos culturales e institucionales que orientaron sus acciones.

3.6 Estado del arte: aproximaciones al desarrollo industrial del Biobío

En el presente capítulo se realiza un análisis del contexto geográfico, histórico y social de la Región del Biobío durante el siglo XX, centrado en los territorios de Lota y Tomé, dos territorios relevantes en el desarrollo industrial regional y nacional. Además, se integran

investigaciones recientes que exploran la inserción laboral de las mujeres, la educación femenina y las políticas de intervención familiar. Pese a que la mayoría de las investigaciones revisadas se concentran en la primera mitad del siglo XX, estas aportan un marco de antecedentes importante para entender el contexto industrial y las dinámicas laborales que experimentaron tanto a hombres como a mujeres, lo cual hace especialmente pertinente la presente investigación.

3.6.1 Tomé y la industria textil

La comuna de Tomé, ubicada a 30 kilómetros al norte de Concepción en la Región del Biobío, se consolidó como un polo industrial de relevancia nacional durante el siglo XX. Su geografía costera y su calidad de Puerto Mayor adquirido en 1858 y mantenido por algunas décadas, permitieron el transporte de distintas materias primas y productos terminados hacia distintos mercados internacionales (Cartes, Luppi y López, 2012).

Diversas monografías regionales y autores(as) (Cartes, Luppi y López, 2012; León 2018; Fuentealba, 2018; Brito, 2018), dan cuenta del rápido crecimiento y transformación de Tomé desde mediados del siglo XIX. Y es que el descubrimiento del oro en Australia y California a mediados de dicho siglo dio un fuerte impulso a las exportaciones de trigo en Tomé, donde se instalaron grandes molinos que procesaban el trigo venido desde el interior. Aunque posteriormente la actividad triguera decae por problemas de mercado y agotamiento del suelo a finales del siglo XIX, y gracias a ello, Tomé experimenta un temprano desarrollo industrial y se orienta principalmente a las empresas textiles.

Es en este escenario, que el empresario Guillermo Gibson Délano fundó la primera fábrica llamada Fábrica de Paños Bellavista en 1865, estableciendo el inicio de la industrialización textil en la zona. Inicialmente, la fábrica producía sacos para sus molinos de harina, utilizando lana de ovejas provenientes de la Patagonia chilena y argentina (Cartes, Luppi y López, 2012; León 2018; Memoria Chilena, 2024).

Para 1872, la planta contaba con 155 trabajadores y la producción incluía cerca de 1200 metros de paños finos y otros de uso común, como franelas, mantas y colchas, fabricados con materias primas nacionales y lana argentina. En esta etapa, más del 60% del personal estaba compuesto por mujeres, quienes recibían una remuneración inferior a la de sus compañeros varones, mientras que el trabajo infantil era una práctica extendida, como ocurría en buena parte de la industria nacional de la época (Cartes, Luppi y López, 2012).

A lo largo de su historia, la fábrica pasó por diversas administraciones, incluyendo a Augusto Kaiser en 1879, periodo en que se desarrolla la Guerra del Pacífico y la fábrica se convierte en proveedora de género usado para la confección de uniformes para el ejército. Y posteriormente Carlos Werner, quien en 1914 se convirtió en su único propietario y fue responsable de una serie de mejoras en la infraestructura y en las condiciones laborales de los trabajadores. Así, “en 1910, la fábrica ocupaba una extensión de tres cuerdas cuadradas. Tenía secciones de lavanderías de Lana, Tintorería, Cardería, Hilandería, Telares y además un taller de mecánica y otro de carpintería” (Cartes, Luppi y López, 2012, p. 39). Ya en 1923 tenía alrededor de 400 obreros y en 1934 tenía 700.

Otra de las empresas textiles que se instala en Tomé en 1932 corresponde a la Fábrica Ítalo-Americana de Paños, más reconocida como FIAP. Esta fábrica alcanzó un gran prestigio por la calidad de sus chalones y tejidos y al igual que otras empresas construyó una serie de viviendas para sus trabajadores. Asimismo, siguiendo una lógica de paternalismo industrial “se preocupó de proveer a sus trabajadores de Sala Cuna, Policlínico y de un Centro Cultural y Deportivo. Una Sala Teatro, de concreto armado, completaba su oferta cultural. Llegó a mantener en Coelemu una casa de reposo para su personal” (Cartes, Luppi y López, 2012; León 2018; Memoria Chilena, 2024). Sin embargo, la empresa cierra en 1979, rematando su maquinaria y abandonando las instalaciones.

Tras alcanzar su apogeo en la década de 1950, exportando productos de alta calidad a Europa y América Latina, la Fábrica de Paños Bellavista Tomé (nombre que había adoptado en 1923) comenzó a enfrentar un progresivo deterioro durante los años 60, a pesar de mantener el liderazgo en el mercado nacional. En ese contexto, fue adquirida por el Consorcio Yarur en

1963 y luego, en 1970, se convirtió en la primera industria expropiada por el gobierno de la Unidad Popular, lo que marcó un hito en la historia industrial del país. No obstante, la posterior apertura económica impulsada por la dictadura cívico-militar expuso a la fábrica a la competencia internacional, lo que agudizó su crisis. A pesar de algunos esfuerzos por salvarla –como su reconversión en unidad económica y la fusión con la Fábrica Oveja en 1982–, la nueva empresa Bellavista Oveja Tomé, ahora en manos privadas, no logró sostenerse en el largo plazo. Finalmente, en los años 90 aunque se intentó reimpulsar las exportaciones y desarrollar estrategias de marketing, finalmente, en 2007, presentó su solicitud de quiebra y cerró definitivamente en 2008, poniendo fin a una de las industrias textiles más emblemáticas del país. (Cartes, Luppi y López, 2012; León 2018; Memoria Chilena, 2024).

En las fábricas textiles de Tomé, las mujeres constituyeron una parte importante de la fuerza laboral, donde desempeñaron roles fundamentales en el proceso productivo. De acuerdo a Godoy, Díaz y Mauro (2009), las cifras censales, desde 1885 hasta 1907, la rama textil concretó el mayor número de ocupadas en “1885, 49,5%; 1895, 46,7%; 1907, 34,4%, y en las industrias de confecciones y textil, las mujeres representaron más del 80% de los ocupados” (p. 68) Sin embargo, sus condiciones laborales estaban marcadas por jornadas extenuantes, remuneraciones más bajas a las de sus pares masculinos y una segmentación de género que las relegaba a tareas consideradas menos calificadas (Memoria Chilena, 2024).

A pesar de estas limitaciones, las mujeres desarrollaron diversas estrategias de resistencia y organización. Por ejemplo, las trabajadoras textiles participaron activamente en movimientos sindicales y reivindicaciones laborales (Salazar y Pinto, 2003), desafiando tanto las normas patriarcales como las imposiciones del sistema industrial.

Por lo tanto, el impacto del cierre progresivo de las fábricas textiles fue profundo porque desestructuró las redes laborales y sociales que habían sostenido a la comunidad tomecina durante décadas. Según Yáñez (2020), la desaparición de la industria textil dejó a cientos de familias en condiciones de precariedad y vulnerabilidad, lo que evidenció la fragilidad de un

sistema económico dependiente de un modelo productivo centralizado y altamente vulnerable a los cambios estructurales.

No obstante, el declive de Tomé y Lota debe entenderse dentro de un proceso regional más amplio de reconversión productiva que mantuvo la presencia industrial en el Biobío, aunque de manera territorialmente diferente. Mientras cerraban las industrias textiles y carboníferas en estas comunas, desde mediados de siglo, surgían otras actividades industriales, como las forestales y pesqueras que se consolidaron principalmente en Arauco, Coronel y Talcahuano (Aliste, Contreras y Sandoval, 2012). Evidencia de ello son los cambios en la población económicamente activa empleada en la industria, que de acuerdo con los censos de 1940, 1952 y 1970 muestran una redistribución territorial del empleo industrial en la región. Mientras comunas como Concepción y Penco se reducen hacia 1970 (de 34,0% a 20,5% y de 31,1% a 15,3%, respectivamente), Talcahuano y Coronel presentan una tendencia inversa, con un aumento en la participación industrial (de 14,8% a 26,6% en Talcahuano y de 11,0% a 13,8% en Coronel). Este desplazamiento refuerza la idea de una reconversión productiva que no implicó desindustrialización regional, sino una relocalización del aparato industrial hacia otros polos del Biobío, acompañada además por un crecimiento sostenido del sector servicios en las principales comunas urbanas.

3.6.1 Lota y la industria del carbón

Lota también es parte de la Provincia de Concepción y está ubicada a 39 kilómetros al sur de Concepción. De forma similar a Tomé y otros lugares de la región, desde mediados del siglo XIX y a lo largo de gran parte del siglo XX, su desarrollo urbano y social giró alrededor de una economía monoproduktiva basada en la explotación carbonífera. En palabras de León (2018):

Lota, sitio de asentamiento indígena, emerge en forma espontánea como pueblo con el surgimiento de la industria del carbón. Luego de las primeras exploraciones y trabajos en Talcahuano, Andalién o Lirquén, los esfuerzos se concentran en las vetas más ricas y abundantes que florecen en Lota y se sumergen bajo el golfo de Arauco.

El oro negro impulsa una fuerte inmigración de sectores campesinos del resto de la región, del norte y sur del país, atraídos por la promesa de una riqueza súbita. (León, 2018, p. 89)

Esto configuró una comunidad obrera estructurada bajo un modelo paternalista, donde las empresas a cargo de las minas controlaron aspectos más amplios que solo la producción, y extendieron su influencia y regulación a distintos aspectos de la vida cotidiana. La investigación de Benedetti (2019), permite dimensionar el control empresarial ejercido en ámbitos como la vivienda, como el abastecimiento, la salud y la justicia local, además de la cuestión social que se desencadenó producto de las precarias condiciones de vida en los sectores más populares o el bajo pueblo. El acceso a la vivienda, por ejemplo, ilustraba con claridad esta relación de dependencia y a su vez de precariedad:

Esta problemática tuvo su manifestación más cruda en las llamadas “las camas calientes” la ocupación sistemática de una cama en función del inicio y término de un turno laboral; la vivienda en sí encerraba el dramatismo de la vida familiar minera: un espacio reducido, insalubre, el hacinamiento, la violencia y una tendencia a la promiscuidad. Las viviendas carecían de servicios como agua potable, luz o desagües, siendo empleado los patios como excusados. (Benedetti, 2019, p. 218)

Aunque los principales problemas de la vivienda minera en las primeras décadas del siglo XX estaban asociados a las condiciones de salubridad, un aspecto de mayor relevancia era el usufructo, porque eran propiedad de la empresa, siendo ello un elemento de control y sumisión de la vida de los trabajadores y sus familias. Benedetti (2019) sitúa en este escenario una expresión temprana de la cuestión social en Chile porque emergieron las primeras manifestaciones de resistencia obrera.

Si bien Benedetti afirma que estos levantamientos fueron espontáneos en este periodo y no tenían un programa reivindicativo sólido, afirma que “Habría que esperar hasta 1920 para que los mineros demostraran que la experiencia ganada en los conflictos de la primera década del siglo XX sería utilizada en la denominada ‘Huelga Larga’” (Benedetti, 2019, p.268).

Con relación a los antecedentes del control empresarial de las minas de Lota, Astorquiza (1942) documenta los primeros 90 de la Compañía Carbonífera e Industrial de Lota, detallando que los primeros trabajos de extracción de carbón en iniciaron en 1844 a manos de Juan José Arteaga y José Antonio Alemparte, propietarios de campos comprados a los indios en 1837. Y aunque el carbón parecía de buena calidad y se extraía de varias bocaminas, en los primeros años no existía máquina a vapor y bombas, por lo que los trabajos se hacían a mano y de forma rudimentaria. No fue hasta 1852, con la llegada de Matías Cousiño y auxiliado por Tomás B. Garland que la industria del carbón alcanzó un mayor desarrollo, dado por el envío de cargamento a distintos puntos del pacífico, incluida la Compañía Inglesa de Vapores, lo que generó mayor aceptación del carbón chileno. Con el paso del tiempo, se constituyó la Compañía Explotadora de Lota y Coronel, (1870-1904), la Compañía de Lota y Coronel (1905-1920), la Compañía Minera e Industrial de Chile (1921-1932) con capitales nacionales y extranjeros (Astorquiza, 1942).

No obstante, ya desde mediados del siglo XX comenzaron a evidenciarse tensiones estructurales en la industria del carbón, las razones era el aumento en los costos de producción, la competencia con otras fuentes de energía (como el petróleo), y la pérdida de competitividad del carbón nacional, situación que empujó al Estado chileno a intervenir. Así, en 1970, la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) pasó a ser propietaria de las acciones de Carbonífera Lota-Schwager S.A y en 1973 se formalizó la creación de la Empresa Nacional del Carbón S.A (ENACAR) (Empresa Nacional del Carbón, s. f.).

ENACAR aglutinó operaciones en Lota, Coronel, Curanilahue y Lebu, integrando progresivamente filiales como Pilpilco, Trongol y Victoria de Lebu, que quedaron bajo su control a partir de 1975 mediante decreto ley. No obstante, el proyecto industrializador comenzó a debilitarse durante la dictadura cívico-militar, cuando la liberalización del mercado, el consiguiente recorte del gasto público y la desregulación laboral configuraron un nuevo escenario económico adverso (Brito, 2018). A pesar de varios intentos de reconversión y tecnificación, ENACAR no logró revertir el declive y comenzó un proceso progresivo de cierre de operaciones. Finalmente, el 16 de abril de 1997 se decretó el cierre de las minas de Lota y Coronel, poniendo término a más de 150 años de historia minera en

la cuenca del carbón). Aun cuando algunas faenas continuaron por un tiempo en otras zonas, la empresa fue declarada en proceso de liquidación en 2013, concluyendo así su existencia jurídica y operativa tras décadas de profunda gravitación económica y simbólica en la zona sur del país (Empresa Nacional del Carbón, sf; Memoria Chilena, 2024.).

De acuerdo con Venegas (2011) –quien estudia las movilizaciones de los trabajadores del carbón–, la primera mitad del siglo XX la minería aportó el 90% de la oferta nacional. Sin embargo, la década de 1950 comienza con vaivenes por la baja producción en la explotación carbonífera lo que llevó a fusionar en 1960 las compañías más importantes, “anunciando el fin de la industria y con ello de una fuerza social, como los trabajadores, estratégicamente poderosa” (p. 112).

En definitiva, el descenso de la actividad industrial y la actividad económica en los mencionados territorios significó una transformación en las dinámicas laborales de sus habitantes. De acuerdo con Matus, Zúñiga y Pérez (2019), el cierre de las fábricas y el fin de un periodo paternalista, que había provisto hogares, servicios y espacios de socialización, desarticuló las relaciones sociales al interior de los barrios y los modos de vida asociados a los espacios productivos.

Entre los estudios que se destacan de las mujeres de Lota en este periodo, está el de Consuelo Figueroa (2010) y Claudia Maldonado (2022). La primera autora profundiza en el rol de las mujeres entre 1900 y 1930, en la construcción de la vida social y comunitaria, dando cuenta de la participación femenina en actividades productivas como el comercio informal y la organización de espacios colectivos como lavaderos y mercados, así como su presencia activa en hitos como la Huelga Larga de 1920, al tiempo que analiza cómo las empresas promovieron un modelo femenino subordinado al orden patriarcal e industrial. Por su parte, Maldonado (2022) examina los discursos de género difundidos y reforzados por la empresa a través del periódico *La Opinión*, estableciendo evidencia de cómo se construyó un ideal de mujer centrado en la domesticidad, el cuidado familiar y la obediencia, en línea y coherencia con el modelo paternalista que debía construir una identidad como madres cuidadoras y gestoras del bienestar familiar.

3.6.2 Educación femenina y profesionalización

En la revisión de la literatura, se observa que la historiografía chilena ha focalizado sus esfuerzos en estudiar y profundizar la primera mitad del siglo XX, y entre los temas que se abordan se encuentra la educación femenina profesional vinculada a los procesos de industrialización. Aunque no es el período en el que se focaliza esta investigación, se rescatan aspectos importantes que sientan las bases para lo que fue la integración de las mujeres al mundo fabril en las décadas sucesivas.

El proyecto elaborado por la Sociedad de Fomento Fabril en el año 1887, de acuerdo con Godoy (1995), fue una iniciativa que impulsó la organización de una educación práctica estatal dirigida a las mujeres. Esta institución, junto al Ministerio de Industria y Obras Públicas, establecía en su diagnóstico “la urgencia de preparar mano de obra nacional para el trabajo industrial” (p. 38), por lo que profesionalizar la mano de obra femenina era introducir el trabajo artesanal realizado por mujeres a la producción manufacturera.

Esta preocupación se tradujo en la creación de la primera Escuela Profesional en Santiago en 1888, y en 1900 la Escuela Profesional de Niñas de Concepción. Lo que registra Godoy (1995) en su investigación, es que esta no es solo la puerta de entrada a la educación sino también al trabajo femenino; fue un mecanismo para el traspaso de normas, símbolos y concepciones de lo femenino y masculino. Tras este análisis, asegura que la función presente en el curriculum de las escuelas profesionales contenía dos vertientes: una función comercial y una función moralizadora. En cuanto a la función comercial, consistía en métodos prácticos para enseñar a las mujeres a ganarse el sustento, y con relación a la función moralizadora, buscaba dotar de moral y dignidad a la conducta de las mujeres. No se debía perder de vista que las estudiantes debían “ser operarias responsables y decentes, sino también futuras madres y dueñas de casa, que deberían dirigir un hogar, educar a los hijos y acompañar a sus esposos” (p. 44). Los alcances fueron más allá de los fines económicos y laborales, pues también mantuvieron una fuerte orientación doméstica y se incorporaron cada vez más contenidos moralizadores.

Otro de los aspectos que destaca esta autora, y empalma con lo evidenciado por Brito y Vivallos (2011), es que muchas mujeres trabajaron remuneradamente desde sus hogares, modalidad que permitía armonizar el ejercicio de un oficio femenino sin descuidar a las familias y las labores asociadas a su cuidado.

En cuanto a la profesionalización de la mano de obra para insertarse en los procesos modernizadores, Brito y Vivallos (2011) realizan un cruce de los datos censales de la fuerza de trabajo y la matrícula en la Escuela Profesional de niñas de Concepción, que refleja la dificultad de la inserción laboral de las jóvenes por la escasa cantidad de establecimientos industriales. El promedio de la matrícula de la escuela fue de 253 estudiantes entre 1905 y 1930. Cabe señalar que a enseñanza práctica de la escuela comprendía principalmente trabajos manuales.

En definitiva, lo que asegura esta investigación es que la división sexual del trabajo se mantuvo con pocas modificaciones en el proceso de profesionalización femenina, y que este intento por formar mano de obra femenina calificada no obedeció a un esfuerzo real de insertarlas en el espacio laboral industrial, sino más bien se orientó a reproducir los patrones de género, desaprovechando el potencial de las mujeres (Brito y Vivallos, 2011).

3.6.3 Políticas estatales y empresariales: la intervención en la vida laboral y familiar

Tal como se mencionó en el apartado anterior, los enfoques y modelos que promovió el Estado repercutieron en las condiciones en que laboraban las mujeres. En ese sentido, tras la implementación del modelo centrado en la industrialización para la sustitución de importaciones, en las primeras décadas del siglo XX, el debate no se centró en la necesidad de proteger a las mujeres trabajadoras o regular sus labores, sino más bien en “acentuar una visión del hogar y el trabajo como dos ámbitos claramente diferenciados, donde mujeres y hombres debían dedicarse a tiempo completo respectivamente” (Godoy, Diaz y Mauro. 2009, p. 81).

En este período, el trabajo de las mujeres se caracterizó por los bajos salarios, la falta de regulación y las precarias condiciones en el ejercicio del servicio doméstico, comercios ambulantes y lavanderías (Godoy, Diaz y Mauro, 2009; Brito 1995). En el caso industrial, estas autoras rescatan dos estudios sobre la situación de las obreras en Tomé (Manríquez, 1935 y Welte 1941), que reflejan la mirada estereotipada sobre el ingreso de las mujeres a las fábricas en la que se cuestionaba su condición de madres y esposas, debido a que “la obrera no era abnegada con los hijos ni respetuosa con el marido” (p. 82).

Los oficios de carácter independientes, de acuerdo con Brito y Vivallos (2011), permitieron armonizar la maternidad y la jefatura de hogar, preocupación central del nuevo ordenamiento y estructura impulsada por el Estado y las empresas. Estos(as) autores(as), que se focalizan en la fuerza de trabajo femenina en Gran Concepción a partir de los registros censales entre 1895 y 1940, afirman que existió un paulatino descenso de la participación femenina en este período, alcanzando un 16% en 1940, cuando en 1895 era de un 33%. Una de las explicaciones plausibles a este fenómeno es que a medida que se consolida un proceso de proletarización en las familias populares, el salario masculino logró mantener a toda la familia. En cambio, la otra más aceptada por los(as) autores(as), se relaciona con la construcción y recolección de los datos, que no registraron los oficios femeninos debido a que los censos eliminaron gran parte de las labores informales que realizaban las mujeres, incluso al interior de los hogares y “es que es que los datos censales que se recogen a partir de 1930 difieren en sus objetivos y por lo tanto en su diseño” (Brito y Vivallos, p. 44).

En este contexto, el trabajo de las visitadoras sociales fue vital para la implementación de las políticas sociales impulsadas por el Estado dirigidas a promover modelos de familia, comportamientos y actividades distinguidas para hombres y mujeres, siguiendo ideales de feminidad y masculinidad. Veían negativamente el trabajo remunerado femenino, porque desatendía las necesidades de los hijos y al marido. Además, estimulaba una peligrosa independencia (Godoy, Diaz y Mauro. 2009). Las visitadoras reorganizan el sistema productivo y reproductivo de la familia obrera industrial (Illanes, 2001).

Illanes (1999; 2001; 2007) por su parte, se ha centrado en el rol que desempeñaron las mujeres de clases altas católicas, posteriormente mujeres profesionalizadas y los profesionales de la salud en la intervención social del pueblo y en el proceso de articulación modernizadora, asegurando que el poder se instala sobre claves disciplinadoras e incluyentes del pueblo en el transcurso de la primera mitad del siglo XX. Sostiene que, entre el pueblo y las instituciones, se articula una mediación biopolítica (Foucault, 2007) de control social moderno, de reordenamiento de un sistema en crisis, para alcanzar una rearmonización social (Illanes, 1999), pues se esfuerzan en incorporar y adaptar a la mujer en la organización productiva. Esta concepción coincide con la idea de considerar el disciplinamiento como un componente necesario para el paso de una sociedad tradicional preindustrial a una contemporánea industrial, desde las elites, instituciones y estados (Mantecón, 2011).

Indica Illanes (1999) que un rasgo de la modernidad fue, precisamente, el fenómeno de la profesionalización de las visitadoras sociales, porque fue un campo de acción e intervención sobre los pobres, afirmando que se le dio un uso político al género femenino, en tanto fueron mujeres que se vincularon con otras mujeres de pueblo, relación que desencadenó contradicciones, tensiones y complejidades. Sin embargo, esta mediación y relación era necesaria para una hegemonía cultural y para la consolidación de un nuevo pacto social, tanto legal, educacional, como asistencial.

El giro histórico que realizan las clases dirigentes en la primera mitad del siglo XX, desde políticas excluyentes a políticas inclusivas del pueblo y las clases trabajadoras, afirma Illanes (2007), constituye estrategias para combatir la muerte corporal y el conflicto social para los fines del desarrollo económico. Ejemplo de aquello fue la creación de Gota de Leche en 1911 por el Patronato Nacional de la Infancia, una alianza privada y caritativa religiosa y de la ciencia, luego transformada en una institucionalidad asistencia con el fin de disminuir la mortalidad infantil (Illanes, 1999, p. 200). Se construyó y agenció una política social de revitalización popular, necesaria para reforma sociopolítica.

Asimismo, Moreno (2004) analiza un conjunto de discursos sobre las mujeres y el comportamiento femenino entre 1870 y 1920, sobre las funciones de su cuerpo y sexualidad

de los médicos, afirmando que “emergen nuevos referentes para la elaboración de un discurso personal de la mujer, complejizando el imaginario femenino, abriendo nuevos espacios que implicaron una redefinición de lo público y de lo privado, y colaborando a la construcción de una identidad femenina basada en la maternidad” (p.138). Señala, además, que con la reformulación que realizan estos agentes, junto a las políticas que emergen en relación con los cuidados y crianza de los niños, la maternidad acabó siendo más pública que privada, más política que social, por lo que las mujeres quedaron capturadas en un modelo hegemónico de feminidad indisoluble de esta actividad. Entonces, la familia nuclear termina por afianzarse como central en el ordenamiento social (p. 150).

En el caso del paternalismo industrial, concebida como políticas e implementación de una marcada intervención en los modos de vida y socialización de los trabajadores, sus familias y consecuentemente en las mujeres, Godoy (2015) afirma que aseguró la existencia de “mano de obra segura y altamente adiestrada” (p. 119). Este autor, que se centra en el paternalismo industrial y la construcción del espacio urbano específicamente en Lota durante la primera mitad del siglo XX, asegura que la política ya mencionada sobre la Gota de Leche —que buscaba alimentar a los hijos de los obreros en el período de Isidora Goyenechea—, fue un tipo de un paternalismo “cara a cara”, que posteriormente comienza a burocratizarse e institucionalizarse con la creación de una oficina de Bienestar Social, que instaló dispositivos de supervisión y control para las familias obreras (Godoy, 2015; Moyano, 2016).

En el caso de Tomé, Venegas y Morales (2017) afirman que la empresa textil Sociedad Nacional de Paños ayudó a estructurar hogares organizados en la tríada padre-madre-hijos, sobre la cual se fue consolidando el propósito empresarial de forjar en los operarios un sentido de “comunidad textil” (p. 286). Junto a ello, se implementó una familiarización del trabajo textil, que consistió en incorporar y retener a familias completas al interior de la fábrica, aprovechando los distintos niveles y diversidad ocupacional.

Lo cierto es que, con los procesos de desindustrialización y reconversión productiva, que comienzan en la región a partir de la década del 80 por la apertura hacia los mercados internacionales, estas dinámicas comienzan a desintegrarse y a afectar a las familias y

mujeres. En el período posterior al golpe, las fábricas son intervenidas y los trabajadores fuertemente reprimidos. Aunque en el caso de Tomé, en 1982 un empresario compra la fábrica, lo que da origen a la Fábrica Bellavista-Oveja Tomé. Los salarios comenzaron a ser más bajos y consecuentemente los trabajadores y sus familias se empobrecieron. Finalmente, la firma se declaró en quiebra en 2007. Situación similar ocurrió con la industria carbonífera de las minas de Lota, las cuales continuaron su funcionamiento hasta 1997, disminuyendo considerablemente la actividad productiva de ENACAR (Brito, 2018, p. 21).

4. MARCO METODOLÓGICO

4.1 Hipótesis

Por ser una investigación cualitativa de carácter comprensiva con alcances descriptivos, la hipótesis se sustenta más bien en supuestos orientadores, elaborados a partir de la revisión teórica e investigaciones previas en contextos históricos o temas similares.

En este sentido, se sugiere que, en el contexto del auge y descenso industrial en la Región del Biobío, la tensión entre las responsabilidades domésticas y las laborales llevó a las mujeres a elaborar, articular y negociar prácticas que trascendieron la división tradicional y convencional entre el trabajo productivo y reproductivo, así como a construir significados ambivalentes alrededor de estas prácticas. En este sentido, a pesar de las demarcaciones establecidas por las dinámicas capitalistas estatales e industriales asociadas al control paternalista a través de sus dispositivos de poder, se evidencia una interconexión y complementariedad entre ambas dimensiones y esferas, donde el trabajo de cuidados dentro del hogar emerge como un pilar invisible, pero necesario para respaldar y posibilitar el sostenimiento de la estructura y orden socioeconómico industrial de la Región del Biobío, particularmente en industrial textil de Tomé y carbonífera de Lota.

4.2 Pregunta de investigación

A partir de lo anteriormente expuesto, se desprende la siguiente pregunta de investigación:

¿Cómo experimentaron las mujeres trabajadoras de la Región del Biobío las tensiones y contradicciones entre el trabajo productivo y reproductivo durante el auge y descenso de la industrialización?

4.3 Objetivos

4.3.1 Objetivo general

Comprender las experiencias y estrategias de las mujeres trabajadoras de la Región del Biobío en la articulación de sus roles productivos y reproductivos, durante el auge y descenso de la industrialización, analizando las tensiones que enfrentaron y las dinámicas que desarrollaron en sus entornos laborales y familiares.

4.3.1 Objetivos específicos

1. Explorar los significados y percepciones que las mujeres trabajadoras otorgaron a sus roles productivos y reproductivos, durante el auge y descenso de la industrialización.
2. Reconocer los distintos factores, así como agentes que influyeron en las trayectorias personales, familiares y laborales de las mujeres trabajadoras.
3. Caracterizar las prácticas y estrategias que las mujeres trabajadoras desarrollaron para gestionar las tensiones entre el trabajo productivo y reproductivo.

4.4 Enfoque epistemológico

Esta investigación se desarrolla dentro del paradigma epistemológico cualitativo e interpretativo, con una orientación hermenéutica, construccionista y también feminista, dado que busca comprender, desde las voces de sus protagonistas, tanto los significados como percepciones, así como los factores y agentes que influyeron en las experiencias de las mujeres que desarrollaron a su participación en el trabajo productivo y reproductivo durante el periodo industrial en la Región del Biobío, particularmente en Tomé y Lota desde la segunda mitad del siglo XX. Como señala Denzin y Lincoln (2011), el enfoque cualitativo busca comprender cómo las personas interpretan y dan sentido a sus experiencias y realidades vividas, lo que permite explorar las voces, las historias y los contextos desde una perspectiva contextual y subjetiva.

El uso de un enfoque cualitativo hermenéutico (Dilthey, 1989; Habermas, 1998) es coherente con los objetivos de la investigación, porque se orientan a comprender las experiencias humanas como manifestaciones cargadas de sentido y situadas en un contexto histórico-social, y también porque cargan con un sentido ético de dar visibilidad a las experiencias que históricamente fueron marginadas del relato oficial, en este caso, particularmente de las mujeres que participaron en el ámbito industrial.

Al incorporar a este enfoque una epistemología feminista, se sigue el planteamiento de distintas epistemólogas feministas, tales como Fox Keller (1985), Harding, (1986; 2010) y Maffia (2020), quienes argumentan que las epistemologías feministas no solo se interesan por describir y comprender la realidad de las mujeres, sino también por cuestionar las relaciones de poder que han influido en la producción de conocimiento, poniendo en evidencia y desafiando las estructuras patriarcales que han moldeado históricamente el desarrollo de las ciencias. De esta manera, este enfoque busca dar espacio a los diversos puntos de vista de las mujeres y validar sus experiencias como fuentes legítimas de saber, tensionando así las narrativas hegemónicas que perpetúan la desigualdad en estos procesos. Como afirma Harding (2010), las epistemologías feministas “intentan ambiciosamente trazar el mapa de las prácticas del poder, de las maneras en que las instituciones dominantes y sus marcos conceptuales crean y mantienen relaciones sociales opresivas” (p. 51).

En el caso de esta investigación, esto implica reconocer que el trabajo, tanto en su dimensión productiva como reproductiva, de las mujeres ha sido históricamente subvalorado en los relatos económicos y sociales oficiales. Frente a ello las epistemologías feministas han desarrollado marcos, herramientas y categorías analíticas para problematizar y visibilizar estas tareas y su contribución. Así, el conocimiento sobre esta materia puede y debe construirse desde las experiencias, subjetividades y narrativas de las propias mujeres involucradas, así como desde una experiencia colectiva, donde se reconozcan las interconexiones entre sus historias individuales. En esta discusión, es necesario incorporar la noción de “conocimiento situado” desarrollado por Haraway (1991), el que se refiere a la idea de que todo conocimiento es producido desde una ubicación particular y, por lo tanto, está influenciado por los contextos sociales, culturales y políticos que lo atraviesan. Esta

perspectiva implica concebir que la objetividad científica es, en definitiva, una objetividad encarnada y que “solamente la perspectiva parcial promete una visión objetiva” (Haraway, 1991, p.326). De esta manera, se desafía la idea de neutralidad y se comprende que la objetividad científica, desde una vertiente de la epistemología feminista, significa conocimientos y miradas situadas. Aplicado a la presente investigación, el conocimiento que surge de los relatos de las mujeres sobre su vida debe entenderse como un conocimiento situado –localizado, encarnado y parcial– que permite, además de rescatar experiencias, desentrañar estructuras de poder y dinámicas sociales, culturales, productivas e industriales del Biobío en el periodo estudiado.

Este enfoque epistemológico supone también reflexión crítica sobre la relación entre teoría y empiria, en línea con los planteamientos de Gibbs (2007), Baeza (2002) y otros autores(as), quienes sostienen que teoría debe construirse a partir del campo y ser sensible a las categorías y experiencias de los propios actores. En este marco, los aportes de Scott (1990) sobre el género como categoría útil de análisis y Ferguson (2020) sobre la reproducción social, contribuyen a identificar cómo se construyen y negocian las fronteras entre el trabajo productivo y reproductivo en su cotidianeidad.

Siguiendo la propuesta de Guber (2005), se privilegia la interpretación de las narrativas desde las categorías de sentido de las propias mujeres, evitando imponer marcos analíticos que diluyan o sustituyan sus voces. Esto cobra especial relevancia tratándose de mujeres trabajadoras cuyas experiencias han sido subordinadas a lecturas que perpetúan su invisibilización, cuando han tenido agencia y protagonismo en la construcción de sus vidas y comunidades. En sintonía, Spivak (2003) sostiene que es necesario que los y las sujetas subalternas puedan narrar sus experiencias en sus propios términos y que el investigador evite hablar “por” ellos o ellas.

Blázquez (2010) añade que una epistemología feminista debe atender cómo se representa a las mujeres en la producción de conocimiento y restituir la agencia históricamente negada. Por ello, esta investigación promueve un diálogo entre las interpretaciones analíticas y las

narraciones, procurando que las categorías del marco teórico no desatiendan el campo semántico que las mujeres trazan con sus propias palabras.

Este dilema de la representación atraviesa toda investigación cualitativa. En consecuencia, aquí se consideran no solo los enunciados verbales, sino también gestos, silencios, modulaciones y otros elementos no verbales que integran la narración, para no desanclar la palabra de su situación comunicativa (Conde, 2010). La interpretación se rige por una atención situada al contexto, coherente con la propuesta de Guber (2005) sobre la necesidad de una lectura sensible a prácticas, escenarios y relaciones en el trabajo de campo.

Finalmente, se asumen las implicancias éticas de una investigación que busca poner en el centro experiencias ausentes del relato sociohistórico industrial de la región. Como plantea Haraway (1991), se reconoce el propio contexto de producción del estudio y los sesgos posibles en la interpretación, asumiendo la reflexividad de quien investiga como parte del método.

4.5 Diseño metodológico

La presente investigación se enmarca en un enfoque metodológico cualitativo, el cual resulta ser el más adecuado para aproximarse a las experiencias de las mujeres trabajadoras en el periodo industrial de la Región del Biobío. Este enfoque cualitativo permite no solo describir los fenómenos, sino interpretarlos y comprender sus múltiples dimensiones, considerando el contexto histórico, social y cultural en el que se desarrollan. De acuerdo con Balcázar et al. (2013), las metodologías cualitativas son idóneas para abordar fenómenos complejos, ya que buscan desentrañar los significados que las personas otorgan a sus vivencias cotidianas.

Taylor y Bogdan (1994) afirman que la investigación cualitativa “se refiere, en su más amplio sentido, a la investigación que produce datos descriptivos, es decir, las propias palabras de las personas, habladas o escritas, y la conducta observable” (p. 20). Este enfoque metodológico ofrece la flexibilidad necesaria para acceder a las narrativas profundas de las mujeres que trabajaron en fábricas, comprendiendo así cómo construyeron sus identidades

laborales y familiares en un contexto de industrialización que marcó sus vidas y el desarrollo económico y social de sus comunidades.

Para ello, se utilizará como método principal el enfoque biográfico, reconocido por su capacidad para captar una dimensión temporal importante de la experiencia de vida. Según Pujadas (1992), el método biográfico puede ser conceptualizado como un enfoque metodológico, una técnica y un procedimiento de investigación. Este método permite una inmersión profunda en el universo de las relaciones sociales primarias, facilitando el análisis de cómo las mujeres experimentaron, narraron y dieron sentido a sus roles productivos y reproductivos en el marco de la industrialización. Al utilizar este enfoque, es posible examinar no solo las dinámicas laborales, sino también las relaciones familiares, la sociabilidad y las estructuras de poder que atravesaban sus vidas cotidianas. Una de las ventajas del método biográfico es la capacidad para entregar una visión holística de las transformaciones que afectaron tanto a nivel individual como colectivo. Tal como destaca Pujadas (1992):

[...] nos introduce en profundidad en el universo de relaciones sociales primarias. A través del relato de vida podemos desplazar el foco de análisis hacia las relaciones familiares, hacia las pautas de formación y funcionamiento de las relaciones de sociabilidad, hacia las relaciones entre compañeros de trabajo. Nos proporciona un control de las variables que explican el comportamiento dentro de un grupo primario [...] constituye el tipo de material más valioso para conocer y evaluar el impacto de las transformaciones, su orden y su importancia en la vida cotidiana, no solo del individuo, sino de su grupo primario y del entorno social inmediato (p. 45).

Este método o perspectiva, como lo considera Correa (1999), pone el acento en la interdependencia y complejidad de las relaciones humanas, rechazando al individuo aislado de sus determinantes. Además, establece que es un conocimiento compartido, gracias a la intersubjetividad de la interacción, por lo tanto, en una condición epistemológica, involucra también a quien investiga. Asimismo, sostiene Baeza (2002), “las historias de vida tienen como fundamento principal la idea de que las personas puedan efectuar un trabajo sobre su

propia memoria para así lograr reconstituir sus propias vidas mediante un relato *in extenso*” (p. 77). Este método requiere de una construcción cronológica desde la primera infancia, pasando por la adolescencia hasta el recuerdo más reciente, lo que requiere que varias sesiones prologadas y debidamente registradas.

Junto a ello, la construcción discursiva que involucra las historias de vida debe considerar el momento en el cual se produce, el factor temporal y contextual es un elemento suplementario de subjetividad en la sujeta productora de la narración, en tanto influye en los modos y maneras en que construye y da sentido a su vida en un momento dado (Baeza, 2002, p. 83). Los sentidos subjetivos tienden a modificarse en el curso de la vida humana, porque los sometemos a numerosas reevaluaciones la propia existencia.

La elección de este enfoque metodológico está alineada con la necesidad de capturar las voces de un grupo social históricamente marginado en los relatos históricos y económicos oficiales, como lo son las mujeres trabajadoras de las industrias textiles y mineras de Tomé y Lota. Siguiendo a Baeza (2002), el enfoque biográfico permite recuperar y validar las experiencias subjetivas, al tiempo que reconoce su valor como fuente de conocimiento histórico y sociológico.

4.6 Población y muestra

La población de esta investigación está compuesta por mujeres que trabajaron en fábricas e industria durante el periodo industrial a partir de 1960 en las comunas de Tomé y Lota, ubicadas en la Región del Biobío, Chile. Estas comunas son representativas de la industrialización en el país en el siglo XX, siendo Tomé un epicentro de la industria textil y Lota de la minería del carbón. En este contexto, las mujeres jugaron un rol clave en las fábricas, tanto en el trabajo productivo como en el reproductivo, aunque su contribución ha sido históricamente marginada en los relatos sobre el desarrollo económico de la región.

La muestra de este estudio se definió de manera intencional y se seleccionaron mujeres que cumplieran con los siguientes criterios de inclusión:

- Ser mujeres que trabajaron en algún establecimiento fabril en las comunas de Tomé o Lota a partir de 1960.
- Residir actualmente en la Región del Biobío.

Finalmente, la muestra se compone de dos grupos.

- Mujeres trabajadoras de Tomé: Este grupo está conformado por mujeres que participaron, por un lado, en los talleres del proyecto Fondecyt regular 1140461, titulado “Industrialización, espacio y relaciones sociales. La industria textil, carbonífera y acerera en el 'Gran Concepción'. 1939-1973”, llevado a cabo en 2015. Estas mujeres trabajaron en fábricas textiles, como en la Fábrica de Paños Bellavista, la Fábrica Bellavista Oveja-Tomé y la Fábrica Ítalo Americana, y proporcionaron su testimonio sobre sus experiencias laborales y familiares. De este grupo, se seleccionaron cuatro historias de vida previamente transcritas, las cuales son utilizadas como fuentes secundarias para esta investigación. Estas mujeres representan el sector textil. Por otro lado, se decidió levantar una historia de vida más en Tomé, sumando en total cinco historias de vida.
- Mujeres trabajadoras de Lota: Este grupo incluye mujeres que se desempeñaron como trabajadoras en la Compañía Carbonífera de Lota, específicamente en la Empresa Nacional del Carbón (ENACAR), a partir de 1960. A diferencia del grupo de Tomé, las historias de vida de las mujeres de Lota fueron recolectadas de manera primaria mediante historias de vida. De este grupo se logró concretar dos historias de vida, debido a que hubo distintas dificultades para acceder a las mujeres, situación que se detallará en las limitaciones de este estudio.

El tamaño de la muestra son siete mujeres trabajadoras, lo que se considera para una investigación cualitativa de corte biográfico, dado que permite un análisis profundo y detallado de sus experiencias. Este número de participantes es suficiente para generar una comprensión rica y matizada de sus contextos individuales y las condiciones industriales, por la posibilidad de realizar un análisis en profundidad de las narrativas individuales.

A continuación, en la tabla 1 se detalla la muestra cualitativa considerada en esta investigación.

Tabla 1. Caracterización de la muestra

N°	Identificación	Comuna	Año de nacimiento	Ocupación o profesión	Lugar de trabajo	Año de ingreso
1	Entrevistada 1	Tomé	1939	Zurcidora Operaria Empleada	• Fábrica de Paños Bellavista • Fábrica de Paños Bellavista Oveja Tomé	1957
2	Entrevistada 2	Tomé	1933	Zurcidora Bordadora Revisión de paños	• Fábrica de Paños Bellavista	1952
3	Entrevistada 3	Tomé	1940	Zurcidora	• Fábrica de Paños Bellavista	1958
4	Entrevistada 4	Tomé	1951	Apresto Empaquetadora Vendedora en Salón de venta	• Fábrica de Paños Bellavista	1971
5	Entrevistada 5	Tomé	1940	Apresto	• Fábrica de Paños Bellavista	1972
6	Entrevistada 6	Lota	1954	Trabajadora social	• Empresa Nacional del Carbón (ENACAR)	1976
7	Entrevistada 7	Lota	1948	Asistente Departamento de personal	• Empresa Nacional del Carbón (ENACAR)	1972

Fuente: elaboración propia

4.7 Técnicas de levantamiento de información

Las historias de vida se obtuvieron mediante entrevistas semiestructuradas en varias sesiones, capturando las experiencias de las mujeres trabajadoras en sus propias palabras. Las entrevistas primarias realizadas en Lota y las historias de vida provenientes del proyecto Fondecyt 1140461, titulado “Industrialización, espacio y relaciones sociales. La industria textil, carbonífera y acerera en el 'Gran Concepción'. 1939-1973”, en Tomé constituyen el corpus principal de análisis. Esta técnica se seleccionó por su capacidad de captar en profundidad las narrativas y significados que las participantes otorgan a sus experiencias laborales y de vida, además de contextualizarlas en el marco histórico y social de la industrialización en la Región del Biobío.

Cabe señalar que en este caso se utilizan datos secundarios que no han sido analizados previamente, sin embargo, se incorporan a una investigación con nuevos objetivos y propósitos, dando un nuevo uso y generando nueva información (Sierra, 2001).

Sin desmedro de lo anterior, para enriquecer el análisis y el contexto de las mujeres consideradas en el estudio, se decidió revisar los archivos y fuentes primeras recopiladas en el marco de la ejecución del Fondecyt Regular N° 1200806 “Industrias y mujeres en el sur de Chile. Inclusión laboral y reproducción social (1940-1982)” y proveniente del archivo personal de la Dra. Gina Inostroza. De ellos, se seleccionaron los 20 expedientes de trabajadoras de la Fábrica de Bellavista Tomé y la Fábrica Ítalo Americana de Paños y un archivo correspondiente a un conjunto de documentos sindicales de Bellavista Tomé correspondientes al período 1947-1961.

4.8 Técnicas de análisis de información

Respecto a la información obtenida fue analizada e interpretada mediante una complementación entre un análisis de contenido (Baeza, 2002) y crítico discursivo (Conde, 2010) para alcanzar los objetivos propuestos en la investigación.

La complementación de ambos análisis permite, por un lado, reconocer y sistematizar lo que las mujeres dicen, ya sea acontecimientos, emociones y experiencias de forma descriptiva y objetiva (análisis de contenido), sino también en cómo lo dicen y por qué lo dicen (análisis crítico del discurso). En este sentido, el análisis crítico del discurso considera el carácter contextual y externalistas de las narraciones y los textos, identificando relaciones de dominación, poder y control manifestadas a través del lenguaje (Conde, 2010).

Este análisis siguió un enfoque polietápico y combinó métodos inductivos y deductivos para asegurar una interpretación rica y contextualizada de los relatos. Para esto se utilizó como apoyo el software Atlas.ti versión 23.3. lo que permitió un procesamiento sistemático y riguroso de los datos e información recopilada. Este software permitió la codificación y organización de las transcripciones de las entrevistas realizadas para las historias de vida, permitiendo generar categorías emergentes que respondieran a los objetivos de la investigación. A continuación, se detallan los pasos realizados.

1. En primer lugar, los audios de las entrevistas en distintas sesiones fueron transcritos íntegramente.
2. En segundo lugar, se realizó un análisis preliminar en Atlas.ti siguiendo una lógica inductiva para identificar y crear códigos emergentes. Este análisis inicial buscó capturar elementos relevantes del discurso de las entrevistadas sin categorías predeterminadas.
3. En tercer lugar, se revisaron los códigos emergentes identificados en el análisis preliminar y se contrastaron con las categorías teóricas vinculadas al marco teórico y conceptual. Este paso permitió integrar tanto una lógica inductiva como deductiva, con el propósito de que los códigos fueran consistentes y coherentes con los objetivos de la investigación y el marco teórico construido. De esta manera se redujeron, agruparon y conceptualizaron de mejor manera las categorías del análisis preliminar. Cabe destacar que, cada relato fue analizado de manera idiográfica, es decir centrada en cada participante, para garantizar una interpretación detallada y respetuosa de las narrativas individuales.

4. En cuarto lugar, a partir de la codificación, se agruparon los hallazgos en categorías temáticas, las cuales permitieron estructurar los resultados en torno a la centralidad de las fábricas en la vida cotidiana, las relaciones sociales, las dinámicas laborales, las tareas productivas y reproductivas, las experiencias subjetivas y las percepciones de las mujeres en los contextos industriales de Tomé y Lota, además de otros temas que resultaron relevantes de incorporar en la investigación.

Esta forma estructurada y en etapas, permitió combinar una mirada inductiva y flexible con el rigor analítico, asegurando que las voces de las mujeres fueran el eje central del proceso de interpretación y análisis. Además, el uso de Atlas.ti favoreció la organización y orden de las citas y su trazabilidad.

Como consideración ética, cabe mencionar que el proceso de escritura de los resultados se consultó de forma complementaria a ChatGPT en su versión 3.5. En particular, se consultó cómo estructurar los distintos códigos en una malla temática coherente para desarrollar los capítulos, cómo mejorar algunos títulos y también para mejorar la redacción de algunos párrafos que resultaban confusos o que su lectura no resultaba fluida. No obstante, escasas sugerencias se adoptaron, principalmente por lo inorgánico y excesivamente mecanizado de la redacción, que no se ajustaban al estilo y tono de esta investigación, la cual está centrada en analizar y rescatar las sutilezas y matices del lenguaje.

4.9 Limitaciones

El proceso de investigación enfrentó algunas limitaciones principalmente en el desarrollo del trabajo de campo y el acceso a fuentes documentales relevantes para complementar, triangular o realizar un análisis más profundo y que permitiera un panorama más completo. Una de las principales dificultades fue el acceso a la muestra de mujeres trabajadoras de Lota que se desempeñaron en la Empresa Nacional del Carbón (ENACAR). La escasa disponibilidad de registros formales y accesibles dificultaron la identificación y contacto con las participantes que cumplieran con los criterios definidos para la muestra, sumado a que esta industria fue esencialmente masculina y los mismos habitantes de Lota les costó

reconocer a mujeres que se pudieran haber desempeñado como trabajadoras. A pesar de haber hecho un acercamiento y vínculo a través integrantes de la Mesa Patrimonial de Lota y lograr establecer contacto con dos trabajadoras, el resto no contestó y una declinó participar de la investigación por razones personales.

Adicionalmente, se presentó un obstáculo importante relacionado con el acceso al archivo documental e histórico de ENACAR, actualmente en construcción y bajo la administración del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural y Corfo. A pesar de múltiples intentos por acceder a esta fuente primaria, incluyendo el envío de solicitudes formales por correo a la consultora que está a cargo de su catalogación y traslado al lugar que alojará la documentación, sumado a la participación en talleres vinculados al proyecto de construcción del archivo realizados en 2023, no fue posible obtener acceso al archivo en el marco temporal de esta investigación.

Estas limitaciones llevaron a depender exclusivamente de historias de vida, tanto recopiladas durante el Fondecyt 1140461, titulado “Industrialización, espacio y relaciones sociales. La industria textil, carbonífera y acerera en el 'Gran Concepción'. 1939-1973”, llevado a cabo en 2015, así como de los testimonios que se lograron recabar de manera primaria en Tomé y Lota entre 2022 y 2024. Si bien estas fuentes resultaron valiosas, el acceso restringido a información documental de ENACAR limitó la profundidad del análisis en lo que respecta a las normas, tareas y estrategias laborales o sociales, que podían estar en las fichas personales o documentos laborales de esta empresa en particular.

No obstante, se tomaron decisiones metodológicas para mitigar estas limitaciones, como la revisión de otras fuentes secundaria. Esto permitió enriquecer el análisis y contextualizar las experiencias de las mujeres trabajadoras en los sectores industriales estudiados, con la finalidad de asegurar la validez y relevancia de los hallazgos.

5. RESULTADOS

La distinción entre el trabajo productivo y el trabajo reproductivo, como se sustenta en el marco teórico, ha sido históricamente una de las principales formas de organizar el mundo del trabajo y estructurar la vida social en clave de género.

En el caso de las mujeres entrevistadas y de otras mujeres de su entorno que participaron activamente en la industria textil de Tomé y la industria extractiva de carbón de Lota, esta división no solo moldeó sus trayectorias de vida, laborales y familiares, sino que también configuró sus sentidos de pertenencia e identidad que se mantienen hasta hoy. Para ellas, el trabajo productivo, ejercido en dichos espacios, significó una fuente de desarrollo personal, reconocimiento y progresiva autonomía. A través de él, muchas mujeres no solo lograron llevar el sustento para sus hogares, sino que también accedieron a espacios de sociabilidad, organización y movilidad social que incidieron y transformaron sus trayectorias vitales.

Sin embargo, el trabajo reproductivo, asociado al cuidado de hijos e hijas, del hogar y a las tareas domésticas, persistió como una dimensión central presente en sus dinámicas cotidianas. Así, las mujeres enfrentaron una doble carga de responsabilidades, sin fronteras definidas, donde ambas formas de trabajo, lejos de presentarse como esferas separadas o excluyentes, se entrelazaron de manera compleja en las experiencias de las mujeres trabajadoras del Biobío de la segunda mitad del siglo XX.

En los siguientes capítulos se presentan y analizan los relatos que dan cuenta de dichas intersecciones, visibilizando las experiencias y los significados que las propias mujeres atribuyen a sus labores productivas y reproductivas en sus distintas dimensiones y componentes, las tensiones que emergen de su coexistencia y las estrategias que desarrollaron para conciliarlas en contextos marcados por el peso de los mandatos de género y las exigencias de las industrias.

5.1 La centralidad de la industria en el tejido social, las familias y el territorio

5.1.1 El caso de la industria textil de Tomé

Durante buena parte del siglo XX, las fábricas textiles de Tomé no solo organizaron la producción económica, sino que estructuraron una forma de vida que involucró a familias completas y definió las trayectorias laborales de hombres y mujeres de varias generaciones. Su influencia se extendía más allá de los muros de las fábricas, alcanzando a los hogares, las relaciones familiares y el territorio. Así, el ingreso a la fábrica era visto como una prolongación natural del camino seguido por madres, padres, abuelos o vecinos, de cierta forma como un destino esperable y deseable. De esta manera, la industria operaba como un espacio de reproducción social, donde se entrelazaban el trabajo, la cotidianeidad y los afectos.

Una de las entrevistada que ingresó a trabajar inicialmente como zurcidora la Fábrica de Paños Bellavista en 1957, evidencia esta reproducción intergeneracional de la mano de obra. Ingresar a Bellavista, era entendido como el camino predecible para quienes crecían alrededor.

Y la rutina era el boom, era en la fábrica porque no podían hacer otra cosa que entrar a la fábrica, los hijos del, de los trabajadores, todos en la fábrica. (Entrevistada 2)

Otra de las entrevistadas, quien también se desempeñó como zurcidora desde 1958, relata que ambos padres se desempeñaron en la Fábrica Nacional de Paños, su madre en peinaduría y su padre como mecánico de telares, lo que la conectó a temprana edad con la fábrica.

Mi mamá trabajaba en peinaduría y mi papá era mecánico de telares. Y por esa razón era su empleado. (Entrevistada 3)

De igual forma, otra trabajadora que se desarrolló como zurcidora y luego como empleada, reafirma esta participación familiar en la fábrica y detalla la participación de su padre y abuelo en la empresa.

Él era operario acá, como obrero en la clasificación lanas... mi abuelito también trabajó en transportes... antiguamente trabajaba en minas, todo eso le afectó con ese polvo, entonces tuvo que dejar de trabajar. (Entrevistada 1)

Pero el ingreso al mundo fabril no se restringía a vínculos familiares o más próximos. Una de las entrevistadas, que ingresó a Paños Bellavista en 1971, menciona que el deporte también funcionaba como vía de acceso al trabajo, actividad que también era impulsada por las empresas y permitía el ingreso de personas que no necesariamente vivían en la región.

Y como en esos años la empresa tenía hartas actividades deportivas y todas esas cosas que, a través de eso se vino a trabajar porque una cosa era participar, ya sea fútbol o básquetbol, box, lo que fuera, y le daban trabajo, entonces por eso mi papá se vino a trabajar a Bellavista. (Entrevistada 4)

Los jugadores que llegaban de otras partes a la fábrica, ellos, el mío trabajaba en almacén de paños, eh, eran más pitucos esos, los basquetbolistas, los futbolistas igual, pero todos llegaban a la fábrica. (Entrevistada 2)

El ingreso a la fábrica también tenía una dimensión de migración familiar dada por el desplazamiento campo-ciudad que caracterizó la mano de obra industrial en la primera mitad del siglo XX. Y en este contexto, la entrevistada recuerda cómo su madre junto a ella y su abuelo fueron las únicas personas de su familia que se trasladaron a Tomé, quedándose gran parte de su familia en Curanilahue.

Por parte de mi mamá ellos se quedaron en Curanilahue, ellos no se vinieron, porque mi mamá fue la única que vino, pero nadie más, solamente yo fui la única que seguí y mi abuelo, que seguimos en la empresa. (Entrevistada 4)

Durante el periodo de auge fabril, funcionaron en Tomé diversas unidades productivas, entre ellas la Fábrica Nacional de Paños, la Fábrica Ítalo Americana de Paños (FIAP) y la propia Bellavista, que más tarde absorbió parte de las anteriores. Pese a que estas fábricas compartían el mismo espacio territorial, sus trabajadoras percibían claras diferencias entre ellas.

No, no, nunca, era una industria aparte, jefes aparte, todo, todo aparte, sí.
(Entrevistada 1)

Tenía una amiga que vivía en la esquina, en ese tiempo, era de la FIAP, éramos amigas, sí, eh, pero poco, no, no conocía mucha gente de la FIAP yo. (Entrevistada 1)

La comparación entre fábricas también permite apreciar variaciones en el estilo de trabajo y las condiciones internas. Esta misma trabajadora que trabajó tanto en la Fábrica Nacional de Paños y también en la Fábrica Bellavista describe diferencias tanto en el nivel de exigencia de la empresa como en el ambiente laboral:

Acá [Nacional de Paños] era estricto... salvaban la tela. En Bellavista... si el machacón era muy grande, se marcaba con una campanilla roja para cortar la tela. Aquí [Nacional de Paños] era más difícil...pero allá [en Bellavista] era más relajado.
(Entrevistada 1)

Esta separación también tenía una dimensión que se expresaba en el territorio y que se reflejaba en la diferenciación de barrios a través de una puerta, en el caso de la FIAP y Bellavista

Había una puerta porque no se podían pasar los de la FIAP para acá ni los de acá para allá. (Entrevistada 1)

Todo lo mejor era para ellos, todo lo mejor, los sueldos eran buenos, las casas eran buenas, todo. (Entrevistada 1)

A pesar de estas diferencias, las fábricas compartían estructuras similares en términos de género y organización de la producción. En ambas, por ejemplo, en sectores como Revisión de paños predominaban las mujeres, mientras que en áreas como Maestranza e Hilandería predominaban los hombres. Aunque una entrevistada menciona que recibían el mismo salario por realizar el mismo trabajo, los sueldos variaban según la sección en la que se desempeñaban.

Una trabajadora rememora que, a su llegada a Tomé en 1940 con alrededor 7 años, el sector de la fábrica estaba desprovisto de edificaciones y lo describe como un lugar con vegas y árboles antes de que comenzaran a construirse las casas para los alemanes.

Yo llegué el año cuarenta, eso eran puras vegas, árboles y después empezaron a edificar. (Entrevistada 2)

El fundo se extendía desde el puente hasta los bosques de Tomé, con viviendas, huertas y cultivos de papa, trigo, choclo y porotos, una parte de la cosecha abastecía a las familias y otra se vendía a bajo costo a través planillas.

Todo este sector se plantaba de papa, trigo, choclo, o sea el maíz, porotos, se cosechaba todo. (Entrevistada 2)

En este contexto, una de las entrevistadas recuerda el trabajo de su padre, quien desde los 12 años trabajó en Molinos Collén, donde se procesaba trigo para exportarlo y que también fue parte del impulso industrial de la zona.

Tenía que transitar todos los días, ir y volver. Y cargaba el viejo a los 12 años saco de 80 kilos. Por eso que fue medio, lo voy a decir como medio bruto con nosotros porque pensaba, y él quería hombres porque a lo mejor para enseñarle lo mismo. (Entrevistada 3)

Adicional a esto, distintos testimonios permiten delinear con nitidez la complejidad en la vida social impulsada por las fábricas de Bellavista, construido a partir de un sistema de bienestar paternalista con infraestructura que cubría necesidades asociadas a la alimentación, salud, educación y recreación a través de servicios como el economato, el consultorio con maternidad, el colegio, la panadería, el casino y hasta Carabineros, todo dependiente de la empresa.

Tenían el economato que también, Carabineros que también dependía de la empresa, el consultorio, tenían una maternidad que dependía de la empresa, o sea el casino, el

colegio, el colegio hasta el año 70 dependía totalmente de la empresa. (Entrevistada 2)

Uno igual veía las cosas que se hacían, conversábamos el otro día, de la panadería, el economato, que eso estuvo hasta no sé qué año, 90, 80... el 80 y tanto quebraron las cooperativas donde yo pedí las cosas, unas cosas quebraron, pero eso estaba antes, todas esas cosas estaban en el tiempo de los alemanes. (Entrevistada 2)

En el caso de Carabineros, se describe la presencia de un cuartel ubicado en el barrio, construido y sostenido por la fábrica, que reforzaba el orden y control empresarial.

Había mucha vigilancia, si había un cuartel de Carabineros aquí arriba, tal, arribita de la iglesia, también, sí. (Entrevistada 1)

5.1.2 La industria carbonífera de Lota

El vínculo de los trabajadores con la empresa carbonífera en Lota también trascendía lo intrínsecamente laboral. Al igual que en Tomé, la inserción al trabajo industrial se producía muchas veces, como una continuidad generacional naturalizada por la comunidad. Las trayectorias laborales de los habitantes de Lota, en particular de los hombres, quienes fueron mayoría en esta industria, estaba muy marcada y definida. La mina era un destino compartido entre padres, hijos, tíos y abuelos. Así lo recuerda una de las entrevistadas, quien inició su trayectoria laboral como asistente social en ENACAR en 1976 y tenía acceso a las fichas de los trabajadores.

Eran familias ponte tú, mira, en los listados, si tú en uno listado lo colocas... Los filtras por apellido ponte tú, te van a aparecer, qué sé yo, Reinoso, Reinoso, Reinoso. Pascal, Pascal, Pascal, o sea, abuelo, tío, padre, los hijos. (Entrevistada 6)

En el caso de otra entrevistada que ingresó a trabajar en el Departamento de Personal de ENACAR en 1972, menciona que su vínculo con la empresa se da por su padre, quien ya tenía una trayectoria en la mina como secretario de la Superintendencia.

Toda mi familia era de Lota. Todos trabajaron en la compañía carbonífera Lota-Schwager [...] mi papá era secretario de la Superintendencia de Minas. (Entrevistada 7)

También detalla que el resto de su familia extendida, eran trabajadores obreros de Lota.

Sí todos empezaron como obreros. Uno solo trabaja en Huachipato. Todo los demás eran trabajadores de Lota. Y por parte de mi mamá, mis dos tíos fueron trabajadores de Lota. Tú sabes que la mayor parte de la gente de Lota fue de izquierda. Yo creo que fue más porque sufrían mucho, las condiciones de vida, todo. (Entrevistada 7)

Asimismo, nació en Lota, en los pabellones que estaba destinados a los mayordomos, lo que ilustra este destino familiar compartido de Lota.

Yo nací en el pabellón que se llamaba el pabellón de los mayordomos. Después de eso viví, en esas casas grandes, todavía están, pero ya no la tienen, no las tienen bien cuidadas. (Entrevistada 7)

Respecto a los trabajadores lotinos, existió una llegada masiva de trabajadores bajo un mecanismo denominado enganche, especialmente hacia fines de los años cuarenta, lo que da cuenta del fenómeno estructural que motivó la migración de muchas familias que se integraron y quedaron trabajando en la mina.

Llegó mucha gente en el año 47 [...] la empresa tenía bastantes trabajadores de extracción campesina. Para las grandes huelgas que hubieron, la empresa iba y te traía gente [...] trenes los traían [...] entonces mucha gente se quedaba trabajando acá porque en la empresa les daban casa, habían beneficios, que se yo, entonces se quedaban. Entonces hay mucha gente, digamos, con apellidos mapuche. Sobre todo el sector de Arauco, de Arauco, de Lebu, mucha gente, digamos, que llegó en esos años. Y se daba mucho lo que tú dices, digamos, que en la familia continuaba. Era como una herencia, digamos (Entrevistada 6)

De esta manera, el sentido de pertenencia era tan profundo que muchas personas pasaban la mayor parte de su vida al interior de Lota, sin necesidad ni deseo de salir de ese ecosistema productivo, económico y social articulado por la empresa. La vida en Lota se contenía a sí misma, con servicios, redes y dinámicas propias.

Los trabajadores, en esos años, ponte tú en los años 80, casi no salían de Lota. Yo me acuerdo casos, por ejemplo, que les decía, “ya pero tiene que ir a trabajar a Concepción, tal cosa”. “Es que yo solamente he ido a Concepción cuando me fui a inscribir para el servicio militar y cuando he ido al Hospital Regional”. Y de ahí no pasaba. (Entrevistada 6)

La empresa carbonífera al igual que la textil, también ofrecía una estructura de bienestar paternalista que respondía a intereses de control social y fidelización de la fuerza de trabajo y que también era percibida como una red de apoyo frente a situaciones de vulnerabilidad. El acceso a vivienda, salud, calefacción y servicios básicos estaba mediado por la pertenencia a la empresa, lo que afianzaba la lealtad de los trabajadores y sus familias.

Vivir en una casa de la empresa, no pagaban luz, no pagaban agua, se quebraba un vidrio iba la gente de población le colocaba el vidrio, te daban el carbón. Entonces había... Todo esto también te creaba... A la empresa igual le convenía tener al trabajador también siendo fiel con su empresa. Sí también, no era esto por ser buena gente nomás. El paternalismo nunca funciona así, digamos. Claro porque también así tú tenías al trabajador cautivo, y tenías al hijo, después. (Entrevistada 6)

Este testimonio también deja entrever la complejidad de un sistema que ofrecía soluciones ante problemas urgentes, como intervenciones médicas o urgencias familiares, a cambio de un mecanismo de descuento por planilla.

Si un niño tenía que operarse y no tenía plata, o sea, se tenía que operar igual. Se operaba... Al trabajador se le descontaba, no sé po', en cuatro años, cinco años, pero... O se le condonaba parte de la deuda, pero en ese sentido, digamos, había siempre una solución para los problemas de la gente. (Entrevistada 6)

5.1.3 Barrio, vivienda y vida comunitaria

El barrio emerge como un espacio central en las narrativas de las entrevistadas, siendo tanto un lugar físico donde han desarrollado toda su vida como un espacio simbólico que valoran por su historia y lo que fue durante el periodo de auge fabril, que se caracterizó por la interacción comunitaria y las tradiciones allí compartidas. Observar esta dimensión resulta relevante porque es en este espacio, tanto físico como simbólico, en el cual desarrollaron su cotidianidad, relaciones y trayectorias vitales, y además, intervinieron una serie de políticas y agentes que influyeron en sus decisiones.

Las entrevistadas describen que este espacio ofrecía seguridad y de sus relatos se desprende un fuerte sentido de pertenencia cuando las fábricas e industria existieron, aunque también reflejan cambios drásticos que afectaron sus trayectorias y que se produjeron con el paso del tiempo, particularmente tras la dictadura y el cierre de las fábricas.

Acceder a una vivienda era un proceso estrechamente influenciado por la relación laboral que tenían trabajadores y trabajadoras con la fábrica y las dinámicas sociales se caracterizaban por la segmentación social. Según los relatos de las entrevistadas, las casas podían obtenerse de distintas maneras.

Durante las primeras décadas de funcionamiento de las fábricas, muchas viviendas eran asignadas a través de un sistema de arrendamiento vinculado al contrato laboral. Por ejemplo, se menciona que en Avenida La Torre, las casas consistían en piezas individuales dentro de un sistema de pasillos compartidos, con baños y lavaderos comunitarios.

Todo era colectivo allá, ir a lavar, esperar que se desocupara, había que esperar el lavadero para después yo ir a lavar. (Entrevistada 2)

Bajando el puente en Bellavista ahí estaban los lavaderos. Pasaba toda la gente y ahí lavaban. Ahí se agarraban algunas a palatazos porque uno paletaba la ropa pa que saliera todo. (Entrevistada 2)

Estas viviendas eran básicas porque carecían de baños y agua dentro de las casas, aspectos que en este entonces eran considerados como comodidades. No obstante, este ordenamiento espacial posibilitaba una interacción permanente entre las familias que residían allí.

Era un pasillo largo con piezas a los lados. Teníamos un pozo negro y para bañarnos usábamos la artesa en la pieza. No era como ahora, pero era lo que había y nos adaptábamos. (Entrevistada 3)

Aunque no había baño ni agua dentro, el espacio era nuestro. Lo manteníamos limpio y organizado. Era nuestro hogar. (Entrevistada 3)

Aunque hubo algunas familiares que, de manera autogestionada, lograron construir un baño en esos sitios, gracias a la colaboración de vecinos y con materiales adquiridos de forma particular.

Yo compré el material y el vecino hizo la obra de mano... las tres casas teníamos baño, más el agua en la casa. (Entrevistada 2)

Por ejemplo, la entrevistada que llegó en la década del 40 siendo aún niña, describe que llegó a un Tomé en formación.

Esto es Tomé Alto, el otro es Tomé. En Tomé, porque esto era cerro, era cerro esto, eh, yo no tengo la fecha, nunca me preocupe de la fecha de cuando nos vinimos para acá. Esto era puro cerro, puro cerro, aquí existía la fábrica y el colegio, nada más. Una fábrica de, de paños, de charlones, frazadas, todo lo que es esto. (Entrevistada 2)

Particularmente, otra trabajadora, sitúa en las décadas de 1950 y 1960 la definición de reglas para el uso de estas casas y se realizaba una supervisión constante por las asistentes (o visitadoras) sociales. Como eran consideradas una extensión del contrato laboral, la fábrica se preocupaba de su mantenimiento y su ocupación estaba bajo el control de la empresa.

Las asistentes sociales revisaban las casas, si encontraban algo desordenado o sucio, podían quitártela. Había una notificación, pero a la segunda ya te desalojaban. (Entrevistada 4)

No obstante, el proceso de postulación u obtención de las casas tenía más dificultades para las mujeres o madres solteras, quienes enfrentaban mayores trabas debido a que la prioridad eran las familias más grandes o trabajadores casados, solo en algunos casos excepcionales como tener familiares dependientes y de cuidado permanente, podían acceder a una vivienda.

Como era madre soltera, no me daban prioridad, pero al ver que tenía un hermano inválido y una mamá mayor, finalmente me aceptaron. (Entrevistada 4)

Las casas asignadas a los solteros eran distintas. Estas viviendas se limitaban a piezas dentro de una estructura compartida, con reglas específicas para su ocupación, y estaban generalmente dirigidas a hombres.

Había una casona con piezas para los chiquillos del básquetbol. Solo podían entrar hombres. (Entrevistada 3)

En los casos en los que matrimonios se formaban entre trabajadores que estaban en piezas para solteros, esta situación se mantenía así hasta poder acceder a una casa que fuera de la empresa.

Vivía, mi marido, en una pieza de soltero, tenían distintos turnos, tenía que estar ahí, estaban los hombres, tenía que ir al baño, era incómodo, antihigiénico. (Entrevistada 5)

En una de estas situaciones, un jefe directo intercedió con el jefe de personal para que pudiera tener una casa para su matrimonio, la cual recibió en 1967.

Vino un jefe que quería mucho, mi marido, y dijo, pero no puede ser que la tengas aquí [...] vamos a ir al tiro a hablar con el jefe personal para que te den una casa, al día siguiente ya tenía mi casita aquí para armar. (Entrevistada 5)

El sistema de vivienda establecido por la fábrica estaba organizado de forma que las casas solo se transferían en situaciones específicas, como la jubilación o el fallecimiento de un trabajador o trabajadora. En esos casos, los hijos que trabajaban en la empresa podían heredar la casa, aunque muchas veces debían compartirla con otros familiares.

Si un trabajador fallecía y los hijos estaban en edad de trabajar, ellos ingresaban y podían quedarse con la casa, pero tenían que arreglárselas con la familia que ya vivía ahí. (Entrevistada 4)

En una situación particular, una de las entrevistadas experimentó la muerte temprana de su esposo y un hermano le sugirió vender la vivienda, propiedad aún ligada a la industria. Ella se negó porque era parte de su historia y arraigo familiar.

Mi marido me dejó aquí y aquí tengo que ser. (Entrevistada 5)

Además, sostiene que se hizo responsable de pagar los dividendos hasta acogerse a la ley que transfería el dominio a las viudas que se mantenían al día con los pagos:

Nunca me atrasé. Yo siempre lo primero, aunque me faltara, mi dividendo era sagrado. Y vino esta ley de que se cancelaban la gente que estaba al día. (Entrevistada 5)

La ley mencionada se refiere a una normativa que, tras el Golpe Militar consistía en el desarrollo de proyectos habitacionales en colaboración con instituciones estatales como el Serviu, lo que permitía a los trabajadores la posibilidad de adquirir casas a través de un sistema de postulación, donde entre otras cosas se evaluaba el comportamiento previo de los trabajadores y trabajadoras.

La empresa regaló el terreno para la población y los trabajadores postulamos al Serviu. Los cortes de tela que nos daban como bono se contabilizaban como ahorro en nuestra libreta. (Entrevistada 4)

Este proceso de compra de las casas durante la dictadura lo reafirma también otra de las entrevistadas.

En el tiempo de Pinochet, estas casas se les dio la, la posibilidad de que cada uno las pagara, entonces cuando ya los quedaba poco, nosotros teníamos un poquito de plata, pagamos todo y nos salió más barata. (Entrevistada 1)

Esta posibilidad de compra no estuvo exenta de conflictos. La dictadura intentó revertir el acceso a la vivienda que había sido previamente garantizado por la fábrica, no obstante, la comunidad se organizó y lograron evitar esta situación.

Gracias, teníamos, habían contactos con, con gente que también era de Pinochet pero que era, no eran de esa gente de mente cerrada [...] entendieron que si la administración había regalado los terrenos era para los trabajadores. (Entrevistada 4)

A pesar de esto, existe buena valoración de las casas entregadas en este período, como las de la población Los Tilos, que se caracterizaban por una mejor infraestructura y comodidades modernas, lo que se traducía en una mejora en la calidad de vida de las familias trabajadoras.

Tener agua, baño y cocina dentro de la casa era como vivir en otro mundo. Antes todo estaba afuera. (Entrevistada 4)

Incluso con el apoyo de la empresa, muchos trabajadores y trabajadoras tuvieron que recurrir a ahorros personales, préstamos familiares o recordados sacrificios para cumplir con los requisitos necesarios para obtener una casa. A pesar de recordar estas dificultades, las entrevistadas mencionan que la obtención de una casa no era solo un logro personal, sino también un evento comunitario. Las entregas de viviendas se celebraban con ceremonias y reuniones vecinales.

Cuando entregaron las casas, vino un cura a bendecirlas, se hicieron fiestas folclóricas y procesiones. Fue un momento muy significativo para todos. (Entrevistada 4)

Al recordar el barrio y la vida comunitaria, emerge una de las figuras que jugaba un rol relevante en la organización y funcionamiento de las comunidades aledañas a la fábrica y era el Jefe de Población. Era esta figura la encargada de resolver necesidades o problemas que se dieran en las casas y en el barrio y era común que actuara como mediador en conflictos y actuaba en coordinación con la asistente social y el Departamento de Bienestar.

En caso de incidentes más graves, el jefe de población actuaba rápidamente para convocar a los involucrados a su oficina:

Sí, no, ella no andaba y el jefe de población también hacía lo mismo, podría ser él, pasaba cualquier cosa y el jefe de población llamaba la gente, a su oficina.
(Entrevistada 2)

El Jefe de Población también velaba por el acceso a servicios básicos, como agua y luz, que en muchos casos eran provistos directamente por la fábrica sin costo:

De que no hubieran [sic] problemas, que no hubieran [sic], lo que faltaba, eh, todo lo que podía necesitar, eh, la gente, sobre todo porque el agua ni la luz se cobraba si no había no. (Entrevistada 2)

El rol del jefe de población evolucionó con el tiempo y estuvo marcado por cambios en las administraciones de las fábricas. Pero según los relatos, su estructura se mantuvo desde la época de los alemanes hasta la llegada de Yarur, lo que evidencia la importancia de este cargo en el sistema industrial y control paternalista.

Asociada también a los mecanismos de control de la fábrica, algunas de las entrevistadas mencionan la existencia de una señal que consistía en el sonido de un pito que marcaba el inicio y términos de los turnos y las jornadas laborales, pero que también se extendía a la vida comunitaria y definía rutinas familiares, inclusive regulaba los espacios de juego y permanencia en las calles.

A veces salíamos a jugar y ya, a veces tocaba el pito de las diez, porque tocaba un pito a las diez. (Entrevistada 1)

Nosotros nos entrábamos, sabe usted que poco menos que vestidos no nos acostábamos, que no nos encontraran en pie, era como un pecado que, que nos encontraran en pie a las diez de la noche, no, eso no. (Entrevistada 1)

De esta forma, las comunidades alrededor de la fábrica estaban conectadas y articuladas por una estructura paternalista que en su dimensión barrial, vecinal y comunitaria fortalecía el sentido de cohesión entre los trabajadores, trabajadoras y sus familias. Así, desde los juegos infantiles hasta los encuentros religiosos y sociales, se desarrollaban en un marco de proximidad e interdependencia, lo que incluso se mantiene hasta hoy.

Aquí es pura gente conocida porque trabajábamos en la empresa, entonces todos nos conocemos. (Entrevistada 4)

Las actividades culturales y recreativas formaban parte integral de la vida en el barrio, por lo que recuerdan las entrevistadas. Se realizaban desde campeonatos deportivos hasta scouts y veladas folclóricas. Estas actividades eran organizadas con frecuencia por la fábrica.

Habían [sic] equipos deportivos de fútbol, de básquetbol [...] también fui boy scout. Cuando hacían campeonatos deportivos aquí mismo en la cancha participábamos con los clubes. (Entrevistada 4)

Existen distintas menciones respecto a que espacios destinados a ocio y socialización se construyeron bajo el periodo de la administración alemana. Estos incluían gimnasios, colegios y otros espacios para actividades recreativas y culturales.

El gimnasio, los boy scouts, los equipos de fútbol y básquetbol... todo eso se hizo durante el periodo alemán. También construyeron un colegio con un gimnasio muy lindo. (Entrevistada 4)

Había una brigada, eso era bonito y cada vez que ensayaban, ellos marchaban [...] yo me sentía tan feliz de ponerme en la colita de la brigada, porque me hacía la idea que yo también estaba y yo marchaba con la brigada. (Entrevistada 1)

Este estilo alemán también se caracterizó por la disciplina y control, extendiendo su influencia hacia la vida cotidiana de los trabajadores. Por ejemplo, había vigilancia en varios aspectos, incluyendo el comportamiento en las viviendas y la adherencia a las normas laborales.

Había vigilantes en todas partes, desde la playa hasta la empresa. Todo estaba controlado para evitar desórdenes, incluso en las áreas de los jardines y el río.
(Entrevistada 4)

Sin embargo, a pesar de estas restricciones, las entrevistadas recuerdan que existían condiciones para la vida comunitaria, lo que se explica por la falta de tecnologías, como la televisión, incentivando la participación en actividades al aire libre, como recolectar frutas silvestres, buscar leña.

No teníamos televisión, entonces uno tenía que salir al aire libre [...] todo eso era diversión pa' nosotros, ir a buscar leña, ir a la mora, ir a la mutilla, ir a los queules, cuando íbamos a buscar queules, ir a buscar piñas. (Entrevistada 4)

También la entrevistada 4 rememora que los vecinos y vecinas se organizaban para tener vigilancia nocturna en la población.

Se contrató un guardia, un vecino, como él vivía al frente, andaba vigilando toda la población en la noche. (Entrevistada 4)

A pesar de las restricciones y las dinámicas de control, los testimonios evocan una nostalgia por el orden y la calidad de vida durante dicho periodo, en contraste con los cambios que trajo el cierre de la fábrica.

Todo era más organizado y hermoso con los alemanes: los jardines, las instalaciones, las actividades. Ahora ya no se ve nada de eso, todo cambió. (Entrevistada 4)

El entorno que se extraña también facilitaba una red de ayuda que era fundamental, especialmente en un contexto donde los servicios y la movilidad eran limitados.

Aquí siempre había alguien que acudía si necesitabas algo, los vecinos eran como familia. (Entrevistada 4)

El cierre de la Fábrica Ítalo Americana de Paños (FIAP) en 1979 marcó un punto inicial y de quiebre en la vida comunitaria que se consolidaría con el cierre de Bellavista Oveja Tomé en las décadas posteriores. La llegada de nuevos vecinos y vecinas, que no estaban vinculados a la fábrica y la salida de muchas familias trabajadoras alteraron las dinámicas sociales. El sentimiento de comunidad se fue diluyendo, dando paso a una percepción de aislamiento y desconexión.

Antes era más hogareño, todos nos conocíamos [...] ahora ha llegado mucha gente que no trabajó en la fábrica, entonces ya no es lo mismo, es un ambiente más frío. (Entrevistada 4)

A pesar de los cambios, las entrevistadas expresan un arraigo profundo al barrio y reconocen que, aunque las relaciones han cambiado, aún persisten vecinos que le dieron vida al barrio y población obrera. Este arraigo se refleja en la decisión de muchas de ellas de permanecer en el barrio con sus familias.

Aquí sé dónde está tal cosa [...] aunque ya no es lo mismo, sigue siendo mi hogar. (Entrevistada 4)

Pero los vecinos en general acá son muy buenos. Todos son vecinos [...] 50 años, 60 años. (Entrevistada 5)

Aquí se hizo la población y aquí me vine yo a vivir con mis hijos [...] así que yo vivo feliz aquí con mi nieta y mi hija mayor. (Entrevistada 2)

En el caso de Lota, al igual que en Tomé, el barrio obrero estuvo configurado en torno a la actividad industrial y el acceso a la vivienda estaba directamente vinculado a la relación laboral con la empresa. De esta manera, se reproducía un sistema de control social y territorial que es recordado por una entrevistada que recuerda que su barrio, el campamento Minas del Carbón, se organizaba completamente en función de la rutina y los tiempos del trabajo:

Todas las casas de Minas del Carbón eran de la empresa, todos los que vivían ahí eran de la empresa. No había nadie que no fuera de la empresa. Si uno fallecía, la empresa desalojaba la casa. (Entrevistada 6)

Esta forma de tenencia de la vivienda condicionaba la estabilidad donde la permanencia en la vivienda estaba sujeta a la vida útil del trabajador. A ello se sumaba una estricta vigilancia y jerarquización entre barrios y casas dependiendo de a quienes estaban dirigidas, lo que se expresaba en diferencias de infraestructura entre secciones como Fundición, Chivilingo o Lota Alto.

Tú sabes que en Lota había casa para obrero, para empleados y para jefes. Eran tres tipos de casas diferentes. El obrero era una pieza arriba y la otra abajo. El empleado ya tenía su cocina, aparte, tenía su comedor, living no se llama así, se llama salita de espera, pero esas tres cosas estaban separadas. Tenía su patio, arriba tenían sus 3 dormitorios y un baño lo tenían abajo, pero un baño completo hasta con bidé que se usaban en esos años. (Entrevistada 7)

Al igual que en Tomé, las políticas habitacionales de la dictadura impulsaron un proceso de transferencia de viviendas que comenzó entre 1975 y 1977, cuando ENACAR creó la “Oficina Habitacional” y contrató personal del Serviu para hacer un catastro completo de las propiedades en Lota y otros enclaves mineros, lo que permitió iniciar el programa de venta de viviendas. Esta política de traspaso regulada incluía criterios como la antigüedad o el mérito de los trabajadores:

Entonces de todas las casas se indicaron, digamos, la empresa determinó el número que podía, digamos, desprenderse de las viviendas y empezó la venta de las casas. [...] Entonces las casas se vendían solamente a trabajadores o en el caso de, digamos, trabajadores fallecidos, viuda o hijo de trabajadores. (Entrevistada 6)

Así también durante este periodo, alrededor de 1974 se trasladaron algunas poblaciones y demolieron antiguos pabellones, en específico una población que era parte de Villa los Héroes.

En ese sector estaba lo que era el barrio Chiflón. Pero eran pabellones de obreros, que eran pabellones todos similares al 83, tres pisos, madera. Yo no lo alcancé a conocer eso, lo vi solamente en fotos, eran muchos pabellones, muy pobre, barro, sin baño. Entonces, cuando se hizo esa evacuación, esa gente se llevó todo a Lagunilla y [...] una población que se hizo en Lota. Eso fue un tremendo. Eso se hizo en el Gobierno militar. (Entrevistada 6)

El sentido de comunidad, sin embargo, trascendía esas segmentaciones. Las entrevistadas evocan una infancia y juventud marcadas por la cercanía con vecinos, además de las celebraciones, funerales y las cocinas abiertas entre casas que daban vida a los vínculos barriales:

La gente vivía muy en comunidad, viste tú que los pabellones, la estructura de los pabellones te permite, digamos, esta vida comunitaria, ya que tú sales afuera y claro, y tienes [...] que comparte que si yo, los niños, los juegos, todo, compartían el lavadero antes, compartían los baño, los hornos después ya cada uno tenía, el individual, pero la gente. Yo cuando recién llegué las cosas que me impactaron eran los funerales de los velorios. La gente se moría, una persona en un pabellón, en una casa, en un barrio, y la gente llegaba con plata, con sobres, con plata. Tenían un asunto plato donde la gente te dejaba plata, el pan, llegaban con canastos, con pan, con comida. Era muy de comunidad. (Entrevistada 6)

Además de ello, la otra entrevistada recuerda que existía un vínculo de confianza entre los vecinos que le permitían incluso confiar el cuidado de su casa o solicitar algo que necesitaran.

Había confianza con todos. Si uno no estaba, el vecino le echaba una miradita a la casa. O si uno no tenía pan, le pedía al lado. Era normal. (Entrevistada 7)

Esta red de apoyo y convivencia también se sostenía en la ocupación del espacio público, donde los juegos, las conversaciones y las actividades religiosas reunían a la comunidad. Las procesiones de San Lorenzo, patrono de los mineros, articulaban la espiritualidad con la pertenencia. El relato de una de las entrevistadas da cuenta de la cohesión de estas prácticas:

Cuando era la fiesta de San Lorenzo, se llenaba todo. Uno se vestía, salía con las velas, los bailes religiosos. Era bonito. (Entrevistada 6)

El cierre progresivo de la industria carbonífera tuvo un impacto directo en la vida de estos barrios. La pérdida del empleo, la migración de familias y el deterioro de las viviendas son recordadas como un quiebre en la estructura comunitaria. No obstante, en un reimpulso dado por la revalorización patrimonial posterior a 2010 donde se produjeron daños a raíz del terremoto, se mejoró el entorno la fachada de las casas.

Las casas estaban todas pintadas de colores grises [...] Se contrató un arquitecto que determinó los colores y se pintaron las casas [...] lilas, verdes, amarillas. (Entrevistada 6)

Es así como las entrevistadas insisten en que la memoria de esa vida compartida aún las acompaña y definen su arraigo con Lota.

Aquí me quedo yo, aunque ya no esté la mina, aquí fue mi vida. (Entrevistada 6)

Así, el barrio lotino no puede comprenderse sin la huella de la minería. La casa, el pasaje, la plaza y la capilla fueron escenarios de una existencia atravesada por el trabajo, pero también por una red densa de afectos, cuidados y resistencia femenina frente a las adversidades de un mundo industrial en reconversión.

5.2 Trayectorias de las mujeres trabajadoras

5.2.1 Infancia y educación formal de las mujeres trabajadoras

Los relatos recopilados bajo esta categoría permiten observar cómo la infancia y la educación formal de las mujeres se vio atravesada por doble condición de desigualdad: por una parte, la escasez económica limitaba el acceso y permanencia en la escolarización formal, y por otra, las expectativas vinculadas a los estereotipos de género establecían trayectorias predefinidas que orientaban a las niñas hacia labores domésticas o productivas desde

temprana edad. Es así, que la fábrica y el hogar funcionaban como espacios articulados por una lógica que subordinaba el interés y las capacidades de las niñas a mandatos familiares, sociales y de género, donde se consolidaba un patrón de reproducción obrera femenina que excluía el acceso a la educación. Sin embargo, algunos testimonios evidencian matices dados por resistencias, la subversión de estas prácticas y la apropiación parcial de estos mandatos, reconociendo así experiencias diferenciadas al interior de un mismo sistema que marginaba o excluía a las mujeres de algunos espacios.

En los relatos de las mujeres recogidos en Tomé, se mencionan dos escuelas en Bellavista, la Escuela Tres y el Liceo Vicente Palacios. Una entrevistada que nació en 1933, cursó los seis años básicos en un conjunto de “ranchitas” que hacían de escuela, al ingreso de Bellavista, y recuerda ese periodo como algo que le gustaba.

Estudiaba sola, me gustaba leer y todavía vivo leyendo. (Entrevistada 2)

Del mismo modo, otra trabajadora que también estudió en la Escuela Tres de Bellavista y luego en el Liceo Vicente Palacios, recuerda las rutinas, las actividades extracurriculares y también las responsabilidades que tenía en la escuela.

Buena, muy linda, era, teníamos tantas actividades que el día se nos pasaba volando, era clases todo el día sí, de las 9 hasta las 12 y después de 2 a 4, nos daban desayuno, allá en la escuela te daban almuerzo. (Entrevistada 4)

Igual los apoderados nos dictaban, por ejemplo, que fuéramos a pasar virutilla o a limpiar porque teníamos todas las salas tenían salamandra. (Entrevistada 4)

Asimismo, se observa que las actividades que le enseñaban a las mujeres tenían que ver con actividades consideradas esencialmente femeninas y una extensión de la esfera doméstica.

Nos enseñaban a cocinar, a tejer, se hacían unos trabajos preciosos, unas exposiciones a fin de año preciosas. (Entrevistada 4)

Para el caso de los hijos e hijas de los empleados se menciona la Escuela Normal, institución que formaba profesores antes de la creación de las universidades y estaba reservada para las familias con mayores recursos o en mejores posiciones jerárquicas de la fábrica.

No había otra y era muy poco lo, los hijos de los empleados si, casi, iban a la Normal.
(Entrevistada 1)

Eso era la, pero ellos tenían plata porque eran empleados o era el jefe. (Entrevistada 1).

En la reconstrucción de su infancia, una de las entrevistadas detalla un entorno marcado por la ausencia de juego y la escasez de afecto, además de responsabilidades tempranas. En particular, la historia de esta entrevistada fue la de una niña criada por sus tíos debido a la temprana muerte de su mamá y la imposibilidad de su papá de hacerse cargo de ella, por lo que desde pequeña su existencia quedó condicionada por el deber y por “pagar” lo que recibía, no de forma simbólica, sino mediante tareas concretas como el zurcido y el trabajo doméstico.

No, yo no jugué. No me dejaban jugar, no, no existe, yo era trabajar, tenía que pagar lo que recibía. (Entrevistada 2)

Maduramos todas a una edad que era muy temprana. Nueve años cuidando niños.
(Entrevistada 5)

En paralelo, ella expresó un interés y deseo por el continuar en la escuela, por buen rendimiento en la escuela. Pese a ello, su trayectoria educativa fue interrumpida de forma repentina y violenta por sus tíos.

Tenía buena memoria, era buena alumna, en esos años daban el libro Corazón a la mejor de la escuela, yo lo tuve, me los quemó todos, todo, todo, todos los quemó, mi certificado, todo. (Entrevistada 2)

De igual forma, en los otros relatos analizados, se observa que el acceso y continuidad de la educación formal estuvo condicionado por las dinámicas familiares y económicas. La decisión de interrumpir estudios recaía, muchas veces, sobre los padres y hombres adultos del hogar, quienes evaluaban su continuidad no a partir del desempeño escolar, sino de los costos y beneficio que tenía para el grupo familiar.

Después, terminé yo sexto aquí y me pusieron al liceo, no sé cómo, un año al liceo, un año, cuando quise entrar al segundo año, mi papá dijo no, no hay plata para que vaya al liceo, que vaya a aprender a coser como la hermana. (Entrevistada 1)

También su hermana mayor se vio afectada por la decisión de sus padres, quienes motivados por el temor y la sobreprotección, restringieron su desplazamiento hacia otros sectores de Tomé, lo que provocó que repitiera y finalmente dejara de estudiar.

Yo soy la menor y la otra hermana, sabe usted, eran cerrados los papás, aquí estaba hasta sexto, hasta quinto había y sexto había que ir abajo a la Escuela Superior. No, cómo va a ir abajo, después le puede pasar algo, que se yo, la dejaron que repitiera, que repitiera el sexto aquí, el quinto, para esperar el sexto, así eran de cerrados los papás. (Entrevistada 1)

Por su parte, otra entrevistada describe cómo la presión familiar operó de manera directa sobre su trayectoria escolar. Su madre, con la aprobación de su padre, la retiró del liceo a los 17 años para que ingresara a la fábrica.

Va y le dice, mi mamá, ‘anda a sacar a la niña del liceo para que se ponga a trabajar en la fábrica’. (Entrevistada 3)

No, mi papá era medio macuco aquí, pero era re cobarde para enfrentar. Porque tiene que haberle dado no sé, algo de ya estoy metiendo a mi hija y tan niña, y la saqué del liceo. Pienso, a lo mejor no tenía criterio el viejo, quizá no se le había metido el criterio, no sé si me sacó del liceo. La cuestión es que me puse a trabajar. (Entrevistada 3)

En estas decisiones se desprende una mirada instrumental de la formación, donde la educación formal se concebía como innecesaria y el camino deseable para una hija era aprender un oficio rápido y doméstico que fuese funcional a las necesidades familiares y aprender costura se transforma, en este caso, en la expresión concreta de esa mirada: una actividad que garantiza utilidad o beneficio inmediato, a pesar de contravenir los intereses de las mismas mujeres.

Si a mí no me gustaba coser, nunca me ha gustado coser ni siquiera los botones, hago un sacrificio. (Entrevistada 1)

De igual forma, el hermano de la entrevistada también corrió misma suerte que ella, ya que su hermano también desertó tempranamente para ingresar a trabajar a la fábrica.

Mi hermano mayor no fue al liceo, llegó hasta sexto que se llamaba y se puso a trabajar en la fábrica. (Entrevistada 1)

Esta temprana deserción del sistema escolar no solo afectaba el desarrollo individual, sino que, en muchos casos, conducía directamente a la incorporación de las mujeres jóvenes y también a hombres jóvenes al trabajo industrial. Para las mujeres, aprender costura o zurcido funcionaba como antesala de la inserción en la fábrica y al ciclo de reproducción de la fuerza laboral femenina en condiciones de subordinación.

Porque al llegar a la fábrica, ya, por interés del, del ganar ya no aspiraba y lo otro que no aspiraba a ser otra cosa y lo otro que no había oportunidad de estudiar. (Entrevistada 2)

La deserción escolar se repite en otros testimonios, pero en este caso con otro motivo: aliviar la carga económica que su madre enfrentaba como sostenedora del hogar.

Vi que mi mamá se mortificaba tanto en tener hijos educándose. Y yo dije, mejor le ayudo a trabajar a mi mamá. (Entrevistada 5)

En otro relato, la entrevistada recuerda la experiencia de su hermana, donde también operaron mecanismos de género que definían el destino de las mujeres. A pesar de contar con una trabajadora doméstica en el hogar, la joven fue destinada al aprendizaje de costura, bajo una obediencia que no admitía cuestionamientos.

Aquí la hicieron esperar pue y como uno no se podía revelar, ahí estaba mi hermana, las, ya, terminó, un sexto creo que, terminó un sexto y a la casa a hacer las cosas, siendo que había nana y que aprendiera donde una señora que cosía, fuera aprender a coser. (Entrevistada 2)

A diferencia del caso anterior, su hermana sí encontró satisfacción en dicha actividad e incluso logró transformarla en un espacio de expresión y beneficio personal.

Menos mal que a ella le gustaba, ella incluso se hacía su, su ropa y, y ella eh hacía sus modelos, sí, menos mal que le gustaba. (Entrevistada 2)

Estos matices evidencian que, a pesar de las limitaciones, algunas mujeres consiguieron apropiarse de sus tareas y dieron lugar a formas de agencia que reconfiguraban lo impuesto y obligatorio.

De igual manera, en algunos relatos se identifica que en la misma fábrica existió la opción para proseguir sus estudios, pero la exigencia propia de las labores que desempeñaban dificultaban y hacían inviable compatibilizar el trabajo con estudios formales.

El horario de trabajo no, no coincidía con el horario de estudiar, no, porque eran quince días en la mañana, quince días en la tarde, que había que respetar, había que buscar una compañera que fuera de buena voluntad como pa, oye yo, des, que, tengo, tengo que estudiar o tengo que ir a dar un examen, entonces costaba. (Entrevistada 2)

Durante el gobierno de la Unidad Popular, surgieron programas que permitieron a algunas trabajadoras completar su escolaridad. Sin embargo, de acuerdo al relato, el acceso estuvo mediado por filiaciones políticas y no siempre se extendió a todas las personas.

Cuando llegó la Unidad Popular ahí mandaron gente, gente que no tenía mucha educación a que terminara, pero por la Unidad Popular, yo como no pertenecía a ni un partido. (Entrevistada 2)

En el caso de Lota, a diferencia de las mujeres de Tomé, los relatos relacionados con la infancia y la educación evidencian un ordenamiento dado por la estructura jerárquica de la empresa carbonífera y el modelo paternalista y permiten observar el acceso a la educación básica estuvo marcado por la segregación de género y clase en un sistema cerrado, gestionado en gran parte por ENACAR.

Uno de los relatos vinculados a con los años escolares en Lota da cuenta de una educación primaria atravesada por la pertenencia familiar al sistema industrial, adscripción que abarcaba al menos dos generaciones. Su formación comenzó en un colegio particular de monjas, donde estuvo desde primero a sexto, y estaba vinculado a sectores medios de la empresa, específicamente porque su padre era empleado lo que le permitió acceder a un circuito escolar segregado, muy religioso y estricto:

Entramos en la mañana, rezar, salíamos a la otra hora, rezar, entramos a la otra hora rezar, salíamos de esa hora rezar y como los colegios tenían dos jornadas. Uno estaba en el colegio todo el día. Claro, todo el día y el almuerzo lo daban ahí mismo, pero se pagaba. (Entrevistada 7)

Además, rememora la fuerte estratificación de los espacios y las dinámicas implementadas por la empresa para garantizar, de forma diferenciada la educación de los hijos e hijas de los obreros y empleados.

Allá hubo un colegio particular, el colegio Niño Jesús que se llamaba. La empresa tenía una camioneta que era como esto de lo de los de los militares, que era un carro no más cerrado y adentro tenía banca. Ya y la empresa esa camioneta, digamos la todos los que era hijos de la empresa, de empleados hacia arriba. De empleados, de secretarias hacia arriba, lo pasaban a buscar a la casa y nos llevaban al colegio. Ese

colegio era de monjas, era particular, entonces, como te digo, era todo totalmente marcadas las clases sociales. (Entrevistada 7)

El mismo testimonio da cuenta de la existencia de un colegio particular para varones también de tipo confesional, donde estudió su hermano, también marcado por la disciplina extrema, la violencia y el autoritarismo.

Él estudió en el Colegio San Juan, ese también era particular, ahí había dos curas que eran horribles, de malos, malos, malos. Claro, porque usaban igual, sí eran como los alumnos esclavos. Esos cinturones, pero así de grueso, con una hebilla, con eso les pegaban a los niños. Muy riguroso, muy muy estricto. (Entrevistada 7)

Luego, de su paso por la educación primaria, tuvo un paso por la Escuela Normal de Chillán, lo que es coherente con lo afirmado en Lota, que quienes podían acceder a esta escuela eran principalmente empleados. No obstante, esta entrevistada finalmente terminó su educación secundaria en el Liceo de Lota.

Después de la primaria, yo me fui a estudiar a Chillán, a la Escuela Normal. Sí, estuve la Escuela Normal, interna y ahí me farreé unos años y después me tomó la reforma educacional. Y de ahí volví al Liceo de Lota. Ahí hice tercero medio y cuarto medio. (Entrevistada 7)

Por el contrario, la otra trabajadora lotina no entrega información sobre su infancia ni sobre su paso por la escuela básica, pero sí de la educación universitaria. No obstante al estar vinculada al Departamento Social entrega detalles sobre uno de los dispositivos educativos vinculados a ENACAR, que proveía de servicios de apoyo educativo para niños y jóvenes con necesidades especiales, específicamente la Agrupación de Padres de Niños Discapacitados, APANDI.

Había una escuela, digamos, una escuela especial, que colaborábamos y que después la empresa creó, digamos... Hizo el edificio y fundó, digamos, una agrupación que era solamente para los hijos, los trabajadores, que era APANDI, que eran todos los

niños, digamos, que tenían alguna dificultad, iban a este. Que todavía existe.
(Entrevistada 6)

Además, relata cómo el trabajo social realizado al interior de la empresa incluía visitas domiciliarias y entrevistas con profesores de colegios como parte de una coordinación y preocupación permanente entre el área de bienestar y los establecimientos escolares.

Claro, niños, jóvenes, entrevistas con los profesores de los colegios. Ponte tú, de repente, teníamos que también ver. (Entrevistada 6)

Asimismo menciona, que tras el cierre definitivo de ENACAR en 2016, los equipos de trabajo que quedaron debían dejar todos los beneficios en orden, entre ellos se mencionan las “becas”, que por distintas razones entregaba la empresa, desde la educación básica hasta la Universidad, lo que da cuenta de una preocupación de la empresa por la formación y educación continua de hijos e hijas vinculadas a la industria.

Eran pero... mira, si la cantidad de niños desde la básica hasta la universidad, implementar con la gente de las becas en Santiago, todo el trabajo, digamos, cómo se otorgaban los beneficios, como tú los calificabas, los documentos para... Esto había que ingresarlo a un sistema que era de las becas en Santiago. (Entrevistada 6)

En términos personales, las dos trabajadoras mencionan que alcanzaron estudios universitarios. En el caso de la entrevistada 6 menciona que estudió en la década de 1970 Servicio Social en la Universidad de Concepción y llegó a Lota para realizar su práctica profesional.

Mira, yo estudié aquí, en la Universidad de Concepción, Servicio Social y en el año 76 la empresa, o sea, la universidad, hizo un convenio con ENACAR. Y la primera vez que se hacía un convenio con esa empresa, para que fuera centro de práctica.
(Entrevistada 6)

En el caso de la entrevistada 7, menciona que estudió Control de Calidad en la Universidad Técnica, aunque de forma incompleta, ya que conoció al marido y luego se casó.

Yo estudié en él, no, el de la Universidad de Concepción, si no en de la Universidad Técnica, estudié control de calidad. Ahí entra lo que fuera en maquinaria, lo que entra en producción. La carrera duraba cuatro años y yo estudié dos años. (Entrevistada 7)

Este acceso a la educación superior, ya sea en universidades o escuelas técnicas, se da después de los 80 y se da por un contexto de mayores posibilidades y también por expectativas. Según relata una de las entrevistadas, este fenómeno permitió que los hijos de los trabajadores dejaran de mirar la mina como horizonte inevitable y proyectar otras posibilidades, de esta manera también fue una vía de movilidad social.

Y eso se daba, porque la gente empezó, después ya en los 80... Había accesos más a la universidad, entonces ya los hijos de los trabajadores ya no aspiraban a entrar en la mina, sino que hacer el cargo de técnico o de ingeniero. (Entrevistada 6)

Además, esta posibilidad se veía reforzada por mecanismos de selección internos que beneficiaban a los hijos e hijas de trabajadores, lo que sugiere una forma de reconocimiento y privilegio dentro del mismo modelo paternalista.

Y además tenían como también una cierta... como privilegio de... o sea, al momento de seleccionar cuando eras hijo de trabajador, eso te daba como [...] adicional. (Entrevistada 6)

Este fenómeno se expresó también incorporación de mujeres y la feminización de los espacios administrativos de ENACAR, la empresa absorbía a estas egresadas en cargos administrativos, especialmente en áreas como contabilidad. Así, la educación técnica y universitaria femenina operó como un canal concreto de inserción laboral al mundo fabril, que hasta entonces había sido esencialmente masculino.

Y también, fíjate, que a las mujeres en los cargos, digamos... Las mujeres, casi todas, se iban, ponte tú, a las escuelas, estas [...] escuelas técnicas, estudiaban contabilidad. Entonces todo el cargo que... Todos los cupos allá en la empresa que eran hartos... Todo el edificio donde estaba el CPT ahora, era toda la parte de la administración, estaba toda la parte de contabilidad, casi todo... Eran casi todas mujeres. Ahí

trabajaban casi puras mujeres, digámoslo, egresadas de la Escuelas estas de comerciales. (Entrevistada 6)

De esta manera, los relatos lotinos permiten visualizar una educación profundamente entrelazada con la estructura de poder de la empresa, donde el género, la clase y la adscripción laboral definían las trayectorias escolares posibles y los sentidos atribuidos a la escolarización y formación. El acceso diferenciado a escuelas particulares, liceos, escuelas técnicas o Universidades funcionó como un mecanismo más de segmentación y reproducción del orden social industrial en Lota.

Estos relatos en su conjunto permiten observar diferencias entre ambos territorios, las que se explican tanto por el rol que las mujeres cumplían la industria en cada ciudad como por la posición social que ocuparon. En Tomé, las trabajadoras fueron mayoritariamente operarias textiles, cuya escolarización fue tempranamente interrumpida por exigencias familiares o laborales. Para ellas, el mundo fabril ofrecía ingresos que podían otorgar estabilidad a sus hogares, pero restringía otras dimensiones del desarrollo personal como la educación, la que aparece en sus relatos como una posibilidad postergada o directamente negada, no por falta de interés o habilidades, sino por decisiones impuestas que respondían a mandatos de género y necesidades materiales. Incluso en los casos donde existió voluntad o programas institucionales que habilitaran la continuidad de estudios, la rigidez de los turnos y la estructura productiva lo hacían dificultoso.

En Lota, en cambio, los testimonios analizados corresponden a mujeres que accedieron a la educación superior y que se desarrollaron en el ámbito administrativo o profesional vinculado a la industria. Sus experiencias infantiles estuvieron atravesadas por la pertenencia a familias de empleados o en mejor situación, lo que les permitió acceder a otros circuitos educativos, influenciados por lógicas de clase, segregación escolar y disciplinas confesionales. La empresa carbonífera, a través de su modelo paternalista, ofrecía dispositivos educativos y beneficios que iban desde la escolarización básica hasta becas, en las que priorizaban a los hijos e hijas de sus trabajadores. En este contexto, el género también operó como criterio de asignación de funciones: muchas mujeres egresadas de escuelas

técnicas comerciales fueron absorbidas en áreas administrativas, lo que dio lugar a un proceso de feminización de ciertas funciones dentro de la empresa. Si bien estas trayectorias no estaban exentas de jerarquías y exclusiones, configuraron formas distintas de ingreso y permanencia en el mundo fabril, donde la educación cumplió un rol más protagónico en las trayectorias de vida.

En suma, mientras en Tomé la escuela fue un espacio frecuentemente interrumpido por mandatos familiares y laborales, en Lota la educación aparece como un campo más estructurado y jerarquizado, donde la adscripción familiar a la empresa definía el acceso, el tipo de escuela y las posibilidades de proyección. Esta comparación revela cómo el mismo proceso de industrialización generó condiciones educativas diferenciadas según territorio, posición de clase y género, produciendo infancias desiguales que marcaron el curso de las trayectorias femeninas en el mundo del trabajo.

5.2.2 Ingreso y propósitos de trabajar en la industria

El ingreso de las mujeres al trabajo industrial fue una experiencia decisiva que marcó profundamente sus trayectorias de vida. A partir de los relatos recogidos en Tomé y Lota, es posible observar cómo esa incorporación respondió a contextos específicos y diversas motivaciones, pero también compartió elementos estructurales que atravesaron las biografías femeninas en ambos territorios. En este apartado se exploran las condiciones, motivaciones y sentidos que rodearon el ingreso de las mujeres a las fábricas textiles y la industria carboníferas, así como los dispositivos que facilitaron dicha incorporación, desde redes familiares, organizaciones comunitarias hasta los filtros institucionales que se aplicaron.

En el caso de Tomé, uno de los impulsos iniciales para buscar trabajo surgía, en la mayoría de los casos, desde las necesidades materiales más urgentes. Ilustrativo de esto, es el recuerdo de una entrevistada que caminó un largo trayecto para ahorrarse el pasaje, desde su casa hasta la fábrica para pedir trabajo.

Sí, yo me acuerdo que no vivíamos tan apretados y después ya dije yo esto es muy poco pa, pa sobrevivir. Un día me fui a pie pa no pagar pasaje, me fui a pie pa Bellavista pero tuve que pasar a la casa de mi hermano porque me hice ampollas en los pies. [...] y yo no conocía a la jefa de Bellavista y al portero le dije sabe necesito hablar con la jefa de Revisión Paños, la señora Aidé. (Entrevistada 1)

En este proceso de solicitar trabajo, existía la disposición a asumir cualquier función al interior de la fábrica.

Yo le dije señora Aidé, yo no vengo a pedirle trabajo de empleada le dije si usted me dice que yo vaya a barrer a la sección, yo voy a barrer le dije yo, lo que usted me mande a hacer le dije. (Entrevistada 1)

En los relatos emergen rápidamente los propósitos que impulsaron esta inserción. Dentro de ellos, existían anhelos por aliviar la carga del hogar y contribuir al bienestar colectivo de la familia, en este caso de su madre.

Cuando firmé el contrato, yo más feliz, llegué a mi casa y le dije ‘Mamita, mamita, me contrataron, ya vamos a estar más tranquilas’, porque ya era su sueldito más el mío. (Entrevistada 4)

El ingreso a la fábrica también estaba cargado de proyecciones futuras. Algunas mujeres establecieron objetivos personales concretos desde el inicio, los que estaban vinculados a adquirir herramientas para su subsistencia y a asegurar un lugar para vivir.

Cuando yo entré a trabajar dije yo, cuando yo trabaje lo primero que voy a hacer es comprarme máquina de coser, terreno para hacerme una casa. (Entrevistada 2)

Sin embargo, estas aspiraciones convivían con una conciencia clara sobre las limitaciones del contexto. Para muchas, la fábrica representaba una solución concreta frente a un horizonte laboral donde no existían muchas otras alternativas.

Lo mejor que había, si el que era, trabajaba en la fábrica era porque estaba ganando bien y era el único escape que había para trabajar. (Entrevistada 2)

Junto a estas motivaciones, las redes comunitarias también jugaron un rol importante en la incorporación laboral. En ocasiones, existía una circulación de información a través del “dateo” entre vecinos y familiares, lo que permitía conocer cuando existían puestos vacantes. En ese sentido, las recomendaciones podían abrir directamente la puerta a un puesto.

Mi mami me dijo que un amigo de la familia me estaba buscando, y me dice “te andaba buscando, te necesitan en la fábrica” así que al otro día a las 8 de la mañana estaba en la portería. (Entrevistada 4)

Mas allá de los vínculos espontáneos, la empresa también desplegaba mecanismos institucionales para captar futuras trabajadoras, por ejemplo, las visitadoras sociales de las empresas en ocasiones identificaban potenciales trabajadoras en espacios como la iglesia.

Cantaba en la iglesia [...] y ahí me conoció la visitadora de la fábrica [...] me llamó y me dijo si es que yo quería trabajar [...] me hizo que entrara al curso que hizo la fábrica porque antes no entraba cualquier persona a trabajar, pasábamos por los médicos, por matronas. (Entrevistada 2)

Además de dicho espacio, estas figuras también podían recorrer los barrios dependientes de la fábrica y consultar directamente si había niñas en edad de ingresar a trabajar. Este también era un proceso selectivo y mediado posteriormente por un curso que debían realizar para ingresar.

La visitadora, una visitadora que había, que era, eh, era casi de mi porte, pero era un amor de mujer y ella empezó a buscar eh niñas porque a la fábrica no entraba cualquiera, entraban pocas. Ella pasaba y por todas las casas de la fábrica, de vez en cuando, para ver como las tenían, si necesitaban arreglo, entonces ahí conocí yo a la Menita, se llamaba Filomena Salgado. Y ella me dijo si quería trabajar en la fábrica, yo le dije que sí porque quería comprarme un vestido de seda. (Entrevistada 1)

Como se mencionó, el primer contacto o invitación, no significaba una contratación inmediata, para el ingreso definitivo realizar cursos, un examen y un periodo de prueba para alcanzar un contrato indefinido. Estos cursos funcionaban como dispositivos de disciplina y selección, donde a través de ejercicios que simulaban condiciones reales de trabajo las postulantes debían demostrar algunas destreza, paciencia y prolijidad.

Cuando estaba en el curso, zurciendo, una vez me hicieron hacer un machacón grande, la jefa, lo hice y lo hice bien. (Entrevistada 1)

Con profesores de la Universidad, el nombre de las profesoras, me acuerdo su nombre no más pero no el apellido y el profesor, el señor Yunker, de la Universidad de Concepción, así que los hicieron tres meses de tejer, tejíamos en telares de madera, después que terminamos el paño, a mí me tocó tejer un paño cardado, un dibujo precioso. (Entrevistada 2)

Nos enseñaban cómo tomar las tijeras que iban aquí metidas, las pinzas y la aguja aquí [...] el curso a ti no te pagaban, tenías que hacerlo primero. (Entrevistada 3)

La exigencia de estos cursos era alta y no todas las postulantes lograban superarlos. Existía un examen final que operaba como filtro de ingreso a la fábrica.

Éramos treinta y tantos y de las treinta y tantas dimos examen, bien, quedamos dieciocho. (Entrevistada 2)

Superada esta etapa, comenzaba el proceso de aprendizaje y socialización al interior de la fábrica, lo que en un inicio siempre no fue fácil. La incorporación de jóvenes generó tensiones con trabajadoras antiguas, especialmente cuando las recién llegadas dominaban técnicas nuevas, no obstante, superadas las primeras impresiones se lograba generar un buen ambiente laboral.

Las viejitas se pusieron celosas [...] después comprendieron que podían aprender de nosotros [...] entonces se acercaban y uno les decía lo que tenían que hacer. (Entrevistada 2)

En el caso de Lota, las rutas de ingreso fueron distintas a las de Tomé y se caracterizan porque estuvieron atravesadas por la educación universitarios o la herencia familiar de pertenencia al mundo minero.

En el caso de la Entrevistada 6, su ingreso se dio a partir de una práctica profesional vinculada a su formación en Servicio Social. A través del nexo con una familiar que trabajaba en la empresa, logró realizar su práctica en ENACAR en el marco de una investigación habitacional, que luego dio paso a su contratación formal. Aunque la llegada inicialmente fue pensaba como una experiencia acotada, el vínculo se mantuvo por casi cuatro décadas. Este tipo de ingreso evidencia el cruce entre redes familiares, la formación académica y una institucionalidad industrial que favorecía el reclutamiento.

Entonces fuimos varios estudiantes que estuvimos en Schwager, en Lota, en diferentes, digamos, funciones, así llego yo, digamos, a la empresa. Estoy un año, digamos, haciendo prácticas y después ya me recibí, que sé yo, me entregaron mi título, me fui a mi casa a descansar tranquilamente y me llaman como a los 15 días a hacer un reemplazo. Chuta dije yo, como ya... Estaba descansando, ya volví, y volví, yo dije unos tres o cuatro meses y de ahí me quedé 39 años. (Entrevistada 6)

Por su parte, la entrevistada 7 inició su vinculación a la empresa en una posición administrativa en el Departamento de Personal y que fue gestionado por su papá, quien era secretario de la Superintendencia de Minas y gozaba de una buena reputación. Inicialmente, esta entrevistada comenzó a trabajar como supernumeraria, que, de acuerdo con lo que relata, consistía en estar sin contrato formal ni imposiciones, pero con remuneración. Ante esta situación, su padre intervino para que la contrataran de manera formal, ya que ya llevaba varios meses trabajando de ese modo.

Es que mi papá tenía buenos contactos. Estaba muy bien considerado y entonces él empezó a hablar, porque yo estaba trabajando ya, pero como supernumeraria que le llaman. Con puro sueldo, pero sin imposiciones. Ahí en la misma empresa y en la misma parte. Entonces mi papá empezó a hablar, ya empezó a hablar que como ya lleva sus buenos meses trabajando que por qué no me contrataban. Y ahí me

contrataron y después vino el Golpe, si no, no habría podido por mi hermano.
(Entrevistada 7)

Además, su historia familiar permite entrever una continuidad intergeneracional en la pertenencia a la empresa carbonífera. Su padre, abuelo y hermano fueron trabajadores de ENACAR, lo cual revela la existencia de una forma de socialización laboral familiar y comunitaria.

Todos trabajaron en la compañía carbonífera Lota-Schwager, que era el primer nombre. [...] Mi papá era secretario de la Superintendencia de Minas, [...] mi hermano. (Entrevistada 7)

El sentido atribuido al ingreso a la empresa también se relaciona con la búsqueda de estabilidad y la construcción de una trayectoria de vida. En ambos relatos se percibe un fuerte sentimiento de pertenencia y gratitud hacia la empresa, tanto por las condiciones laborales como por la posibilidad de planificar el futuro familiar. En el caso de la Entrevistada 7, su rol administrativo le permitió luego emprender con su propio negocio, capitalizando la estabilidad alcanzada en ENACAR.

Todo me lo ha dado ENACAR. Si yo no hubiera trabajado en ENACAR habría estado en otra empresa, quizás buena, mala, pero aquí estoy, agradecida de ENACAR [...] trabajé toda la vida. Y eso me sirvió después para instalarme con el negocio de las flores. (Entrevistada 7)

Ambas trayectorias permiten comprender que el ingreso a la industria carbonífera en Lota no fue solo un acto laboral impulsado por la necesidad, sino un momento fundacional que definió su identidad, las posibilidades de movilidad social y su vínculo a largo plazo con la empresa.

Si bien los caminos hacia la industria difirieron entre Tomé y Lota, marcados respectivamente por la urgencia económica y por vínculos educativos o familiares con la empresa, en ambos casos el ingreso al trabajo fabril constituyó un punto de inflexión en las biografías de las mujeres. Las fábricas no solo ofrecieron un salario, sino también la posibilidad de proyectarse más allá, aunque dentro de márgenes acotados por el género y la

estructura industrial. Ya sea mediante cursos de capacitación, redes vecinales o vínculos heredados con el mundo industrial, el ingreso al trabajo formal se vivió como un logro, pero también como una necesidad. En esa doble dimensión, como respuesta a la vulnerabilidad y como vía hacia cierta autonomía, se inscribe la experiencia del ingreso fabril femenino.

5.2.3 Aprendizaje y socialización laboral dentro de la industria

Para las mujeres, ingresar a estos espacios laborales industriales implicó mucho más que dominar una tarea o cumplir un horario: supuso insertarse en un mundo regido por normas, jerarquías rígidas y vínculos complejos con sus compañeras y superiores. Tanto en las fábricas textiles como en el complejo carbonífero, el trabajo diario no solo moldeaba la rutina diaria, sino también las formas de relacionarse y el rol dentro de la empresa. En esta dimensión, el aprendizaje fue una experiencia situada, atravesada por el género, por el tipo de labor desempeñada y por las dinámicas de poder presentes en cada contexto industrial.

En el caso de las mujeres tomecinas, la entrada formal a la fábrica marcaba el inicio de un nuevo ciclo de formación que excedía el entrenamiento técnico. Si bien el contrato sellaba el vínculo laboral formal, el verdadero aprendizaje comenzaba al insertarse en el engranaje productivo, donde las trabajadoras debían responder a ritmos intensos y demostrar habilidades rápidamente y una bajo vigilancia constante. Este proceso no estaba exento de ansiedad ni de dificultades, pero se sostenía en redes de cooperación entre compañeras, a veces con ayuda u orientación de las jefaturas de sección y, sobre todo, en una voluntad personal de superación que muchas reconocen como impulso vital.

El contacto con las máquinas industriales representaba un desafío para algunas mujeres que no tenían experiencia previa en este tipo de tecnología y enfrentaban un vaivén de aprendizaje y frustración. Una de las trabajadoras que entró a costuras menciona.

Sufrir, sufrir, sufrir porque me quedaban llenas de hoyos, nunca había trabajado con una máquina industrial [...] quebraba agujas, quebraba agujas, al final hasta quebré una pieza de la máquina, no podía trabajar de los nervios porque habían [sic] unos

rodillos que iban dando vuelta, para que corriera la tela tenían que ir dando vueltas, se me enredan los dedos. (Entrevistada 4)

La presencia de la jefatura significaba revisión y vigilancia para asegurar la calidad en todo el proceso, pero también existía un margen para el aprendizaje que buscaba formar operarias.

Lloré mucho, pero igual le doy gracias a ese caballero, porque ahí ‘donde mis ojos te vean, te quiero ver trabajar’. (Entrevistada 4)

No obstante, la solidaridad entre compañeras emerge como lo que verdaderamente amortiguaba la dureza de esta curva de aprendizaje. La redistribución de funciones, cuando una trabajadora más hábil acaparaba la producción, era mediada por la jefatura, pero respondía también al interés colectivo de que todas aprendieran.

Unas compañeras me ayudaron, porque tenía una compañera que me quitaba los cuadros no me dejaba trabajar y el jefe dijo ‘tú te quedas en esta máquina, tú en esta, y tú en ésta. (Entrevistada 4)

La renovación constante de los diseños textiles empujaba a las trabajadoras a mantenerse en un aprendizaje constante.

El paño, no todo era el mismo dibujo, ahí salían dibujos nuevos y había que aprenderlos. (Entrevistada 3)

En este contexto, surgían formas y dinámicas horizontales donde las operarias con mayor destreza transmitían sus conocimientos y acompañaban a las que les costaba más.

Como no aprendían con los paños que estaban, en ese momento a ellas les costaba, entonces uno que era buena le enseñaba. (Entrevistada 3)

Los espacios de pausa, como las colaciones, permitían conversaciones, lecturas y momentos de intercambio que reforzaban el compañerismo.

Sí, en las horas de colación, leíamos, y como trabajábamos al lado conversábamos, entonces siempre a mí me ha gustado indagar, no quedarme ahí no más. (Entrevistada 1)

Con el tiempo, la permanencia a una misma sección transformaba los vínculos afectivos que iban más allá de lo laboral. Así surgían los vínculos de amistad y que muchas recuerdan con afecto.

Éramos un grupo bonito... éramos unidas, todas unidas, donde andaba una andaba la otra. (Entrevistada 2)

Sin embargo, esta convivencia diaria también albergaba tensiones. Algunas mujeres preferían mantener distancia, como estrategia para proteger su intimidad y evitar conflictos relacionados con rumores o rivalidades.

Yo fui bien renuente a tener amigas. No me dan la suficiente confianza para tomar una amistad así de contarte hasta los peores. (Entrevistada 4)

Más allá de las labores y las relaciones que se generaban en la fábrica, era también un espacio de socialización femenina y formación cultural. Se promovían actividades como el bordado o la participación en conjuntos folclóricos, que reforzaban los roles tradicionales de género, pero tenían como fin contribuir a la cohesión de la comunidad obrera alrededor de la empresa.

Había una sala donde los hijos de los operarios, las hijas, iban a aprender a bordar. Ahí íbamos nosotras y nos enseñaban, hacíamos sábanas bordadas, manteles, y teníamos que ir, porque mi mamá nos metía ahí, pero no, iban hartos, hartas hijas de los operarios y algunas mamás jóvenes también iban y esa era como una obligación, sin que a uno le gustara el bordado, había que ir. (Entrevistada 1)

En consecuencia, el aprendizaje fabril textil funcionó como un proceso denso, donde las trabajadoras no solo adquirieron competencias técnicas para operar maquinaria o elaborar patrones textiles, sino que también interiorizaron normas de disciplina y se insertaron en redes y vínculos afectivos con sus pares. Se insertaron en una cultura laboral que mantenía

dinámicas como trabajo a trato y permanentes cambios en la producción textil, pero con algunos matices, fue atravesada y llevada más amena gracias al compañerismo y la ayuda mutua.

En Lota, la experiencia de aprendizaje y socialización laboral se articuló de forma distinta a Tomé, dada la especificidad del complejo industrial carbonífero y los servicios dependientes, entre ellas el servicio social y los espacios de administración interna. Las trabajadoras que lograron acceder a puestos de la empresa, aunque variaban en nivel técnico, estaban marcados por el carácter jerárquico, donde el aprendizaje no era estructurado ni formal, sino resultado de la práctica cotidiana, la observación y el vínculo entre pares.

Para una de las entrevistadas, quien se desempeñó como trabajadora social en ENACAR, el primer impacto fue la magnitud del dispositivo institucional en que se insertó, considerando la cantidad de personas que estaban en su sección.

Yo cuando llegué a trabajar, yo creo que debemos haber sido entre Schwager y Lota y había oficina en Curanilahue y había oficina en Lebu, 20 por lo menos, 25.
(Entrevistada 6)

En su relato destaca el carácter colaborativo que definía al grupo de trabajo caracterizado por la presencia femenina y que a su vez desafiaba los estereotipos tradicionales de la época que asociaban lo femenino con rivalidades. Este tipo de socialización favorecía el abordaje y resolución de los casos que llegaban con frecuencia al Departamento de Bienestar, los cuales se relacionaban con violencia de género, dificultades económicas, quiebres familiares o pérdidas, así que este ambiente de cooperación reforzaba los vínculos.

Servicio social y bienestar era un grupo bien cohesionado. Trabajar con mujeres... Uno siempre escucha, digamos que hay envidia, dificultades y en ese sentido con las colegas, fueron grupos muy cohesionados, de mucha ayuda, de... O sea, problemas no recuerdo, era de mucha colaboración, entre las mujeres. (Entrevistada 6)

El aprendizaje no solo implicaba comprender los procedimientos, sino también posicionarse en un espacio marcadamente masculinizado, donde no existían liderazgos femeninos, pero que lograron alcanzarlo en el área de bienestar.

Bueno, el bienestar se crea el año 22 y ya por muchos años estuvo a cargo, digamos, de hombres, que fue primero el [...], que fue el que creó este asunto, digamos, muy amigo también de los Cousiño. Después, digamos, fueron otras personas, hombres también, y por los años 70 se llega recién digamos a que lo ocupen asistentes sociales, los cargos, de bienestar, perdón, del Departamento de Bienestar y después se crea la Superintendencia de Bienestar. Desde ahí, cuando se crea, el año 75, ya está a cargo de mujeres. (Entrevistada 6)

Este momento revela cómo el aprendizaje profesional se entrelazaba con la construcción de agencia femenina en contextos donde la apertura hacia cargos directivos para mujeres era reciente.

La experiencia de otra entrevistada, que se desempeñó en el Departamento de Personal, entre otras tareas como archivera, da cuenta de una socialización laboral basada en la disposición a aprender y en la flexibilidad frente a las tareas encomendadas.

Sí, bien, trabajábamos todas. O sean eran escritorios, 3 para allá, cuatro para acá o viceversa. Teníamos una entrada que daba el archivo. Yo siempre atendí la parte de empleado ya, con mi otra colega que veía los feriados, los contratos, yo veía licencia y otras cosas. (Entrevistada 7)

Yo tenía que ver con las licencias, venir a entregar la licencia, tenía que ver con la caja de empleados particulares con todas las regalías de la caja empleado particular. Entonces me decía mi jefe, por ejemplo, “señora Eliana sabe que estoy atrasado en esto, ¿puede cooperarme en esto?”. Entonces yo le decía, no sé, le decía, pero puedo aprender. “Ya señora Eliana”. Y me he explicaba y todo, y lo tomaba.

A través de estas experiencias, se revela que el trabajo industrial operó como un espacio formativo amplio, donde las mujeres no solo aprendieron técnicas o procedimientos, sino

también modos de habitar y resistir estructuras masculinizadas. Si en Tomé la socialización laboral se construía desde el compañerismo en el área de producción, en Lota la colaboración entre mujeres se forjaba en las oficinas y espacios que les permitieron ingresar y donde articularon prácticas de solidaridad y disputaron el liderazgo. En ambos casos, el aprendizaje no fue un proceso lineal ni homogéneo, sino una experiencia situada que dio forma a sus trayectorias personales y laborales.

5.3 Orden productivo: estructuras y lógicas industriales

5.3.1 Secciones y labores al interior de las industrias

Las industrias textiles de Tomé y el complejo carbonífero de Lota organizaron sus espacios de trabajo a partir de secciones o espacios concatenados para desarrollar el proceso productivo. En estas divisiones del trabajo, las mujeres y hombres también tuvieron roles diferenciados que respondían a mandatos de género: tareas de fuerza dirigidas a hombres y tareas que requerían precisión, trabajo manual y cuidado orientadas a las mujeres. Este apartado describe en primer lugar desde la maquinaria textil hasta las tareas administrativas, para comprender cómo se organizaban la cadena productiva, los espacios y los y las trabajadoras.

Los relatos de las trabajadoras permiten reconstruir el funcionamiento interno de la fábrica textil y el proceso de fabricación de telas, cuyas características dan cuenta de una estructura jerarquizada y segmentada por secciones. Cada una de estas áreas cumplía un rol específico en la cadena productiva secuencial, un circuito que transformaba la lana en bruto hasta convertirla en un producto textil terminado para la exportación. Este recorrido incluía fases como la recepción, lavado, secado, cardado, peinaduría, urdimbre, tintorería, tejeduría, revisión, apresto, embalaje y despacho, muchas veces atravesadas por una clara división sexual del trabajo. Las labores más pesadas o sucias eran ejecutadas por hombres, mientras que las tareas que exigían precisión visual, detalles, habilidades manuales como la revisión o el zurcido, eran realizadas mayoritariamente por mujeres.

La entrevistada 5, que ingresó en 1972, describe el tramo inicial del proceso, desde la llegada de la lana en bruto hasta su ingreso a las distintas secciones productivas.

Lo primero era lavar la lana, ahí donde están los departamentos ahora. Esas eran unas bodegas inmensas que la fábrica traía lana de Punta Arenas. Venía en bruto la lana, uno veía cuando llegaban los camiones las lanas colgando. Y bueno, ahí había gente, trabajadores que lavaban la lana y la secaban los hombres, porque era algo sucio. La lana terriblemente sucia, tenían que sacarle todo. Así que bueno, eso fue y después ya entraba a las secciones, tenía que ir a peinado para empezar a hilar y peinar, empezar el tejido. (Entrevistada 5)

Este tipo de organización también una división espacial claramente definida. La entrevistada 1, quien ingresó en 1957 a Paños Bellavista, recuerda con nitidez la disposición de las secciones al interior de la planta.

Estaba Telares abajo, Urdidora, Apresto, Maestranza, Hilandería y Revisión Paños, esa era la última. Calderas también había gente ahí trabajando. El Salón de ventas estaba afuera, sí. (Entrevistada 1)

La entrevistada 3 complementa esta cartografía con una descripción de las máquinas y procesos involucrados en la transformación de la lana, desde el secado hasta la obtención de conos de lana.

Entonces después eso va a otra máquina, como una secadora especial para secarla. Y después que estaba seca, esa la meten a otra máquina donde empieza a aparecer allá arriba y ahí hay que como rastrillarla, como escobillarla. Entonces eso se va abriendo y se mete por debajo. Abajo hay un rollo que la va tomando. Ese rollo va a otra máquina, esa máquina a ti te va dispersando la lana, te la va abriendo. Y eso va a otra máquina con filamento, unas cosas y ahí empieza a meterse eso y empieza a salir el conito abajo, el hilo. O la lana, no el hilo, la lana [...] Es un proceso... es lindo. Eso es cardado, cardado. (Entrevistada 3)

En estas primeras fases del proceso predominaba la presencia masculina, mientras que las mujeres se incorporaban principalmente en áreas como peinaduría, urdidora, telar o revisión de paños. La entrevistada 3 detalla que su madre trabajó en peinaduría, sección que contaba con presencia mixta.

Mi papá mecánico, los otros eran los tejedores. Pero también hubieron [sic] hombres y mujeres en peinaduría también. Mi madre trabajó en peinaduría. (Entrevistada 3)

Una de las áreas más feminizadas era la sección de apresto, donde las trabajadoras cumplían funciones de revisión, detección y corrección de fallas. Esta labor exigía gran precisión visual y habilidades técnicas de zurcido, tal como lo describe la entrevistada 4.

Apresto, apresto, porque ahí ya estaban listas las piezas, ahí las revisaban, si tenían fallas ya iban termina', había que tener más cuidado en zurcir esas piezas que, que las otras que estaban recién termina'. (Entrevistada 4)

La entrevistada 5 complementa este relato con la descripción del uso de mesas largas donde se operaban máquinas de revisión y se aseguraba el control de calidad final.

Ahí me tocaba revisar ya las piezas que van saliendo para el control de calidad, que es lo último donde sale para la venta. Entonces eran unos pasadores casi unas mesas grandes y éramos dos personas. Una persona que andaba la máquina, la otra que iba mirando que no fuera a ver ninguna cosa que no fuera correcta. (Entrevistada 5)

Asimismo, rememora la cantidad de personas que eran necesarias por turno para asegurar estas tareas en la cadena productiva.

Ahí en Apresto hubieran sido unos 200 en los turnos y todo, porque ya es algo más chico donde ya el género viene hecho. Entonces para ver lo que se interrumpía, que tuviera fallitas, que el telar había hecho una rayadura, entonces todo eso se rectificaba y se sacaba y se mandaba a la sección que era revisión de paño, donde estaban las mujeres zurciendo y viendo. (Entrevistada 5)

El paso por estas secciones no era definitivo, las trabajadoras podían ser trasladadas entre áreas, según los criterios de las jefaturas de sección y las necesidades productivas. La entrevistada 3, por ejemplo, transitó por distintas secciones y detalla la exigencia de perfección en las telas destinadas a la exportación.

Yo pasé por el crudo, el crudo en la tela sin lavar. Y después de eso, de repente me dicen, vas a tener que irte para apresto. Esa tela que yo iba a mirar era una tela terminada lista como para envolverla, para ya mandarla a Italia, Francia y a España porque eran telas puras para Europa. (Entrevistada 3)

Sobre esas telas, la trabajadora debía marcar imperfecciones, reconstruir las tramas y aplicar técnicas de reparación invisibles, lo que exigían una precisión importante.

Yo lo marcaba en la orilla, en la orilla, aquí yo lo iba marcando. Después miraban la tela y esto es... Por este hilo iban mirando, la dejaban de lado y la tenía hasta pegada. Yo misma tenía que hacer lo que faltaba. (Entrevistada 3).

La entrevistada evoca su mesa de trabajo como un espacio creativo, que mezclaba herramientas y habilidades que recuerda con orgullo y nostalgia.

Tijeras que iban aquí, las pinzas y la aguja. La aguja es como que se... Sí, con una pelotita en la punta [...] Es un arte, es un arte que yo todavía lo quiero. Es un arte. (Entrevistada 3)

Algunas telas eran particularmente complejas, como las destinadas a uniformes de Carabineros, que requerían cambios manuales múltiples en la urdimbre:

Mira, la tela de los pacos, de lo que le hacen las telas a los pacos, es la más complicada, tiene siete cambios [...] Porque todo ese trabajo, el oficio, era manual, manual. No, nada con máquina. (Entrevistada 3)

Tras el trabajo de zurcido, las telas eran revisadas por inspectoras que utilizaban pantallas para verificar que las reparaciones hubiesen sido correctamente ejecutadas. Si no cumplían con los estándares exigidos, la pieza era devuelta:

Ahí había dos personas que estaban en una máquina como el mueble este. Con una pantalla y ahí pasaban todas las telas que nosotros habíamos supuestamente arreglado. (Entrevistada 3)

Las trabajadoras de revisión de paños tenían su espacio propio que contemplaba una mesa e implementos personales. Las condiciones materiales mejoraron con el tiempo, incorporando sillas ergonómicas para aliviar las jornadas.

Tenía su pasillito, yo manejaba mi tablita enceradita, mi asiento, ya después nos dieron silla, nos dieron silla por la espalda. (Entrevistada 2)

Esta fragmentación reforzaba la división y especialización del trabajo, cada operaria trabajaba en su sección, sin mayor interacción con otras áreas.

Cada cual en su sección. Nadie salía. (Entrevistada 2)

En el caso de los expedientes de las trabajadoras tomecinas revisados², de los 20 archivos, tres corresponden a la Fábrica de Paños Bellavista-Tomé y 17 a Fábrica Ítalo Americana de Paños (FIAP). Entre las secciones más recurrentes que se identifican se encuentra Telares (con al menos siete trabajadoras identificadas en esa área), Apresto (donde se desempeñaron como ayudantes de plancha o remendadoras) y Revisión de Paños. Adicional a esto, se identifican dos trabajadoras que desarrollaron funciones de cuidado remunerado en la sala cuna.

En Lota, la división del trabajo industrial estuvo más caracterizada por una lógica extractiva y masculinizada propia de la explotación carbonífera. Sin embargo, las mujeres no

² Archivo personal recopilado por la Dra. Gina Inostroza. Fondecyt Regular N° 1200806 “Industrias y mujeres en el sur de Chile. Inclusión laboral y reproducción social (1940-1982)”

permanecieron ajenas a este mundo, aunque no ingresaban a las minas o piques, su presencia fue constante, ya sea en oficinas administrativas como secretarias, en áreas de bienestar, personal y aseo, así como en el hospital dependiente de ENACAR. Una serie de labores y tareas esenciales al interior de la industria del carbón fue realizada por mujeres.

Habían bastantes mujeres en la empresa, en diferentes oficios, ponte tú, todo lo que era contabilidad, todo lo que es la administración, ahí trabajaban hartas mujeres. Hospital, casi todas eran mujeres. [...] En la mina eran ingenieros, ingenieras, químicos habían como 3 y también había en el tema de los accidentes del trabajo también, justamente me acuerdo una prevencionista. (Entrevistada 6)

En particular, de acuerdo con la información extraída de las entrevistas, el Departamento de Bienestar funcionaba como un espacio de intervención social para la empresa. Allí, las mujeres no solo desarrollaban labores asistenciales, sino que también diseñaban y ejecutaban programas de atención a problemáticas estructurales como el alcoholismo, la deserción escolar o el déficit habitacional. Este trabajo, situado en el cotidiano de las familias mineras, requería una capacidad de gestión que muchas trabajadoras asumieron desde cargos intermedios o directivos, sobre todo a partir de la década de 1970.

El trabajo nuestro era de atención de público, que ese era como el grueso del trabajo. Se atendían dos veces a la semana con turnos de 30 o 40 personas en solución de problemas cotidianos, problemas conyugales, problemas, digamos, con los hijos, problemas psicológicos, problemas habitacionales, económicos. La mayor parte eran por situaciones de préstamo, de pedir anticipo, problemas laborales también, gente que la derivaban las jefaturas, digamos, a bienestar, porque el trabajador había faltado. (Entrevistada 6)

Además de estas áreas, existía una serie de oficios alrededor de las actividades de la industria, como pesadoras en el economato, porterías en las entradas, lavanderas, cocineras, desbrotadoras en el bosque y auxiliares de hospital, entre otras.

Todas eran mujeres. [...] en el listado que tengo [...] entre los oficios, porque tengo de las más antiguas: mensajeras, bañeras, en hospital, mujeres que tenían que bañar

digamos a los trabajadores [...] bronceras, cocineras, desbrotadoras, domésticas, niñas de aseo, lavandera en el hospital, limpiadora de carbón [...] pesadoras en economato, portera del hospital, torneras de loza. Y tornera esmaltadora. (Entrevistada 6)

Estos trabajos, aunque subordinados en la jerarquía formal, eran esenciales para el funcionamiento cotidiano y su existencia revela la amplitud de las secciones industriales más allá de los piques mineros y la forma en que las mujeres sostuvieron una parte importante del mundo del trabajo minero desde roles que combinaban lo laboral con lo reproductivo.

Esta organización no replicaba la cadena productiva fabril de Tomé, pero sí contenía una lógica funcional, en la que las mujeres ocupaban nichos laborales específicos que les permitían desplegar agencia y desarrollar trayectorias propias. La industria carbonífera, aunque centrada en la figura masculina del minero, contenía múltiples espacios donde el trabajo femenino no solo estaba presente, sino que resultaba indispensable para el sostenimiento de la industria y la comunidad.

5.3.2 ¿Cómo era un día de trabajo en la fábrica textil?

La reconstrucción de un día típico de trabajo solo es posible, con cierto nivel de detalle, para el caso de Tomé. Aquí los relatos de las trabajadoras permiten delinear con mayor nitidez la rutina fabril, marcada por ritmos y reglas definidas, además de exigencias físicas y emocionales. A través de sus memorias, se desprende y reconoce el régimen disciplinario de la industria textil diseñado para las operarias y también las estrategias cotidianas con que las mujeres enfrentaban negociaban y sostenían esa experiencia.

La jornada comenzaba temprano, antes del amanecer, y era regulada por el sonido del pito de la fábrica, que marcaba los distintos hitos del día laboral: entrada, cambios de turno y salida. Su sonido no solo ordenaba el tiempo interno de la planta, sino también el de la ciudad.

Todo funcionaba en la fábrica a son de pito, que ya al tercer pito usted tenía que estar trabajando. (Entrevistada 2)

Tocaba un pito a las diez de la noche, otro a las dos de la tarde y otro a las seis de la mañana, el pito de la fábrica era la hora de entrada y a la salida de la gente.
(Entrevistada 1)

Al llegar, las operarias se ponían sus guardapolvos azules, con las siglas de la empresa y se incorporaban a sus labores. El ingreso era puntual y el control de asistencia, riguroso. Cualquier retraso se descontaba y debía ser compensado al final del turno.

Llegábamos a las seis de la mañana a trabajar al tiro, poníamos el guardapolvo, a trabajar. (Entrevistada 1)

Los minutos que uno se comía tenía que reponerlos a la salida. (Entrevistada 2)

En el primer turno, a las ocho de la mañana, las trabajadoras disponían de un primer descanso para desayunar. En los primeros años, lo hacían en sus mismos puestos de trabajo, pero con el tiempo se implementaron comedores.

A veces en el mismo puesto de trabajo y después hicieron, hicieron comedores después. (Entrevistada 1)

La colación del mediodía, de media hora, permitía recuperar energías antes de continuar con las labores hasta el final del turno. Muchas trabajadoras preferían esperar para almorzar en casa al terminar la jornada u otras almorzaban la comida que recibían en viandas, a veces preparadas por ellas o en otras oportunidades elaboradas y compradas a otras mujeres que tenían ese negocio familiar.

A las dos, algunos se aguantaban, se servían en cualquier cosita y llegaban a almorzar a la casa. (Entrevistada 1)

Tenían veinte minutos para almorzar [...] en viandas, lo iban a dejar de casa.
(Entrevistada 2)

Durante las horas de trabajo, las supervisiones eran constantes. Cada sección operaba como un pequeño engranaje dentro del conjunto industrial, con tareas diferenciadas y tiempos definidos. No había espacio para la inactividad.

Todo el mundo trabajando, nadie perdiendo el tiempo [...] unas zurciendo, otras limpiando su pieza, la otra doblando su pieza, y así. (Entrevistada 2)

Cuando la demanda lo requería, los jefes de sección les solicitaban extender de jornada y eran horas extra difíciles de rechazar, pero esto tenía como consecuencia reorganizar los cuidados en el hogar, muchas veces solicitando el apoyo de madres u otras mujeres de la familia.

Me pidieron quedarme hasta las cinco por decirte. Ya, el viejo llegaba yo primero y el viejo todavía no llegaba, después llegaba curado. Pero mi mamá sabía, sí, sabía [...] pero muy poco, muy poco porque mi mamá de repente se ponía media mañosita y no. (Entrevistada 3)

Después de las 2 de la tarde las hacía utilizar todo el tiempo. Horas extras. Hasta las 10 de la noche [...] había que apurar un pedido que había y ahí nos dejaban a las que estábamos terminando todo. Teníamos que quedarnos, no podíamos decir que no. (Entrevistada 5)

Sin embargo, existían márgenes de flexibilidad contruidos desde el compañerismo entre trabajadoras, debido a que los turnos podían intercambiarse por necesidad personal, a condición de organizarse entre pares.

Podía, cuando uno necesitaba salir o hacer una diligencia, le pedía a su compañera si podía hacerle el turno. (Entrevistada 2)

Los relatos que permiten reconstruir los detalles de una jornada en la fábrica revelan más aspectos que una rutina laboral, porque expone una organización del tiempo y los espacios, además de la disciplina laboral sostenida en la constante supervisión. Pero así también muestra la capacidad de las trabajadoras para adaptarse, colaborar y hacer habitable ese ritmo.

Los acuerdos entre compañeras, los descansos compartidos y las estrategias de conciliación fueron parte esencial de esa jornada que comenzaba antes del amanecer y que, en muchos casos, se extendía hasta mucho más allá de sus jornadas formales.

5.3.3 Dinámicas y relaciones laborales al interior de la fábrica

Al igual que el apartado anterior, el análisis de las dinámicas laborales dentro de la fábrica se refiere únicamente al caso de Tomé, dado que las historias de vida obtenidas permiten observar con mayor detalle estas relaciones. No obstante, no es el mismo caso para Lota.

De acuerdo con los aspectos de la fábrica ya revisados, es posible aseverar por la organización del trabajo en secciones y los sistemas de turnos con las exigencias de la producción estuvo orientada a ampliar la eficiencia y el control del tiempo, con fines productivos. A pesar de que esto limitaba en muchos casos las posibilidades de socialización de igual forma existieron distintas interacciones y relaciones horizontales y verticales entre quienes participaron de los procesos productivos.

La posibilidad de conversar con compañeras o compañeros de otras áreas estaba reducida a momentos breves y funcionales, como la entrega o recepción de materiales. La propia estructura física de la planta estaba diseñada para favorecer la fluidez del proceso productivo, pero limitar a los mínimos funcionales la interacción.

A lo mucho la sección de al lado que venían a dejar piezas, acá uno conversaba un rato con las personas. (Entrevistada 1)

No obstante, en ciertas secciones como revisión de paños, zurcido o apresto, donde las trabajadoras compartían mesas o estaban ubicadas con proximidad, surgían espacios de conversación informal.

Sí, no si uno podía estar zurciendo y conversando con, con la de atrás, con la del lado, porque no era un, como tener un recinto privado, no. (Entrevistada 2)

También las jornadas extensas favorecían la construcción de compañerismo y vínculos más estrechos, donde incluso se aprovechaban los momentos de pausas.

Imagínese, trabajábamos 12 horas, las 8 horas más las 4 de sobre tiempo y era esa continuidad de estar todo el día conversando, conversando. Íbamos a colación [...] mesas de a cuatro, poníamos dos mesas más y nos juntábamos todo el chochlón ahí para estar por secciones juntos, entonces era un compartir más seguido. (Entrevistada 4)

A pesar de estas instancias de sociabilidad, la fábrica mantenía un control intensivo sobre la conducta de los trabajadores. Cualquier tipo de interacción que pudiera interpretarse como distracción o coqueteo era mal vista por las jefaturas, y las advertencias eran inmediatas. La entrevistada 4 recuerda que incluso encontrarse con su pareja durante el horario laboral requería discreción:

No, en la fábrica no se podía hacer eso. Siempre afuera [...] adentro porque yo cuando, mi marido estuvo trabajando en tintorería, yo pasaba a buscar agua, ahí lo veía. (Entrevistada 4)

Si lo pillaban conversando o algo [...] le hacían una frena', que no era para pololear, era para trabajar. (Entrevistada 4)

Un hito significativo en la historia sindical de las fábricas de Tomé fue la huelga legal de 1968 en la Fábrica Nacional de Paños y la FIAP y es mencionada en distintos relatos. Durante esa movilización, las y los trabajadores permanecieron al interior de la planta, lo que modificó temporalmente las formas de convivencia y dio lugar a la formación de vínculos que incluso perduran hasta hoy.

La empresa se la tomaron los trabajadores, y ahí, todo. Por ejemplo, la gente de maestranza ahí había hartas chicas nuevas, hasta el día de hoy hay matrimonios que siguen juntos. (Entrevistada 4)

En cuanto a las relaciones con las jefaturas de sección y los gerentes, los testimonios dan cuenta de un trato cercano y ameno, pero principalmente respetuoso. Aunque las jefaturas de sección cumplían un rol de supervisión vertical, también es posible encontrar situaciones en las que establecían relaciones de confianza, caracterizadas por la buena comunicación y resolución directa de conflictos:

Daban vueltas, se paraban en la mesa, conversaban con uno, se sentaban al lado de uno, había comunicación entre jefa y operaria. (Entrevistada 2)

Los jefes de las oficinas principales se confiaban en los jefes de cada sección también. (Entrevistada 1)

En los casos en los que desencadenaban conflictos entre trabajadoras, la respuesta era inmediata y se resolvía preferentemente en la misma sección o en la oficina, pero se evitaba escalar a instancias superiores:

Llegaban a la oficina a veces los conflictos, claro, llegaba la jefa, les hablaba y todo y las amonestaba un poco ahí. Había gente conflictiva, pero no había que hacerle caso no más... se subsanaba eso ahí, en la misma oficina a veces, no había para que llegar abajo porque si no, yo los mando abajo a, era ir a donde el jefe de personal, ya, ya la cosa más seria, pero casi nunca. (Entrevistada 1)

En síntesis, las dinámicas laborales condicionadas por la lógica fabril, que priorizaba la productividad y el orden, se abrieron y ampliaron esos márgenes. En ellos, las trabajadoras tejieron formas propias de relacionarse, compartir, apoyarse para resistir el aislamiento productivo impuesto por la organización industrial. Entre el rigor del trabajo y los espacios conquistados para el vínculo, se configuró una cotidianidad laboral densa, matizada por la cercanía, la vigilancia y la solidaridad.

5.3.4 Salarios y economía doméstica en el trabajo industrial

Al momento de analizar los pasajes que describen el régimen de remuneraciones y las dinámicas de economía doméstica presentes en las entrevistas, se vislumbran distintas prácticas Tomé y Lota, que no solo se refieren a solo a los montos o formas de pago, sino también a las redes que se activaban alrededor de los salarios, además de las desigualdades que reproducía el sistema y las estrategias que las mujeres pusieron en marcha para sostener la vida. En ambos territorios, el salario no fue una cifra abstracta, implicó relaciones, obligaciones y formas de agencia situadas.

En Tomé, los testimonios revelan un sistema de pagos que la fábrica administraba mediante libretas de ahorro y podía fijarse semanal o quincenal, según la sección, la antigüedad y en los casos de las operarias, de la cantidad de piezas procesadas. Inmediato a este recuerdo, la entrevistada señala algo de relevancia para el funcionamiento de la economía local, que tenía relación con la persona que les preparaba la comida y les llevaba la vianda.

Cada 15, a veces cada 15 días y otros les pagaban semanal, y les pagaban a la persona que llevaba la vianda. (Entrevistada 4)

Así, el salario circulaba en una red, por un lado, la trabajadora recibía el salario y al mismo tiempo, garantizaba el ingreso de familiares (madres, hijas, vecinas) que abastecían de comida caliente los turnos. Con apenas trece o catorce años, una de las entrevistadas participaba en esa cadena llevando colaciones y recibiendo dinero que a su vez traspasaba a su madre.

Yo como era cabra siempre trabajaba, me llevaba las viandas, me ponía al ladito de mi mami y yo la ayudaba, y los caballeros no me pagaban una plata fija pero me daba \$200, ya \$200 yo me guardaba, pero esos \$200 no eran míos porque yo se los daba a mi mamá. (Entrevistada 4)

Esta misma entrevistada, la cual ingresó en 1971 al área del salón de ventas, recuerda su primer sueldo en escudos y lo que significó para ella ahorrar desde un comienzo para obtener su hogar, el que mantiene y vive hasta hoy.

Me contrataron, y yo estaba con la casa, ganaba 860 escudos, en esos años, y me descontaban 540 pa mi casa. Era harta plata, me quedaba la nada misma, pero yo decía y yo me acordaba de lo que me decía mi papá “hija, cuando usted entre a trabajar compre primero su casa”. (Entrevistada 4)

De igual manera, en esta circulación de dinero se integraba el sistema de las libretas, el cual permitía sostener el abastecimiento de distintos productos a lo largo del mes, luego esta deuda acumulada era saldada cuando recibían su remuneración.

No, ella compraba todo, me acuerdo que había libreta pa la carne, libreta pa el pan y libreta pa la verdura, ella se pagaba, iba a pagarle a, a donde debía y traía lo que necesitaba (Entrevistada 1)

La recesión económica de la década de los ochenta golpeó de lleno la industria textil. Una de las entrevistadas recuerda que durante este periodo se realizaron recortes abruptos a los sueldos, pero frente al temor de perder su puesto se sentía obligada a aceptarlo.

Daban una mitad o menos, pero yo con todo lo que reunía hacía el doble de lo que me pagaban. Bajaron los sueldos, dieron una parte y había que aceptar porque había trabajo. (Entrevistada 5)

Para compensar esta disminución de sus salarios, muchas mujeres activaron estrategias para generar ingresos de forma paralelas basadas en saberes domésticos, como la elaboración y venta de queques, empanadas y bordados que duplicaban o triplicaban sus ingresos.

Yo con todo lo que reunía hacía el doble de lo que me pagaban. (Entrevistada 5)

Con relación a los expedientes de las trabajadoras analizados³, es posible observar que las remuneraciones en las fábricas de Tomé, principalmente la FIAP, se estructuraban bajo

³ Archivo personal recopilado por la Dra. Gina Inostroza. Fondecyt Regular N° 1200806 “Industrias y mujeres en el sur de Chile. Inclusión laboral y reproducción social (1940-1982)”

distintos criterios según el periodo, la sección de trabajo y el tipo de contrato. La información disponible revela montos específicos como modalidades de pago, siendo habitual los pagos quincenales en efectivo y la existencia de reajustes salariales durante la trayectoria de las trabajadoras.

Por ejemplo, M. M. M. quien ingresó en 1940 como remendadora en la sección Apresto de la FIAP, percibía un salario de \$13 por una jornada de ocho horas, monto que fue reajustado progresivamente entre 1963 y 1969. Su expediente también consigna bonificaciones y la conservación de derechos adquiridos tras una huelga.

En el caso de R. I. C. G., contratada en 1940 a los 19 años como aprendiz en la sección Telares, se establece un salario inicial de \$4 cada dos semanas, con pagos quincenales en efectivo y descuentos legales por previsión y participación sindical. Su expediente muestra reajustes salariales sostenidos hasta fines de los años 60.

Una modalidad distinta es la que figura en el contrato de M. C. O., quien ingresó en 1935 como tejedora a los 18 años, bajo un sistema de trabajo a trato.

En Lota, las formas de remuneración también revelan una economía obrera estructurada en torno a múltiples capas de formalidad e informalidad. En los testimonios aparecen menciones a sueldos regulares complementados por regalías según el tipo de turno, de noche, festivos, fines de semana, principalmente realizados por los hombres que accedían a las minas. También detallan mecanismos internos de descuento que influían en la percepción final del ingreso.

Las regalías eran buenas, ellas tenían baja de mina, baja de turno. Si trabajan de noche, le pagan, si trabajaban sábado y domingo igual, o festivo. Entonces, las regalías que teníamos eran muy buenas. Yo lo encontré bueno. Si uno se encalillaba era problema de uno. (Entrevistada 7)

Una de las misma entrevistada señala que fue contratada bajo el régimen de supernumeraria, que implicaba una modalidad en la que recibía un sueldo parcial.

Me pagaron como supernumeraria. Se llamaba supernumeraria, pero a ti, los sueldos no pueden dártelos completo, va una parte como para pagar o descontar el IVA, una cosa así. [...] así que mi sueldo fue bueno y ahí trabajé como unos 8 meses más o menos. Así que bienvenido, porque ya estaba pagada de mi finiquito con mis regalías, obtuve las misma que tuvieron las que habían despedido antes. (Entrevistada 7)

Por su parte, la entrevistada 6 recuerda un fenómeno ampliamente extendido en Lota: el empeño del carnet. Muchas trabajadoras entregaban sus carnets a negocios o vendedores ambulantes, quienes luego cobraban directamente en las oficinas habilitadas por la empresa. Esta práctica generaba endeudamiento estructural y fue combatida desde el área de bienestar.

Había gente que empeñaba los carnet, eso es una institución el empeño del carnet, el carnet de pago, entonces iban... Entonces el día del pago, el día 15, ponte tú, era típico que llegaba un señor de un negocio, una señora llegaba con 15, con 20 carnet de pago, a cobrar el sueldo, digamos, porque ya lo tenía todo gastado [...] Eso nos costó, pero años por erradicarlo, porque eso no se podía permitir. (Entrevistada 6)

Este consumo adelantado también incluía a vendedores que ofrecían productos puerta a puerta a crédito, como cortinas, frazadas o ropa de cama, generando un ecosistema de endeudamiento paralelo al régimen oficial:

Eso era como tan incómodo, pedir, digamos, en un negocio, de la venta, ponte tú, de barrio, de la venta, del típico hombre con una maleta que pasaba por los barrios, y trabajaba vendiendo cortinas, frazadas, qué sé yo, género. (Entrevistada 6)

En suma, los sistemas de pago de los sueldos o remuneraciones observados en Tomé y Lota funcionaron como dispositivos que entrelazaban el trabajo con la vida cotidiana, operando tanto como mecanismo de control como medio de reproducción social. En Tomé, las remuneraciones reproducían un entramado comunitario donde el dinero circulaba. Sin embargo, la crisis evidenció la fragilidad de ese pacto: cuando la empresa ajustó los sueldos, fueron las propias trabajadoras quienes sostuvieron la vida familiar diversificando ingresos y transformando sus habilidades domésticas y artesanales en recursos. En Lota, los sueldos

también se inscribían en un entramado con regalías, anticipos, descuentos y deudas presentes, que la propia empresa regulaba o toleraba

Más que receptoras pasivas, las trabajadoras fueron administradoras y estrategas de esos flujos económicos, lo que les permitió sostener sus hogares y necesidades frente a permanentes situaciones de inestabilidad y ajuste

5.3.5 Ascensos y movilidad al interior de la industria

En los contextos industrial marcadamente jerárquicos y rígidos la movilidad laboral fue posible, pero estuvo sujeta la valoración subjetiva del comportamiento, la percepción de confiabilidad por parte de las jefaturas y, en algunos casos, la disposición personal a asumir tareas de mayor responsabilidad sin un correlato inmediato en la remuneración. Las trayectorias de las entrevistadas revelan que el ascenso era también un espacio de disputa simbólica, donde se negociaban expectativas de género, liderazgo y autoridad entre pares.

En Tomé, una de las entrevistadas relata cómo su paso de operaria a empleada se produjo a partir del reconocimiento moral que su jefa hizo de su buen comportamiento. A pesar de que ella misma reconocía que otra compañera tenía mayor preparación técnica, fue ascendida por ser percibida como una figura confiable.

Trabajé de operaria unos años. La jefa me miraba siempre y un día me llamó a la oficina, me dijo pienso ascender a una operaria a empleada, me dijo. Y ya ser empleada ya era otra cosa pu', "y he pensado en usted" y yo la miro, le dije, señora Yolanda, ¿pensó en mí? No le dije yo, mire la persona que trabaja conmigo, ella estuvo en la Técnica, es mucho mejor zurcidora. Me dijo, pero pa empleada no me gusta, pero yo sé que usted es evangélica, tiene buen comportamiento [...] y me ascendió. (Entrevistada 1)

El cargo implicaba nuevas responsabilidades de supervisión de producción, con tareas como la distribución de piezas y el control de calidad. A pesar de su baja escolaridad, la entrevistada

asumió el rol de forma autodidacta con apoyo de compañeras, lo que le permitió sostener sus tareas administrativas.

Yo entré en el cincuenta y siete, en el sesenta sería. Ahí había que hacerse cargo de un turno, yo imagínese la poca educación mía. (Entrevistada 1)

No obstante, estas nuevas responsabilidades, el cambio de operaria a empleada no trajo consigo una mejora económica relevante, pero sí ciertos reconocimientos y otras posibilidades antes negadas, como acceso al casino, el uso de un uniforme distinto y mayor capacidad de decisión, lo que a su vez generaba también tensiones con las operarias que antes fueron sus compañeras.

La empleada tenía otra responsabilidad y tenía, podía ir al casino, a tomar desayuno. Otro uniforme también, no el mismo de las operarias. (Entrevistada 1)

Otra entrevistada describe un tipo de movilidad forzada, vinculada a la reubicación de un compañero. A partir de ese traslado, comenzó un recorrido por distintas áreas de la fábrica, acumulando experiencia en secciones como Medición, Costura, Apresto y Revisión.

Me sacaron del salón de ventas porque a un joven lo sacaron porque tenía problemas, donde está la administración y no hallaban dónde meterlo [...] así que a él lo llevaron al salón de ventas y a mí me sacaron para arriba. Y yo llegué a Mediciones y Despacho, donde ayudaba con costura y revisión de piezas. (Entrevistada 4)

En otros casos, como el de la entrevistada 2, el cambio de puesto fue experimentado con mayor dificultad, porque pasó de una sección más estable a un área intensiva en tareas manuales, situación que fue percibida como un retroceso.

Trabajé 10 años en el Salón de Ventas, después me cambiaron hacia adentro de la empresa, trabajando en despacho, pero era medición y control, había que revisar la costura, se hacían un montón de trabajo ahí, orillar la frazada, hacer ponchos, frazadas. (Entrevistada 2)

El análisis de los expedientes laborales⁴ permite identificar ciertas trayectorias de ascenso y movilidad interna al interior del sistema fabril tomecino, aunque estas se encontraban condicionadas por las necesidades productivas de la empresa y sujetas a la aprobación jerárquica. En varios casos, las trabajadoras comenzaron su vinculación como aprendices o en funciones básicas, y con el tiempo fueron reasignadas a secciones más especializadas o de mayor responsabilidad. Por ejemplo, M. C. A., quien ingresó a la FIAP en 1939 a los 16 años como ayudante de plancha en Apresto, fue posteriormente trasladada a la sección de Revisión de Paños.

Específicamente en Lota, no se registran con mayor detalle tanto estos movimientos al interior de la industria, pero del que existe registro se vincula a transformaciones en la cultura institucional. Una de las entrevistadas describe que su nombramiento en un cargo de jefatura fue resistido en un inicio, pero terminó asumiéndolo al entender que esa oportunidad implicaba romper con una exclusión histórica hacia las mujeres.

Fui al otro día a hablar con él y le dije [...] piénselo bien. Era el gerente, y me dice: “Sabes Cecilia, yo voy a decirle una sola cosa. Las mujeres, me dijo, toda la vida han reclamado porque no se les da, qué sé yo, las posibilidades de trabajar en diferentes áreas, puestos de jefatura, y te estoy dando la posibilidad y tú me dices que no”. Y esa cuestión por supuesto que me... “¿Dónde hay que firmar?”, le dije yo, y me fui a trabajar a ese... siempre, como te digo, nos daban oportunidades, así que el sentido, digamos, era bueno. (Entrevistada 6)

Este tipo de ascenso no solo reconfiguraba las jerarquías al interior de la empresa, sino que también desafiaba los mandatos de género que limitaban históricamente el liderazgo femenino en contextos industriales.

⁴ Archivo personal recopilado por la Dra. Gina Inostroza. Fondecyt Regular N° 1200806 “Industrias y mujeres en el sur de Chile. Inclusión laboral y reproducción social (1940-1982)”

En síntesis, los procesos de ascenso y movilidad dentro de las fábricas estuvieron atravesados por criterios diversos que combinaron confianza personal, predisposición al trabajo, autogestión del aprendizaje y condiciones organizacionales. En Tomé, esta movilidad permitió a algunas mujeres que ingresaron como operarias alcanzar puestos de supervisoras o encargadas, sin alterar su pertenencia a la clase trabajadora, pero sí ampliando sus márgenes de reconocimiento al interior de la fábrica. En Lota, el acceso de mujeres a cargos tradicionalmente reservados a varones significó un avance simbólico relevante, aun cuando implicara enfrentar resistencias internas. En ambos casos, el ascenso fue menos un premio que una nueva forma de responsabilidad, donde las mujeres no solo asumieron más tareas, sino también el desafío de navegar dentro de un mundo fabril en transformación.

5.3.6 La organización sindical industrial en la memoria de las mujeres

La organización sindical industrial en la memoria de las mujeres trabajadoras de Tomé y Lota ofrece una mirada situada sobre los modos en que los sindicatos se articularon con las industrias, sus pares y la vida comunitaria en ambos territorios.

Los testimonios de las mujeres trabajadoras de Tomé revelan una organización sindical fuerte en las décadas de 1960 y principios de 1970, cuando los sindicatos no solo canalizaban demandas laborales, sino que también cumplían un rol de cohesión en la comunidad obrera.

Era muy raro el que no el que no se afiliaba, yo estaba afiliada al sindicato. (Entrevistada 3)

Con algunos matices de personas que no participaban o no se querían vincular a la política, en este periodo, la participación sindical era percibida, como un deber colectivo y democrático y se involucraban en procesos de votación y deliberación en asambleas.

Ellos no tomaban un lápiz sin que la gente de la asamblea lo supiera y cuando se tomaba una decisión todos votábamos... pero no a voz alzada, sino que, por voto, igual como cuando uno va a sufragar, ya. Ellos fueron muy leales. (Entrevistada 3)

Durante este periodo, el sindicato canalizaba una serie de demandas como las mejoras de la infraestructura como baños, beneficios específicos por sección y reajustes salariales. Estas peticiones y las acciones para alcanzarlas, aunque no siempre exitosas, reforzaron un sentido de colectividad.

Porque resulta que era un bien para todos, no era para ti ni para él, era para todos, si eran mil operarios. (Entrevistada 3)

Uno de los hitos más emblemáticos de la organización sindical tomecina fue la huelga de 1968, que unificó a las tres principales fábricas textiles de la ciudad –Bellavista, FIAP y Oveja– en una movilización masiva que incluyó marchas desde Tomé a Concepción y también de ollas comunes y acciones de apoyo entre familias y vecinos.

Cuando íbamos a almorzar a la calle hacían como ollas comunes, claro, teníamos que llevar el plato y la cuchara y nos sentábamos en la calle. (Entrevistada 3)

No obstante, estas huelgas también tenían consecuencias graves para los trabajadores, como despidos masivos que alcanzaban incluso a quienes no participaban activamente.

Después de todas esas huelgas siempre había despidos masivos... mi padrastro cayó, y él nunca se metió en nada. (Entrevistada 4)

Este primer ciclo de organización sindical, comprendido hasta 1973, se caracterizó por la participación masiva de trabajadores y trabajadoras y la legitimidad de sus decisiones. Sin embargo, con el golpe de Estado y la instauración de la dictadura cívico-militar, se impusieron distintos cambios. Debido a que las fábricas fueron intervenidas, los sindicatos pasaron a ser espacios controlados o fragmentados. La solidaridad fue reemplazada por la desconfianza, el autoritarismo y las represalias selectivas.

Nosotros con mi jefe éramos... no aguantábamos muchas cosas, y nos pusimos a ponerles los puntitos sobre las i a los dirigentes, y no se hicieron asambleas con los dirigentes... y ellos pensaron en echarme, a mi jefe lo sacaron, lo mandaron a trabajar al fundo. (Entrevistada 4)

Es así como los sindicatos comenzaron a funcionar como dispositivos que colaboraban con la administración o limitaban la acción colectiva. La misma entrevistada, que había sido

delegada de sección, rememora tratos preferenciales para algunos dirigentes lo que causaba desconfianza entre los trabajadores.

No confíen en estos gallos, son todos unos vendidos... pueden tener todos los beneficios y nosotros nada, y ellos se venden como curas. (Entrevistada 4)

A pesar de este clima adverso, persistieron acciones de resistencia y solidaridad, como gestos de apoyo comunitario hacia dirigentes despedidos.

Mi mamá iba a las reuniones sindicales, regaló cinco kilos de azúcar, para cooperar con el dirigente que habían echado. (Entrevistada 1)

De igual manera, en los documentos varios revisados del Sindicato Bellavista-Tomé, particularmente en un petitorio fechado en julio de 1951, se registra la solicitud de que la asignación familiar sea pagada a las madres o esposas, incluso si perciben alguna renta, y que este beneficio se mantenga para las compañeras casadas después de 1942, extendiéndose hasta que los hijos cumplan 18 años o finalicen sus estudios. A renglón seguido, como parte del mismo petitorio, se señala: “Solicitamos para las Madres obreras una Asignación Prenatal desde tres meses antes a la fecha probable de su alumbramiento”.

Los sindicatos de Lota, en los relatos analizados, aparecen descritos como un componente importante del entramado organizacional de ENACAR. Las mujeres entrevistadas no participaron directamente de estas instancias, por lo tanto, su referencia al sindicalismo proviene del lugar donde se sitúan. Entonces, a través de esta óptica es posible observar que los sindicatos eran parte del engranaje de la empresa, que les permitía participar de decisiones administrativas, negociar beneficios y resolver problemas de los trabajadores.

Es que mira, es que allá el movimiento sindical... hay como una muralla de este porte más o menos, digamos, que están todas las actas de... Son pero montones, digamos, de cada sindicato, cada dos años, que se yo, donde estaban descritos todos los beneficios (Entrevistada 6)

Paralelo a esto, existe un relato sobre una historia familiar que sitúa al abuelo de la entrevistada en la organización obrera y que evidencia la centralidad que esta tenía en Lota.

En este caso una persona que no adhería a las huelgas podía sufrir graves consecuencias por parte de sus compañeros, no así por parte de la empresa.

A mi abuelo le decían crumiro, porque él, por ejemplo, en los tiempos de huelga de esos años, él iba igual a trabajar y con eso mi papá tenía buen puesto. Y como tenía contacto con los carabineros, lo dejaban que fuera a la mina. Y una vez lo pillaron los de izquierda, los que estaban en huelga y le cortaron la mitad de la oreja. Así se castiga a los crumiros. (Entrevistada 6)

Finalmente, en estos relatos entregan algunos elementos respecto a cómo las mujeres experimentaron la organización sindical. En el caso de Tomé, los sindicatos emergen como espacios de participación activa y democrática, que convocaban a hombres como mujeres en la defensa de sus derechos y en la construcción de solidaridad obrera, especialmente durante las décadas de 1960 y principios de 1970. En cambio, en Lota, aunque las entrevistadas no formaron parte directa de estas organizaciones, su testimonio permite observar que los sindicatos eran fuertes y formaban parte del engranaje institucional de ENACAR y que esta fuerza fue construida por la amplia participación de los trabajadores mineros, desencadenando participaran con decisión la entrega de beneficios y articulando decisiones en colaboración con la empresa.

5.3.7 Cambios durante la Unidad Popular y el Golpe Cívico-Militar

Una de las mejores formas de observar el estrecho entramado de relaciones entre las esferas productivas como reproductivas son los ciclos de cambio, en este caso el periodo comprendido entre el gobierno de la Unidad Popular (1970-1973) y la posterior instauración de la dictadura cívico-militar (1973-1989). Este ciclo no solo alteró el régimen político y económico del país, sino que tuvo efectos concretos en las prácticas cotidianas, en las relaciones laborales dentro de las fábricas y en los vínculos comunitarios que sostenían la vida obrera.

Durante el gobierno de la Unidad Popular, las entrevistadas recuerdan una mejora general en los sueldos, gratificaciones y acceso a bienes básicos, muchas veces facilitado por la intermediación de la fábrica.

En el tiempo de la UP se dieron muchas cosas, buenos sueldos, buenas gratificaciones, todo era bueno, y como le decía llegaban hartas cosas que eran accesible para los trabajadores, tenía mucha accesibilidad, incluso las casas comerciales de Concepción que no es como en estos tiempos que uno tiene harta accesibilidad, no, antes era difícil, pero se lograba a través de la fábrica llegar a tener crédito, por ejemplo. (Entrevistada 4)

No obstante, esta valoración, se desarrolló la idea que este sistema de beneficios en aumento condicionó que algunos trabajadores dejaran de asistir a sus labores en la fábrica.

Pero también se abusó mucho, porque la gente se empezó a consolidar a estar bien, y algunos no iban a trabajar. (Entrevistada 4)

El acceso al empleo también se vio permeado por el contexto político. La cercanía con los sindicatos comunistas o la participación en clubes deportivos de la fábrica facilitaban el ingreso laboral, generando un clima de favoritismo.

Los presidentes de los sindicatos eran comunistas, toda la gente que estaba en el partido entraba a trabajar, así se formaron grupos, o sea agrupaciones más que entraban a trabajar más por la política. [...] Esos eran los grupos grandes que entraban, que se juntaban 200, 300 personas. (Entrevistada 4)

Los jefes de departamento que pertenecían al Club Deportivo contrataban a chiquillos que eran buenos para jugar a la pelota, pero también tenían que trabajar. (Entrevistada 4)

La escasez también fue una situación que caracterizó esta época. Las trabajadoras debían organizarse para enfrentar las largas filas y turnos en la fábrica con el fin de conseguir productos básicos como harina.

En cuanto a toda situación económica, porque todo era escaso, no se podía. Por ejemplo, el tema de la harina, las cosas más básicas, se hacía harta fila. Por ejemplo, ellas hacían fila para tener las cosas en la sede. (Entrevistada 5)

La convulsión política generó un ambiente de tensión creciente. Si bien algunas entrevistadas simpatizaban con el proyecto de la Unidad Popular, también reconocían lo delicado de que sus compañeros comenzaran a organizar para enfrentar posibles enfrentamientos.

Estaba ya delicado. Los mismos operarios a veces tomaron la rienda y tenían para defenderse. (Entrevistada 5)

Tras el golpe del 11 de septiembre de 1973, las experiencias se diversifican según la posición que ocupaban dentro de la fábrica. Una entrevistada rememora cómo fue explícitamente protegida por un administrador conservador, mientras otros compañeros, como su esposo, no corrieron la misma suerte y fue víctima de la represión.

Mira María, palabras textuales en la administración “jamás te voy a denunciar, jamás, porque tú eres derecha y esa gente derecha es la que vale (...) a ti no te va a pasar nada”. (Entrevistada 5)

Mi marido fue llevado a la isla, le sacaron la mugre, pero él era comunista, a él, no yo (risa) yo era socialista y gracias a Dios que nunca firmé en el partido. (Entrevistada 5)

La vivencia del golpe de Estado aparece como una irrupción brusca en la rutina cotidiana. La misma entrevistada recuerda un encuentro con carabineros mientras iba al zapatero el mismo 11 de septiembre de 1973, un episodio que muestra la sorpresa frente al golpe.

Y sigo caminando de pie de la fábrica para Tomé [...] Estaba cerrado con cordones y había policía. Yo dije, ¿qué estará pasando? Dios mío, yo con mis zapatos, mi carterito... ‘¿Y dónde va señora?’ ‘Al zapatero’ ‘Váyase para la casa. ¿No sabe cómo estamos?, estamos en un golpe de estado.’ Ya, devuélvase inmediatamente. No puede pasar para adentro. Así que menos mal que no me tomaron detenida. (Entrevistada 5)

En este proceso de despojo de las rutinas cotidianas y de temor, se suma la precarización del trabajo femenino y la carga reproductiva asumida por muchas viudas que ocurrió en este periodo.

El tiempo de la dictadura acá en la empresa nos robaron todas las imposiciones a nosotros, entonces nos faltaron las imposiciones, entonces por eso no alcancé a recibir pensión. (Entrevistada 4)

El control territorial fue otro componente de este nuevo régimen. El miedo y la vigilancia se naturalizaron al punto de alterar incluso las prácticas más cotidianas.

Veía la novela y aquí en la esquina estaban los guardias para disparar a la gente que salía de noche. Así que salíamos camufladitos. (Entrevistada 5)

En Lota, una de las entrevistas que ingresó justo a trabajar unos meses antes del golpe recuerda la política de abastecimiento implementada a través de la JAP (Junta de Abastecimiento y Precios) un sistema funcionó gracias a la organización materna y al respaldo que implicaba trabajar en una empresa como ENACAR. Sin embargo, el golpe vino a confirmar las sospechas de sabotaje.

Lo otro, antes del golpe estuvo la JAP. A nosotros nunca nos faltó nada, porque mi mamá hacía el pedido mensual en un almacén y ella hacía todo para el mes. Lo único que no se compraba para el mes era el pollo, la carne, la fruta, la verdura, pero lo que era abarrotes lo hacía ahí. Una vez empezaron a escasear las cosas, y eso de la tarjeta, de la JAP, y como mi papá estaba bien considerado, teníamos teléfono en la casa, de la empresa, y llamaron a mi mamá que qué iba a hacer, si le repetían el pedido del mes anterior y lo iban a dejar en la noche, antes del golpe, y yo iba con una tía a Carampangue a comprar la carne para la semana. Cuando viene el golpe, al segundo día, aparece todo. Qué más claro que ellos hicieron el sabotaje. (Entrevistada 7)

Asimismo, rememora la represión desatada y el temor en los días convulsos luego del Golpe de Estado, donde observaba desde su oficina como los militares detenían a trabajadores de la mina.

Nosotros, para el golpe, de arriba mirando, cómo llegaban los carros de los milicos, y con la culata tiraban a los trabajadores que iban a sacar a la mina, y después había dos escalinatas, y con las culatas los tiraban para arriba, y nosotros llorábamos, y el jefe nos decía que no miráramos, porque nos podían llevar. Todo era comunista. Si a ti te caía mal una persona, decías que era comunista y te podían llevar. (Entrevistada 7)

Tras el golpe, la dictadura también permeó el control de la fábrica. Una entrevistada recuerda la intervención de gerentes militares en ENACAR.

Habíamos tenido gerentes militares, a veces los veías pasar así, en un auto con todo el séquito pa' atrás. O sea, nunca le vimos la cara. (Entrevistada 7)

La represión posterior se manifestó tanto en el entorno social como en las relaciones familiares. La entrevistada recuerda cómo su tía, que vivía en Viña del Mar le pedía que ocultara su origen lotino, pues esta ciudad era estigmatizada por ser considerada bastión comunista. Adicionalmente, también se observa lo que hicieron algunas mujeres para colaborar con el régimen militar y apoyar en la “reconstrucción del país”.

Yo tengo una tía en Viña que me decía cuando iba, ‘mijita usted nunca diga que es de Lota, porque en Lota son comunistas’. Y yo me iba todos los veranos para Viña. Ella tenía amistades, ‘no diga que es de Lota, diga que es de Concepción’. Porque ahí viven los comunistas y te van a mirar mal. Ella regaló su argolla de matrimonio. A los meses del golpe salió Pinochet, puso una ley que todos los que tuvieran argolla de oro la regalaran para la reconstrucción del país, y él les iba a pasar otras argollas de cobre. Mi tía fue una de las que regaló su argolla. [...] Siempre con miedo, el terror. Fueron muy pillos. (Entrevistada 7)

A nivel personal y familiar, también existieron consecuencias. La entrevistada relata cómo su hermano, fue presionado para presentar su renuncia tras el golpe, tras esto, igual fue detenido, llevado al estadio. Aunque fue liberado posteriormente tuvo que huir del país y vivir en el exilio durante muchos años.

Pero hubo un momento, con el golpe y todo y por mi hermano. Ahí un día le dijeron que tenía que irse. Y él era liberal, era apatronado, así que ahí le pidieron que presentara la renuncia. (Entrevistada 7)

con la llegada del golpe lo tomaron detenido, estuvo en el estadio, no se podía ir a ver, llevarle nada. Pero siempre tuvo en el estadio, después lo encontraron que no tenía ponle tú, no tenía culpa de nada. Pero igual lo persiguieron después. (Entrevistada 7)

Así, el periodo comprendido entre el gobierno de la Unidad Popular y la instauración de la dictadura cívico-militar se configura en los relatos de mujeres de Tomé y Lota como un ciclo de quiebre, donde se reordenaron las estructuras de poder y las formas de vida cotidiana. En Tomé, las memorias rescatan las mejoras materiales durante la UP y el abrupto retroceso tras el golpe, que implicó pérdida de derechos laborales, represión selectiva y reconfiguración autoritaria de las relaciones laborales. En Lota, en cambio, la mirada aparece mediada por la función que cumplían las entrevistadas, lo que permite reconstruir el modo en que el régimen militar permeó las estructuras empresariales, pero también recuerdos personales y familiares.

5.4 Paternalismo industrial: dinámicas y valoración femenina

5.4.1 Valoración de los beneficios y regalías de la empresa

Dentro de los relatos analizados, existen constantes menciones a los beneficios y regalías que entregaba la industria textil y carbonífera. Para muchas trabajadoras, estas “regalías” no eran menores, eran parte constitutiva del contrato tangible y simbólico que ligaba a la fábrica con su comunidad. En este vínculo, la empresa se edificaba como proveedor material y organizador de la vida cotidiana, mediante una lógica paternalista que contemplaba cuidados, vestuario, salud, educación y prestigio, pero que también reproducía estereotipos de género y relaciones de dependencia y subordinación.

En este sentido, uno de los beneficios más recordados por las trabajadoras tobecinas son los cortes de paño que la fábrica entregaba anualmente. Este acceso a telas de alta calidad se convertía en un recurso muy valorado en contextos de escasez material y adicionalmente, era símbolo de distinción dentro del entorno comunitario. Con esa tela las familias, principalmente a manos de mujeres, confeccionaban ternos, abrigos o uniformes escolares, de modo que la buena presencia, para hombres, mujeres y niños, se convertía en marca de identidad obrera textil.

Daban tres, tres paños al año y la ventaja que compraba uno y no caro, retazos, los retazos salían, un terno pa los chicos, los míos vivieron con terno, igual las chicas, bien vestidos, si los de la fábrica andábamos bien vestidas. (Entrevistada 2)

Si era paño, igual uno era pituca, pero pituca con puro paño, estas cosas no se veían, las blusas, nada. Los paños, sí, se usaba en sombrero, todo. (Entrevistada 2)

La entrega de paños era una política de la empresa que abarcaba a toda la plantilla, desde operarias hasta empleados, así cada trabajadora y trabajador recibía una cantidad fija de metros de tela, dependiendo del tipo de tela.

Todos iguales, todos, todos, y los tres metros, por ejemplo, eran 3 metros 20 de tela, lo que era tela. Lo que era abrigo, que era una tela más especial, eran 2 metros 40. (Entrevistada 4)

Acceder a estos paños también generaba prácticas de circulación interna, donde la venta y la confección de la propia ropa formaban parte del entramado cotidiano.

Por trabajar en el salón de ventas, por ejemplo a veces iba gente a comprar y yo le decía ‘oye, te sale 20 luca, yo te la vendo en 10 mi corte’, yo saco mi corte y te lo vendí en 10. (Entrevistada 7)

Entre las dinámicas asociadas a la entrega de paños, también se reconoce que impulsó el desarrollo de habilidades de costura en muchas mujeres, lo que les permitía no solo ahorrar

dinero, sino también consolidar su autonomía, lo que hoy adquiere una dimensión de mucho valor y nostalgia.

No, yo me hacía yo mis cosas.(Entrevistada 2)

En particular, otro de los beneficios reconocidos y valorados por las trabajadoras son los feriados y las vacaciones de quince días totalmente pagadas. En la forma en que lo expresan, más que ser concebidos como un derecho laboral incluido parte de un contrato, estos eran concebidos como un beneficio que concedía la empresa.

Los feriados que daban los fines de año. (Entrevistada 2)

Quince días y pagadas, ahora si quería, si quería salir con feriado trabajaba siete días el resto lo pagaban igual. (Entrevistada 2)

Por otro lado, la cobertura sanitaria y prestaciones de salud se realizaba a través de Policlínico (también mencionado como consultorio) que atendía a trabajadores, trabajadores y familiares directos, un beneficio altamente valorado. Las siguientes citas evidencian la capacidad de la empresa por generar condiciones de para la dependencia y valoración de la empresa.

Teníamos el policlínico, donde uno se hacía tratamientos, curaciones, médicos, buenos médicos, buenos médicos. Yo tuve un médico amigo porque los chicos empezaban que le dolía aquí, que le dolía allá [...] al último salimos siendo amigos. (Entrevistada 2)

La ventaja que tenía uno es que como tenía el consultorio cerca no tenía que levantarse a las 6 o 5 de la mañana al hospital, porque uno salía y la atendían al tiro a una, porque nos tenían médico. (Entrevistada 4)

Es por ello que la desaparición de aquella infraestructura refuerza hoy el sentido de pérdida.

Claro, si ahora se echó todo abajo eso, si ahora hay edificios ahí y era bonito, era bonito. (Entrevistada 2)

Otra de las medidas más valoradas por las mujeres entrevistadas fue la sala cuna, en la cual equipos de educadoras y cuidadoras quedaban a cargo de los cuidados, la alimentación, el control de salud y horarios de lactancia fijados dentro de la jornada, hasta que el niño o niña cumplía un año.

Nos tenían sala cunas para los hijos y en las salas cunas usted no pagaba ni un peso, ¡nada! nada, nada, usted iba a dejar a su hijo, con sus pañales y ahí le daban la leche, le daban la comida, le daban todo. Yo como trabaja todo el día, mis hijos estaban desde las 8:30 hasta las 19:30 media, a más tardar porque después tenía que retirarlos porque después era ya mucho abusar, las tías igual estaban hasta las 10 u 11 de la noche, pero yo no podía usar los dos turnos, pero todo eso nos regalaban. (Entrevistada 4)

Sí y ahí dejábamos a los chicos, hasta el año. Las tías notaban que el niño estaba con fiebre, de repente así en la mañana 7:00 o 7:30 salían las mamás a darle pecho a los bebés. (Entrevistada 4)

Como otro apoyo a la maternidad, las mujeres recibían un charlón, una especie de manta para bebés y un aporte en dinero que, aunque modesto, aliviaba la llegada del recién nacido.

Nos daban un charlón por el hijo y un bono por nacimiento. Aunque era poco, ayudaba bastante. (Entrevistada 2)

Existía también una bonificación por matrimonio, percibido como simbólico.

Sí parece que daban un bono por casamiento pero fuera de eso no, no eran muy mano abierta los de la industria. (Entrevistada 2)

Así también se menciona un bono dirigido para pagar la matrícula de los niños.

Para pagar matrícula y todas esas cosas, era un porcentaje por cada niño, pongámosle como \$30.000 por cada niño y era para todos iguales también, todos eran iguales. (Entrevistada 4)

Otro de los beneficios que menciona la entrevistadas se refiere a la posibilidad de acceder a descuentos para comprar artículos de línea blanca y también obtener una orden de crédito la cual se descontaba por planilla para comprar tanto dichos artículos o también telas.

Y la empresa, traía a otras empresas a la empresa a ofrecernos artículos de línea blanca y juguetería, de todo, ahí donde está el internado (Los Cerezos), ahí se instalaba, que era la empresa Corventi, y ellos traían de todo, y uno pedía y después se los descontaba con cuotas mensuales, ahí la gente compraba refrigerador, lavadora, cocina, comedor, juguetes, de todo, a mí todavía me quedan de cuarenta y tantos años atrás. (Entrevistada 4)

La orden de crédito la misma entrevistada la describe como una posibilidad de poder acceder a cosas que necesitarán, pero significaba recibir un descuento en su remuneración, lo que también significaba una dificultad, pero en muchas oportunidades era el único camino para las necesidades que enfrentaban.

O sea es como pedir un vale, entonces por ejemplo le daban un vale por \$10.000, por ejemplo, y uno sacaba lo que quería y la persona elegía lo que quería y después le descontaban por planilla, aunque claro que era el medio shock porque le digo el dolorcito de guata que le daba a uno cuando le descontaban, pero cuando uno estaba necesitada. (Entrevistada 4)

Los cursos y capacitaciones también fueron beneficios valorados y bien recordados por las entrevistadas. Esto complementó trayectorias de muchas trabajadoras y consolidó el carácter paternalista de la industria por estrategia doble: optimizar el rendimiento fabril y, al mismo tiempo, fidelizar a los hogares obreros mediante incentivos educativos. Una de las entrevistadas recuerda que la fábrica, sobre todo bajo la administración de Don Hernán Ascuí, patrocinaba estudios vespertinos e incluso respaldaba la formación universitaria de los propios trabajadores, así como de sus hijos, siempre y cuando mantuviesen un buen desempeño académico y destacado.

Incluso le daba beca a los hijos de trabajadores... después de las horas de trabajo ir a estudiar a las universidades. (Entrevistada 4)

En paralelo, la empresa impulsó cursos de oficio dirigidos, sobre todo, a las mujeres en áreas como confección, cocinería, chocolatería. En el caso del cursos de confecciones esto permitió que las mujeres pudieran tener su propia máquina de coser.

Yo hice cursos de confecciones... teníamos todas las ganadas porque teníamos las máquinas Overlock, teníamos las máquinas industriales. (Entrevistada 4)

A través de estos cursos se fortalecían las habilidades textiles, lo que sumado a la posibilidad de tener una máquina, contribuían a la economía doméstica, ya que las trabajadoras podían reutilizar retazos facilitados por la empresa para vestir a la familia o confeccionar prendas que, de otro modo, habrían sido difícil de adquirir.

Yo por ejemplo le hacía pantalones a mis hijos, ropa para mí. Incluso una compañera se hizo un abrigo con telas elegidas por nosotras. (Entrevistada 4)

Es así que los cursos y las becas asociadas funcionaron como un dispositivo de movilidad, porque ampliaban habilidades, reforzaban la identidad obrera y afianzaban la relación entre empresa y familia. Al desaparecer estos cursos, se perdieron oportunidades de calificación, y también un espacio de socialización que entregaba herramientas que les había permitido a las mujeres ampliar los márgenes de su autonomía dentro de la estructura fabril.

Aunque no necesariamente regulados, pero sí ampliamente valorados y presentes en distintos relatos están los gestos de flexibilidad y apoyo que algunos jefes tenían con las mujeres entrevistadas frente a algunas urgencias o situaciones inesperadas. Estos gestos eran interpretados por las trabajadoras como signos de humanidad en una relación que, aunque jerárquica, no era completamente impersonal. El testimonio de una entrevistada que solicitó permiso para asistir a la licenciatura de su hijo ilustra una forma de trato que, si bien excepcional, refuerza la percepción de una empresa que reconocía los esfuerzos familiares.

No porque cuando yo fui a pedir permiso para viajar, ahí me dijo el gerente que por qué viajaba. Yo dije que viajaba, quería permiso porque se iba a recibir un hijo de Investigación y quería ir a la licenciatura y a todo lo que ellos hacían y necesitaba unos días, ¿cuántos días?, unos cinco días, “no” me dijo, quince días, pero no señor le dije yo, es mucho, yo tengo que volver para trabajar, no, quince días pagado, todo pagado. (Entrevistada 2)

De manera similar, otra entrevistada, frente a una enfermedad que desencadenó en la muerte del esposo, recibió ayuda de los gerentes para costear exámenes y el endeudamiento que se generó por la enfermedad.

Sí, me apoyaron mucho, él ya no trabajaba, yo trabajaba. Yo en esos años me encalillé en un escáner, que en esos años era 50 mil pesos, de eso yo estuve todo un año sin recibir más que tres familiares míos, nada más, porque quedé encalillada. Pero los mismos gerentes me hicieron una buena ayuda, todos, así que todos un 7, un 7, un 7. (Entrevistada 4)

En el caso de otra entrevistada, frente a la temprana muerte de su hija, el administrador no sólo facilitó apoyo económico inmediato, sino también logístico, subvirtiendo la percepción de una figura autoritaria que inicialmente tenía por ser un jefe de sección puesto durante la dictadura.

Cuando murió mi hija, mi hija falleció a las 6 de la mañana y él a las 8 tenía todo pagado, la urna, mandada a hacer la cruz, el auto, todo disponible para que nosotros tuviéramos todos los trámites. (Entrevistada 5)

Otra entrevistada también recuerda el respaldo recibido en una situación delicada de su vida personal, ligada a la muerte de una sobrina. Aunque el relato se fragmenta con menciones a la ayuda de familiares, se destaca una sensación de acompañamiento institucional de la fábrica en un momento difícil y de alta carga emocional.

Sí, sí, me apoyaron mucho, pero la cosa era que teníamos que ir a ver a la Ana y, y cuando me venía era terrible y yo lo único que quería era verla fuera de ahí y buscamos una abogada me acuerdo. (Entrevistada 1)

Coherente con los beneficios mencionados, en los expedientes laborales⁵ de las trabajadoras de FIAP y Bellavista-Tomé considerados para este análisis, se identifican con frecuencia asignaciones familiares, respaldadas por certificados de nacimiento y supervivencia (como en los casos de H. del R. Ll. y M. G. J), y la entrega de paños como mezclilla, delantales y vichy, destinados al uso personal o familiar, documentada en fichas como las de L. N. U. y R. M. También se identifica el acceso a bonos semestrales recibido por M. C. O., y a beneficios habitacionales, gestionados mediante declaraciones juradas que aparecen en los registros de R. I. C. o P. G. L.

En el caso de Lota, el sistema de regalías asumió formas distintas, aunque conservó el mismo sustrato paternalista y funcional a la reproducción de la fuerza de trabajo. Pese a que las entrevistadas no lo recuerdan como un eje central de sus memorias, a diferencia de las tomecinas, si emergen fragmentos que relevan un sistema de apoyo y regalías que respondían a las lógicas de cuidado y protección de los trabajadores y sus familias.

Estos beneficios no eran percibidos como concesiones cambiantes, sino como derechos pactados colectivamente, en ocasiones gracias a la acción de los sindicatos y sostenidos en el tiempo.

Nunca, digamos, se podían modificar, porque los beneficios ya se mantenían. Entonces era muy difícil, digamos, de poder sacar un beneficio que estaba... Si estaba acordado por acuerdo, digamos, ya de los sindicatos... solamente podías aumentar los beneficios, pero jamás disminuirlos. (Entrevistada 6)

⁵ Archivo personal recopilado por la Dra. Gina Inostroza. Fondecyt Regular N° 1200806 "Industrias y mujeres en el sur de Chile. Inclusión laboral y reproducción social (1940-1982)"

Uno de los ámbitos donde este modelo paternalista basado en distintos beneficios se expresaba con mayor claridad era en la atención médica y el cuidado materno-infantil. Las entrevistadas recuerdan que, en el contexto de la maternidad, propia y también de otras trabajadoras y esposas de los trabajadores, la empresa ofrecía facilidades médicas sin costos asociados.

Ya vine a quedar a los dos años porque me casé en el 74. 76 tuve mi primera hija. Como ahí teníamos todo gratis, qué médico no vi. (Entrevistada 7)

También en el caso que fueran trabajadoras de la empresa podían acceder a un periodo pre y postnatal, lo que generaba un sentimiento de seguridad y protección.

Allí, había prenatal y nada más, porque después ahora lo alargaron, eran 63 días antes y 63 después. No parece que antes de la 35, cuando tú te ibas antes de tener la guagua. Y después 63 para para la crianza, algo así. Y de ahí no había, no había ninguna otra ley. Eso era todo, como en el fondo, preocupación de la empresa. (Entrevistada 7)

Otro de los beneficios más recordados por su impacto cotidiano fue la entrega mensual de carbón, asignado por cargas familiares. Esta regalía, más que un complemento, era una necesidad vital para cocinar, calefaccionar y secar la ropa en los hogares mineros.

Había un beneficio que se le entregaba al trabajador y que era el carbón, se entregaba por cargas familiares, con tres cargas, con cinco cargas y con siete y más cargas. Entonces los trabajadores tenían más cargas porque recibían mil kilos de carbón todos los meses con siete cargas, más la señora y el trabajador. Es importante porque eran mil kilos todos los meses que tenías tú para cocinar, la gente secaba la ropa. (Entrevistada 6)

Junto con estas formas de protección, ENACAR también distribuía entre los trabajadores regalías como ropa de trabajo, calzado o cascos, los que en algunos casos eran revendidos en ferias y terminaron siendo identificados con distintivos visibles para frenar su comercialización informal.

La empresa igual entregaba, regalías en especias a los trabajadores, se entregaban, digamos, los que usan los pantalones y chaqueta de mezclilla, los buzos de mezclilla, mezclilla en género. Se entregaba también castilla en tiempo de invierno para que se hicieran chaquetones. Bueno, los zapatos, los cascos, entonces también, la gente vendía muchas veces estas cosas, entonces hubo que empezar a colocarle un distintivo de ENACAR al zapato pintarle la parte con fierro, con amarillo, cosa que nos fuera más fácil, digamos, detectar, digamos, que eran vendidos, porque después ibai' a la feria te encontrabai' un montón de zapatos. (Entrevistada 6)

Este sistema también consideraba ayudas económicas específicas en casos que eran gestionadas directamente con la empresa, aunque implicaban una constatación en terreno para verificar las condiciones de necesidad.

Entonces tenías que constatar muchas veces, para los beneficios de la empresa, constatar en terreno, si era por una ayuda económica, por ejemplo, te iban a pedir para arreglar los vidrios, para arreglar el piso, a lo mejor pa' colchones, no sé, cualquier cosa. (Entrevistada 6)

En una descripción, la entrevistada en su función en el Departamento de Personal, menciona que trabajadores se acercaban para solicitar explicaciones sobre los descuentos en sus sueldos. Esta explicación reproducida expone que el sistema de regalías permitía una serie de créditos en distintos negocios, los que después debían ser devueltos a través de descuentos mensuales a los salarios.

Aquí salía el sueldo, salían todas las regalías que nos daban, 1000 kilos de carbón. Si tú querías, si tenías cocina de carbón, te daban la materia prima, pero si no tenías, te daban la plata de los 1000 kilos, era una cosa o la otra. Te daban la antigüedad, una plata, un montón de regalías. Y después venían los descuentos, aquí el total ganado, después venían los descuentos. Ponle tu Casa Gallega, Casa de los Pernos, la Tecnocasa, la no sé cuánto, que la zapatería, tanto, que esto que lo otro, entonces al final tú lo que sacaba era poco. Me estoy refiriendo al obrero, cuando el obrero hacía

su descarga decía, mire, lo que gano yo. Porque el sueldo era este de arriba, no los descuentos, si él se encalillaba era problema de él. (Entrevistada 7)

También se mencionan diferencias entre los beneficios otorgados al personal administrativo y a los obreros. De acuerdo con una entrevistada, los trabajadores de la mina recibían mayor cantidad de regalías, pero por ejemplo, los empleados podían optar a interconsultas médicas fuera de Lota, pagadas íntegramente por la empresa.

Teníamos otras regalías, pero no tanto como la del obrero, el obrero tenía mejor porque bajaban a la mina. Pero siempre uno siempre gasta más de lo que gana. Si tu querías, tenían regalías, por ejemplo, los empleados. Si tú querías una ponle tú, porque no te gustan los médicos que atendían ahí y querías un médico de Concepción. Tú pedías una interconsulta y venías acá, te la pagaba la empresa y a ti te salías cero pesos. (Entrevistada 7)

Finalmente, con el cierre de ENACAR, todos estos beneficios debieron ser regularizados, negociados y finiquitados en el marco de acuerdos entre los sindicatos, la empresa y el Estado. Las entrevistadas recuerdan su rol como parte del personal encargado de esos procesos, donde las regalías dejaban de ser parte del presente y pasaban a formar parte de los aspectos a cerrar.

Uno eran los administrativos, era los que tenían que ver con la indemnización después. Porque después había que hacer finiquito, de las regalías, todas esas cosas. Porque como un convenio entre sindicato, empresa y gobierno. (Entrevistada 6)

En suma, la reconstrucción de estas memorias permite comprender que los beneficios y regalías no solo compensaban bajos salarios o condiciones laborales exigentes, sino que configuraban un entramado material y moral donde el trabajo femenino se articulaba con la reproducción de la vida familiar y comunitaria. En ambos territorios, ya fuera a través de paños, carbón, salas cuna o atención médica, se consolidó un pacto tácito entre disciplina y bienestar.

5.4.2 Rol del Departamento de Bienestar

Como se ha desarrollado a lo largo de este capítulo, el Departamento de Bienestar fue una institución central en el despliegue de las políticas industriales dirigidas a los trabajadores, trabajadoras y sus familias. A través de sus figuras como las visitadoras sociales, los jefes de bienestar y los jefes de población, se buscaba establecer un entorno físico, moral y socialmente estable para el óptimo desarrollo de la mano de obra que sostenía la industria. En este contexto, las asistentes sociales en Tomé desempeñaron un rol de supervisión y control, por ejemplo, visitaban las casas de los trabajadores y trabajadoras para asegurarse de que cumplieran con los estándares establecidos, como el orden y la limpieza del hogar.

Ella vigilaba que las casas estuvieran impecables, por ejemplo, si ella venía y veía que estaba algo sucio, llamaba la atención. (Entrevistada 1)

En los relatos estas profesionales son descritas como cercanas y proclives a entregar orientaciones y soluciones frente a los distintos problemas que existían.

De todo eso se preocupaba la asistente, cuando había problemas con hijos enfermos, con todas esas cosas, ella andaba ahí preocupada, muy preocupada, una asistente en terreno, que ahora cuesta encontrar esas asistentes en terreno. (Entrevistada 4)

También rememoran que hubo un periodo que aún con tres asistentes, estas no daban abasto para los problemas que debían abordar.

Hubo un tiempo que eran 3 asistentes, habían tantos problemas que no daban abasto. (Entrevistada 4)

Además de las visitas domiciliarias, las profesionales actuaban como mediadoras en conflictos familiares o vecinales. Algunos testimonios relatan que, en caso de problemas maritales o desórdenes en la convivencia, las visitadoras intervenían de manera directa o derivaban los casos a instancias superiores como el jefe de bienestar.

Llamaban al marido para que él pusiera orden en su casa. (Entrevistada 3)

Los problemas se hacían en la oficina de ella, todo en la oficina, ella no participaba en, en la población a menos que fuera a visitar a un matrimonio. (Entrevistada 2)

Dentro de estos problemas, los casos de violencia familiar eran los más graves detectados, las visitadoras y los jefes de bienestar intentaban corregir las conductas lo que podía llegar a incluir sanciones.

La llamaban de los telares, mandaban a buscarla y ahí la sermoneaban... había jefe de bienestar. (Entrevistada 3)

En paralelo, el consumo de alcohol también aparece como un problema detectado pero no erradicado, donde el Departamento de Bienestar tuvo un rol más conciliador que punitivo. El alcoholismo masculino era tolerado en ciertos márgenes, especialmente cuando se trataba de trabajadores antiguos o valorados por su experiencia.

A esos que llegaban curaos los castigaban y los mandaban a otra sección. (Entrevistada 4)

Ese caballero se quedó hasta que quebró la empresa... fue buen trabajador, muy, muy. Entrábamos a las 7, él estaba a las 6 trabajando. (Entrevistada 4)

La venta y consumo de alcohol dentro de la población obrera se encontraba naturalizada, llegando incluso a integrarse en una rutina de alimentación, como ilustra la práctica de esconder vino en viandas o la mención a familiares que vendían clandestinamente.

Abajo iba la sopa en el segundo, y donde tenía que ir la ensalada le echaban un poquito de vino, incluso yo a mi marido le mandaba un poquito de vino. (Entrevistada 4)

Es que en ese tiempo no había tratamientos ni nada pu mija, entonces conversaban con ellos, ahí es donde intervenían las asistentes, pero es que habían muchos clandestinos [...] hasta mi abuelita vendía vino ahí escondía, pero ella tenía la ventaja de que como ella le daba la colación a los carabineros, entonces los carabineros nunca le decían nada. (Entrevistada 4)

En cuanto a las necesidades materiales, el Departamento de Bienestar también respondía ante fallas domésticas como problemas eléctricos o estructurales. Las trabajadoras recuerdan que era posible gestionar arreglos con el jefe de bienestar de la empresa.

Avisábamos al jefe de bienestar... él daba la orden a los maestros para que fueran a arreglar de inmediato. (Entrevistada 3)

Junto con estas labores de fiscalización y asistencia en los problemas mencionados, el Departamento también promovía actividades de esparcimiento y deporte, especialmente dirigidas a hijos de trabajadores y trabajadoras. Estas iniciativas se alineaban con el ideal de una comunidad obrera disciplinada, sana y productiva.

La empresa se preocupaba de que estudiaran y también de, después en la tarde hacer el deporte. (Entrevistada 3)

Específicamente en Lota, el Departamento de Bienestar aparece mencionado reiteradamente y tenía un funcionamiento similar al registrado en Tomé. Una de las entrevistadas, que desempeñó funciones en dicho departamento, como ya se mencionó, relata que esta unidad pasó de ser un Departamento de Bienestar creado en la década de 1920 a Superintendencia en 1975. En dicha unidad se atendían tanto solicitudes de ayuda económica como conflictos laborales y familiares. La intervención se extendía incluso a decisiones disciplinarias articuladas con jefaturas y sindicatos.

Yo estaba en el Departamento de Bienestar... ahí nos llegaban todos los problemas, ya fueran problemas de trabajadores, problemas de familia, problemas de los hijos, problemas con la empresa. También llegaban las solicitudes de ayuda: para arreglar un techo, cambiar ventanas, problemas con los vecinos. Se hacían visitas a las casas si era necesario, y después había que tomar decisiones, algunas veces con los sindicatos. (Entrevistada 6)

La violencia intrafamiliar o de género también era una problemática recurrente. En retrospectiva la entrevistada reconoce el carácter asistencial y paternalista de la intervención, pero enfatiza que, en su momento, esta lógica era necesaria frente a la precariedad de otros

apoyos. Las mujeres acudían buscando protección y en ocasiones se lograban instancias de mediación o cambios en la conducta de los agresores. Sin embargo, estos eran casos excepcionales.

Y también iban mujeres solas porque se sentían protegidas. Nosotros, digamos, en ese sentido, se hizo una labor asistencial, paternalista, quizás uno lo puede ver, digamos, ahora, pero que era necesario, o sea, eso había que hacerlo. Entonces había mucha, mucha, mucha denuncia, digamos, de maltrato. Y la mujer no... O sea, muchas veces se lograba, se lograba, digamos, después de varias entrevistas, de reuniones, una mediación en que el trabajador cambiaba, pero no era, digamos, la gran mayoría. (Entrevistada 6)

El alcoholismo, al igual que en Tomé, era otro problema frecuente y persistente. Asimismo, existía la dificultad para lograr procesos de rehabilitación exitosos, remarcando que, pese a los esfuerzos institucionales, los cambios sostenidos fueron escasos.

El trabajador alcohólico, costaba mucho, digamos... Mira yo el tiempo que trabajé, siempre digo, yo creo que más de cinco casos no vi así, de los que yo atendí, que uno los vio rehabilitados y que cambiaron de vida. El resto igual seguía tomando. Entonces eso era muy complicado. (Entrevistada 6)

También se menciona un programa de alcoholismo del que las trabajadoras sociales debían encargarse, incluso los fines de semana debían asistir a los espacios donde se reunían las personas alcohólicas.

Yo me acuerdo del programa Alcoholismo, que lo trabajaba otra colega y yo le colaboraba, también, me acuerdo de haber ido fines de semana, porque había un club de alcohólicos. (Entrevistada 6)

El vínculo que los trabajadores y trabajadoras mantenían con el Departamento de Bienestar era ambivalente. Por un lado, las mujeres acudían voluntariamente con confianza, buscando

apoyo, pero por otro, los hombres muchas veces lo hacían desde la obligación, conscientes de que si no lo hacían podía tener consecuencias directas en su situación laboral.

Pero las mujeres acudían y con mucha confianza y los trabajadores también, o sea, los trabajadores más que nada era un tema como de dependencia, porque sabían de que, si no acudían a la entrevista nosotros podíamos llamar a la jefatura o llamábamos, digamos, a la oficina donde se le entregaba la ficha para bajar y no. (Entrevistada 6)

También se menciona el abordaje de la empresa frente a las viudas, mujeres que habían perdido a sus maridos en accidentes mineros. Frente a esto, la empresa generó un programa, que dentro de otras cosas posibilitó la integración al mundo laboral de la empresa en áreas como Servicio Social y Bienestar.

La empresa tuvo un programa social con las viudas, había mucha viuda, porque habían accidentes realmente terribles y con los hijos. Se le daba trabajo a las viudas y a los hijos se les contrataba, digamos. Mira, casi todas las viudas que... Terminaban trabajando con nosotros, en Servicio Social y en Bienestar. (Entrevistada 6)

Adicional a lo anterior las profesionales del departamento de Bienestar también debían colaborar en involucrarse en los casos que habían accidentes y enfermedades profesionales, debido a que no existía vínculo con una mutual todos estos aspectos lo debía resolver la empresa de forma interna.

Nosotros no pertenecíamos a ninguna mutual, sino que la empresa era la que administraba el seguro de accidente. Entonces todo lo que era accidente de trabajo lo veía la empresa. Había un médico contratado exclusivamente para el tema, digamos, de los accidentes o enfermedades profesionales. (Entrevistada 6)

En definitiva, el Departamento de Bienestar operó como un dispositivo en la arquitectura paternalista de ambas industrias, tanto en Tomé como en Lota. En ambas industrias se articuló asistencia, fiscalización y control social bajo una lógica que mezclaba cuidado e intervención. En ambos casos, las visitadoras sociales y los jefes de bienestar encarnaron el rostro visible de esta política empresarial, ejerciendo formas de autoridad simbólica y

material sobre las personas y su comportamiento. De esta manera, lo asistencial y lo normativo coexistieron en estas dinámicas, porque mientras se gestionaba ayuda para reparar techos o contener situaciones de violencia, también se intervenía sobre la moral, el consumo de alcohol o los problemas matrimoniales. En ambos territorios, el Departamento de Bienestar funcionó como una bisagra entre la fábrica y la vida, entre el deber productivo y la cotidianeidad doméstica, consolidándose de esta manera en un pilar en la construcción de una comunidad obrera modelada desde la empresa.

5.4.3 Actividades y espacios de ocio y socialización vinculados a la industria

Respecto a las actividades y espacios de ocio asociados a la industria, el análisis realizado muestra que las actividades culturales, deportivas o de esparcimiento ofrecían un respiro a las trabajadoras y sus familias. Estas actividades fomentaban el entretenimiento y la socialización y contribuyeron a construir un tejido social con sentido de pertenencia a la fábrica.

La práctica de distintos deportes era incentivada por las fábricas de Bellavista, donde participaban tanto los niños como adultos. Por ejemplo, los hijos de los trabajadores participaban activamente en competencias de basquetbol y otras disciplinas. Además, cuando había partidos o actividades intercomunales, las familias albergaban jugadores visitantes en sus casas. Este gesto promovía también la hospitalidad y el encuentro.

Venían a jugar y los niños tenían que llevarse uno o dos de los amigos, mi casa eran tres piezas, pero se llenaba así, camas por todos lados, botadas en el suelo.
(Entrevistada 3)

En especial el basquetbol destacaba como un deporte que convocaban personas de distintos lugares del país.

Venían de Viña, de Valparaíso, de Victoria, Temuco, a jugar. (Entrevistada 2)

Estas actividades no eran organizadas exclusivamente por la empresa. Los trabajadores también formaban comités, dependientes de los sindicatos para planificar eventos, como partidos y celebraciones.

Los comités... salían de los propios trabajadores, la empresa no se metía en eso. (Entrevistada 3)

El deporte también tenía un impacto en las dinámicas familiares, porque permitía estructurar una rutina estructurada para los niños y entregaba tranquilidad para los padres que sabían que sus hijos estaban en un ambiente supervisado:

Después de hacer sus tareas sí, tenían que irse todas las tardes al gimnasio, uno trabajaba tranquila, sabía que estaban bien, que los cuidaban. (Entrevistada 3)

La realización de olimpiadas aparece como un hecho relevante en la vida comunitaria y también del compromiso empresarial y de un administrador en particular.

Habían muchas olimpiadas, él se preocupó mucho de hacer esas famosas olimpiadas y ahí a nosotras como sala de costuras nos tocaba todo, harta pega, porque teníamos que hacerle la ropa a los hombres, la ropa a las chiquillas que salían de, cómo que se llama, de estandarte, todos los disfraces, todo. (Entrevistada 2)

El testimonio destaca la figura de quien fue dueño de la Fábrica Bellavista Oveja-Tomé Hernán Ascuí, quien impulsó estas instancias como parte de una política de bienestar y reconocimiento, con celebraciones que incluían asados masivos y orquestas.

Terminando las olimpiadas se venían los asados, pal 18 él entregaba asado, había una tremenda bodega donde estaba todos los trabajadores invitados, con orquesta y todo, con conjunto folklórico y orquesta, y todo servido, todo con garzones servido. (Entrevistada 2)

El cambio de administración alrededor del 2000, marca una ruptura abrupta con ese modelo. Una entrevistada menciona que esta nueva administración eliminó las regalías, las colaciones

y los espacios de recreación, lo que es reconocido como el inicio del deterioro de las condiciones laborales y la vida social asociada a la fábrica.

Otro de los espacios de ocio y recreación que también se menciona era la posibilidad de acceder al teatro y las funciones de cine, por ejemplo, se llevaban a cabo los domingos, estructuradas en selecta, matiné y noche.

Los domingos era teatro seguro y almuerzo a misa... buenas películas, así que pasaban por las calles haciendo reclame a las películas. (Entrevistada 2)

El acceso a estas actividades estaba organizado a través de talonarios que las trabajadoras compraban y duraban el mes y su costo se descontaban por planilla.

Sí, yo me encallaba en talonario, unos talonarios le sacaban la entrada y que, iba quedando el otro cosito, lo descontaban por planilla. (Entrevistada 2)

En el casino y el gimnasio Marcos Serrano se desarrollaban distintas celebraciones, competencias, veladas y bailes, en particular una de las festividades que más se menciona son las Fiestas Patrias y el Año Nuevo.

Eh, sobre todo para los dieciocho se celebraba, se hacía ponche, se cosía, se mandaba a hacer al casino el asado, se bailaban cuecas, se cantaba, esas eran las fiestas más grandes que se hacían en la fábrica, los daban empana', la fábrica nos regalaba empana'. (Entrevistada 1)

Para Año Nuevo hacían bailes ahí en el Serrano, pero nosotros no teníamos permiso para quedarnos después de las doce. (Entrevistada 4)

El espacio del sindicato también era utilizado para eventos recreativos, en particular los recordados "malones".

En el sindicato... el segundo piso era para reuniones sindicales, y lo prestaban para cuando se hacían bailes o malones que le llamaban antes. (Entrevistada 1)

Los malones empezaban temprano y nosotros, ‘mamá vamos a ir a dar una vueltecita a la plaza’ y nos corríamos al malón, pero cuando ya empezaban al bailar y todo, teníamos que venirnos porque antes de las diez teníamos que estar aquí. (Entrevistada 1)

En el caso de la Navidad, la fábrica organizaba fiestas en lugares como el gimnasio y entregando bolsas con golosinas y juguetes a los hijos de los trabajadores y trabajadoras. Estos regalos eran muy valorados, especialmente porque no siempre las familias podían permitirse comprar juguetes.

Hacían fiestas de Navidad y repartían bolsas con golosinas, juguetes [...] me acuerdo de juguetes tan bonitos de madera, como una mariposa que hacía las alitas así, o cochecitos para muñecas. (Entrevistada 4)

En Lota, ENACAR también promovió y reguló diversos espacios de ocio y recreación que conformaron una vida comunitaria. Sin embargo, a diferencia del modelo tomecino que es descrito como homogéneo y orientado a lo familiar, lo que probablemente se debe a desde donde se sitúan las interlocutoras, en Lota estos espacios son descritos con distinciones de clase más marcadas entre obreros y empleados.

La familia participaba, ponte tú, de los campeonatos, tenían piscina para obreros, piscina para empleados, había casino para obreros, casino para empleados. En eso sí, había... Era tajante la diferencia. (Entrevistada 7)

De esta forma, uno de los ámbitos donde esta separación se hacía evidente era en el uso de las piscinas y los casinos.

Por ejemplo, mayordomo era empleado, pero no podía ir a la piscina. Tenía que ser de secretarios para arriba. (Entrevistada 7)

Estas divisiones también se trasladaban a espacios culturales como el cine, donde la segregación se organizaba por sectores. La platea y el balcón estaban reservados para empleados y sus familias, en cambio, los obreros debían ocupar las galerías.

En Lota había cine, tu no podías ir abajo, está la platea y el balcón, digamos, en el cine y lo obreros tenían que ir a galería arriba. (Entrevistada 7)

Otro de los espacios que se mencionan como parte de la sociabilidad es la Iglesia, este espacio también funcionó como un dispositivo de control y socialización. En el caso de las hijas e hijos de los empleados, que a su vez estaban en un colegio católico, estaban obligados a asistir a la misa dominical. Esta asistencia era verificada en una libretita que debía ser marcada el día de la misa y luego revisada el día lunes por la monja del colegio.

Y a nosotros las monjas nos pasaban una libretita así, entonces salía todos los domingos del año y cuando tú llegabas allí, tenías que ir todos los domingos a misa. (Entrevistada 7)

En paralelo a los espacios mencionados, aparece la feria de Lota como un espacio que se mantuvo autónomo y vital para el intercambio, el abastecimiento y la sociabilidad popular. Su permanencia a lo largo de las décadas es destacada por una entrevistada como un símbolo de continuidad frente al deterioro de otros espacios comunitarios tras la desindustrialización.

Lo único que no se ha perdido en la feria. La feria son los 365 días del año abierta, pero ahí se encuentra de una aguja hasta una ropa. [...] Sí de niña, de niña de niña, ya ahí no había carne envasada, estaba el carnicero. Íbamos todos porque eso quedaba en Lota Bajo claro. Entonces ahí toda la gente iba, de Lota Alto, de Lota Bajo todo. (Entrevistada 7)

En resumen, las actividades recreativas, deportivas, culturales y espirituales organizadas o facilitadas por la industria tomeada y lotina, ofrecieron momentos de descanso y esparcimiento, a la vez que estructuraron formas de sociabilidad estrechamente ligadas al orden industrial y al control empresarial. En Tomé, estas actividades emergen en los relatos como espacios comunitarios compartidos, donde trabajadores y las familias participaban de forma horizontal y existía un principio de familiaridad y el reconocimiento mutuo. En cambio en Lota, las mismas actividades estuvieron atravesadas por una división más rígida entre obreros y empleados, dada por las jerarquías del mundo minero en el acceso al ocio.

5.5 Reproducción social: relaciones, maternidad y vida familiar industrial

Pololeos, matrimonios y vida conyugal

Pololear, casarse y tener hijos no eran experiencias desligadas de la vida industrial. La cercanía espacial entre trabajo, barrio e instituciones como la iglesia, los espacios deportivos, el gimnasio o los espacios de formación ligados a la industria facilitaba encuentros que derivaban en vínculos de pareja y matrimonios. Así, se articulaba una cotidianidad compartida, donde lo laboral y lo doméstico coexistían y se retroalimentaban.

Varias entrevistadas sitúan el origen de sus relaciones de pareja en espacios vinculados a la empresa. La entrevistada 4 recuerda que su vínculo se inició en el conjunto folclórico de la fábrica, donde conoció al marido y a los cuatro meses se casó, lo que refleja los espacios de encuentro de estas instancias.

Yo pertenecía al conjunto folclórico de la empresa [...] el 72 más o menos yo conocí al Néstor, si nosotros pololeamos la p no más y nos casamos. Un día yo tuve una discusión con esa persona y llega mi marido y me dice “Oye María, ¿por qué no conversamos? ¿Por qué no pololeamos los dos?” Al final yo quedé con el Néstor y ahí ya después nos casamos. (Entrevistada 4)

Otra de las entrevistadas da cuenta de los espacios deportivos como espacios de encuentro. Ella relata que se emparejó con un joven que llegó a Tomé como jugador de la FIAP y que se casó con él a pesar de la desaprobación de su madre, en este caso el matrimonio también surgió como estrategia para resolver las tensas relaciones familiar y salir del hogar.

Así que, así lo conocí a mi viejo y ya después, mi mamá nunca lo aceptó aquí en la casa. (Entrevistada 1)

De igual manera, otra de las entrevistadas sitúa el origen de su matrimonio en el contexto deportivo, en el cual se desenvolvían jóvenes trabajadores solteros alojados cerca de la

fábrica y participaban en juegos, veladas o actividades religiosas, generando vínculos con mujeres jóvenes de alrededor.

Entramos, cuando yo entré, llegaron estos cabros a jugar, era un lote, yo no sabía lo que era pololear, pero me gustó ese cabro. (Entrevistada 2)

Pero también este vínculo se explica en base a las normas morales de la época, que obligaba a formalizar una relación una vez iniciada la intimidad.

Yo me casé a los veinte años, éramos lolitas, entraron unos lolos que venían de otras partes a jugar basquetbol y por ahí pinchamos [...] ya los casamos, porque lo que tenía que pasar pasó y por obligación había que casarse, sino pasaba a ser deshonrada. (Entrevistada 2)

De manera particular otra entrevistada, rememora que su marido era de Coronel y lo conoció en el barrio debido a que era familiar de un vecino, durante su pololeo era común que se reunieran a la salida del trabajo y esto derivó en un matrimonio relativamente rápido. Lo que confirma la rapidez con la que se formalizaban los vínculos.

Lo conocí en un cumpleaños en la casa de él. Desde entonces viajaba todos los sábados para esperarme a la salida del trabajo. Probablemente menos de un año después, nos casamos. (Entrevistada 5)

Los recuerdos sobre la vida en pareja son diversos. En particular, una entrevistada recuerda que el marido colaboraba en el hogar y destaca la ayuda con los hijos y en las tareas domésticas, aunque considera este comportamiento como inusual pero valioso.

Pero como marido un 10, como padre un 10, yo no sabía cocinar cuando me casé, no sabía hacer nada, él me lavaba, él me cocinaba, me veía los hijos, me hacía todo. (Entrevistada 4)

También se menciona, como un hecho valioso el trato de “usted”, como una formalidad que era cariñosa.

Antes se trataba de usted. Casados, usted, ¿usted se va a servir esto o le preparo un té? [...] Ayudaba con los chicos, les daba las mamaderas, los cambiaba de paños. (Entrevistada 2)

La recreación en la vida conyugal contemplaba salidas como caminatas a Tomé o funciones de cine, con roles de género claramente definidos en los espacios públicos, ya que no se permitía que las mujeres tomaran, pero sí podían fumar.

Veníamos de Bellavista a Tomé a pie a ver una película, de ahí los íbamos a Bellavista, sino pasábamos, pasaban ellos a un restaurant, ellos tomaban sus copitas y nosotros comíamos algo y los íbamos, era bonito, sí. (Entrevistada 2)

Sin embargo, también en vida matrimonial se adoptaron decisiones que son rememoradas con orgullo, por ejemplo, la decisión de no seguir al esposo carabinero destinado a Santiago, para priorizar la autonomía económica que le dio trabajar en la fábrica y la crianza de sus hijos.

Yo me habría ido con él porque es el hombre que yo quiero, pero no me voy a ir porque se fue toda la familia con él entonces yo voy a tener que esperar que meta la mano al bolsillo, si le quedan unos pesitos para sus cuatro hijos y para mí porque no voy a trabajar, no me voy. (Entrevistada 2)

En este caso, la entrevistada solicitó la intervención de la visitadora social para realizar las gestiones para recibir la pensión de sus cuatro hijos.

Llamo a la visitadora, le dije, haga todos los trámites para que este oficial le mande la pensión a los niños. (Entrevistada 2)

En estos relatos también aparece que la organización del hogar familiar también estaba cruzada con dinámicas de desigualdad. Una entrevistada relata que, en su casa familiar, su padre escondía parte del sueldo, situación que provocaba diversas discusiones familiares y dificultades de la madre para sostener la economía del hogar.

“Negro, ¿me vas a dar plata?”, le decía mi mamá. “Aaah ¿y qué te voy a dar si no saqué plata?”, y fondeaba, escondía el sobre donde le pagaban con una guincha [...] era pelea que iba a haber en la casa porque a mi mamá no le quería dar plata. (Entrevistada 1)

Frente a ello, aparecen instituciones como la cooperativa de la fábrica que emergía como un recurso para obtener alimentos a bajo costo, aunque era insuficiente:

Anda a la cooperativa... creía que con ese quintal de harina y cinco kilos de azúcar estaba todo solucionado. (Entrevistada 1)

No todas las relaciones lograban sostenerse. La entrevistada 4 describe cómo el alcoholismo de su esposo derivó en que dejara de trabajar y en situaciones de maltrato las que finalmente influyeron en el término del matrimonio.

Buena... si el único problema era el trago... pero lo demás no, no teníamos problemas [...] (Entrevistada 4)

Ya no teníamos vida matrimonial, y eso es lo que afectaba porque ahí él me insultaba [...] cuando andaba con trago se transformaba. (Entrevistada 4)

Respecto a los relatos de Lota, los relatos de una de la entrevistadas permiten reconstruir que estas relaciones estaban fuertemente influenciadas por el entorno y las necesidades de la industria. Aparece el rol de la formación técnica asociada a la industria, ya que conoció a su esposo mientras ambos estudiaban en la Universidad Técnica, ella en el área de control de calidad y él en ingeniería en minas.

Y ahí conocí a mi marido también. Estudiando. Sí en el Instituto, pero él terminó, después nos casamos y terminó, se recibió y trabajaba en la Enacar. Nos pusimos a pololear, pololeamos como 3 años más o menos y de ahí nos casamos. (Entrevistada 7)

Al inicio de la vida matrimonial lograron arrendar una pieza, condición que luego cambió gracias a la intervención de la empresa que les otorgó una casa.

Nosotros, cuando nos casamos, arrendamos una pieza a una tía en Lota Bajo, pero eran nuevas. Uno empieza recién, con una cama de dos plazas que todavía tengo, teníamos nuestro comedor, refrigerador, cocina. Y después la empresa nos otorgó una casa, donde está el teatro, ese pabellón, ahí vivimos hartos años. Después se nos hizo chica y después conseguimos un departamento en el Matías, en los de abajo, en el centro. Ahí hay un edificio que era de ENACAR. (Entrevistada 7)

Además, la entrevistada señala que desde la empresa se entregaban ciertos beneficios conyugales dirigidos a hombres, como días libres por matrimonio o nacimiento de hijos.

Le daban un, o sea, no sé si era ley bueno, ahora es ley, pero le dan 2 días por nacimiento ya igual con matrimonio también daban ya, pero ahora es ley. (Entrevistada 7)

En conjunto, este apartado muestra los espacios y algunas de las dinámicas en el proceso de entablar relaciones, como pololeos y posteriores matrimonios no pueden entenderse al margen del contexto industrial que modelaba tanto la sociabilidad como los proyectos de vida. Los espacios laborales, educativos, recreativos y residenciales aparecían entrelazados y ofrecían escenarios propicios para el surgimiento de vínculos afectivos, pero también para su regulación. En Tomé, la fábrica funcionaba como epicentro de encuentros porque alrededor funcionaban los clubes deportivos, conjuntos folclóricos, iglesias o el barrio mismo habilitaban interacciones que podían derivar en matrimonios. En Lota, en cambio, solo emerge la conexión entre formación técnica e industria, el que se consolidaban al ingresar al engranaje de ENACAR. No obstante, esta debe ser observada con cautela y evitar generalizar, ya que no se cuenta con más experiencias que permitan afirmar que era un patrón o situación recurrente.

5.5.1 Maternidades industriales

Lejos de constituir una experiencia íntima o desvinculada del trabajo, la maternidad fue parte de un engranaje más amplio de reproducción social donde los cuerpos femeninos debían adaptarse a los ritmos del capital fabril. Las decisiones reproductivas, las formas de cuidado

y las estrategias familiares se moldearon bajo el peso de la moral social, la disciplina laboral y, en algunos casos, los beneficios limitados que ofrecían las empresas.

Cuando se explora las motivaciones en torno a la maternidad, se reconoce que, en algunas ocasiones era percibido como un camino para alcanzar otras cosas, como autonomía o la afirmación personal.

A los 17 años, porque no me dejaban pololear pu, no sé si fue estupidez o qué, pero dije 'me voy a embarazar para que me dejen pololear' la mentalidad estúpida, bueno que nunca me arrepiento de mi hijo. (Entrevistada 4)

En general, las maternidades estuvieron marcadas por la temprana edad en que las mujeres se convirtieron en madres, muchas en el marco de matrimonios recientes y sin acceso a planificación reproductiva.

Yo me casé a los 20 años, tuve cuatro niños, los tuve seguiditos, pero fui feliz, bien pagada y entramos como maestras técnicas. (Entrevistada 2)

De esta manera, algunas mujeres reconocen que la maternidad no era una decisión que se pensara o cuestionara mucho, era más bien un camino natural impuesto y una expectativa. Aun así, se evaluaba los efectos que podía tener la cantidad de hijos en relación con el trabajo y la presión familiar que podía ejercer.

Nunca pensé en no tener hijos, pero más de dos ya no, no me atrevía porque problema con mi mamá y con, trabajando, eh, es un problema. (Entrevistada 2)

En otros relatos, el inicio de la maternidad está vinculado a experiencias dolorosa violencia, lo que revela el carácter forzado de algunos embarazos y la escasa posibilidad de ejercer agencia sobre el propio cuerpo cuando estaban casadas.

Pero es que ya no podía más. La tontona andaba con otra guagua dentro de la guata. ¿Y eso cuántos años pasaron entre uno y otro? Un año sin comer. Si nació la Pati cuando Leandro tenía ¿un año y cinco meses? La verdad, chiquillo, en cuanto a ese

tema más existieron las violaciones que el acto sexual normal con amor y todo. Y si no, vamos dándoles. (Entrevistada 3)

Una de las entrevistadas detalla la presión que recibió para no continuar con su embarazo porque era antes del matrimonio, lo que refleja el peso de las normas morales, pero también la naturalidad con la que se evaluaba interrumpir un embarazo.

Fui muy criticada [...] Incluso la mamá del papá de mi hijo quería que yo abortara, y yo le dije que no, no, yo no aborto, yo me arriesgo a tener un hijo, y fue difícil, porque mi abuelita, mi mamá, dependía de la pensión de mi mamá, y ya nos pagaba pensión en esos años (Entrevistada 4)

También se observa que las madres solteras enfrentaban estigmatización y distintas dificultades que hacían que sus condiciones de vida fueran más vulnerables y precarizadas.

Fue mamá soltera mi mamá [...] trabajaba en la casa de la mamá de mi papá [...] era como la empleada. (Entrevistada 2)

A estas experiencias, se les suma las restricciones para ejercer control sobre la propia fecundidad. Aunque existían métodos anticonceptivos, su acceso era limitado y conseguirlos implicaba viajar a Concepción, pagar consultas médicas y someterse a revisiones, lo cual no solo suponía un esfuerzo económico y logístico, sino también atravesar un juicio moral:

En ese tiempo, los anticonceptivos, todas estas cosas que hay ahora existían, pero había que pagarlo. Y había que ir primero a Concepción. Porque aquí no, eso era como un pecado mortal. (Entrevistada 3)

Así, el deseo de no querer ser madre quedaba supeditado a la moral dominante que operaba como un mecanismo de control social sobre los cuerpos femeninos y sus decisiones reproductivas.

Si yo no quería. Ahora, usted, en ese tiempo, lo anticonceptivos, todas estas cosas que hay ahora existían, pero había que pagarlo. Y había que ir primero a Concepción. Si

tú fueras a la farmacia, quiero un aparato de esto, porque quiero A, no es nada. Más uno como mujer, que fuera a hacer eso. (Entrevistada 3)

En definitiva, una vez iniciado el camino de la maternidad y con el nacimiento de los hijos, llegaban beneficios que aliviaban la carga que traía consigo, pero estos eran considerados insuficientes. Por ejemplo, el postnatal era un tiempo reducido y debían regresar a sus lugares de trabajo cuando sus hijos aún se encontraban en etapa de lactancia.

Sí pu, daban un cierto tiempo de prenatal y post natal, sí, de ahí salíamos a trabajar, menos que ahora pu, claro, menos que ahora [...] Tres meses, acaso no era menos, sí, claro no, era poco lo que nos daban. (Entrevistada 1)

Sí porque nosotros salíamos, si pu si íbamos, con la guagua chiquitita íbamos a trabajar. (Entrevistada 1)

Luego, las madres debían gestionar la crianza, pedir permisos en la fábrica y a veces trasnochar por las enfermedades, lo que es recordado como un periodo agotador.

Si se me enfermó el niño y tiene fiebre, no lo puedo dejar solo. Era caótica la cosa, era pesado, andaba muy cansada. (Entrevistada 3)

En los relatos lotinos, una de las entrevistadas detalla que su maternidad estuvo llena de incertidumbre porque a pesar de no haber utilizado métodos anticonceptivos, pasaron dos años tras el matrimonio donde no lo logró quedar embarazada, lo que la llevó a consultar múltiples médicos disponibles gracias a los convenios que tenía la empresa. Uno de ellos le dijo que debía dejar de estresarse para quedar embarazada.

No podía quedar embarazada y nunca me cuidé. Ya vine a quedar a los dos años porque me casé en el 74. 76 tuve mi primera hija. Como ahí teníamos todo gratis, qué médico no vi, y nada. (Entrevistada 7)

Este testimonio ilustra el acceso que tenían a servicios de salud reproductiva dentro de ENACAR. Sin embargo, esto contrasta con las dificultades posteriores para conciliar el

trabajo con la crianza. Tras el nacimiento de sus hijas y del postnatal, la entrevistada recuerda que debió contratar nanas, muchas jóvenes e inexpertas, que a veces no sabía de cuidado infantil y dejaban su trabajo abandonado.

Con nana, siempre con ayuda de nana, pero eso era horrible. Eso de las nanas de antes. A veces me llamaban la vecina, me decía, sabes que tu nana se fue. Y me dejó la guagua encargada y no va a volver. (Entrevistada 7)

Frente a estas situaciones, la experiencia de maternidad quedaba atravesada por la fragilidad de las redes de apoyo y por lo rígido de la industria. Adicional a ello, en su área tenía un jefe que denostaba a las mujeres con hijos, lo que era una fuente de estrés y de maltrato.

Y yo no podía hacer nada y tenía un jefe como la mona. Y yo le decía, sabes, tengo un problema. “Ya tiene el problema de la guagua”, decía un viejo que yo no podía ver. Un jefe que tuve en un periodo. “¿Y para qué se casan? Se ponen a tener guagua y qué sé yo”. (Entrevistada 7)

Así, aumentaban las trabas para solicitar permisos en caso de que sus hijos se enfermaran y el miedo que sentían al conversar con el jefe en estas circunstancias.

Tenía una colega, pero tiritaba ir a pedirle permiso y ella vivía en Coronel y de repente se le enfermaba su hijo y allá tenía que partir, pero tiritan antes de entrar donde el jefe. (Entrevistada 7)

En suma, las maternidades industriales se configuran como una experiencia compleja marcada por el esfuerzo cotidiano de conciliar trabajo y cuidado en condiciones de alta exigencia y bajo reconocimiento. Las memorias de estas mujeres no solo revelan estas tensiones, sino también las estrategias de resistencia, adaptación y agencia desplegadas frente a un sistema que subordinaba la vida íntima a la lógica del desarrollo industrial.

5.5.2 Cadena de cuidados y crianza intergeneracional

Frente a las múltiples exigencias del trabajo fabril y las condiciones estructurales de subordinación, las mujeres desarrollaron redes de apoyo basadas en vínculos familiares, donde las abuelas y madres jugaron un rol decisivo en los cuidados y la crianza.

En esa línea, en Tomé, las abuelas son recordadas con frecuencia porque se erigieron como figuras de protección y cuidado durante sus infancias. Una entrevistada detalla que tras un episodio complicado de salud mal tratado cuando era niña, su abuela asumió su cuidado de manera permanente.

Mi papá le dijo a mi abuelita que yo hasta el día de hoy le digo mamá a mi abuelita: “Te entrego a mi hija, tú me la cuidas”, así que yo me fui a vivir con mi abuelita, ella me crio y me educó. Y mi mamá se quedó con mi hermano. (Entrevistada 4)

También en otro relato, la abuela se describe como figura que normativa y educadora, representativa de una generación para la cual el orden, el deber y la utilidad guiaban el cotidiano vivir.

Mi abuelita era la que dirigía y nos sacó y nos ayudó y nos hizo muy ordenada, muy ordenada. (Entrevistada 5)

Nada de cosas, de tener amistades, ya tienen su casa, si no tienen que hacer, hay un pañito para bordar, o hay una cosita que lavar, o hay que hacer un aseo en una pieza. No pierdan su tiempo. (Entrevistada 5)

Otra dinámica que se describe con frecuencia, por experiencia propia o cercanas, fue el acto de criar y cuidar extendido a otros niños y niñas no biológicos. Por ejemplo, una entrevistada recuerda que su madre extendió su capacidad cuidadora más allá de la familia nuclear, adquiriendo la responsabilidad de cuidar otras niñas que provenían del campo en busca de mejores oportunidades, como acceder a educación formal.

Del campo siempre traían niñas y ella los, las mandaba a, a estudiar ahí, a la escuela que había aquí arriba y las tenía en la casa, nunca les cobró uno, nada, a las mamás,

ella les traía cualquier regalito del campo pero nunca yo escuché que le haya cobrado un peso. (Entrevistada 1)

Y en otro caso, una de las entrevistadas relata que se hizo cargo de un niño huérfano, al que se le había muerto su madre por un cáncer y su papá era alcohólico. Era uno de varios hermanos y pequeños, por lo que el padre de la iglesia le propuso que se hiciera cargo de uno, lo que finalmente aceptó y hoy es considerado como un hijo más y reconocido por sus hermanos como tal.

Y el padre me dijo, porque usted no se hace cargo de estos dos más chicos. Pero padre, con cuatro niños que había. Con dos. Uno me atrevería, pero no, dos padres, no. Pero con uno, ya. Con uno. Así que me quedé con uno. Lo eduqué. [...] Ya tiene 38 años. Sí, tiene 38 años. Tiene dos niños. (Entrevistada 5)

Otra de las trabajadoras que quedó viuda a los 27 años y recuerda con gratitud cómo su madre se convirtió en su principal soporte, tanto en la crianza de sus hijos como en un apoyo para tener otra fuente de ingresos.

Ella me ayudó mucho a mí, porque yo quedé muy joven, viuda, a los 27 años. Así que ella me ayudó mucho en trabajar. (Entrevistada 5)

Me ayudaba a traer mercadería, yo aquí la revendía. Me gustó mucho el comercio. Saqué ahí las habilidades de mi mamá. (Entrevistada 5)

Esta cadena de cuidados que experimentaron estas mujeres, también se proyecta en la generación siguiente. Varias entrevistadas mencionan que han criado a sus nietos, consolidando así una continuidad de cuidados afectiva y doméstica donde el rol de las abuelas continúa siendo central hasta hoy. Para la entrevistada, el vínculo con sus nietos no solo le permitió seguir ejerciendo cuidado, sino también sanar momentos difíciles.

Después ya me entró una depresión, y ¿ahora quién me ayuda a salir? han sido mis nietos [...] tengo un nieto que tiene 10 años, él es el nieto que me sacó de esa tremenda depresión. (Entrevistada 4)

Asimismo, narra el fuerte vínculo que tiene con su nieta recién nacida, quien vive con ella.

Ahora tengo una nietecita que tiene dos meses que está en la casa y ay esa niñita si la abuela no está grita, grita, grita, y ella quiere estar al lado mío y todo. (Entrevistada 4)

Por su parte, otra entrevistada continúa en esta misma senda, siendo parte activa de la vida de sus nietas, incluso entregándoles un ahorro cada fin de año.

Junto plata para fin de año pa mis tres nietas, eh, lo, unos porongos con monedas, le pongo en el banco, pero siempre tres montoncitos, para las tres iguales [...] Las que más me visitan son las de mi hijo, pero porque yo sé que mi hija no puede venir tan seguido pu, está divorciada ella, tiene que ver con su casa y todo. (Entrevistada 1)

En Lota, la experiencia fue la misma. Una de las entrevistadas relata que al convertirse en madre por primera vez tuvo que irse durante un periodo a la casa de su madre, quien se hizo cargo casi por completo de los cuidados iniciales y le traspasó sus saberes en esa etapa.

Estuvo con las dos, pero la mayor fue su regalona, me la crio un poco. Con la chica me dijo “tú la vas a criar ahora, para que aprendas”, porque yo tuve a mi hija mayor y tuve que irme para la casa. “Tienes que estar conmigo porque aquí te voy a atender, tú no tienes idea lo que es tener un hijo”. Y mi mamá me la entregaba solamente para que le diera pecho. Yo no me preocupaba de nada de mí hija. (Entrevistada 7)

Estos relatos permiten caracterizar las estrategias y dinámicas que las mujeres desplegaron (y aun despliegan) para enfrentar los desafíos cotidianos que supone la maternidad –criar, cuidar, educar y sostener a los hijos e hijas– en contextos de exigencias laborales y escasa protección institucional y estructural. La continuidad de estas prácticas hasta el presente da cuenta de la persistencia y necesidad estructural del cuidado. Esta cadena de cuidados intergeneracional por un lado sostuvo la reproducción cotidiana de la vida y también operó como un espacio de transmisión de saberes, valores y afectos y que incluso se reproduce y mantiene hasta el día de hoy.

5.5.3 Organización de los cuidados

La organización de los cuidados de niños y niñas en el contexto industrial implicó una intensa articulación entre las labores productivas y las responsabilidades domésticas y de cuidados, particularmente para las mujeres.

Una entrevistada describe que compartían ciertas responsabilidades con su marido en las primeras horas de la mañana. Sin embargo, cuando los turnos no coincidían, debía hacerse cargo sola del cuidado de su hija, lo que incluía preparar todos los elementos necesarios para el trabajo y la sala cuna.

Ahí los levantábamos como a las cinco de la mañana para arreglar el bolso, eh, echar todas las cosas al bolso de la niña, la de nosotros pal trabajo [...] tenía que yo solita ir con mi bulto, para abajo, y el bolso. (Entrevistada 1)

Pese a las dificultades, esta entrevistada valora la actitud colaborativa de su esposo, quien se de vez en cuando la apoyaba con tareas poco comunes para los hombres de la época, como lavar y planchar los pañales. No obstante, subraya que no se hacía cargo de las tareas domésticas vinculadas a la gestión del hogar, como preocuparse de la alimentación o el pago de cuentas.

Sí, él me ayudaba en todo, sí, era buen, era muy buen papá, muy buen papá, (...) pero yo me preocupaba de las cosas, por ejemplo, de comer, todo eso, él no, o pagar cuentas, todo eso yo, siempre sobre mis hombros. (Entrevistada 1)

Por su parte, otra trabajadora destaca que sacrificó la posibilidad de estudiar, con la finalidad de otorgarle bienestar a sus hijos. Esta renuncia personal se ve como una decisión condicionada por el deber materno que obligaba a preocuparse, en primer lugar, de los hijos.

Lo quería todo para los hijos, que no les faltara nada, entonces no me dio para estudiar, no, en la casa no más, hacer todas mis obligaciones. (Entrevistada 2)

Durante esa etapa, contó con el apoyo de una nana –una figura muy mencionada y asociada a lo doméstico– que colaboraba, en este caso exclusivamente en el cuidado de sus hijos.

Yo tenía nana, pero cuidaban a los puros niños y que era una familiar, no, yo no las miraba como emplea, no. (Entrevistada 2)

También relata que, durante los primeros años de sus hijos, su esposo colaboró en su crianza y en tareas de cuidado, aunque esta participación no se mantuvo a lo largo del tiempo.

Pero cuando antes que se fuera él ayudaba en las mamaderas, a bañarlos, sí, hacía todo, de todo ayudaba, fue un buen marido. (Entrevistada 2)

En otros casos, la cercanía geográfica entre la fábrica y la vivienda permitió ciertas prácticas como amamantar durante la jornada laboral previa autorización de su jefatura. Esta flexibilidad informal, tolerada por la empresa, muestra cómo ciertos márgenes permitieron a las trabajadoras continuar ejerciendo el cuidado de sus hijos pequeños.

Yo a mi puro hijo mayor le pude dar pecho, mi hijo me llegaba al salón de ventas, cuando vivíamos cerquita a pedirme pecho, y ahí tenía que pedirle permiso al jefe, ir a la casa y después volver. (Entrevistada 4)

En uno de los relatos de las mujeres de Lota, también se describe la presencia de nanas como apoyo para el cuidado de los hijos. Asimismo, describe a su marido quien no estaba muy involucrado en las tareas domésticas que derivaban del cuidado de los hijos, como cambiar paños y piluchos, además de lavarlos.

Yo tuve que criar a mis hijas con nanas. Pero difícil. No había paños desechables sí, y cuando me tocaba trabajar hasta tarde, llegaba a lavar o se iban las nanas y quedaba mi marido. Y mi marido no sabía, porque eran tan machistas que el hombre no sabía cambiar paños, así que tenía la montonera de piluchos, de paño y todo lo demás, ya no hallaba qué colocarle a la niña, así que me toca llegar a lavar, a echar a la lavadora, y vamos lavando y secando, como teníamos cocina carbón. Ahí sufrí harto yo. (Entrevistada 7)

En contraste con esta experiencia, una de las trabajadoras lotinas reconoce que observó la incorporación progresiva de los hombres a las tareas de cuidados, particularmente en la década del 80 llegó un perfil de hombres jóvenes formados con educación técnica y universitaria, principalmente ingenieros que participaban más activamente de estas tareas y no ponían tanta atención a burlas o cuestionamientos por participar en esas tareas, cómo sí lo hacían los trabajadores que tenían más edad. No obstante, estas acciones aún eran concebidas como una “ayuda”.

El trabajador antiguo, que tenía una visión totalmente distinta, digamos, de lo que era la familia. Ese trabajador, por ejemplo, jamás iba a ir a la feria con la señora a comprar. Si lo veían con una bolsa, lo molestaban, después les decían cosas en la mina. En cambio la gente que llegó el 80, eran puros jóvenes, digamos, de 25, 28 años. Y ahí hay un cambio, nosotros eso lo notamos, pero muy notoriamente. Digamos, de que ese trabajador con otro concepto de familia, ayudando a las mujeres, no todos, por supuesto, igual había harto machismo. (Entrevistada 7)

A través del análisis de estos relatos es posible afirmar que la organización de los cuidados fue desigual y estuvo marcada por una distribución de responsabilidades donde las mujeres asumían, por deber, la doble carga del trabajo productivo y reproductivo. A pesar de momentos de colaboración masculina o apoyos de nanas y redes familiares, y también de la progresiva incorporación de los hombres a estas dinámicas, el peso estructural del cuidado recaía sobre sus hombros. Las trabajadoras debían articular con precisión sus tiempos personales con las necesidades de sus hijos. Y las estrategias desplegadas, como amamantar entre turnos, exponen la sobrecarga física y emocional que implicaba maternar en estos contextos, además de la persistencia de mandatos de género que invisibilizaban este esfuerzo.

5.5.4 Trabajo doméstico y administración del hogar

Estrechamente vinculados a los cuidados, las tareas domésticas también son parte medular de la reproducción social asociada al hogar, que lejos ser espacio pasivo de descanso, era una extensión de la fábrica: un lugar donde el trabajo continuaba.

En Tomé, desde la infancia, muchas mujeres debieron asumir tareas domésticas que debían compatibilizar con la escuela. Estas rutinas son rememoradas como estrictas y, en los casos que no se cumplían se recibía un castigo. De esta forma se disciplinaba a las mujeres.

Yo antes de irme a la escuela tenía que dejar la legumbre cocía' y lista para poner después [...] y si yo no alcanzaba a hacer o me quedaba dormida eran palos, eran palizas las que me daba o las ollas en mi cabeza.(Entrevistada 2)

El mantenimiento del hogar debía realizarse permanentemente y se debía dejar en impecables condiciones antes de salir a trabajar, esto abarcaba lavar ropa, encerar pisos y dejar la comida lista. De no hacerlo, se exponían a sanciones de la fábrica.

De todo... hacer aseo, aseo porque que más me gustaba era hacer aseo y se enceraba porque todo de madera, se enceraba, la loza, las ollas, todo impecable, la ropa. Tenía que alcanzar, cosa que yo a las dos estaba trabajando, yo a las una ya estaban todos almorzando, dejaba la loza, entonces la abuela se encargaba de la pura once.
(Entrevistada 2)

Paralelo a esto, uno de los mecanismos más utilizados en la administración del presupuesto familiar fue el sistema de libretas, un sistema a crédito con las que se podía adquirir carne, pan o verduras. Este sistema permitía acceder a productos con la promesa de pagar cuando recibieran su salario, una práctica que implicaba una planificación que recaía principalmente sobre las madres.

Había libreta pa la carne, libreta pa el pan y libreta pa la verdura. Ella se pagaba, iba a pagarle a donde debía y traía lo que necesitaba. (Entrevistada 1)

Pese a la escasez de recursos y a un padre mezquino, la madre de esta entrevistada lograba sostener el hogar para una familia numerosa, sin que faltara nada.

Nunca pasé hambre [...] mi papá tan mezquino que era con la plata y mi mamá se las arreglaba para que le rindiera, ocho éramos en la casa y nunca faltó, pero mi papá era mañoso. (Entrevistada 1)

En este escenario caracterizado por bajos sueldos y frágiles economías familiares, contar con una nana era una práctica extendida y presente en distintas generaciones de familias. Estas mujeres no eran vistas como simples colaboradoras domésticas, sino que eran consideradas parte de la familia.

Siempre teníamos nana nosotros, cómo se las arreglaban los viejitos, no sé, porque no se ganaba hartito en la fábrica, nunca, nunca se pagaron buenos sueldos y teníamos nana pu. (Entrevistada 1)

Yo comía con ella, yo tomaba once con ella, yo salía con ella como si hubiese sido una hija mía. (Entrevistada 1)

Se describe, en distintos relatos, que las nanas eran familiares provenientes del campo o conocidas del círculo cercano, contratadas principalmente para las tareas domésticas y el cuidado de niños.

Necesito a alguien que me vaya a cuidar las niñas, que me hagan el almuerzo, que me hagan el arroz y todo. (Entrevistada 3)

También la incorporación de estas trabajadoras se realizaba por redes de recomendación entre compañeras de trabajo.

Oh, yo tengo una. Y así se iban... Se recomendaban. (Entrevistada 3)

Otra solución común que hizo frente a la sobrecarga de tareas fue el pago de una pensión a mujeres que ofrecían almuerzo, once o cena y que se podían entregar en las casas o en la fábrica. Estas viandas permitían aliviar el trabajo doméstico, especialmente cuando las jornadas laborales se extendían, sumado a que también impulsaba pequeñas economías familiares que prestaban este servicio.

Pagaba la pensión [...] al almuerzo eran dos platos, la cazuela y la legumbre, y lo que quedaba se botaba, así era de abundancia, y a la tarde se hacía un arroz graneado, un tallarín y con carne. (Entrevistada 2)

En este caso fue el propio marido quien propuso pagar pensión como una forma de aliviar la carga que tenía su esposa en la casa.

Después ya se abrió una casa pa, que daban pensión, así que ahí empezaban, sobre todo cuando me casé, mi marido dijo no, pagamos pensión, pero estar machacándose.
(Entrevistada 2)

En la organización del hogar, las madres también inculcaron a sus hijos cuando eran más grandes a ser parte de los quehaceres, lo que también permitía cierto alivio ante la sobrecarga además de impulsar la autonomía de los hijos.

Yo a los chicos les enseñé su ropa, a cada uno, sus zapatos, sus bolsones, [...] cada cual respondía por lo suyo, por lo suyo, el día viernes ellos lavaban sus camisas.
(Entrevistada 2)

En Lota también se menciona la ayuda de nanas para mantener las tareas domésticas del hogar. De igual forma, además del contrato físico cotidiano, las mujeres responsables del presupuesto y economía familiar, también hicieron uno de un sistema a créditos que les permitía acceder a ciertos productos y luego pagar, en algunos casos también se formalizó a través de descuentos por planilla. A este sistema de le denominaba rayeo.

El “rayeo”, ibas y te anotaban y después ibas y tenías que pagar. Y en Lota bajo igual po, las casas comerciales más grande, la Casa Rodríguez, las casas que eran la... Lara, eran como las tiendas grandes, todo funcionaba con [...] el descuento por el quintal de harina... Todos los quintales, o sea, era un quintal mensual, digamos, en cada casa, dos a veces. Y después de la tela del saco de harina hacían sábanas, hasta paños para los niños, me contaba una señora que hacía. (Entrevistada 7)

Así, a través de estas experiencias y en línea con las síntesis anteriores, se puede observar que, condicionadas por salarios insuficientes y escasa corresponsabilidad, las mujeres de Tomé y Lota asumieron las tareas domésticas la administración del hogar combinando trabajo físico, planificación económica y creatividad frente a las tareas y emergencias cotidianas.

5.5.5 Violencia, disciplina y memoria en la esfera doméstica

El hogar en los relatos de las mujeres de Tomé y Lota, el hogar no siempre aparece como un refugio. Por el contrario, muchas mujeres rememoran etapas como su infancia y adolescencia marcadas por distintas formas de violencia, principalmente física y simbólica.

Desde Tomé, una de las entrevistadas evoca que durante su niñez la violencia se traducía en agresiones cotidianas, donde el hogar donde creció parecía más un campo de batalla que un espacio de contención. En ese contexto, la disciplina hacia las niñas aparece bajo la forma de una vigilancia del cuerpo femenino. En su relato, la figura materna aparece como agente de ese control, ya que la vigilaba constantemente y se molestaba cuando la veía con algún amigo, con quien caminaba desde el colegio.

Y ella sacaba una rama, una varilla de duraznos, la pelaba, la pelaba y me esperaba detrás de la puerta. (Entrevistada 3)

En este ciclo de violencia también estaba el padre, quien ejercía violencia contra la madre y contra ella y sus hermanos. Era una amenaza constante y una presencia intimidante y frente a cualquier situación que no fuese de su gusto se transformaba en golpes, castigos lo que configuraba un régimen de miedo que por lo expresado, era parte de una masculinidad dominante y aceptada en el barrio.

Se creían más hombres porque le pegaban a la mujer. (Entrevistada 3)

Esta situación dio lugar a intervenciones por parte de la asistente social, quien intervino tras denuncias vecinales por lo reiterado que era los episodios de violencia. En esta intervención se ilustra que la asistente intentó mediar y comprender las razones de la violencia ejercida por su padre.

Vino asistente social. Como a mediar por conflicto. Claro, ella llamó a mi papá muchas veces a la oficina. [...] No porque mi mamá lo hubiera denunciado, sino que

los vecinos denunciaron a mi papá. Entonces le dijo Simón [...] ¿Por qué castigas tanto a la María? ¿Qué te hace la María? (Entrevistada 3)

Resultado de esto fue que la madre de la entrevistada dejó su trabajo, este retiro otorgó cierta tranquilidad al padre porque se quedaba en la casa a cargo de los hijos, pero lejos de ser una solución, aumentó la precariedad económica y propició que el padre se refugiara más aún en el alcohol.

No sé si la despidieron. No sé si ella entregó la pega por nosotros. [...] Porque tenía a la mujer en la casa y nos cuidaba. (Entrevistada 3)

Al recordar estos recuerdos, la entrevistada resalta que es un episodio de su vida que opta por guardar.

Mi hijo no tiene ni idea. (Entrevistada 3)

Otra experiencia describe un ambiente de violencia simbólica y física ejercida contra la madre, quien debía ser acompañada a hacer las compras para evitar posibles agresiones de su esposo.

Mi mamá tenía que ir a comprar todas las semanas las cosas abajo, antes no había auto, iba donde mi hermano, a la pieza, Tito levántate, te toca a ti ahora acompañarme porque si mi mamá bajaba sola, mi papá era capaz de pegarle pu. (Entrevistada 1)

En este hogar en permanente tensión y vigilancia por la figura paterna, la entrevistada revive un episodio donde los celos del padre desembocan en una escena de violencia con arma de fuego. Un colgador olvidado en el lugar equivocado desató la ira, y la madre debió llegar a carabineros.

Y no va a buscar el arma que tenía para ir a cazar y empieza a cargarla y ahí mi mamá partió corriendo, sin zapatos, con la niña, mi hija y mi sobrina, a los Carabineros. (Entrevistada 1)

Aquí también la visitadora realizó una mediación posterior al episodio, en la que entrevistó a la madre, quien detalló el episodio de violencia y la reacción protectora de uno de sus hijos.

[...] la visitadora quiso ver a mi mamá pu, hablar con mi mamá, cómo había sido la cosa, y mi mamá ahí le explicó que le había pegado él y que el Tito por defenderla había hecho presión con la escoba [...]. (Entrevistada 1)

En Lota, los relatos desde el espacio del Departamento de Bienestar también dan cuenta de episodios que involucraban a las esposas de los trabajadores. Una entrevistada recuerda el caso particular de una mujer que acudió a la oficina con una libreta en la que su marido registraba las supuestas faltas que ella cometía.

Yo me acuerdo de un caso de un trabajador, una mujer que llega a la oficina una colega con una libreta y le muestra y el marido le anotaba según él, las cosas que había hecho mal, entonces ponte tú, a la tercera le pegaba, por decirte algo brutal, digamos, y eso ocurría. (Entrevistada 6)

En estos casos, las mujeres solían acudir acompañadas de una vecina que las impulsaba a denunciar la violencia que vivían. Sin embargo, muchas veces volvían a sus hogares, atrapadas entre la dependencia económica y la crianza de los hijos.

La gente que más acudía a la oficina eran mujeres, eran las esposas de los trabajadores y también iban trabajadores, pero más por el tema económico, pero por el tema de denuncia, digamos, de violencia, eran las mujeres. Claro, la mujer es la primera que iba, digamos, a veces, que la acompañe una vecina, qué sé yo, que la instaba a ir a... (Entrevistada 6)

Y esa mujer raramente se iba de la casa, aunque se le buscara, digamos, una salida, volvía, por el tema económico, por el tema de los hijos, que no tienes dónde irte. Se tenía que volver. Eso se repitió mucho. (Entrevistada 6)

En otro caso, se relata la historia de una mujer que luego de quedar viuda llegó a trabajar al área de aseo de las oficinas de Bienestar. Ella a los 14 años había sido casada por sus padres, con un hombre violento.

Le compran zapatos, ella contenta, llega a la casa, le lavan los pies, le colocan los zapatitos nuevos y la llevan al Registro Civil y la casan con un trabajador. Un hombre malo, le pegaba, uff, para qué te cuento. (Entrevistada 6)

Estas narrativas evidencian que la violencia en sus distintas expresiones no solo fue tolerada en muchos espacios, sino que se encontraba arraigada en las prácticas familiares y sociales de la época. Aun cuando existían mecanismos de denuncia o intervención empresarial, las soluciones estructurales eran escasas y la violencia seguía presente dentro de los hogares como un patrón que se volvía a repetir. La memoria de estas mujeres rescata no solo el sufrimiento vivido, sino también las estrategias de resistencia y transformación y los intentos, a veces fallidos, por detener su reproducción.

5.5.6 La desindustrialización y los efectos para las mujeres trabajadoras

El proceso que significó el descenso de la producción industrial y el progresivo cierre de fábricas e industrial no fue un simple término de una relación contractual y laboral para los trabajadores, sino que también fue un desmoronamiento de un sistema de vida tejido en torno a la industria.

El cierre de las fábricas de Bellavista Tomé fracturó las trayectorias laborales de las trabajadoras y las obligó a redefinir sus estrategias de sustento. Una entrevistada recuerda el momento en que la industria se declaró en quiebra, tanto ella como su esposo quedaron sin empleo y debieron conformarse con el llamado “empleo mínimo”, un programa estatal para hacer frente a la creciente cesantía que trajo consigo el cierre de las fábricas. Los tipos de estrategias familiares de subsistencia fueron variados y se replican en otros relatos, por ejemplo, ella transformó su cocina para trabajar en repostería, lo que le permitía generar ingresos.

Sí, claro, claro y yo después trabaje en Bellavista pu, cuando quebró la industria y ahí yo me acuerdo que, eh, Miguel quedó sin pega, yo quedé sin pega y ya entré al empleo mínimo, ahí los pagaban, yo pero yo no me quedaba con eso no más, yo hacía kuchen,

hacía eh hasta tarde en la noche, mi mamá me acompañaba, mamá vaya a acostarse, no, me decía, si yo te ayudo a echar las cosas y llevaba y vendía y en ese tiempo fue a donde me saqué el, el auto, en el tele bingo, y vendía y así incrementaba más lo poquito nos da pero lo poquito que los pagaban ahí en el empleo mínimo nos alcanzaba para varias cositas. (Entrevistada 1)

El proceso de liquidación de la fábrica fue prolongado y complejo. Las entrevistadas mencionan que los pagos pendientes se entregaron en cuotas a lo largo de varios meses, dejando a muchas familias en una situación económica precaria durante el período de transición.

Cuando quebró la fábrica, quedaron todos afuera y ahí nos pagaron lo que nos debían, fueron meses que fueron entregándolo de a poquito la plata que nos tenían que dar, pero con el quiebre, todo se pierde. (Entrevistada 2)

La desvinculación laboral también desencadenó un vacío legal y previsional. La entrevistada 2 relata cómo debió regularizar sus imposiciones por cuenta propia para poder acceder a una pensión.

Después de que la fábrica quebró, ya no pagaron el seguro, y tuve que ponerme al día pagando particular para poder jubilar. Mi hija trabajó mientras tanto para ayudarme a solucionar ese problema. (Entrevistada 2)

Así, la crisis del cierre de la fábrica no solo desestructuró las economías domésticas, sino que también implicó un desplazamiento emocional y generacional hacia un vacío con preguntas de como seguir.

Penoso. ¿Qué hago ahora? (Entrevistada 5)

El desarraigo vivido tras dejar la planta también tiene una dimensión de quiebre subjetivo que llevó a canalizar a algunas mujeres el tiempo libre en el cuidado de nietos, sin haber tenido, según sus palabras, la oportunidad de “ser joven” cuando correspondía, en su sentido más amplio.

Como que yo fui mamá en esa época. Llegó el momento de que yo tenía que ser joven y me quedé con ese como trauma, o sea es que fue una responsabilidad. (Entrevistada 5)

En otro testimonio, también resuena el sentido de pertenencia construido en torno a la fábrica, el cual incluso en este recuerdo no aparece mencionado como un espacio intrínsecamente laboral, sino preponderantemente como espacio que las formó y que fue vital en sus vidas.

La fábrica fue nuestra, digamos, de donde nos educamos, de donde vivimos. (Entrevistada 5)

Asimismo, hoy emerge un sentido de agradecimiento, por lo que la empresa logró proveer tanto a ellas como a sus familias. En particular, una de las entrevistadas relata que la empresa reconoció su esfuerzo para entregarle a sus hijos educación y le permitió viajar a la ceremonia de titulación, incluso con gastos y vacaciones pagadas. No obstante, en este relato también se observa que la fábrica no concebida como un horizonte para sus hijos y las nuevas generaciones porque las condiciones de trabajo eran arduas y difíciles, ella aspirada a algo mejor para sus hijos.

Yo le agradezco a la empresa porque cuando mi hijo se recibió la empresa me pagó pasajes, me pagó estadía y me pagó todo mi feriado, me dio quince días, no me los descontó y me felicitó por ser una persona que siendo obrera aspiraba que sus hijos fueran otra cosa y siempre dije no quiero que ninguno de los cuatro llegue a la fábrica, ninguno. (Entrevistada 2)

Aunque el cierre marcó el fin de una era, varias entrevistadas conservan relación con excompañeras y jefes, señal de los lazos que la comunidad fabril tejió a lo largo de los años.

Hasta el día de hoy tengo chiquillas que son jefes de personal y me dicen: Cómo está la María, dale mis cariños. (Entrevistada 4)

Incluso con nuevas rutinas, el apego al territorio persiste, reafirmando que esa historia industrial compartida no se puede abandonar.

Nunca me voy a ir hasta que me saquen en un cajón, porque no lo cambio, no lo cambio. (Entrevistada 4)

El impacto económico de la desindustrialización y reconversión productiva hoy también se observa en las bajas pensiones que finalmente obtuvieron y con la que hoy deben vivir.

Lo que gano como jubilada es demasiado poco comparado con lo que ganaba trabajando. Antes, el dinero tenía valor, ahora, diez mil pesos se van entre los dedos. (Entrevistada 2)

Frente a la fragmentación de la vida colectiva, las mujeres encontraron nuevas formas de encuentro y contención. Los grupos de oración se mencionan como espacios de espiritualidad y redes afectivas donde hoy existen vínculos de confianza y reflexión.

Yo también tengo un grupito de oración de señoras. De 10 personas más o menos. Hacemos un rosario. Hacemos un tema bíblico. Y lo comentamos, sacamos alguna enseñanza. Y después tomamos un tecito. Y conversamos nuestra amistad. (Entrevistada 1)

Del mismo modo, los grupos de montepiadas en el Círculo de Carabineros también funcionan como lugares de recreación y encuentro ante la viudez y el paso del tiempo.

Formamos un grupo de señoras donde no permitimos pelambre, yo soy así, tuve siete años de presidenta, no le aguantaba una, na copucheo, no hay pelambre, venimos a pasar tres horas, pero bien. (Entrevistada 1)

En la memoria de las entrevistadas la vida tejida en comunidad, caracterizada por solidaridad barrial y la cooperación, contrasta con el aislamiento actual, lo que provoca nostalgia en aquellas mujeres que crecieron alrededor de las fábricas textiles tomecinas.

No volverá nunca esos años tan hermosos de Bellavista. (Entrevistada 2)

Que volviera más la solidaridad, el más compartir [...] ese día domingo era de salir y compartir y ahora toda la gente encerrada en sus casas. (Entrevistada 2)

En Lota, las mujeres también describen el cierre de ENACAR en 1997 como una ruptura y un evento traumático, una noticia inesperada que se vivió como un golpe.

Claro, entonces cuando viene el cierre de la empresa, por supuesto que es... Ay, pasó lo mismo. Yo me acuerdo el día del cierre, fue un golpe, un shock terrible, porque no... Siempre cuando se habla del cierre se decía que cerraba Curanilahue o se cerraba Lebu porque eran empresas chiquititas. Entonces no... Decíamos yo creo que se va a cerrar Curanilahue. Era bastante mala la calidad del carbón, en cambio acá en Lota era mejor... O sea, cómo te va a cerrar una empresa con 1300 trabajadores. Era una cuestión impensable. (Entrevistada 6)

Para las trabajadoras, era impensada la posibilidad de que una industria con alrededor de 1300 trabajadores desapareciera de un día para otro, además, la forma en que se comunicó a los trabajadores y trabajadoras de la empresa y a la comunidad en general fue un hecho que hoy se recuerda muy latente. Era una información que pocas personas manejaban y debían mantener en reserva.

Y esa noche por Radio Biobío la noticia que se cierra la empresa. Oscar sabía ya, no me lo podía decir. Entonces fue una cuestión así como un golpe, pero... terrible, porque nunca pensamos que se iban a cerrar en Lota. (Entrevistada 6)

Incluso, los trabajadores que debían asistir a su turno que debían trabajar al otro día lo hicieron de igual forma, provocando conflictos y desconcierto en un día que quedó grabado en la memoria de muchos trabajadores por el impacto emocional de perder una fuente de trabajo y un sistema de bienestar obrero que había atravesado distintas generaciones.

Y se cerró en el primer turno, la gente bajó y ese fue el último turno que... Entonces, cuando esa gente subió a las 08:00 de la mañana, ya la empresa estaba cerrada. (Entrevistada 6)

En esta evocación de los acontecimientos del cierre de las minas, se enlaza con la magnitud que había alcanzado la empresa carbonífera en su momento de auge, considerando las distintas minas y piques en la región. Esto hace evidente que era una estructura productiva y

económica anclada al territorio y en la vida de los miles de trabajadores y trabajadoras que eran parte.

Claro, ponte tú, cuando cerró la empresa, en Lota 1357 trabajadores, en esa cantidad cerró 1357 y 400 que se habían ido el 97, o sea, 2.000 trabajadores quedaron al final. En Lota quedaban como 300, en Lebu como 250, no, fue disminuyendo. En los tiempos, de más auge, la empresa tiene que haber tenido fácilmente unos 20.000 trabajadores, no es mucho, pero contando todo, o sea, los 4 establecimientos. (Entrevistada 6)

El impacto del cierre es posible observarlo desde una perspectiva individual y colectiva. Una de la entrevistada lotina recuerda haber quedado sola a cargo del Departamento de Personal, asumiendo en solitario el peso administrativo de los despidos. La mención al "sobre azul", sinónimo del fin laboral y el vínculo con la empresa, es una imagen del desmantelamiento progresivo de una estructura que durante décadas había dado trabajo y sentido a la comunidad.

Al final quedé yo trabajando a cargo de todo, de todo, de todo, cuando cerraron la mina, y tomar todo el trabajo de todas mis colegas. Yo era la única de personal, no había quedado nadie más. Así que hay me da pena porque cerraban la puerta y la abrían porque era el sobre azul y desde el momento que a ti te llegaba un sobre azul era por despido. (Entrevistada 7)

Pero la pérdida no fue solo de un salario o un espacio físico, lo que se perdió fue el sentido de la vida tal como se conocía. La siguiente entrevistada lo sintetiza con la siguiente frase:

Es muy difícil porque no es sólo la pérdida de una fuente laboral, es la pérdida de todo lo que le daba sentido finalmente. (Entrevistada 6)

Tras los despidos, algunos trabajadores buscaron oportunidades fuera del territorio. El caso mencionado fue el de quienes migraron a trabajar en las excavaciones del Metro en Santiago.

Mira, yo me acuerdo de haber atendido trabajadores , después del cierre, gente que se fue a trabajar al metro porque ahí habían posibilidades, por las excavaciones y así.
(Entrevistada 6)

En medio del proceso de cierre, también surgieron iniciativas de resguardo patrimonial. Parte del archivo histórico de ENACAR –libros, registros, vajilla y otros objetos de valor–, fue trasladado para su conservación, lo que refleja una preocupación por preservar la memoria material de un ciclo industrial ya concluido. Este testimonio da cuenta de una dimensión menos visible del cierre, pero era dejar registro de ese entonces pasado y darle un lugar en la historia.

Después, del cierre, un señor que nos estuvo colaborando para el tema del traspaso al museo que pasamos todo lo que era la los libros que tenían un valor histórico, las fotografías. Todo lo que estaba en la casa del directorio, el servicio, los platos, los vasos que tenían, el monograma de los Cousiño, la chimenea, el Club Concepción tiene una chimenea que era de la casa del palacio, y la otra estaba en la oficina nuestra. Pero es espectacular el archivo, imagínate que hay carpetas de las naves que tenía [...] Cousiño, carpetas que estaban en Valparaíso, que son como una hojita, dos hojitas en algunos casos, donde están, que sé yo, que un alférez, que el cocinero, los antecedente digamos de los marinos, pero de los buques que venían... te estoy hablando, no sé, del año 1800. (Entrevistada 6)

Paralelo a estas acciones, existe una valoración negativa del abandono del Estado frente a este traumático despojo, en lugar de convertir y apostar en Lota por un polo de desarrollo, la mayoría de las iniciativas fueron proyectos frustrado e inconclusos, lo que terminó de reafirmar la desidia del Estado hacia Lota.

Me da pena, me da pena en el sentido, digamos, que después del cierre, las empresas... Bueno, el Parque Industrial, digamos que fue también otro fraude. Creo que queda... Cecinas Lota, digamos, que era una empresa de Lota, que por eso está todavía allá y no creo que... De todas las otras no hay ninguna que esté funcionando. [...] Porque se farreó una tremendo [...] parque industrial, podía haber sido perfectamente,

digamos, un puro desarrollo. No sé, eso fue un, no sé... Ahí el gobierno de turno se farreo esa tremenda oportunidad. (Entrevistada 6)

A pesar de la desilusión, subsiste un sentimiento de pertenencia y agradecimiento hacia ENACAR. La identidad laboral permanece viva en objetos que recuerdan ese periodo, pero también como memoria que se reactiva al recordar lo que permitió construir ese trabajo, una vida entera y la posibilidad de reinventarse.

Yo todavía tengo mi carné de Enacar, tengo una piocha que nos entregaron, pero eso fue a posterior cuando pasó a Enacar, ya todavía las tengo ahí. (Entrevistada 7)

Todo me lo ha dado Enacar. Si yo no hubiera trabajado en Enacar habría estado en otra empresa, quizás buena, mala, pero aquí estoy, agradecida de Enacar. Soy agradecida porque, uno, es donde trabajé toda la vida. Y eso me sirvió después para instalarme con el negocio de las flores. (Entrevistada 7)

En definitiva, el proceso de cierre de estas industrias afectó las economías domésticas, desarticuló relaciones sociales y rutinas cotidianas y trastocó profundamente la memoria colectiva de ambas comunidades. En sus relatos, las entrevistadas reconstruyen y recuerdan este proceso como una experiencia de despojo que alteró la lógica del tiempo y del territorio, obligándolas a reinventar sus estrategias de subsistencia, sostén emocional y pertenencia.

Así, enfrentaron esta transformación desde un lugar de vulnerabilidad y fragilidad estructural, pero también con capacidad de agencia, porque activaron redes domésticas, emprendieron nuevas actividades, organizaron espacios de contención y resistieron al olvido institucional mediante el encuentro y la memoria. Sin embargo, el duelo por la pérdida del trabajo industrial no se cierra del todo, aún existe nostalgia por ese pasado donde existían estructuras que proveían de bienestar, además de cuestionamientos de lo que podría haberse hecho mejor para enfrentar estas transformaciones. Hoy la memoria del pasado industrial persiste un mundo atravesado por la lógica neoliberal, y es historia viva de quienes lo sostuvieron.

6. DISCUSIÓN

6.1 Entre lo productivo y lo reproductivo: la tensión estructural como experiencia situada

Basados en el análisis de las historias de vida y los expedientes y documentos laborales, los hallazgos presentados muestran que la continuidad entre trabajo productivo fue una experiencia concreta, situada y persistente en las vidas de las mujeres entrevistadas de Tomé y Lota. Ambas dimensiones se articularon de manera simultánea y condicionaron las trayectorias, la organización cotidiana y los sentidos otorgados a la vida personal, familiar y laboral. Siguiendo a Martín (2008), podemos leer esta co-presencia como un proceso de “domesticación del trabajo” (p. 16) que obliga a ampliar la noción de trabajo más allá del empleo, integrando la dimensión material, emocional y moral del cuidado y desbordando la equivalencia moderna empleo es igual a trabajo.

Los relatos confirman que las mujeres no habitaron estas esferas de manera escindida, por el contrario, la tensión entre lo productivo y lo reproductivo se vivió como una carga simultánea, persistente y naturalizada. Ingresar a la fábrica no supuso redistribuir o disminuir responsabilidades domésticas, sino sumarlas a la jornada laboral. Esto se expresó en la necesidad de organizar la rutina diaria en detalle, por ejemplo, cocinar, limpiar o vestir a los hijos antes de entrar al turno, coordinar el tiempo de cuidados con el pito que marcaba el inicio y el fin de la jornada, mantener la casa impecable porque era una tarea supervisada y no hacerlo implicaba sanción, o también amamantar entre turnos para luego volver al trabajo. La doble jornada fue una realidad estructural, en la que la fábrica no la liberaba del hogar, se le sumaba. Se difuminan entonces las fronteras entre lo público y lo privado, lo laboral y lo afectivo. Desde la noción de *care* que sistematiza Martín (2008), los cuidados combinan inseparablemente *caring for* (prácticas y servicios) y *caring about* (disposición y afectos). En estas trayectorias, ambas capas se anudan en la gestión cotidiana de tiempos, cuerpos y vínculos.

Aquí también cobra sentido lo planteado por Pateman (1991) en torno al “contrato sexual”, porque la subordinación femenina, en este contexto y periodo, no se limitó a la esfera privada ni a la pública, sino que atravesó ambas: las mujeres estaban sometidas a un sistema androcéntrico y a las estructuras patriarcales tanto en la intimidad del hogar como en el espacio laboral. Los testimonios evidencian esta interdependencia: no existía una frontera rígida entre el ámbito doméstico e industrial, sino una continuidad de deberes que aseguraba, en última instancia, el orden social.

Desde esta misma perspectiva, el análisis de los relatos confirma también lo señalado por Dalla Costa y James (1975), Vogel (2013) y retomado por Federici (2004) y Bhattacharya (2017) en torno al carácter estructural del trabajo doméstico dentro del capitalismo. La división sexual del trabajo como una condición material de la acumulación capitalista, donde la subordinación femenina asegura la reproducción de la fuerza de trabajo y del orden social. Que este trabajo se mantuviera invisible y no remunerado no lo hizo menos esencial, por el contrario, lo convirtió en una pieza estructural del engranaje económico y social.

Esta naturalización se puede entender a través de la noción de violencia simbólica de Bourdieu (2000). Varias entrevistadas recordaron que desde niñas asumieron tareas domésticas porque, por un lado, eran enseñadas en la Escuela, por ejemplo, a “cocinar y tejer” (Entrevistada 4) y también eran impuestas en la casa bajo amenaza de castigo, sin que se concibiera posibilidad de cuestionamientos, ellas debían encargarse de los hermanos, preparar almuerzos y mantener la limpieza de la casa. En palabras de una de ellas estas tareas no eran opcionales, sino cosas que “tenían que hacer” (Entrevistada 2) antes de irse a la escuela. Ese sentido y disposición al deber, internalizado desde la infancia, era más bien un mandato irrenunciable y heredado que se mantuvo en la adultez, incluso con el cansancio acumulado de la jornada laboral, eran ellas quienes, por responsabilidad primaria, debían seguir con las tareas del hogar, responsabilidad que era reforzadas por distintos dispositivos empresariales, también bajo advertencia de sanción. Tal como advierte Lagarde (2005), las mujeres en la reproducción social no solo sostienen la vida, sino que también reproducen el orden simbólico y político que legitima la subordinación patriarcal y el sistema capitalista de producción.

Aun así, los significados atribuidos al trabajo productivo no se redujeron solo a la subordinación. En Tomé y en Lota, ingresar a la fábrica e industria respectivamente, fue percibido y es significado por las mujeres como una vía hacia cierta autonomía económica y reconocimiento social. Varias mujeres lo recuerdan como un hito vital que les permitió tanto colaborar como sostener a sus familias en contextos de vulnerabilidad, ya sea en hogares con muchos hermanos, en situaciones de viudez o frente al desempleo del esposo. Una de ellas sintetiza este sentido al afirmar que ingresar a la fábrica le permitió aliviar la carga a su madre y “estar más tranquilas” (Entrevistada 4) porque era un sueldo más en el hogar. Asimismo, disponer de un salario les brindó independencia y la posibilidad de comprar sus propias para responder a sus propias necesidades, gesto de afirmación personal que contradecía parcialmente el ideal de dependencia femenina y abría un margen de agencia económica.

Un sentido de orgullo, aunque ambivalente, también aparece vinculado a la posibilidad de ofrecer a los hijos mejores oportunidades educativas para “fueran otra cosa” (Entrevistada 2) lejos de la fábrica. En Tomé, trabajar en la fábrica textil era parte de una continuidad con la tradición obrera de madres y abuelos; en Lota, ingresar a ENACAR suponía acceder a un espacio históricamente masculino, lo que confería prestigio y reconocimiento. El trabajo productivo no fue solo un salario, sino también un legado y una forma de pertenencia.

Estas experiencias dialogan con lo que Berger y Luckmann (2003) señalan sobre la construcción de biografías, porque las mujeres entrevistadas integran sus vivencias en relatos que adquieren sentido al ser compartidos. Estas mujeres no narran su trabajo y su vida familiar como ámbitos separados, sino como una historia común que refuerza identidades colectivas de mujeres trabajadoras, cuidadoras y sostenedoras de hogares y comunidades. Este punto permite vincular empíricamente la noción de “mundo de la vida” propuesta por Schütz (2003) en el sentido del trabajo y del cuidado emerge de la experiencia intersubjetiva, donde lo cotidiano se convierte en un espacio de conocimiento situado. Esta mirada coincide con lo planteado por Inostroza (2001), quien sostiene que las memorias de las trabajadoras textiles se construyen en clave colectiva, porque sus expresiones se sitúan más desde un “nosotras” que desde un “yo”, mostrando que las trayectorias femeninas estuvieron definidas por la interrelación entre experiencias propias y ajenas, familiares y comunitarias.

Incluso tras la desindustrialización y la reconversión productiva a fines del siglo XX y la inestabilidad económica que trajo consigo la instalación del neoliberalismo, este orden de significados no se transformó radicalmente. Algunas mujeres continuaron trabajando en oficios precarios o desde el hogar, mientras que otras se dedicaron al cuidado de nietos y nitas. En ambos casos, la identidad femenina siguió asociada a sostener, proteger y hacer funcionar la vida cotidiana, y también a la persistencia de una ética del deber que, pese a los cambios en las condiciones materiales, no desapareció.

Esta relación de continuidad entre lo productivo y lo reproductivo puede sintetizarse en el siguiente diagrama de Venn, que representa tanto la articulación estructural y la construcción de sentido compartido. El esquema organiza los principales significados, agentes y dinámicas identificadas en los relatos y en el análisis documental.

Ilustración 1. Experiencias femeninas entre el trabajo productivo y reproductivo en Tomé y Lota, desde 1960



Fuente: elaboración propia

La figura ilustra cómo las experiencias femeninas se configuraron en el entrecruce de tres planos: las estructuras institucionales y económicas (representadas por el Estado y los

procesos de modernización), las prácticas cotidianas desplegadas entre el trabajo productivo y el reproductivo, y los distintos agentes que intervinieron en la regulación y reproducción de dichas experiencias.

El esquema permite visualizar que el trabajo productivo no puede comprenderse sin el reproductivo, ya que ambos se sostuvieron mutuamente a través de prácticas, significados y relaciones que dieron forma a las trayectorias de las mujeres. Mientras el trabajo productivo ofrecía reconocimiento, aprendizaje y autonomía relativa, el reproductivo aseguraba la continuidad de la vida y la fuerza laboral, sosteniendo la base material y afectiva del sistema productivo. En la intersección de ambos ámbitos se ubican experiencias de doble presencia, conciliación precaria, resistencia y transmisión de saberes, que configuran un espacio de simultaneidad estructural y simbólica donde se forjaron las trayectorias de las trabajadoras de Tomé y Lota.

6.2 Trayectorias condicionadas: factores y agentes en la experiencia industrial femenina

Los testimonios evidencian y distintos estudios confirman que el sistema paternalista industrial ofrecía vivienda, educación, salud, recreación e incluso vigilancia, en una clara expresión por modelar al trabajador o trabajadora ideal. Este modelo no solo buscaba garantizar la estabilidad de la fuerza de trabajo, sino también disciplinarla, fijarla territorialmente y asegurar su lealtad mediante la creación de un ecosistema cerrado, casi autosuficiente, donde la fábrica se confundía con la vida misma. Así, el paternalismo industrial no se redujo a una forma de asistencia o de beneficios, sino que constituyó una tecnología de poder orientada a normar las conductas, moldear subjetividades y naturalizar las jerarquías sociales, especialmente de género y clase (Salazar y Pinto, 2003; Scranton, 1986). En esta misma línea, se ha planteado que el modelo industrializador se sostuvo también en la regulación de la familia y del tiempo de las mujeres, lo que limitó sus espacios de autonomía y reforzó la subordinación de género en los complejos industriales (Alfaro y Brito, 2023).

En el caso de Tomé, Venegas y Morales (2017) muestran que la Sociedad Nacional de Paños desarrolló un paternalismo que iba más allá de la entrega de beneficios. La contratación familiar, la entrega selectiva de viviendas y la creación de espacios de sociabilidad como el gimnasio Marcos Serrano configuraron lo que los autores denominan una verdadera “comunidad fabril” (Venegas y Morales, p. 284). Este modelo buscaba arraigar a los trabajadores, asegurar su fidelidad y disciplina tanto la vida laboral como doméstica, reforzando un ideal de obrero y familia obrera higiénica, moralizada y leal a la empresa.

La centralidad de la industria en la construcción del territorio y de las relaciones sociales se observa de forma permanente en las historias de vida de las mujeres entrevistadas. En primer lugar, la infancia y la educación se presentan como momentos fundantes en la reproducción de las desigualdades. En Tomé, el acceso y permanencia de las mujeres en la escolarización estuvo supeditada a las necesidades del hogar y la decisión de interrumpir sus estudios fueron adoptadas por padres u otros adultos del grupo familiar, muchas veces bajo una lógica instrumental que priorizó el aprendizaje de tareas u oficios “femeninos” por sobre el desarrollo educativo formal. De esta forma, la expectativa era que las niñas ayudaran en casa o trabajaran lo antes posible. Estas dinámicas resultaron en trayectorias educativas interrumpidas, donde las niñas y jóvenes que querían continuar en la escuela, incluso con buen rendimiento se vieron obligadas a dejar la escuela para ingresar a la fábrica, donde aprendieron a través de cursos y capacitaciones técnicas a desempeñarse como operarias, zurcidoras, empaquetadoras o vendedoras, tareas asociadas a estereotipos femeninos, como la precisión, el detalle, el cuidado o la buena presencia. Estas trayectorias educativas no son ajenas a al contexto de profesionalización femenina en Chile, donde, tal como advierte Godoy (1995), la educación técnica de mujeres se diseñó no para su plena inserción en el trabajo industrial, sino para formar operarias disciplinadas y futuras madres responsables, articulando una función comercial con una función moralizadora.

En Lota, en cambio, la educación primaria de las mujeres entrevistada aparece como una dimensión más estructurada y jerarquizada, donde influía la posición que los trabajadores o familias tuviesen en la empresa, lo que definía el acceso de las niñas a escuelas, liceos y eventualmente a la educación técnica o universitaria. Particularmente ENACAR, por ser una

industria esencialmente masculina y por la naturaleza del proceso de extracción del carbón, las mujeres se insertaron principalmente como empleadas y en tareas administrativas. En particular, se identifica en la narración de las mujeres que desarrollaron tareas como personal de los departamentos de asistencia social, contabilidad, administración y gestión del personal, donde existió una mayor vinculación con las familias y aspectos personales de los trabajadores y en definitiva en el bienestar social, un foco relevante para la empresa. La experiencia de ser mujer trabajadora en una empresa donde, a pesar de ciertos prejuicios y mayor presencia masculina, ocuparon posiciones en sectores como la administración y la contabilidad, que tradicionalmente eran de hombres, da cuenta de una gradual inclusión de las mujeres en diversos roles dentro de la estructura laboral, aunque aún enfrentaban limitaciones y desafíos. Costó tiempo para que se sintieran valoradas y respetadas, especialmente ese reconocimiento se postergó a los últimos años de sus carreras. Cabe recordar que, en este lugar, la división sexual del trabajo estaba también institucionalizada en los marcos legales, ya que el Código del Trabajo de 1931 establecía que “las mujeres no podrán ser ocupadas en trabajos mineros subterráneos ni en faenas calificadas como superiores a sus fuerzas o peligrosas para las condiciones físicas o morales de su sexo” (Alfaro y Brito, 2023, p. 13). Esta normativa reforzaba la segregación ocupacional y relegaba a las mujeres a funciones consideradas propias de su sexo, asociadas al cuidado y los servicios. Así, estas experiencias reflejan los límites de la profesionalización femenina como política de integración social, más orientada, como sostienen Brito y Vivallos (2011), a reproducir roles de género que a ampliar oportunidades reales de movilidad o autonomía.

Para la mayoría de las entrevistadas, el ingreso a la fábrica fue por distintos canales y estuvo mediado por redes familiares, vecinales y comunitarias que funcionaron como dispositivos informales de recomendación y reclutamiento. Madres, hermanas, tías o incluso vecinos funcionaban como nexo entre la empresa y las jóvenes trabajadoras, consolidando un entramado relacional donde el trabajo femenino productivo se heredaba o se gestionaba desde el entorno más próximo. En paralelo, las fábricas textiles proveían cursos previos y establecían periodos de prueba que funcionaban como dispositivos de selección y disciplina. En Lota, el ingreso fue similar, pero con algunos matices. Las mujeres entrevistadas que ingresaron a ENACAR fue por ser parte de la familia minera, por recomendación de personas

que pertenecían a la empresa y por la formación recibida, como estudios técnicos y universitarios, no todas accedían de igual forma. No obstante, en los relatos se mencionan otras vías de ingreso para mujeres que se desempeñaron en áreas administrativas y aseo, en particular para mujeres viudas de trabajadores que habían sufrido accidentes en las minas. Esto refuerza el carácter paternalista de cuidado y protección social que mantenían los complejos industriales en el periodo estudiado. Sin embargo, el salario de las mujeres era percibido socialmente más como un complemento que como un sustento principal del hogar, lo que consolidaba jerarquías de género en la valoración del trabajo formal femenino (Alfaro y Brito, 2023).

De todas maneras, este ingreso al mundo productivo no implicó simplemente una adscripción pasiva a la categoría de trabajadora, sino que supuso una toma de posición dentro de un contexto relacional atravesado por el género, la clase y también las dinámicas culturales, porque también desplegaron agencia y gestionaron activamente sus recursos y posibilidades de forma activa. Tal como señala Inostroza (2001), la identidad de mujer trabajadora se debe comprender como una posición asumida en determinados momentos de la vida, donde las experiencias subjetivas y colectivas se entrelazan para producir sentidos, muchas veces contradictorios o ambivalentes, sobre el rol desempeñado en la fábrica y el hogar. Esta mirada permite complejizar las trayectorias aquí descritas, porque en los relatos se identifica que el ingreso fue motivado tanto por la necesidad económica y por la continuidad de trayectorias familiares vinculadas al mundo fabril y minero, pero también por motivaciones ligadas a la autonomía y al deseo de tener sus propias cosas o no depender de otros ingresos. Así, el acceso al trabajo fabril e industrial fue a la vez un recurso para sostener la vida doméstica y una estrategia para conquistar cierto margen de independencia.

Acceder a estos espacios productivos tuvo sentidos ambivalentes: por un lado, significó contar con ingresos, reconocimiento social y regalías, además de ofrecer un espacio de socialización y pertenencia, pero por otro, fue vivido como un lugar al que se debía entrar porque no había muchas alternativas y del cual resultaba difícil salir. De allí que varias entrevistadas recalquen la paradoja de sentirse orgullosas de haber sostenido a sus familias

gracias a la fábrica o la mina, y al mismo tiempo manifestaran el anhelo de que sus hijos e hijas fueran otra cosa y no repitieran el mismo destino.

Otro factor que influyó en las trayectorias fue el lugar de residencia. Muchas entrevistadas vivieron en barrios contruidos o administrados por la empresa, lo que implicaba una imbricación casi total entre espacio laboral y espacio doméstico. En estos enclaves industriales, como las poblaciones obreras de Bellavista en Tomé o los pabellones de obreros y empleados en Lota, se concentraban no solo los trabajadores y sus familias, sino también los servicios básicos, como los recordados centros de salud, las escuelas, los centros de abastecimiento denominados economatos, las iglesias y los espacios de ocio y recreación. La vida transcurría en un radio regulado por las empresas, donde la cercanía al lugar de trabajo implicaba también cercanía al control. Como plantea Fuentealba (2019), esta temprana articulación entre fábrica, vivienda y servicios municipales convirtió a Tomé en un “caso excepcional de desarrollo industrial en el país” (p. 85), donde el crecimiento urbano se subordinó a la lógica fabril y configuró nuevas formas de sociabilidad obrera.

El acceso a la vivienda obrera constituye otro factor que influyó en las trayectorias de estas mujeres. No solo estaba estrechamente vinculado al contrato laboral, sino también a la composición familiar, lo que generaba desigualdades entre trabajadoras. En los relatos aparece mencionada las dificultades que tenían las madres solteras para postular a una casa, salvo en casos excepcionales en que podían justificar otras responsabilidades de cuidado, como familiares enfermos y dependientes. Este criterio revela cómo la empresa reforzaba un modelo de familia “legítima” –marido, esposa e hijos– como núcleo formal y estable, excluyendo o subordinando a quienes se salían de esa norma. Este carácter selectivo y moralizante es analizado por Venegas y Morales (2017) a propósito de la población Carlos Mahns, construida en 1933 por la Sociedad Nacional de Paños. El acceso a estas viviendas no constituía un derecho, sino un premio reservado a familias “antiguas y meritorias” (p. 292), lo que reforzaba un ideal de familia obrera legítima y ordenada. Es así, como la empresa proveía casas a la vez que normaba la vida en ellas mediante reglamentos estrictos sobre higiene, comportamiento y relaciones familiares.

En este escenario, la industria fue administradora del tiempo, organizadora del espacio-territorio y modeladora de vínculos sociales. A través de figuras como el jefe de bienestar, el jefe de población o las visitadoras sociales, se desplegaban dispositivos de vigilancia, disciplina y gestión moral. Las entrevistadas, tanto de Tomé y Lota, relatan que las casas eran frecuentemente visitadas por las visitadoras sociales o jefes de población para verificar si cumplían con el orden o limpieza de sus casas, además de mediar en conflictos conyugales o gestionar ayudas frente a dificultades económicas. Mantener la casa ordenada, lavar la ropa, cocinar para los hijos, asistir a actividades deportivas o recreativas organizadas por la empresa eran prácticas cotidianas donde se formaba esa moral industrial, disciplinante pero también cohesionadora.

En distintas industrias del Gran Concepción, estos dispositivos formaron parte de una matriz común de construcción de lo femenino, con variantes según el proyecto empresarial. Maldonado (2022) muestra cómo fábricas como Huachipato, CRAV-Penco y la carbonífera de Lota promovieron modelos similares de feminidad obrera, basados en el orden doméstico, la asistencia social y la representación simbólica de la industria. A través de revistas internas y medios de difusión, las industrias no solo ofrecían beneficios o promovían actividades, sino que delineaban un modelo de mujer trabajadora y madre, cuya función era asegurar la estabilidad moral y productiva de la comunidad fabril. En este sentido, el discurso empresarial reforzaba la expectativa de que las mujeres encarnaran valores de disciplina, virtud y cuidado, configurando una feminidad funcional al orden industrial y, al mismo tiempo, restringiendo sus márgenes de autonomía.

Las experiencias relatadas por las mujeres dan cuenta de la influencia de otros factores que tuvieron impacto en sus trayectorias, como las relaciones con jefaturas, la organización sindical y la participación en espacios recreativos o culturales. En Tomé, las relaciones con jefes de sección aparecen en los relatos como un factor que podía facilitar o dificultar la permanencia al interior de la fábrica. Algunas mujeres recuerdan con gratitud a figuras como supervisores, que ofrecieron oportunidades de aprendizaje o intervinieron para evitar conflictos con otras operarias. En otros casos, las jefaturas eran vistas como figuras autoritarias cuya vigilancia constante generaba temor y presión. La relación cotidiana con

estas figuras influía en el tipo de tareas asignadas y los ritmos de trabajo. En Lota, si bien las mujeres entrevistadas se desempeñaron en espacios administrativos y no en las minas, también relatan vínculos con jefaturas que influían en sus trayectorias. En particular, existieron algunos jefes que reconocían el esfuerzo de las trabajadoras, que abrían espacios de aprendizaje y que delegaban nuevas tareas con confianza. La disposición a aprender y la capacidad de respuesta ante requerimientos urgentes fueron aspectos valorados en estos vínculos jerárquicos y permitieron a algunas mujeres desempeñar nuevas funciones al interior de la empresa.

Respecto a la organización sindical si bien no todas las entrevistadas en Tomé participaron activamente, algunas relataron haber recibido apoyo de dirigentes sindicales en momentos de necesidad o enfermedad. La cercanía con estos agentes podía traducirse en el acceso a beneficios o cierta protección frente a arbitrariedades que tenían lugar en la fábrica. Incluso quienes no se integraron directamente a la vida sindical se vieron influidas por sus conquistas, como determinado acceso al economato, servicios médicos o mejoras salariales que repercutían en la vida cotidiana de las familias obreras. En el caso de Lota, una de las entrevistadas destaca el rol de los sindicatos en la defensa de beneficios y en la mediación con la empresa durante el proceso de cierre, aunque su influencia se extendía más allá de lo laboral. En particular, el sindicalismo minero formó parte de un entramado político e identitario, vinculado a las luchas de izquierda y a las huelgas que buscaban transformar las duras condiciones de vida que experimentaban. De esta forma, los sindicatos operaron como un agente de mediación y resistencia que influyó tanto en las trayectorias laborales como en los imaginarios colectivos de las comunidades fabriles y mineras. En un estudio que abarca Tomé y Coronel, evidencia que la sindicalización fue clave para presionar mejoras salariales y sostener la cultura industrial del territorio. Tras el Plan Laboral de la dictadura en 1979 se fragmentó esa capacidad colectiva, debilitó la negociación y favoreció la reestructuración neoliberal que acompañó la desindustrialización (Brito, 2018).

Los espacios recreativos, culturales y deportivos, organizados o promovidos por las empresas tomecitas y lotinas, funcionaron también como integración y diferenciación. La participación en conjuntos folclóricos, campeonatos o funciones de cine ofrecía una pausa frente a la rutina

laboral y también era considerada por las trabajadoras como una forma de pertenencia y parte vital en sus trayectorias y biografías.

Hoy, esta historia compartida ha impulsado nuevos espacios de encuentro entre extrabajadoras, instancias marcadas nostalgia, pero también por el arraigo territorial de mujeres que deciden no abandonar los lugares donde forjaron su vida laboral y afectiva. También, la responsabilidad de los cuidados ha persistido como una responsabilidad intergeneracional, ahora orientada a nietos y bisnietos, evidenciando que las mujeres que sostuvieron el modelo de desarrollo industrial continúan contribuyendo al modelo neoliberal.

En este sentido, las trayectorias de las trabajadoras textiles y mineras no se agotan en la experiencia como trabajadoras formales, sino que se ven reconfiguradas por los procesos de memoria y patrimonialización posteriores. Como expone Matus, García y Pérez (2022), la apropiación comunitaria del pasado industrial en Tomé y Lota ha seguido caminos distintos: en Lota se articula en torno a un sistema patrimonial de múltiples sitios vinculados a la industria del carbón, mientras que en Tomé el eje simbólico y afectivo se concentra en la defensa del fragmento Bellavista. Estas diferencias en la gestión de la memoria colectiva inciden también en cómo se recuerdan y significan sus propias trayectorias.

6.3 Estrategias ante la doble carga: conciliación, negociación y resistencias

Frente a la superposición persistente entre las esferas del trabajo productivo y reproductivo, las mujeres tobecinas y lotinas no fueron solo receptoras pasivas de mandatos estructurales. Por el contrario, desplegaron un conjunto diverso de prácticas y estrategias orientadas a sostener la vida cotidiana, que combinaron conciliación, negociación y resistencia en marcos de acción siempre condicionados por el contexto industrial y familiar. Este repertorio, lejos de ser homogéneo o abiertamente subversivo, debe entenderse como un conjunto de respuestas situadas mediante las cuales las trabajadoras gestionaron las tensiones estructurales entre el trabajo remunerado y las responsabilidades domésticas y de cuidados, uno de los ejes centrales de esta investigación.

Como señalan Hochschild y Machung (2012), las mujeres no solo asumieron una “segunda jornada” de trabajo, sino que reorganizaron sus tiempos y energías en un complejo ejercicio de “doble presencia” (Balbo, 1994), donde trabajo y familia se volvieron espacios inseparables y permanentemente tensionados. En esa tensión se produjo una forma de agencia cotidiana, invisible pero sostenida, que permitió compatibilizar el mandato productivo con las exigencias del cuidado.

Una de las estrategias más extendidas fue la organización intensiva del tiempo y del espacio doméstico. Las mujeres ajustaron sus rutinas para sincronizar los turnos de trabajo con las necesidades del hogar, lo que implicaba preparar comidas con anticipación, dejar tareas delegadas a otras mujeres del entorno o incluso aprovechar pausas laborales para adelantar labores domésticas y de cuidado. En los periodos de mayor exigencia productiva, principalmente en Tomé por los pedidos que debían enviar al extranjero, esta organización se hacía más compleja, debido a que las trabajadoras debían cubrir horas extras o turnos adicionales para responder a pedidos urgentes, lo que incrementaba la sobrecarga y exigía un esfuerzo de reorganización constante. Esta conciliación precaria descansaba en la capacidad individual de las trabajadoras para multiplicarse entre dos mundos que rara vez reconocían la carga del otro. Tal como lo plantea Blázquez (2010), la simultaneidad entre producción y reproducción revela cómo la subordinación estructural convive con prácticas de agencia, aunque muchas veces en condiciones desiguales y extenuantes. Esto se evidencia en los testimonios de mujeres que, al mismo tiempo que cumplían turnos de 8 a 10 horas, organizaban con detalle la alimentación, los estudios y el cuidado de sus hijos e hijas.

Las redes de mujeres y comunitarias constituyeron otro pilar en las estrategias de la conciliación familiar-laboral, aunque con restricciones y dificultades. En Tomé, las fábricas mencionadas tenían sala cuna gratuita, lo que es recordado como un beneficio muy valorado, sin el cual habría sido imposible compatibilizar la maternidad con la jornada laboral. En los momentos o etapas donde este beneficio no cubría, las mujeres resolvían y administraban los cuidados mediante redes informales, donde la dinámica consistía en dejar la comida preparada y encargar a los hijos a sus madres, vecinas o nanas, figuras que tuvieron una presencia extensiva en la mayoría de las familiares de las mujeres entrevistadas. Las redes

entre trabajadoras también tuvo una dimensión solidaria reconocida que se expresó cuando debían cubrir turnos adicionales o extender la jornada laboral, apoyándose mutuamente para que los hijos e hijas estuvieran cuidados. En Lota, la vida en los pabellones tenía un fuerte sentido comunitario que hoy es recordado, porque el apoyo mutuo se extendía no solo al cuidado infantil, sino también a situaciones complejas como enfermedades o funerales, consolidando una trama de solidaridad que mitigaba la dureza del trabajo minero y en las mujeres la doble carga. Sin embargo, estas redes eran frágiles y no siempre suficientes, porque se sostenían en vínculos informales y mayoritariamente femeninos, sin que existiera corresponsabilidad masculina. Estas experiencias pueden leerse, como sostiene Federici (2004), como expresiones de resistencia comunitaria frente a un sistema que privatizó los costos de la reproducción social en las espaldas de las mujeres. En términos más contemporáneos, Fraser (2015) ha señalado que estas redes son una respuesta a la “crisis de los cuidados”, donde las trabajadoras sostienen, desde la cotidianeidad, lo que ni el Estado ni el mercado logran garantizar.

Junto a las redes informales, también existieron espacios de sociabilidad promovidos por las propias industrias, como centros de madres, clubes deportivos, organizaciones benéficas o concursos de belleza, que buscaron reforzar un modelo de feminidad funcional al orden industrial. Sin embargo, tal como advierte Maldonado (2022), estos espacios también fueron resignificados por las mujeres como instancias de encuentro, afecto y pertenencia más allá del hogar. Allí se tejieron lazos de confianza, se compartieron experiencias y se generó una memoria colectiva que trascendió el propósito disciplinante original.

La negociación cotidiana en torno a la conciliación laboral y familiar adoptó múltiples formas. Algunas trabajadoras redistribuían tareas domésticas con sus hijos e hijas mayores, mientras otras negociaban responsabilidades con sus parejas o con las jefaturas en la fábrica, para adaptar turnos o permisos. En Tomé, la sala cuna de Bellavista ilustra cómo la empresaria facilitó un espacio de cuidado podía aliviar parte de la doble carga, aunque no resolvía del todo las tensiones. En Lota, las mujeres vinculadas a los departamentos de bienestar social narran la atención a esposas de trabajadores que acudían por problemas económicos o violencia intrafamiliar, lo que evidencia que la conciliación no solo se

relacionaba con la distribución de tiempos y tareas, sino también con la gestión de conflictos y carencias en el interior de las familias obreras.

La planificación de la maternidad emergió también como estrategia, pese a lo limitado del acceso a anticonceptivos en la época, los que incluso no podrían comprarse en lugares cercanos. Algunas mujeres limitaron el número de hijos para preservar cierta autonomía económica y evitar una sobrecarga mayor. Estas decisiones, aunque no se enuncian como una resistencia explícita, muestran la agencia femenina frente a estructuras que tendían a imponer la maternidad como mandato, además reflejan intentos por sostener un equilibrio precario entre las demandas productivas y reproductivas.

En ciertos casos, la resistencia adoptó formas más directas: cuestionamientos a la falta de apoyo de las parejas, negociaciones con jefaturas para modificar turnos, o la decisión de sostener hogares monoparentales para preservar control sobre el propio tiempo. Estas elecciones, implicaron costos, pero también consolidaron espacios de autonomía relativa. Otras formas de resistencia fueron más silenciosas, como el cuidado compartido entre trabajadoras, el préstamo de alimentos o el cubrirse mutuamente frente a imprevistos, expresiones de solidaridad femenina que funcionaban frente al orden industrial disciplinante.

También operaron resistencias simbólicas, ligadas a la resignificación del trabajo como fuente de valor y orgullo. Las mujeres trabajadoras entrevistadas significan su lugar en la fábrica como espacio de valor, autonomía y pertenencia, además vinculado al orgullo por haber sostenido a sus familias y por haber aprendido un oficio y ser reconocidas en su trabajo. En esta resignificación, el trabajo dejó de ser solo un deber o una simple necesidad para convertirse también en fuente de identidad y legitimidad social. Como plantea Hutchison (2014), en la experiencia de las obreras textiles el orgullo y la dignidad laboral convivieron con regímenes de control, evidenciando que incluso bajo subordinación estructural fue posible producir sentidos colectivos de valor y pertenencia.

En síntesis, las estrategias diversas y situadas desplegadas por las mujeres de Tomé y Lota revelan que la doble carga no anuló su agencia, sino que la transformó. La conciliación no fue una política institucional, sino una práctica diaria; la resistencia no siempre fue

confrontacional, pero sí constante. Las trabajadoras no escaparon al mandato del cuidado, pero lo transitaron con creatividad, negociación y resignificación. En esa tensión se forjaron trayectorias atravesadas por la subordinación, pero también por la capacidad de sostener la vida en condiciones desiguales. Ese legado de estrategias, transmitido a hijas y nietas, constituye hoy una herencia viva de resistencia cotidiana y memoria obrera en las comunidades del Biobío.

7. CONCLUSIONES

Los relatos y fuentes documentales considerados en esta investigación permitieron reconstruir, desde aproximadamente la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad, trayectorias que abarcan más de setenta años de vida de siete mujeres entrevistadas, las que atravesaron los procesos de auge, cierre de las industrias textil y carbonífera y posterior instalación del modelo neoliberal chileno. Estas historias de vida posibilitaron seguir sus recorridos desde la infancia hasta la adultez, capturando desde los primeros recuerdos familiares y escolares hasta sus experiencias de ingreso a industria, su permanencia en ellas, las formas de conciliación entre trabajo y cuidados, y finalmente las memorias que hoy sostienen sobre ese pasado. Esta perspectiva temporal amplia otorgó densidad al análisis y permitió observar cómo, a lo largo de décadas, las tensiones entre lo productivo y lo reproductivo fueron constantes, aunque se transformaron de acuerdo con los cambios políticos, sociales y económicos del país.

A pesar de las diferencias derivadas de los territorios y de las industrias en que se insertaron –la textil en Tomé y la carbonífera en Lota–, en ambas experiencias el paternalismo industrial funcionó como un dispositivo de control integral de la vida obrera. La fábrica o la mina no solo ofrecían una relación contractual a través del empleo, sino también vivienda, salud, educación y recreación, regulando los tiempos familiares y modelando la vida comunitaria. En ese entramado, las mujeres fueron fundamentales como trabajadoras y como sostén de los hogares, reproduciendo prácticas que aseguraban la continuidad de la fuerza laboral y de la vida misma en contextos adversos.

El análisis y los hallazgos confirman que las mujeres no fueron receptoras pasivas de este orden. A lo largo de sus trayectorias, desplegaron estrategias de conciliación, negociación y resistencia para sostener la vida cotidiana: la organización minuciosa del tiempo, la creación de redes de mujeres, familiares y comunitarias de cuidado, la redistribución de tareas en el hogar y la negociación con jefaturas forman parte de un repertorio diverso, situado en márgenes estrechos pero creativos. Estas prácticas y dinámicas revelan que la llamada “doble

carga” fue vivida como una condición estructural, pero también como un espacio de agencia, donde la subordinación coexistió con momentos de autonomía relativa.

Metodológicamente, utilizar una técnica de levantamiento de información cualitativa como las historias de vida permitió observar cómo las entrevistadas significan sus experiencias, otorgando un lugar central a la subjetividad. Los relatos muestran que el trabajo fabril y minero fue fuente de aprendizaje, orgullo y reconocimiento, al tiempo que supuso sacrificios y renunciaciones. La memoria actual de estas mujeres destaca la paradoja de haber sostenido a sus familias gracias al trabajo industrial, pero desear que sus hijos e hijas no repitieran ese destino, proyectando en ellos la esperanza de otros caminos.

Adicionalmente, es relevante mencionar el papel que cumple la investigadora en este proceso, porque los énfasis, la problematización y la organización del material no son neutrales, sino que dialogan con la propia historia y decisión personal y por cierto política, de relevar el valor del trabajo de las mujeres por sí mismo, reconociendo que las labores tanto productivas como reproductivas, comunitarias e individuales son prácticas imprescindibles para la sostenibilidad de la vida. Desde esta reflexividad, la investigación no solo describe trayectorias, sino que constituye también en un acto de memoria y reconocimiento, que busca disputar los sentidos dominantes sobre el lugar de las mujeres en la historia industrial y en el devenir del Biobío.

Con relación a las limitaciones mencionadas en el diseño metodológico, como la dificultad de acceder a otros archivos históricos y otras fuentes que hubiesen enriquecido el análisis, esto abre posibilidades de profundización teórica y problematización futura. Considerar y ampliar la documentación permitirá triangular más exhaustivamente con las memorias, completando un puzle que hoy se presenta fragmentado pero cargado de significados para la historia regional y de género en Chile.

Este estudio, por lo tanto, también dialoga con el presente. Aunque las industrias textiles y carboníferas forman parte de un ciclo cerrado en ambos territorios, las estrategias de conciliación, subsistencia y resistencia desplegadas por las trabajadoras muestran continuidades con la actualidad. La persistencia de la desigual distribución del cuidado y la

escasa corresponsabilidad masculina e incipiente apoyo estatal refuerzan la vigencia de estas tensiones. En este sentido, la historia de Tomé y Lota ofrece claves para comprender cómo los cuidados, lejos de ser un asunto privado, constituyen una cuestión social y política de relevancia.

Finalmente, resulta imprescindible situar estas reflexiones finales a partir de hallazgos con la publicación de la reciente Opinión Consultiva N° 31 de la Corte Interamericana de Derechos Humanos (2025), que reconoció por primera vez el derecho humano autónomo al cuidado, en sus tres dimensiones: cuidar, ser cuidado y el autocuidado. Este pronunciamiento internacional es parte de una larga producción teórica y porfía feminista por reconocer estas tareas, tanto por su valor como por su necesidad para todas las personas. Además, confirma que aquello que vivieron las mujeres de Tomé y Lota, como la sobrecarga de cuidados, la falta de corresponsabilidad y la invisibilización de su trabajo reproductivo no corresponde únicamente a una problemática histórica, sino que constituye una cuestión de derechos humanos. El reconocimiento jurídico del cuidado otorga nueva relevancia a estas memorias, al evidenciar que la lucha por redistribuir responsabilidades y valorar el trabajo femenino sigue siendo un desafío urgente para nuestras sociedades.

8. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguinaga, M., Lang, M., Mokrani, D. y Santillana, A. (2012). Pensar desde el feminismo: críticas y alternativas al desarrollo. En Lang, M., Mokrani, D. (Comp). *Más allá del desarrollo*. Editorial El Conejo.
- Alfaro, K. & Brito, A. (2023). Mujeres en la industria siderúrgica. De Altos Hornos de Corral a Huachipato (1940-1960). *Diálogo Andino*, 70. <https://dx.doi.org/10.4067/s0719-26812023000100011>
- Aliste, E., Contreras, M., & Sandoval, V. (2012). Industrialización, desarrollo y ciudad: Transformaciones socio-demográficas y espaciales en la geografía social del Gran Concepción (1950-2010). *Revista INVI*, 27(75), 21-71. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-83582012000200002>
- Angier, T. (2016) . Aristóteles sobre el trabajo. *Revue internationale de philosophie*, n° 278(4), 435-449. <https://doi.org/10.3917/rip.278.0435>
- Arat, K. (2015). Feminisms, Women's Rights, and the UN: Would Achieving Gender Equality Empower Women? *American Political Science Review*, 109(4), 674-689. <https://doi.org/10.1017/S0003055415000386>
- Arendt, H. (2009). *La condición humana*. Paidós.
- Astorquiza, O. (1942). *Lota: antecedentes históricos, con una monografía de la Compañía Carbonífera e Industrial de Lota en ocasión de celebrar el 90o. aniversario de la explotación de sus minas 1852-1942*. Universo. <https://doi.org/10.34720/c79q-s321>
- Baeza, M. (2002). *De la metodología cualitativa en Investigación científico-social. Diseño y uso de instrumentos en la producción de sentido*. Editorial Universidad de Concepción.
- Balbo, L. (1994). La doble presencia. En C. Borderías, C. Carrasco y C. Alemany (comps). *Las mujeres y el trabajo: rupturas conceptuales* (pp. 503-514). Icaria.

- Balcázar, P., López, N., Gurrola, P. y Moysén, C. (2013). *Investigación cualitativa*. Editorial Universidad Autónoma del Estado de México.
- Batthyány, K. (2020). *Miradas Latinoamericanas a los cuidados*. Editorial Siglo Veintiuno.
- Benedetti Reiman, L. (2019). *La cuestión social en Concepción y los centros mineros de Coronel y Lota (1885-1910)*. Ediciones Archivo Histórico de Concepción.
- Berger, P., & Luckmann, T. (2003). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu.
- Bhattacharya, T. (Ed.). (2017). *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentering Oppression*. Pluto Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctt1vz494j>
- Blázquez, N. (2010). *Epistemología feminista*. En N. Blázquez (Comp.), *Investigación feminista: Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 11-47). México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-UNAM.
- Blumer, H. (1986). *Symbolic interactionism: Perspective and method*. University of California Press.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Bravo, C., Sandoval-Díaz, J. & Astudillo, F. (2022). Narrativas del acorralamiento. Identidad de Lugar en la Bahía de Coronel a partir de la reconversión productiva. *Revista de historia (Concepción)*, 29(1), 73-105. <https://dx.doi.org/10.29393/rh29-4nacf30004>
- Brito, A. (1995). Del rancho al conventillo. Transformaciones de la identidad popular-femenina. 1850 – 1920. En Godoy, L. et.al. *Disciplina y desacato. Construcción de Identidad en Chile, siglos XIX y XX*. Ediciones SUR.
- Brito, A. (2018). Memoria colectiva y construcción de territorio: auge y despojo de una cultura industrial. Los casos de la fábrica textil Bellavista-Tomé y la carbonífera Schwager en Coronel (1970-2007). *Izquierdas*, (42), 1-29. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-50492018000500001>

- Brito, A. y Vivallos, C. (2011). Inserción laboral y educación profesional de mujeres en Concepción-Chile (1895-1940). *Universum*, 1(26), 39-57. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-23762011000100003>
- Butler, J. (1990). El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad. Paidós.
- Carrasco, C. (2003). La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres? Documento CLACSO.
- Carrasco, C. (2014). Economía, trabajos y sostenibilidad de la vida. En Jubeto, Y., Larrañaga, M., Carrasco, C., Trujillo, M., Herrero, Y., Salazar, C., de la Cruz, C., & Salcedo, L. (Eds.), *Sostenibilidad de la vida: Aportaciones desde la economía solidaria, feminista y ecológica* (pp. 27-41). REAS Euskadi.
- Carrasco, C., Borderías, C. y Torns, T. (2011). El trabajo de cuidados. Historia, teoría y política. Catarata.
- Carrasquer, P. (2013). El redescubrimiento del trabajo de cuidados: algunas reflexiones desde la sociología. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 31(1), 91-113. http://dx.doi.org/10.5209/rev_CRLA.2013.v31.n1.41633
- Cartes, A. M., Luppi, R. S. M., & López, L. T. (2012). Bellavista Oveja Tomé: Una fábrica en el tiempo. Universidad San Sebastián. <https://www.archivohistoricoconcepcion.cl>
- Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets Editores.
- CIEG (2016). Módulo Género y Desarrollo. Diplomado de Postítulo Semipresencial en Teorías de Género, Desarrollo y Políticas Públicas. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Comunidad Mujer (2019). ¿Cuánto aportamos al PIB? Primer Estudio Nacional de Valoración Económica del Trabajo Doméstico y de Cuidado No Remunerado en Chile. <https://comunidadmujer.cl/wp-content/uploads/2022/04/Cuanto-Aportamos-al-PIB.pdf>
- Conde, F. (2010). *Análisis sociológico del sistema de discursos*. Centro de Investigaciones Sociológicas.

- Cordea, D. (2013). Two approaches on the philosophy of separate spheres in mid-Victorian England: John Ruskin and John Stuart Mill. *Procedia - Social and Behavioral Sciences*, Volume 71, 115-122. <https://doi.org/10.1016/j.sbspro.2013.01.016>
- Corominas, J. (1987) *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*. Editorial Gredos.
- Correa, R. (1999). La aproximación biográfica como opción epistemológica, ética y metodológica. *Proposiciones*, 29, 1-9.
- Corte Interamericana de Derechos Humanos. (2025, 12 de junio). El contenido y el alcance del derecho al cuidado y su interrelación con otros derechos (Opinión Consultiva OC-31/25). San José, Costa Rica: Corte IDH.
- Crenshaw, K. (1989). Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Policies. *University of Chicago Legal Forum*, no. 1 (1989): 139-167.
- Dalla Costa, M., & James, S. (1975). *El poder de las mujer y la subversión de la comunidad*. Editorial Siglo Veintiuno.
- Denzin, N. & Lincoln, Y. (2012). *Las estrategias de investigación cualitativa*. Gedisa
- Dilthey, W. (1989). *Introduction to the Human Sciences*. Makkreel, R. & Rodi, F. Eds. y Trad.). Princeton University Press.
- Ehrenreich, B., & Hochschild, A. R. (2002). *Global Woman: Nannies, Maids, and Sex Workers in the New Economy*. Henry Holt and Company.
- Escobar, T. (2008). "El trabajo" visto desde una perspectiva social y jurídica. *Revista Latinoamericana De Derecho Social*. Núm. 7, julio-diciembre de 2008, pp. 27-57
- Federeci, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico y luchas feministas*. Traficantes de Sueños.
- Federici, S. (2004). *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de Sueños.

- Ferguson, S. (2020). *Las visiones del trabajo en la teoría feminista*. *Revista Trabajo*, 31(1), 31-55.
- Ferguson, S. (2020). *Women and Work: Feminism, Labour, and Social Reproduction*. Pluto Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctvs09qm0>
- Figuroa, C. (2010). *Revelación del subsole: Las mujeres en la sociedad minera del carbón, 1900–1930*. Lom Ediciones y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Fisher, B., & Tronto, J. (1990). "Toward a Feminist Theory of Care". En *Circles of Care: Work and Identity in Women's Lives*, editado por Emily K. Abel y Margaret K. Nelson, 35–62. State University of New York Press.
- Fortunati, L. (1995). *The Arcane of Reproduction: Housework, Prostitution, Labor and Capital*. Autonomedia.
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50(3), 3-20. <https://doi.org/10.2307/3540551>
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Fondo de Cultura Económica.
- Fraser, N. (1990). Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy. *Social Text*, 25/26, 56–80. <https://doi.org/10.2307/466240>
- Fraser, N. (2015). *Fortunas del feminismo. Del capitalismo gestionado por el Estado a la crisis neoliberal*. Traficantes de Sueños.
- Fuentealba, N. (2019). Crecimiento y transformación de una ciudad industrial. El caso tomecino entre 1910 y 1930. *Revista de historia (Concepción)*, 26(1), 83-114. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-88322019000100083>
- Gibbs, G. *El análisis de datos en la investigación cualitativa*. Morata.
- Gilligan, C. (2003) *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*. Harvard University Press.
- Godoy, L. (1995). Armas ansiosas de triunfo: dedal, agujas, tijeras Armas ansiosas de triunfo: dedal, agujas, tijeras... La educación profesional femenina en Chile, 1909-1912. En

- Godoy, Lorena et al. (Eds.). *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX*. Ediciones SUR.
- Godoy, L., Díaz, X. y Mauro, A. (2009). Imágenes sobre el trabajo femenino en Chile, 1880-2000. *Universum* 2(24), 74-93. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-23762009000200005>
- Godoy, M. (2015). Las casas de la empresa: Paternalismo industrial y construcción de espacio urbano en Chile. Lota, 1900-1950. *Universum*, 30(1), 115-136. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-23762015000100008>
- Guber, R. (2005). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós.
- Habermas, J. (1984). *Teoría de la acción comunicativa. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Taurus.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*. Cátedra.
- Harding, S. (2010). ¿Una filosofía de la ciencia socialmente relevante? Argumentos en torno a la controversia sobre el punto de vista feminista. En N. Blázquez (Comp.), *Investigación feminista: Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 61-82). México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-UNAM.
- Hausner, S. (2019). La división del trabajo después de Durkheim. *Sociología*. <https://10.1093/obo/9780199756384-0217>
- Hidalgo, C., y Hausmann, R. (2009). Los elementos básicos de la complejidad económica. *Actas de la Academia Nacional de Ciencias*, 106, 10570 - 10575. <https://doi.org/10.1073/pnas.0900943106>
- Hochschild, A. & Machung, A. (2012). *The Second Shift: Working Families and the Revolution at Home*. Penguin.
- Hutchison, E. (2014). *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano 1900-1930*. LOM.

- Illanes, M. A. (1999). Entre 'madres'. Maternalismo popular e hibridación cultural. Chile 1900-1920. *Nomadias*. Serie Monografías, 185- 209.
- Illanes, M. A. (2001). Ella en Lota-Coronel: poder y domesticación. El primer servicio social industrial de América Latina. *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, (49), 141-148.
- Illanes, M. A. (2007). *Cuerpo y sangre de la política. La construcción histórica de las visitadoras sociales (1887-1940)*. LOM.
- Illanes, M. A. (2010). *En el nombre del pueblo, del Estado y de la Ciencia (...). Historia Social de la Salud Pública, Chile 1880-1973*. Ministerio de Salud.
- Inostroza R., G. (2001). Reflexiones sobre la construcción de memorias individuales: el caso de mujeres trabajadoras textiles de la Provincia de Concepción. *Cyber Humanitatis*, (19). Recuperado a partir de <https://cyberhumanitatis.uchile.cl/index.php/RCH/article/view/8885>
- Just, D. (2017) The Invention of Work in Modernity: Hegel, Marx, and Weber. *Journal of Historical Sociology*, 30: 435–456. <https://doi.org/10.1111/johs.12091>
- Keller, F. (1985). *Reflections on Gender and Science*. Yale University Press.
- Lagarde, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Editorial Universidad Nacional Autónoma de México.
- León, M. (2014). Economía Solidaria y Buen Vivir. Nuevos enfoques para una nueva economía. En Jubeto, Y., Larrañaga, M., Carrasco, C., Trujillo, M., Herrero, Y., Salazar, C., de la Cruz, C., & Salcedo, L. (Eds.), *Sostenibilidad de la vida: Aportaciones desde la economía solidaria, feminista y ecológica* (pp. 43-54). REAS Euskadi.
- León, M. A. (2018). *Estudios sobre la "Capital del sur": Ciudad y sociedad en Concepción, 1835-1930*. Ediciones del Archivo Histórico de Concepción. <https://www.archivohistoricoconcepcion.cl>
- Lerner, G. (1986). *The creation of patriarchy*. Editorial Crítica.

- Maffía, D. Moreno, A. Yuderkys, E, & Radi, B. (2020) *Apuntes Epistemológicos*. Editorial de la Universidad Nacional de Rosario.
- Maldonado, C. (2022). Lotinas, refineras y huachipatinas. Las mujeres y lo femenino en el desarrollo industrial de la provincia de Concepción. *Revista De Historia*, 2(29), 70-99. <https://doi.org/10.29393/RH29-20LRCM10020>
- Mantecón T. A. (2011). Formas de disciplinamiento social, perspectivas históricas. *Revista De Historia Social Y De Las Mentalidades*, 14(2). <https://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/historiasocial/artic le/view/241>
- Martín, M. (2008). Domesticar el trabajo: una reflexión a partir de los cuidados. (Domestication of work': a reflection about care). *Cuadernos de Relaciones Laborales*, Vol. 26, núm. 2, 2008.
- Martín, M. (2021). Conocimiento histórico y conciencia feminista: el lugar de las mujeres en la historia. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 4, 125-138. <https://doi.org/10.7203/con-cienciasocial.4.19107>
- Matus, C., García, D. & Pérez, L. (2022). Fragmentos textiles y sistemas territoriales del carbón Experiencias de re-significación del patrimonio industrial en Tomé y Lota, Chile. *Revista de geografía Norte Grande*, (82), 129-150. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-34022022000200129>
- Matus, C., Zúñiga, P. y Pérez, L. (2019). Patrimonialización de sitios industriales textiles: Más de una década de puesta en valor por las comunidades de Tomé. *Sophia Austral*, (23), 235-256. <https://dx.doi.org/10.4067/S0719-56052019000100235>
- Maubrigades, S. (2018). Mujeres y desarrollo en América Latina durante el siglo XX. Tasas de actividad, crecimiento económico y modelos productivos. Documento de trabajo No 54. Universidad de la República. Uruguay.
- Mies, M., & Shiva, V. (2013). *Ecofeminismo: Teoría, crítica y perspectivas*. Icaria Antrazyt.
- Molinier, P., & Arango, L. (2011). *El trabajo y la ética del cuidado*. Universidad Nacional de Colombia, La Carreta Editores.

- Montecino, S. (1997). *Palabra Dicha. Escritos sobre género, identidades, mestizajes*. Editorial Universidad de Chile.
- Moreno, C. (2004). La madre chilena, domesticación de la mujer. Los discursos higienistas ligados a la maternidad (1870-1920). En Stecher, L. y Cisterna, N. *América Latina y el Mundo. Exploraciones en torno a identidades, discursos y genealogía*. Universidad de Chile, Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos
- Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público: Nacimiento de una representación social*. Editorial Huemul.
- Moyano, C. (2016). La visitadora social industrial en Chile: tradición y modernidad en la gestión del bienestar 1920-1950. *Nuevo Mundo Mundos Nuevo*, 1-15. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.69328>
- Noguera, J. (2002) “El concepto de trabajo y la teoría social crítica”. *Papers: revista de sociología*, no. 68, pp. 141-68. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v68n0.1445>
- ONU Mujeres. (2016). *El empoderamiento económico de la mujer en el cambiante mundo del trabajo*. Informe del Secretario General, E/CN.6/2017/3, diciembre de 2016. <https://documents.un.org/doc/undoc/gen/n17/000/30/pdf/n1700030.pdf>
- Organización Internacional del Trabajo (2022). *Trabajo*. <https://www.oitinterfor.org/taxonomy/term/3315?page=1>
- Organización Internacional del Trabajo (OIT). (2018). El trabajo de cuidados y los trabajadores del cuidado para un futuro con trabajo decente. Organización Internacional del Trabajo. <https://www.ilo.org/es/publications/major-publications/el-trabajo-de-cuidados-y-los-trabajadores-del-cuidado-para-un-futuro-con>
- Palomar, C. (2005). Maternidad: historia y cultura. *La ventana. Revista de estudios de género*, 3(22), 35-67.
- Pateman, C. (1995). El contrato sexual. *Anthropos*.
- Peach, T. (1993). La teoría del valor-trabajo (I). En *Interpretando a Ricardo* (pp. 145-188). Cambridge: Cambridge University Press.

- Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía: Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de Sueños.
- Pujadas, J. (1992). *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Cuadernos metodológicos. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Reid, D. (1985). Industrial Paternalism: Discourse and Practice in Nineteenth-Century French Mining and Metallurgy. *Comparative Studies in Society and History*, 27(4), 579-607. doi:10.1017/S0010417500011671
- Renault, E. (2016). Hegel y el paradigma del trabajo. *Revue internationale de philosophie*, n° 278(4), 469-490. <https://doi.org/10.3917/rip.278.0469>.
- Rich, A. (2019). *Nacemos de mujer: La maternidad como experiencia e institución*. Traficante de Sueños.
- Rodríguez, C. Economía feminista y economía del cuidado: Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad. Fundación Foro Nueva Sociedad; Nueva Sociedad; 256; 3-2015; 1-15
- Rodríguez, J. & Medina, P. (2011). Reconversión, daño y abandono en la ciudad de Lota. *Atenea (Concepción)*, (504), 147-176. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-04622011000200009>
- Rotman, DeborahL. (2006). Separate Spheres? Beyond the Dichotomies of Domesticity. *Current Anthropology*, 47(4), 666–674. <https://doi.org/10.1086/506286>
- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo. *Nueva Antropología*, 8(30), 95-145.
- Salazar, G., & Pinto, J. (2003). *Historia contemporánea de Chile. Trabajo, trabajadores y movimientos sociales*. LOM Ediciones.
- Scholz, R. (2020). *Capital y patriarcado. La escisión del valor*. Ediciones Mimesis.
- Schütz, A. (2003). *El problema de la realidad social. Escritos I*. Amorrortu.
- Scott, J. (2008). *Género e Historia*. México: Fondo de Cultura Económica y Universidad Autónoma de la Ciudad de México

- Scott, J. W. (1986). Gender: A Useful Category of Historical Analysis. *The American Historical Review*, 91(5), 1053–1075. <https://doi.org/10.2307/1864376>
- Scott, J. W. (1990). *Gender and the Politics of History*. Columbia University Press.
- Scranton, P. (1984). Varieties of Paternalism: Industrial Structures and the Social Relations of Production in American Textiles. *American Quarterly*, 36(2), 235–257. <https://doi.org/10.2307/2712726>
- Segato, R. (2016) *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de Sueños.
- Sennet, R. (1991). *La autoridad*. Alianza Editorial.
- Sierra, J. (1990). *El obrero soñado, ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917)*, Madrid: Siglo XXI
- Sierra, R. (2001). *Técnicas de investigación social*. Paraninfo.
- Smith, A. (1994) *La riqueza de las naciones*. Alianza editorial.
- Spivak, G. (2003). ¿Puede hablar el subalterno?. *Revista Colombiana de Antropología*, 39, 297-364. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105018181010>
- Taylor S.J. y Bogdan R. (1994). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Editorial Paidós.
- Tilly, L.A., & Scott, J.W. (1987). *Women, Work and Family* (1st ed.). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203819395>
- Tronto, J. (1993). *Moral Boundaries: A Political Argument for an Ethic of Care*. Routledge.
- Venegas, H. (2011). De imprescindibles a marginados. Las movilizaciones de los trabajadores del carbón en Chile a mediados del siglo XX”. *Tiempo Histórico N°3*, Universidad Humanismo Cristiano. Santiago.
- Venegas, H. y Morales, D. (2015). El despliegue del paternalismo industrial en la Compañía Minera e Industrial de Chile (1920-1940). *Historia Crítica*. (58),117-136. <https://doi.org/10.7440/histcrit58.2015.06>

- Venegas, H. y Morales, D. (2017). Un caso de paternalismo industrial en Tomé. Familia, espacio urbano y sociabilidad de los obreros textiles. *Revista Historia*, 50(1), 273-302. <https://doi.org/10.4067/S0717-71942017000100010>
- Veneros Ruiz-Tagle, D. y Ortega, L. (2011). Trabajo femenino fabril en un contexto de modernización: Una visión de su evolución por provincias. Chile, 1910-1930. *Universum (Talca)*, 26(1), 151-168. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-23762011000100010>
- Vergara A, (2013). Paternalismo industrial, empresa extranjera y campamentos mineros en América Latina: un esfuerzo de historia laboral y transnacional. *Avances del Cesor*, Año X, N° 10, 2013, pp. 113-128.
- Vogel, L. (2013). *Marxism and the oppression of women: Toward a unitary theory*. Brill.
- Yáñez, J. (2020) *El tiempo domesticado. Chile 1900-1950. Trabajo, cultura y tiempo libre en la configuración de las identidades laborales*. Valparaíso: CIDEP/América en Movimiento.